

CION GE

SAUTU

STO

GRAND

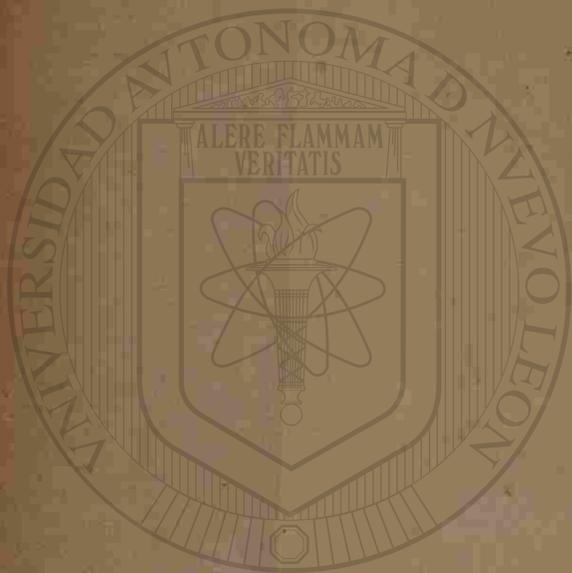
D2 1
G37
1899
Ej. 2

G245c

52329



1020107865



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EN LA
"LIBRERÍA GENERAL"
COMERCIO, 21.-MONTERREY.

COMPENDIO

-DE-

HISTORIA GENERAL

ESCRITO POR EL

DR. RAFAEL GARZA CANTU.

Obra de texto en los Planteles de Instrucción
secundaria en Nuevo-León.



Es propiedad del autor.

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria
MONTERREY.

52329

Tip. «La Defensa» Calle de Dr. Mier No. 50

1899.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

42596

"ALFONSO REYES"

Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Este Compendio será estimado como libro de texto y de consulta, merced al acopio de datos que, dando muestras de atinada erudición, el autor colecciona y da á conocer en cada capítulo, no en confuso amontonamiento, sino en discreta forma narrativa, para que así les sean útiles lo mismo al que se inicia en el estudio de la Historia que al ya versado en tal asignatura.

Claridad en la exposición; interés en el relato; justa, la crítica; la verdad, neutra: todo esto encontrará el lector en el COMPENDIO sistemado hábilmente por el Dr. Garza Cantú, quien una vez más emplea, en bien de la juventud estudiosa, sus prácticas facultades de pedagogía, bien ejercitadas ya por la labor constante y fructífera de su vigoroso cerebro, nutrido de ciencia.

Va precedida la obra de ciertas nociones fundamentales relativas á la definición y división de la Historia que «ha dejado de ser leyenda y ficción poética, para convertirse, pasando por la conjetura probable y la hipótesis, en verdadera ciencia.» Muy extensa y metódicamente define y describe el autor las cuatro formas de la historia, la *conjetural ó hipotética*, la *épica ó legendaria*, la *dramática* y la *científica ó positiva*, que suma las tres primeras, «une y combina los elementos sanos que halla en todas.»

Refiérese en seguida á las grandes divisiones de la Historia, al número de sus épocas—«marcadas con el carácter propio, é individual sello que las distingue.»

El autor explica con una plumada, por así decirlo, los motivos de diferenciación entre las grandes épocas históricas. Así habla: «la civilización es en cada una de estas épocas uniforme y común para los distintos pueblos, por diversos que sean los sentimientos, ideas, creencias y aspiraciones: difíase que habían sido fundidos en un mismo molde.»—Como cada párrafo, es cada página; como cada página, es todo el libro: el estilo nervioso, á la vez que preciso y realista, imprime en la obra un carácter de sobriedad y austeridad por lo que respecta á galas del lenguaje y juicios de la crítica, que hacen no encontrar en el libro más palabras, ni más conceptos que los que se necesitan para expresar los hechos, tales como hanse efectuado en el transcurso del tiempo al través del espacio.

Entra de lleno el autor en el estudio de la Historia Antigua y aquí comienza la beneficiosa aplicación del plan que gobierna todo el texto. El Dr. Garza Cantú se propone estudiar, según el decurso de cada época ó edad, el desarrollo lento y constante de los países, naciones y pueblos, uno por uno, que se han organizado, que han crecido, prosperado y muerto; que han muerto, ya bajo el aniquilamiento de alguna tremenda catástro-

fe—como Babilonia y Cartago—ya bajo la presión de alguna ó varias no menos tremendas metamorfosis—como Egipto, Grecia y Roma. Estudia, analiza y reconstruye la historia propia de cada entidad, su origen, la antigüedad de su civilización, su gobierno y organización social, su religión, usos, costumbres, artes é industrias. Estos son los números del programa que se desenvuelve en el capítulo relativo á cada nacionalidad ó pueblo de los constituidos dentro de la época—antigua, medioeval, moderna, contemporánea—de que se trate. De esta manera, el alumno tiene á su disposición (sin apercepciones inútiles ni desvaríos de atención perjudiciales) la suma de conocimientos históricos referentes, verbigratia, á Caldea y Asiria en la Edad Antigua, á España en la Edad Media, á Persia en la Edad Moderna, á Prusia en la Contemporánea.

Sobre el relato de los sucesos, sobre la descripción de los lugares, entre las citas de nombres y fechas y números, aparece el juicio crítico, imparcial, oportuno, acertado, que dilucida más las ideas violentamente emitidas y que hace comprender más fácilmente las consecuencias que la filosofía deduce hasta del á primera vista más insignificante hecho ó acaecimiento histórico. Al fin de casi todas las páginas se ven notas en que se relatan anécdotas ó se dan argumentos relativos al texto, el cual resulta así con mayor interés todavía.

Esto que brevemente llevamos dicho con relación al COMPENDIO DE HISTORIA GENERAL escrito por el Sr. Dr. Rafael Garza Cantú, no es—ni podía ser, ni querríamos que fuese—una opinión de crítico; no, señor: pase simplemente como un mezquino ensayo bibliográfico de la obra, que será bien aceptada, de seguro, por los afectos á la materia.—BAYARDO »

No diré que merezca los elogios que bondadosamente me prodiga el galano escritor; pero sí que lo asegurado por él como real y positivo, fueron sencillamente los propósitos que me guiaron como verdaderos ideales al escribir el presente libro. ®

Monterrey, Septiembre 6 de 1899.

RAFAEL GARZA CANTU

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

COMPENDIO
DE
HISTORIA GENERAL.

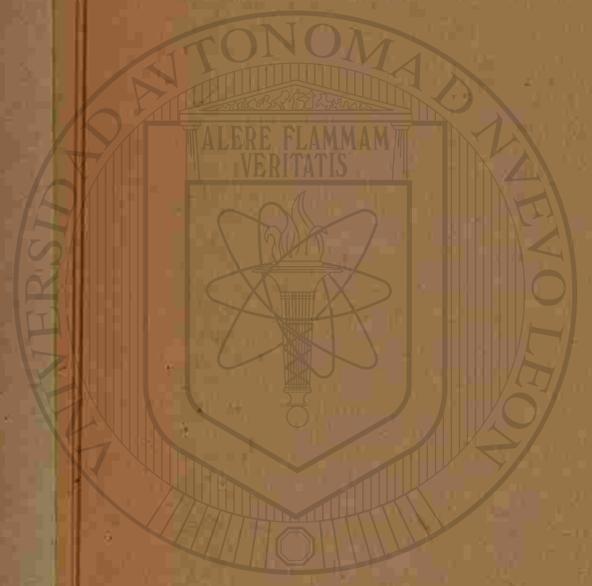
INTRODUCCION.

I.—LA HISTORIA.

HISTORIA, en el sentido más amplio y completo de la palabra, es toda serie de hechos ó fenómenos verificados en el espacio y en el tiempo. La «historia natural.» por ejemplo, es la serie de hechos relativos á la Naturaleza; la «historia de la humanidad» será, pues, la serie ordenada de los hechos verificados por el hombre, en los diversos períodos de su civilización. Mas, la historia, tal como es comprendida actualmente, no es ya la narración pura, fiel y más ó menos interesante de los hechos humanos, sino que entraña el análisis y comprobación de estos hechos, su filiación de causa á efecto, y su importancia en el desarrollo sucesivo de la civilización, conforme á la ley primordial é incontrastable del progreso.

La historia ha dejado de ser leyenda y ficción poética, para convertirse, pasando por la conjetura probable y la hipótesis, en verdadera ciencia; ha dejado de ser objeto de agrado y entretenimiento, para constituir un estudio de útiles y trascendentales enseñanzas. Pero para llegar al punto en que hoy la encontramos, la historia ha debido pasar por diversas formas ó períodos, correspondientes á otras tantas etapas de la civilización: el período fabuloso ó legendario; el dramático ó poético, y el científico ó positivo actual. Anteriormente á estos, sólo hallamos el gran período *prehistórico*, enteramente cubierto, hasta hace poco, de sombras, y que hoy la ciencia procura dilucidar.

La historia propiamente dicha, la historia como narración más ó menos fiel, y más ó menos interesante, de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

los hechos humanos, no comienza, en efecto, sino cuando existen relatos auténticos de personas bien informadas y capaces de transmitir oralmente ó por escrito sus impresiones, sentimientos é ideas; lo que acusa claramente un grado superior de civilización. Este período no es el mismo para los distintos pueblos, pues la civilización de las razas y las naciones ha sido muy desigual é irregular; en el Egipto comienza como 3,000 años antes de Jesucristo; en Grecia, como 800; en Alemania, en el siglo I de la Era Cristiana, y en el Anáhuac, del siglo VII al VIII.

Antes de estas épocas, llamadas con relativa propiedad *históricas*, variables según los distintos pueblos, la historia se reduce á conjeturas é hipótesis, más ó menos fundadas; pero que presentan sobre las antiguas leyendas un sentido más práctico y positivo, y más en armonía con lo que sabemos de la historia natural del hombre y del planeta que habitamos. Para convencerse de esto, basta describir las cuatro formas de la historia de que se ha hablado.

II.—Forma conjetural ó hipotética.

ESTA forma de la historia es la de origen más reciente, llegando en nuestro tiempo á constituir una verdadera ciencia: la *Arqueología prehistórica*, ciencia que cuenta ya para ahora con numerosos hechos.

Entre los años de 1,841 y 1,853, *Boucher de Perthes* encontró en el valle del *Soma*, y á una profundidad de seis metros, varios instrumentos de piedra, mezclados con huesos de bueyes, ciervos y elefantes. Luego fueron hallados en Inglaterra y otros países miles de objetos semejantes, y siempre en terrenos de *casquijo*, como en Francia. Pronto la burla de que había sido objeto tal descubrimiento, se tornó en admiración, pues que el gran observador había abierto sin pensarlo un nuevo camino á las investigaciones históricas, y ya para la siguiente década quedaba constituida la *nueva ciencia*. Un sencillo y convincente razonamiento con-

dujo entonces á deshacer la poética *leyenda del origen del hombre*. En efecto: si los terrenos de *casquijo*, en los cuales fueron encontrados aquellos toscos instrumentos (al parecer fabricados por los habitantes primitivos de Europa), se han formado con la misma lentitud con que se forman actualmente, serían necesarios 200,000 años para constituir las capas superiores de arcilla, *casquijo* y *marga* que los cubren. Lo que vino á dar fuerza concluyente al anterior razonamiento, fué el hallazgo de huesos pertenecientes al esqueleto humano, no quedando, de este modo duda alguna acerca de la existencia del hombre en el suelo de la Europa, en épocas remotísimas y desconocidas.

La vía quedaba abierta; nuevos investigadores se lanzaron en élla, con todo el ardor que inspira el misterio de lo desconocido: pronto descubrieron señales aún más patentes de la existencia del *hombre prehistórico* en multitud de *cavernas*, verdaderas habitaciones, convertidas luego en sepulcros. Casi siempre se hallan estos lugares *hogares* del hombre primitivo, adyacentes á los grandes ríos, en sus riberas rocallosas. Contienen armas de piedra: hachas y cuchillos, puntas de lanza y flecha; utensilios diversos, como arpones y agujas de hueso. Mezclados á éstos, y en confusión revueltos, se encuentran huesos de rinoceronte, *oso de las cavernas*, mamut, alce, reno, y muchas especies que desaparecieron de la Europa central desde hace mucho tiempo, en épocas prehistóricas. Estos pueblos, según lo muestran los objetos encontrados, vivían de la caza y de la pesca, como los esquimales; sabían trabajar el pederrenal y hacer fuego, conocían el ciervo, el buey, el caballo, la liebre y el salmón, y hasta dibujaban en huesos y en marfil, ya un combate de animales, ya la figura de los que conocían.

El año de 1,854 fueron descubiertas las aldeas ó *ciudades lacustres*, llamadas así por estar sepultadas en las riberas de los lagos. Al bajar el agua, hallaron los ribereños gruesos troncos de árboles clavados por la punta en el fondo del lago de Zurich, y en su parte superior unas plataformas de madera, con sus casas y tabiques de tierra. Hay en éstas, huesos de ciervo, jabalí y alce, juntamente con los de buey, cabra, carnero y perro. Los habitantes de estas aldeas conocían el trigo, lo molían y hacían pan; tejían lienzos de cáñamo, y fabrica-

ban vasos de tierra mal cocida. Sus cuchillos y flechas de pedernal son muy semejantes á estos mismos instrumentos que se hallan junto á los restos del hombre de las cavernas; pero las hachas son de piedra pulimentada, mucho más duras que las de piedra sin pulimentar, con lo cual basta para colocar al habitante de las aldeas lacustres en situación muy superior respecto del de las cavernas.

Multitud de enormes monumentos, formados por grandes piedras sin labrar, que cubren el suelo de casi todos los países donde hoy brilla la civilización moderna, son indicio de la existencia de razas y pueblos, cuyas vicisitudes se ignoran. Unas veces consisten estos monumentos en una enorme laja colocada encima de dos ó más clavadas en el suelo; otras, en un círculo de grandes rocas, ó dispuestas en hileras. Los hay, en fin, que representan montículos, verdaderos sepulcros en forma de colinas, en cuyo interior se encuentran varios esqueletos humanos, y al lado de éstos, armas, vasos y objetos de adorno. Las armas son de piedra pulimentada; los vasos de tierra cocida, muy sencillos, sin asas y sin gollete; los adornos consisten en cuentas, conchas y collares de hueso ó de marfil. En los túmulos de la Europa central, no se encuentran con los anteriores objetos los huesos de reno, cuya presencia es constante en los monumentos anteriores, lo cual es un indicio claro de que esta civilización es posterior á la de las ciudades lacustres.

Hay, también, monumentos, túmulos, pirámides, catacumbas, etc., en que junto á cadáveres, más ó menos bien conservados, se encuentran instrumentos de trabajo, adornos y armas de metal. Pertenecen ya á la época histórica. Y es que desde el momento en que el hombre aprendió á extraer y batir los metales, entró de lleno en la vía de la civilización. Primero se sirvió del cobre, que es más fácil de trabajar, puesto que se bate en frío; después, del hierro, cuyos procedimientos para la extracción y aprovechamiento son más complicados y difíciles, y suponen, en consecuencia, mayor adelanto. Pronto se convenció de que el cobre es demasiado blando, y constituyó por su mezcla con estaño el bronce, cuyo uso marca una grande época histórica, que sirvió de eslabón entre los tiempos prehistóricos y los más remotos orígenes de la civilización actual.

Conforme á los hechos apuntados anteriormente, la *Arqueología* divide la serie de los siglos en cuatro Edades:

- 1.ª — Edad de piedra labrada, ó sin pulimentar.
- 2.ª — Edad de piedra pulimentada.
- 3.ª — Edad de bronce.
- 4.ª — Edad de hierro.

Estas Edades son muy desiguales en su extensión: se cree, así, que la edad de piedra simplemente labrada duró cien veces más que cualquiera de las otras. Queda, sin embargo, demostrado que los pueblos y las razas, abandonados á sí mismos, han debido pasar sucesivamente por ellas, aunque no en momentos simultáneos. La razón es clara: unos pueblos se adelantaron á otros, por mayor perfección orgánica, mayores aptitudes y mejor apropiación del medio. Así, cuando los egipcios empleaban el hierro, los griegos se servían del bronce; y en los demás países, de la piedra simplemente labrada ó con pulimento. Hoy mismo, hay salvajes en Australia que emplean la piedra sin pulimentar. Por otra parte, las conquistas, los descubrimientos geográficos, el contacto y comunicación de unos pueblos más civilizados con los que lo están menos, han permitido que algunos salten, digamos así, por una ó dos Edades para llegar á la que hoy representa el mayor progreso.

A pesar de todos los puntos oscuros que la modernísima ciencia de la *Arqueología* nos ofrece; á pesar de que se ignora cuánto duró cada Edad, cuándo empezaron y cuándo concluyeron en las distintas partes del mundo, como se ignora el proceso sucesivo de estas Edades; á pesar de todo esto, decimos, resultan tres cuestiones, por lo menos, fuera de duda:

- 1.ª — Que el hombre es muy antiguo en la tierra, pues que conoció el mamut y el oso de las cavernas. Su existencia está probada desde el período cuaternario.
- 2.ª — La humanidad salió lentamente del estado salvaje para elevarse al punto en que hoy la vemos; poco á poco perfeccionó sus armas, utensilios y adornos, desde el hacha de pedernal, la aguja de hueso y el collar de dientes de oso, hasta la espada, la aguja de acero y las alhajas de oro.
- 3.ª — El hombre realizó cada vez progresos más rápidos. Las nuevas Edades fueron siempre más cortas que las anteriores.

III.—Forma Epica ó Legendaria.

SE ha dicho ya que la *historia* sólo empezó á serlo desde que hubo hombres bien informados, capaces de relatar los sucesos de que fueron testigos, y esto, como es de suponerse, no pudo verificarse sino hasta que la civilización alcanzó cierto grado de adelanto. Esto no tuvo lugar en la Edad de *pedra*, sino hasta la de *bronce* y principios de la de *hierro*. Apareció entouces el *escrito*, primero en forma de *inscripción*, luego en forma de *libro*. Pero es claro que tal cosa no pudo hacerse violentamente, y fué necesario que transcurriera un período, lleno de sombras, variable en los distintos pueblos, pero permanente y característico en todos ellos. Los sucesos eran transmitidos oralmente de generación en generación, naturalmente desfigurados por la imaginación viva y escasa cultura de pueblos apenas nacidos á la vida intelectual. Las *leyendas* sobre el origen de los pueblos y sobre la significación é importancia de sus antecesores, que convierten en héroes y semidioses, crían cuerpo, se multiplican y adquieren fuerza y belleza. Los poetas se apoderan de ellas, las consignan en sus estrofas impregnadas con el mágico encanto del sentimiento, y aparecen las primitivas *cosmogonías*, y las fábulas acerca del origen del hombre, sus hazañas y misterioso destino.

Brillante época, pero cuanto brillante, desnuda de toda verdad; época que se repite en todos los pueblos, y que hoy no tiene más importancia que como indicio para determinar el carácter, tendencias y sentimientos é ideas de un pueblo ó de una raza. Es epopeya, más que historia.

Todos los pueblos de la antigüedad (y muchos, más próximos á nosotros), en cierto período ó momento de su desarrollo progresivo, han tenido estas leyendas. Mas en ninguno adquirieron, como en el pueblo griego, una importancia y un valor superiores en cierto aspecto á la misma historia. Y es que en ellas encarnó este pueblo su sensibilidad exquisita y su temperamento de artista. Sus reyes y sus héroes son dioses ó semidioses: la expedición de los *Argonautas*, la *guerra de Tebas* y la de *Troya* son episodios semidivinos. Los demás pue-

blas no carecen, sin embargo, de estas leyendas: la fundación de Roma y la historia de sus reyes están sembradas de prodigios; en Asiria, la gran reina *Semiramis* se convirtió en paloma y voló al cielo; en *Escandinavia* sus rudos y sombríos guerreros sueñan en el seno de sus noches eternas con sus *Walkirias*, como el árabe en el ardiente mediodía con sus huríes. Todo es milagro y prodigio en los primitivos tiempos históricos. Y siempre que una conmoción bastante fuerte rompe el hilo de la civilización, tal como sucedió á la caída del imperio romano de Occidente, se repite el mismo fenómeno, y aparecen, como en los tiempos históricos primitivos: las hadas, los mágicos, los encantadores, las hechiceras, los duendes, las hazañas y los milagros.

IV.—Forma Dramática.



MUCHO á poco va despojándose la historia de su carácter legendario, épico y fabuloso, para convertirse en narración verdadera y fiel de las acciones humanas, con brillante colorido dramático y bello; pero con la belleza propia de la verdad. El mundo civilizado es un vasto escenario, en que desempeñan su papel personajes principales y secundarios como en un drama ordinario; pero siempre son reyes, príncipes, papas: los grandes, los *señores*; los acontecimientos son siempre ruidosos; lo que brilla: la pompa, el aparato; pero siempre en la superficie, sin penetrar en lo íntimo de la vida de los pueblos. Las instituciones, las costumbres, las religiones, las artes industriales y las artes bellas son, para este período de evolución histórica, como si no fueran: apenas si se digna pasar su mirada arrogante sobre estos objetos de aparente insignificancia, pero que en realidad contienen toda la vida interna y profunda del hombre.

En este período de evolución de la historia, que alcanza en gran parte hasta el presente, están comprendidas las obras maestras de la antigüedad *greco-romana*. A imitación de estos modelos han sido escritas el mayor número de obras modernas de historia; todo es en ellas *teatral* y grandioso: pintura de personajes célebres;

arengas, discursos, ingeniosas respuestas, anécdotas interesantes en boca de los grandes hombres; y el pueblo, y el espíritu mismo de la civilización, oculto allá entre las sombras, formando como el fondo del cuadro, en que sólo aparecen las figuras de locos, ambiciosos y déspotas. La caridad, el amor, la ciencia y el arte, huyen como avergonzados del brillo, del esplendor ficticio prestados á esas figuras decorativas que llenan en su totalidad la historia dramática, la historia tal como ha sido concebida hasta el presente. Tal es la causa de la revolución que en este siglo de la ciencia se ha operado en la historia.

V.—Historia Científica ó positiva.

PARA hacer una ciencia de los estudios históricos, es necesario determinar los hechos, averiguar su autenticidad y naturaleza, sus causas y sus efectos, así como la importancia y significación que puedan tener en la cultura y mejoramiento moral del hombre. Determinar las leyes que rigen los diversos fenómenos sociales bajo la ley primordial y superior del perfeccionamiento indefinido del hombre y del progreso general de la humanidad, parece ser la tarea á que la historia se consagra en nuestro tiempo, de acuerdo con la doctrina rigurosamente científica de la *evolución*.

La historia científica no desecha ninguna de las formas apuntadas anteriormente: ni la *legendaria*, ni la *dramática*, ni menos aún la *conjetural* ó *hipotética*, que es una de sus más brillantes creaciones. No desecha con preocupaciones sistemáticas ninguna de aquellas formas; sino que une y combina los elementos sanos que halla en todas: la *leyenda*, para desentrañar el espíritu y tendencias del pueblo que la creara; los grandes actores, los grandes hechos, las revoluciones, conquistas y catástrofes sociales, los acepta para explicar su enlace y filiación con los sentimientos, costumbres, ideas y creencias; ocurre, en fin, á las *conjeturas* y *suposiciones*, para reconstituir los hechos escapados á la memoria de los hombres, inferir las causas, conjeturar los efectos: para

llenar lo vacío del *relato*, rectificar lo fabuloso, ratificar lo verdadero, é informar con el recto criterio de la razón la historia entera de la humanidad.

Siguiendo este criterio, la historia estudia los caracteres físicos del hombre, los de las razas y sus principales divisiones (antropología y etnografía), las leyendas y los libros (paleografía), los monumentos (arqueología), las inscripciones (epigrafía), y las lenguas (lingüística). Estas son, en efecto, las *fuentes* de la historia; de ellas brotan y manan los conocimientos que tenemos de los pueblos antiguos y modernos. Breves palabras bastarán para mostrar en síntesis sus datos.

La *antropología* y la *etnografía* muestran las diferencias que separan los diversos grupos humanos, según los caracteres físicos y morales de los hombres que forman estos grupos. Las principales razas son:

- 1.ª—La blanca, que puebla la Europa, el norte de África, el oeste de Asia y la mayor parte de América.
- 2.ª—La amarilla, que habita el Asia oriental y una pequeña parte de Europa.
- 3.ª—La negra, que ocupa el África central.
- 4.ª—La colorada ó rojiza, de que forman parte los Pícles Rojas que aún subsisten en América.

Cada una de éstas se distingue por la estatura, la forma de los miembros y de la cabeza, los rasgos fisonómicos, el color de los ojos y del pelo, y también por el idioma, la inteligencia y los sentimientos. En lo general, los pueblos civilizados pertenecen á la raza blanca; solo los *chinos*, pueblo de raza amarilla, han llegado por sí mismos á crear una industria, un gobierno y una civilización particular; pero su situación en el remoto Oriente y sus escasas relaciones con los demás países, han impedido que ejerzan en el mundo la influencia que otros países más pequeños han ejercido. Actualmente el Japón, después de sus victorias sobre la China, es el pueblo de raza amarilla más poderoso.

Las primeras civilizaciones se constituyeron por grupos de la raza blanca en los confines de Asia y África: los egipcios en el valle del Nilo; los caldeos en las llanuras del Eufrates. No se ha podido determinar la rama étnica á que pertenecieron estos pueblos, de vida sedentaria y pacífica, formados por hombres de cutis obscuro cabellera corta y poblada, y gruesos labios. Los autores los llaman *Kuschitas* y *Camitas*, y todos ad-

miten que con ellos comienza la era histórica de la humanidad. Pero á contar del siglo veinticinco antes de Jesucristo descendieron de las montañas de Asia unas bandas de pastores belicosos. *Aryas* y *Semitas*, que desde entonces hasta el presente no han dejado caer de sus manos «el cetro de la civilización.» Estas dos ramas de la raza blanca tienen los mismos caracteres: cara oval, facciones regulares, cutis claro, cabellera abundante, ojos grandes, labios delgados y nariz recta. Los semitas venían de Armenia; los *aryas* descendieron de las altas mesetas situadas junto del Himalaya. Unos y otros, que sólo se distinguen por el carácter de la inteligencia, de sus sentimientos y su idioma, formaron, y forman en gran parte, las naciones más civilizadas del globo. A los *Semitas* ó *Semíticos* pertenecen: los *fenicios* y cartagineses, los audaces marinos y ricos comerciantes del mundo antiguo; los *judíos* ó pueblo de la religión, y los *árabes*, activos y pujantes en la guerra. A los *Aryas* ó *Arias* corresponden: los *hindús* ó *indostánicos*, pueblo de las concepciones filosóficas y religiosas; los *griegos*, «creadores del arte y de la ciencia;» los *persas* y *romanos*, pueblos belicosos, activos y políticos, que organizaron los primeros en Oriente, y los segundos en Occidente, los más vastos imperios civilizados de la antigüedad. A los *Aryas* pertenecen también los *celtas*, *germanos* y *eslavos*, que con las naciones neolatinas, constituyen los pueblos más civilizados actualmente. La historia comienza con los *egipcios* y *caldeos*; pero á partir del año 2,500 antes de Jesucristo, se convierte en relación de los sucesos realizados por los pueblos *semíticos* y *aryas*. Muchos puntos oscuros se encuentran aún en la historia de las razas y de su civilización; pero lo que se sabe basta para constituir ciertas afinidades por medio de la *lingüística*, y dejar probados muchos sucesos ignorados.

Otra fuente de la historia, y sin duda la más importante, es la *paleografía*, ó sea la interpretación de leyendas y libros. De casi todos los pueblos, en efecto, se saben leyendas, y muchos de ellos dejaron libros sagrados, poemas, discursos é historias. Sin embargo, los asirios y fenicios no dejaron ningún libro, y de otros pueblos son escasos y difíciles de interpretar.

En cuanto á los monumentos, hay que recordar su importancia y significación para la historia, que puede

llegar hasta dilucidar mejor que un ¹⁸²⁶texto incompleto ó mal interpretado, la naturaleza de una civilización, el adelanto en las artes, las competencias científicas. Los monumentos son de diversas clases: templos, palacios, tumbas, fortalezas, puentes, acueductos, arcos de triunfo, etc. Las pirámides de Egipto, por ejemplo, nos enseñan algo del carácter de aquella sociedad sólidamente constituida, despóticos y pacientísimos; y nos revelan al mismo tiempo sus conocimientos en geometría y en mecánica, y su habilidad arquitectónica. Las de Cholula y Teotihuacán son, buena prueba de las afinidades de raza y de civilización entre dos pueblos que habitan, tal vez al mismo tiempo, los dos extremos del planeta. Los toros coronados de Asiria y de Persépolis, las ruinas soberbias del Partenón, en Grecia, los obeliscos y colosos de Tebas, el Coliseo romano, las ruinas del Palenque, y de Mitla, son monumentos que hablan á los ojos con más claridad y viveza que la historia y la tradición, y que nos enseñan acerca de los pueblos que las levantaron el carácter, el espíritu mismo de sus artes, en cierto modo de sus costumbres, de todo aquello, en fin, que nos muestra incompletamente el libro y la leyenda. Este siglo ha visto resurgir de entre las cenizas una ciudad entera. En el primer siglo de la era cristiana, «el volcán del Vesubio vomitó y lanzó una lluvia de cenizas, sepultando así súbitamente á Pompeya y á Herculano;» ésta, fué destruída enteramente por la lava; aquélla, se conservó intacta bajo la ceniza. A medida que son retiradas las cenizas, Pompeya aparece tal como era hace diez y nueve siglos, con los surcos abiertos en sus calles por las ruedas de los carros, con sus inscripciones, dibujos y pinturas de sus dioses y sus héroes, los muebles y utensilios, monedas y comestibles. Esto ha enseñado algunos hechos relativos á las costumbres romanas, y que pasaron inadvertidos al mismo Tácito, el escritor más concienzudo de la antigüedad.

La *epigrafía*, otra ciencia auxiliar de la historia, se refiere á la interpretación de escritos no contenidos en los libros, sino en los mismos monumentos de que se ha hablado. Unos consisten en placas conmemorativas de grandes hechos de un conquistador ó rey, tal es la inscripción que lleva el monumento de Ancira, en que el emperador Augusto relata la historia de su vida;

otros, son epitafios grabados en las tumbas: las hay, en fin, que son verdaderos carteles, análogos á los bandos modernos que contienen una ley ó reglamento. La mayor parte de estas inscripciones están en idiomas desconocidos hoy enteramente, á excepción del latín, en que están contenidas las inscripciones de las catacumbas, cuyo estudio ha hecho nacer una nueva rama de la historia: la epigrafía cristiana. Para descifrar las inscripciones contenidas en los ladrillos de Babilonia y Nínive en caracteres cuneiformes, y los geroglíficos egipcios, han sido necesarios todo el celo y toda la sagacidad de Rawlinson, Hincks, Opert, Menant, Champollion y Lenormand. Los pueblos y los idiomas han perecido, y sólo por semejanzas remotas con las lenguas conocidas actualmente han podido reconstruir gran parte de la historia, perdida en el seno de tantas ruinas. . . . La epigrafía y la lingüística se dan, pues, la mano, y contribuyen mancomunadamente al esclarecimiento de hechos importantísimos para la historia.

Con estos datos, la historia científica avanza más y más cada día, y aunque permanecen muchos puntos hundidos en el misterio de las primeras edades, hay todavía vastos campos que explorar y nuevos tesoros con que enriquecer la ciencia del hombre. Las conquistas hechas en este terreno, y que no pueden perderse ya, servirán de núcleo y estímulo, á un tiempo mismo, para otras mayores que eleven á su perfección esta ciencia trascendental é importante.

VI. — Grandes Divisiones de la Historia.

FORMADO el concepto de la historia, tal como hoy es comprendida, procede ahora dividirla en un cierto número de épocas, marcadas con el carácter propio, é individual sello que las distingue. La civilización es en cada una de estas épocas uniforme y común para los distintos pueblos, por diversos que sean los sentimientos, ideas, creencias y aspiraciones: diríase que habfan sido fundidos en un mismo molde. Luego viene uno, ó varios, de esos grandes acontecimientos

que cambian la faz de la civilización, y señalan nuevos derroteros al progreso. Entonces, con el cambio operado en las costumbres é ideales de la humanidad, aparece una nueva época en la historia.

Así todos los pueblos de la antigüedad: egipcios, iracaldeos, fenicios, judíos, hindúes, persas, griegos y romanos, á pesar de sus diferencias aparentes y reales, son tan semejantes en sus creencias, instituciones y costumbres, que no es posible separar sus leyendas y su historia, puesto que forman un mismo asunto. En efecto, los dioses de Grecia y Roma tienen su origen en Oriente: el culto del *hogar* en Occidente no es más que el culto tributado al *fuego* (agni), por el indostánico arya, y el culto á la *luz* del pueblo persa. Las instituciones, sean teocracias, como en el Egipto y la Judea, imperios militares, como en Persia, ó repúblicas, como en Grecia y Roma, tienen siempre por base las castas ó la esclavitud. Las costumbres, derivadas de creencias é instituciones comunes, debían ser semejantes en todos estos pueblos desde las riberas del Ganges hasta el Mediterráneo. Por tales razones se ha hecho de esta época una gran división de la historia, con el nombre de *Historia antigua*, y que comprende desde los tiempos más remotos hasta la disolución del *Imperio romano de Occidente*. [476 de J. C].

Con el triunfo definitivo del cristianismo, la invasión de los bárbaros y destrucción del Imperio romano, comienza una nueva faz de la civilización, pues que las creencias, las instituciones y las costumbres cambian radicalmente. Los nuevos pueblos y naciones que forman aquellos rudos habitantes, contienen en germen el progreso moderno. Una nueva creencia, nacida en esa fecunda Asia, tan fértil en creencias portentosas, se apodera del espíritu de los bárbaros y le dirige magistrosamente hacia la independencia y libertad individual. El gobierno convertido en máquina del Imperio desaparece en el seno de la transformación que sufren la sociedad y las costumbres: el *esclavo* se convierte en *siervo*, el *funcionario* en *caballero ó Señor*. En Oriente, el Imperio bizantino y el árabe conservan el saber antiguo, mientras que el mundo Occidental parece descender á la barbarie. Sin embargo, poco á poco se eleva, con el ejemplo de los árabes y los restos de la civilización antigua, hasta que una serie de inventos y des-

cubrimientos señala una nueva faz de la civilización, comunicando un nuevo impulso al espíritu humano. Este período, mal determinado ciertamente, comprende cerca de mil años [de 476 á 1,453], y se llama propiamente *Edad Media*, porque sirve como de eslabón intermediario entre la historia de los progresos del mundo antiguo y el moderno.

Mas, en ninguna época sufrió la sociedad transformación más radical y profunda que en aquel período memorable en que una serie de inventos y descubrimientos magníficos, revelaron á la conciencia humana su fuerza, y le mostraron nuevos y amplísimos horizontes, en que pudiera moverse libremente. No solo ya las creencias, las instituciones y las costumbres, variaron en su naturaleza y en sus fines, sino que la misma inteligencia y el sentimiento mismo del hombre, parecen haberse modificado, así como la concepción de la vida. La ciencia se constituye conforme á sus verdaderos fines; el arte se renueva ó renace; la industria y el comercio adquieren ese desarrollo prodigioso, en que envuelven como una faja al planeta, y aumentan el bienestar y las comodidades á proporción que se eleva el espíritu. . . . Y, en verdad que sorprende cuán pocas cosas bastaron para transformar el mundo: «una mezcla de azufre, de salitre y de carbón; una aguja que gira en un plano horizontal; un Imperio que se derrumba en Oriente; una lámina de celulosa en que dejan su huella multitud de signos que obedecen á los giros incontables de la idea y á los innumerables matices del sentimiento; una carabela perdida entre las olas del Atlántico, y que toca, por fin, las playas de un nuevo Continente. . . . El impulso dado en aquella época ha crecido en las siguientes, de manera que cada siglo, y podría decirse que cada año, aumenta el caudal legado por los anteriores, y ensancha el campo de las aplicaciones científicas. La naturaleza aparece cada día más y más dominada por el trabajo inteligente del hombre, y se ve que es más rápido y seguro. Tal es, en síntesis, el carácter dominante que ofrece el último período de la historia, ó sea la *Historia moderna*, que comprende desde mediados del siglo XV hasta el presente. Mas por ser muy importantes los sucesos relativos á la *Revolución francesa*, origen de los gobiernos constitucionales, se ha hecho una división de la *Historia moderna*, en *moderna*, propiamente

te dicha, y *contemporánea*: la primera relata las vicisitudes de los pueblos modernos desde la caída del Imperio de Constantinopla hasta la *Revolución*; la segunda, se refiere principalmente al siglo XIX.

LIBRO PRIMERO.

HISTORIA ANTIGUA.

SECCION PRIMERA.

PUEBLOS ANTIGUOS DE ORIENTE.

CAPITULO I.

EGIPTO.

I.—Antigüedad de la civilización egipcia.

HERODOTO, historiador griego, visitó en el siglo V antes de Jesucristo, el Egipto, ya célebre para aquella remota época entre los compatriotas del gran escritor. Diódoro y Estrabón, algunos siglos después lo estudiaron también, transmitiéndonos en sus escritos las condiciones geográficas, y las costumbres, los trajes y la religión de los habitantes de aquel país. Describen minuciosamente las inundaciones del Nilo y hasta las leyendas que privaban entre los personajes más cultos. Pero todos estos historiadores y geógrafos conocieron la antigua civilización egipcia en plena decadencia. La expedición de los franceses á Egipto vino á marcar en la historia de este país una era nueva y á dar origen á la *arqueología*. Los sabios franceses que hicieron aquella expedición memorable contemplaron las pirámides, examinaron las tumbas, recogieron las reliquias conservadas por más de 3,000 años, desenterraron los obeliscos, los palacios y los templos de Tebas y de Menfis, y leyeron las inscripciones, descifrando los jeroglíficos.

Este último honor pertenece á Champollión, sabio francés, nacido en 1,790. Los jeroglíficos están escritos en *copto*, ó en un idioma muy parecido á éste, que era el que hablaban los egipcios en la época en que los conocieron los griegos y los romanos. El sabio, por una serie de comparaciones ingeniosas con otros idiomas, llegó á formar un alfabeto, que le permitió leer estos jeroglíficos. Otros muchos, entre ellos Mariette y Maspero, se entregaron á estos estudios, y fundaron con los objetos que extrajeron de las escavaciones practicadas en Egipto, el museo de Bulaq. Debido á los trabajos de estos arqueólogos, son tantos hoy los objetos de todas clases que se han reunido, tales como armas, telas, muebles, provisiones, etc., que es fácil formarse una idea cabal de las costumbres, organización política y social, religión y artes de aquel pueblo antiquísimo.

Desde entonces, todo lo que no estaba contenido en los relatos de Herodoto ha podido saberse, y aun mucho de lo que está contenido en ellos, ha podido ratificarse. Las estatuas, pinturas, é instrumentos que se encuentran en las tumbas, muestran la civilización de aquel pueblo, en una época en que todas las naciones después ilustres, hindúes, persas, griegos y romanos, permanecían sumidas en la barbarie. Desde esa época, 3,500 años antes de Jesucristo, los egipcios sabían cultivar la tierra, tejer telas, trabajar los metales, pintar, esculpir y escribir. Tienen un rey, gobierno bien organizado, una religión y un culto muy complicado.

Lo que muestra más claramente el grado superior de aquella civilización son las pirámides y las ruinas de *Menfis* y de *Tebas*. Las pirámides, situadas cerca de *Gizech*, á inmediaciones del *Cairo*, son tumbas de los reyes de la cuarta dinastía; la mayor, mandada edificar por *Keops*, mide 147 metros de alto y exigió el trabajo de 100,000 obreros, durante 30 años. Para elevar las piedras hasta esa altura se cree que construían calzadas de suave pendiente, que demolieron. *Menfis*, edificada por *Menés*, primer rey de Egipto, ocupaba un lugar muy próximo á la actual ciudad del *Cairo*, tanto que los habitantes de ésta empezaron, desde el siglo XIII, á coger las piedras de aquellas ruinas colosales para construir sus casas en la ciudad moderna. Las ruinas de Tebas, por el contrario, están aún patentes. Son inmensas; dos pueblos modernos, *Luqsor* y *Karnac*,

situados á media hora de distancia, están edificados en medio de esas ruinas. Ocupan doce quílómetros y se extienden por ambas márgenes del Nilo. Hay hileras de esfinges, aun intactas, y templos grandiosos que han sido reconstruídos idealmente. El mayor de estos templos debió ser el de *Ammón*, cuyo recinto presenta 2,300 metros de perímetro. Tebas fué durante 1,500 años la capital y la ciudad santa del Imperio.

II.—Gobierno y organización social.

L rey de Egipto, durante las 26 dinastías que duró el Imperio, era considerado como hijo del dios *Sol*, como la imagen de éste sobre la tierra. Los libros hebreos le llaman *Faraón*. Es dueño absoluto de los habitantes, á quienes manda según su antojo: tanto á los dignatarios y grandes señores de la corte, como á los guerreros, cultivadores, artesanos y comerciantes. Solo los sacerdotes, al adorarle como divinidad, le rodean, le vigilan, y en ocasiones llega el gran sacerdote de Ammón á tener más autoridad que el rey. El gobierno es una Teocracia.

Como en todos los imperios antiguos, el rey, los sacerdotes, los señores, los guerreros, eran los únicos propietarios; el resto de los habitantes no hacía más que trabajar para sus dueños; y como estaban sujetos á los caprichos del señor, en realidad todo el pueblo constituía un rebaño de esclavos. Los impuestos son cobrados de un modo brutal, sin compasión alguna; y el que no tiene para pagar lo que le exigen, lo atormentan hasta matarlo. Se conservan escritos, en que testigos presenciales relatan las iniquidades cometidas por los funcionarios y empleados del antiguo Imperio con los cultivadores y artesanos.

Este despotismo era tanto más fácil, cuanto que el pueblo egipcio se distinguió siempre por su carácter suave, indolente y dócil como un niño. No había más de educación y de gobierno que la vara. Este es el secreto, según *Máximo du Camp*, de esas colosales construcciones, cuyas ruinas asombran á los mo-

dernos visitantes. Ahora bien, como los antiguos no disponían de los medios de construcción de que disponen los hombres actualmente, claro es que sólo un régimen opresivo y despótico pudo hacer que el pueblo realizara esos trabajos ciclópeos.

Los egipcios no constituían un pueblo de marinos, ni una nación militar. Sin embargo, en tiempo de los reyes de la última dinastía, *Psamético* y *Nekao*, [656 á 526 antes de J. C.], poseyeron marina; y se dice que este último emprendió la obra del *Canal de Suez*, que al siglo XIX tocaba realizar. Los ejércitos fueron siempre muy medianos. El único rey conquistador fué *Ramsés* ó *Sesostris*, que llevó sus armas victoriosas por varios países de Asia y relató sus hazañas en el obelisco de *Lugosor* que hoy adorna la plaza de «La Concordia» en París. Pero, en general, el Egipto fué un país pacífico, que no pudo resistir á los conquistadores: á los persas [en 526 a. de J. C.], á los griegos [en 332], y á los romanos en el año de 30. Ya para entonces no existía la antigua civilización, que se extinguió lentamente durante la dominación griega.

III.—Religión de los Egipcios.

COMO todos los pueblos antiguos, los egipcios eran muy religiosos. Al principio, durante las primeras dinastías, [las cuales residieron en *Menfis*.] la religión fué muy sencilla. Crecían en un dios=*sol*, creador y bienhechor. «que existe desde el principio, y que todo lo sabe.» Este dios tiene una mujer y un hijo, divinos como aquél. Siempre adoraron esta *trinidad*, aunque con diferentes nombres: *Pha*, *Sekel*, & *Imulhés*; *Osiris*, *Isis* y *Horo*; *Amón*, *Mulh* y *Chons*. Todas sus primitivas leyendas religiosas se refieren á ellos. «*Osiris*, [el sol], fué muerto por *Set*, dios de la noche; *Isis*, su mujer [la luna], lo llora y le da sepultura; *Horo*, su hijo [el sol naciente], lo venga, destruyendo las tinieblas de la noche.» *Ammón*-*Ra*, divinidad del culto más complicado de *Tebas*, es representado atravesando diariamente el cielo en la

barca del tiempo; el dios, armado, se mantiene en la proa; sus enemigos huyen espantados».

Algún tiempo después, los egipcios comenzaron á representar á sus dioses bajo diversas formas: primero en la más natural, que es la humana; luego, en la de un animal. *Pha*, por ejemplo, se encarna en el *escarabajo*; *Osiris* en el *buey*, y *Horo* en el *gavilán*. Y para mayor refinamiento, idearon en seguida unir las dos formas: la humana y la irracional, con lo que constituyeron una de las mayores aberraciones á que han llegado los hombres en materia de religión. Así, á *Horo*, por ejemplo lo representaban bajo cuatro formas; la de hombre, de gavilán, de hombre con cabeza de gavilán, ó de gavilán con cabeza de hombre. Lo mismo lo hicieron con las demás divinidades, hasta que llegaron á confundir el signo con la cosa significada, é hicieron dioses de los animales, convirtiéndolos en objeto sagrado del culto. El más venerado era el buey, que representaba á *Osiris*; los sacerdotes lo cuidaban y mantenían en un templo; al morir lo embalsamaban, depositándolo luego en un sepulcro. El *Serapeum*, recientemente descubierto por Mariette, es el monumento gigantesco, formado por las tumbas del buey *Apis*, de los bueyes convertidos en divinidades por la superstición de los antiguos egipcios.

Los egipcios también veneraban á los muertos; pero, como en la religión y el culto en general, variaron las creencias respecto del destino del hombre en la vida futura. Primero creyeron que el hombre tenía un *sustituto*, un *segundo*, que continuaba viviendo en la tumba donde fué depositado el cadáver. Cada tumba es, así, un aposento, con mobiliario, comestibles, estatuas, pinturas y manuscritos. He aquí, según Lenormand, la inscripción grabada en las tumbas del antiguo imperio: «Rogamos á *Osiris* conceda alimentos, vestidos y perfumes, provisiones de todas las cosas buenas y puras de que se sirve el dios, al *Ka*, [el segundo], del difunto N.» Más adelante, los egipcios supusieron que el alma abandona el cadáver, y que va á encontrar á *Osiris* debajo de la tierra. Allí el dios la sujeta á un juicio riguroso, ante un jurado compuesto de 42 jueces; pesa sus acciones en la balanza de la verdad, y si resulta *perversa*, la condena á la tortura durante siglos, después de los cuales es aniquilada; si, por el contrario, es *bucna*, el alma camina á través de los espacios,

hasta que acaba por confundirse con los dioses. La costumbre de conservar los cadáveres se deriva precisamente de esta creencia, pues que durante la prolongada peregrinación, en la que era sometida á diversas pruebas, podía el alma desear de nuevo animar el cuerpo. Por esto llenaban el cadáver de aromas, le daban un baño de salitre, lo envolvían en telas y lo depositaban en un ataúd de madera ó de yeso.

La moral derivada de la religión egipcia está contenida en el libro ó *manuscrito de los muertos*, que los deudos depositaban con el cadáver en la tumba. Véanse los principales preceptos: «No engañar á nadie; no quebrantar las leyes y costumbres; no estar ocioso; respetar y honrar los muertos, los animales sagrados y los objetos del culto; ofrecer á los dioses sacrificios, practicar las ceremonias, en suma: ser sincero, honrado y benéfico».

IV.—Artes Industriales y Bellas.

POR las pinturas, los muebles, las telas, las estatuas y los manuscritos, se puede afirmar que los egipcios fueron los primeros que practicaron las artes necesarias á un pueblo civilizado. En efecto, las pinturas que se encuentran en las tumbas de reyes ó grandes señores, muestran á los hombres trabajando la tierra, sembrando, recogiendo el cereal; rebaños de animales domésticos: bueyes, carneros, parvadas de patos y gansos; grupos de personas sumuosamente vestidas, procesiones y fiestas. Hay objetos bien trabajados, de oro, plata y bronce: joyas y armas; artefactos de vidrio, loza y esmalte; en fin, telas de lino, lana, telas transparentes y bordadas de oro. Ahora bien, estas tumbas pertenecen á tiempos muy antiguos, mucho anteriores á la conquista persa (siglo VI a. de J. C.); puesto que ya para entonces, aquella civilización estaba en plena decadencia. Se necesita remontarse á la salida de los hebreos en 1,656 a. de J. C., ó mejor á la llegada de los hijos de Israel al Egipto (2,200) para tener idea de los esplendores de un Imperio magnífico que tenía para esta época más de mil años.

Los egipcios fueron los primeros que construyeron

magníficos monumentos arquitectónicos en el mundo, monumentos gigantes que parecen eternos. Aun se mantienen en pie las *pirámides*, testigos mudos de una civilización que existía hace más de 5,000 años: sepulcros que los orgullosos monarcas mandaron construir para perpetuar su poderío y grandeza. Miles de pirámides más pequeñas dispuestas en filas, y miles de sepulcros abiertos en las rocas, forman la vasta y suntuosa ciudad de los muertos (necrópolis), de modo que aquel país es un inmenso sepulcro... El carácter colosal de esta arquitectura se muestra también en los palacios y en los templos. Muestras inequívocas de ello son en las ruínas de Tebas los aposentos y la enorme sala *hipóstila* de 102 metros de largo por 53 de ancho, sostenidos sus techos por 134 columnas, 12 de ellas de 20 metros de alto. Los templos se componen de un santuario en que reside el dios, y de una vasta reunión de edificios, patios y jardines, en que vivían los sacerdotes y en que depositaban sus joyas, utensilios y ropas. Todo rodeado de una muralla. Delante del monumento hay una puerta de *planos inclinados*, llamada *pilono*; á los lados, dos agujas de piedra con la punta dorada, los *obeliscos*, ó dos colosos que representan un gigante sentado. Una extensa calzada, con *esfinges* de piedra en dos filas, conduce á la puerta del templo. «Todo es en esta arquitectura corto, robusto y ancho; todo es pesado é indestructible».

Los escultores comenzaron por esculpir montañas: tal es la *esfinge*, que se halla junto á la base de la gran pirámide, la de *Keops*. Afecta toscamente la forma humana en la cabeza y el busto, estando el resto hundido en la arena. Pero la verdadera escultura nació al lado del templo. Las primeras estatuas eran muy sencillas: «admirables», dice un autor, «llenas de vida y de verdad.» Se conservan algunas de éstas, como el *escríbano sentado* del Museo del Louvre. Mas, ahogado el sentimiento artístico y restringida la libertad del escultor, poco á poco fueron perdiendo sus obras la inspiración y la gracia, convirtiéndose en amaneradas y frías. Todas las estatuas, á partir de entonces, tienen las piernas paralelas, los pies juntos, los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro inmóvil. Esto parecía más propio y noble á la religión; pero se había dejado de imitar la naturaleza, y el arte perdió sus cualidades esenciales: la belleza y la verdad.

Cuanto á la *pintura*, puede decirse que no existía entre los egipcios. Es verdad que sabían preparar colores muy firmes y vivos, pues que se conservan aún después de 5,000 años; pero desconocían la perspectiva, las sombras y los tonos, sin lo que el *arte pictórico* no puede ser. Así es que daban un colorido uniforme á las figuras situadas en un mismo plano. La *literatura*, aunque abundante, ha tenido poca influencia, á causa de estar escrita en idioma desconocido, y en jeroglíficos casi indescifrables. La mayor parte consta de himnos ó cánticos religiosos, oraciones, preceptos morales, y poemas heroicos ó relatos de viaje. En esta misma literatura están comprendidos sus escasos conocimientos en *medicina* y sus nociones prácticas de *geografía*, *geometría* y *mecánica*.

CAPITULO II. CALDEA Y ASIRIA.

I.—Origen de la civilización Asirio-Caldaica.

EN la llanura interceptada por el *Tigris* y el *Eufrates* se unieron, desde tiempos muy remotos, razas diversas de distintos orígenes: *Chamitas* procedentes del *Egipto*; *Turanios* del centro del Asia, y *Semitas* ó *siro-arabes*, que bajaron de las montañas de Armenia. Como ocupaban una fértil llanura, y eran de tiempo atrás cultivadores, pronto se civilizaron. Poco se sabe de este primitivo Imperio. Las escavaciones hechas en estos últimos años han permitido descubrir grandes ruínas, que acusan una civilización floreciente en tiempos remotísimos; pero las inscripciones son escasas, y no han sido bastantes estos documentos para constituir la historia de *Caldea*. Los asirios, que habitaban al oriente del *Tigris*, formaron un Imperio belicoso y potente, (siglo XIII a. de J. C.) que en breve tiempo se apoderó de la *Caldea* y demás reinos limítrofes.

Sobre la fundación de *Nínive*, y sobre las hazañas de sus monarcas, solo se sabían leyendas y relatos fabulosos. *Diódoro de Sicilia* cuenta minuciosamente las consejas relativas a *Nino* y *Semíramis*. El primero fundó a *Nínive*; la segunda conquistó el Asia, sometió el Egipto y transformada en paloma voló al cielo. En este lamentable estado se hallaban los estudios históricos relativos al Imperio asirio, cuando Mr. *Botta*, cónsul de Francia en *Mosul*, descubrió los escombros de un inmenso palacio, formando una colina ó montículo cubierto de arena. Fué posible contemplar los toros de piedra con rostro humano coronado, y con alas desplegadas en el cuerpo: las paredes cubiertas de bajo-relieves, de estatuas é inscripciones. Las ruínas se extienden por 43 kilómetros de circuito, en forma de cuadrilátero.

Lo más importante de este descubrimiento arqueológico ha sido la revelación de una nueva forma de escritura en que cada letra está constituida por una reunión de signos *cuneiformes*, semejantes á un punzón ó cuña. Las grababan en arcilla blanda, que luego endurecían al calor. Los sabios han puesto singular empeño en descifrar la extraña escritura, y ya para hoy han logrado tener datos ciertos acerca de la primitiva historia de Asiria. Las dificultades han sido mayores aquí que en los jeroglíficos egipcios: porque los signos son á la vez *simbólicos* y *silábicos*, esto es, significan, ó una palabra ó una sílaba: porque hay muchos parecidos, y porque uno mismo puede expresar sílabas y palabras diferentes. A pesar de estas dificultades, los arqueólogos y lingüistas comparan las inscripciones con las de los idiomas *medo* y *persa*, ya conocidos, y de este modo han logrado constituir la verdadera historia del Imperio asirio.

II.—Organización política y social.

COMO todos los pueblos orientales, entre los *asirios* el rey era el representante de un poder, de que apenas podemos formar idea en la actualidad. Todos sus súbditos le deben completa obediencia y ciego acatamiento: los reúne á su capricho, y los lanza contra los pueblos y los imperios que el orgulloso monarca

quiere snjetar ó destruir. Esta es la razón de esas expediciones sangrientas y crueles, que los reyes relatan luego con marcada complacencia, como si gustasen del incendio, del pillaje y la matanza. Lo cierto es que así parece ser todo este pueblo, guerrero y feroz por excelencia. Los bajo-relieves los representan siempre á caballo, armados con el arco y la lanza: los de *Nínive* son verdaderos boletines de campaña en que *Azurnazir*, *Teglatfalazar*, *Azurbanipal* y *Senaquerib*, narran las devastaciones, incendios, suplicios y matanzas, de que se jactan. Véase uno de estos boletines: «Pasé como un huracán devastador,» dice *Senaquerib*, (siglo VII a. de J. C.), «los arneses y las armas nadaban en la sangre de los enemigos. Amontoné á modo de trofeos los cadáveres de los enemigos, y mutilé y corté las manos á los prisioneros.»

Este régimen acabó por cansar á los pueblos sometidos; estos se rebelan sin cesar, hasta que por fin los crueles dominadores agotan sus fuerzas, y los babilonios unidos á los *medas*, destruyen á *Nínive* (625 a. de J. C.). «*Nínive*, el antro de los leones, la ciudad sanguinaria, llena de rapiña, ha perecido,» dice el profeta, «¿quién podrá sentir compasión por ella?...»

Sobre el aniquilado Imperio asirio se levantó el *babilonio* en el país de la vieja *Caldea* ó *Mesopotamia*, con *Babilonia* por capital, á orillas del *Eufrates*. Su período fué corto, (de 625 á 538), pero brillante. En 87 años sometió á *Susa*, *Siria* y *Judea*. El más poderoso de sus reyes, *Nabucodonosor*, destruyó á *Jerusalén* y llevó cautivos á los israelitas. Ya los profetas lo habían anunciado con estas palabras puestas en boca del Eterno: «Voy á exaltar á los caldeos, nación cruel y móvil, que recorre los países para apoderarse de las moradas de sus habitantes. Sus caballos son más ligeros que leopardos, y sus ginetes volarán como el águila que cae sobre su presa.» Reconstruyó á *Babilonia*, é hizo de ella la ciudad de las maravillas. (1) Elevó á un lado de su

(1) Heródoto, que la visitó en el siglo V., la describe minuciosamente. «Estaba rodeada,» dice, «por un recinto cuadrado, que el *Eufrates* dividía en dos partes: las murallas presentaban grueso suficiente para que pudiera andar por ellas un carro; tenía, además, muchas torres y cien puertas de bronce. Al rededor había un foso profundo, siempre lleno de agua. Las calles se cruzaban en ángulo recto, y las casas tenían 3 ó 4 pisos. Los famosos *jardines suspendidos*, eran alamedas plantadas de árboles, sostenidas por columnas, y superpuestas por pisos.

capital el templo de las siete esferas del mundo, dedicado á los siete planetas; estaban las torres pintadas del color que la religión atribufa á cada uno de aquéllos. Hoy los arqueólogos apenas pueden encontrar el emplazamiento de aquella ciudad colosal, que no ha dejado más vestigios que enormes montones de tierra y de escombros, que simulan colinas naturales.

Poco sabemos de la organización social y de la vida íntima de este pueblo, sino es por relaciones incompletas de Herodoto. La principal clase social era la de los guerreros, sobre todo entre los asirios; mientras que en los caldeos, la de los sacerdotes. La mujer era esclava, y según cuenta el ilustre griego «vendían á las bonitas para dotar con el producto de esta venta á las mujeres feas.» Eso le parece digno de alabanza al gran historiador. El sistema de regadío y los medios de cultivo alcanzaron gran perfección entre los caldeos, que vivían en la feraz y rica llanura de la Mesopotamia.

III.—Religión.

LA religión *asirio-caldaica* parece ser el producto de una mezcla de creencias distintas, pertenecientes á cada una de las razas que formaron por su fusión aquel vasto imperio. Los sacerdotes caldeos, que fueron siempre muy apreciados por su ciencia, lograron constituir un cuerpo único de doctrina. El dios supremo que adoraron, llamado *Ilú* en Babilonia y *Azur* en Nínive, no tenía templos. De él proceden tres: *Anú*, *Bel* y *Nuah*. Los representaban bajo formas diferentes: *Anú*, señor de las tinieblas, bajo la forma de un hombre con cola de águila y cabeza de pescado; *Bel*, como un rey en su trono, pues que es «soberano de los espíritus.» y *Nuah*, «señor de la materia,» bajo la forma de un genio provisto de cuatro alas desplegadas. Por bajo de esta trinidad, los caldeos adoran al Sol, á la Luna y á cinco planetas: Mercurio, Marte, Venus, Júpiter y Saturno; pues en el «cielo transparente de Caldea los astros brillan como divinidades.» De este culto nació la *astrología*,

Los sacerdotes creían que los astros son dioses que ejercen una acción poderosa y decisiva en la vida de los hombres; que todo el que nace viene al mundo bajo la influencia de un planeta, y que este momento decide de su destino: este es el *horóscopo*. Además, lo que pasa en el cielo es signo de lo que sucede en la tierra; un cometa es señal de una catástrofe. Estudiar los astros y sus movimientos fué al principio una superstición, para convertirse con el tiempo en una ciencia: la *astrología* dió origen á la *astronomía*.

Otra superstición que estaba destinada á dar la vuelta al mundo, aunque sin la compensación que trajo consigo la anterior, fué la llamada comunmente *hechicería*: error grosero que consiste en suponer que con ciertas palabras, (palabras mágicas), se puede evocar ó alejar á los espíritus malignos; superstición que estaba destinada á propagarse por todo el *Oriente*, *Grecia*, *Roma* y las naciones modernas, y que aún persiste entre la gente ignorante.

IV.—Artes y Ciencias.

LOS palacios y los templos construídos por los caldeos se han desplomado sin dejar huellas de su arquitectura. La razón de esto es el material de construcción que empleaban, muy deleznable, puesto que la llanura del Eufrates no da otro. Así, las maravillas de Babilonia han venido al suelo, sin respetar las inscripciones. Pero en Asiria se han conservado restos de palacios y de templos, de donde se extraen diariamente los toros con el rostro humano y alas desplegadas, bajo-relieves é inscripciones en ladrillo. Las salas de los palacios asirios eran bajas y estrechas, con azoteas cubiertas de almenas. Los artesonados de maderas olorosas, las paredes con placas de alabastro esculpidas, y los muebles con suntuosas incrustaciones, debían formar en la morada de los reyes y señores un conjunto armonioso.

Las estatuas que se han encontrado en las ruínas de Babilonia y Nínive son escasas y toscas; los monstruos coronados de figura de toro y rostro humano, presentan en éste cierta belleza expresiva, que acusa propiedad y

conciencia en la ejecución. Lo mejor en escultura son los bajo-relieves: verdaderos cuadros en que se encuentran dibujadas muy variadas escenas: batallas, cacerías y ceremonias, todo con tal abundancia y propiedad en los detalles, con tal belleza y verdad, y con tal armonía en el conjunto, que pueden servir de modelos. Los griegos se inspiraron en ellos, y aunque superaron á los asirios en la representación del cuerpo humano, en la de animales no tiene rival el arte asirio-caldeo.

A este pueblo orgulloso y cruel debe la ciencia sus primeros progresos. Los sacerdotes caldeos á fuerza de observar los astros, llegaron á fijar algunos hechos elementales, de que nació después la astronomía. Determinaron el camino del *Sol* y fijaron el *Zodiaco*; la semana de los siete días, en honra de los siete planetas; la división del año en doce meses, del día en veinticuatro horas, de la hora en sesenta minutos, y del minuto en sesenta segundos; crearon, en fin, el sistema de pesas y medidas que adoptaron todos los pueblos de la antigüedad.

CAPITULO III.

LOS JUDIOS.

I.—Origen de la civilización Judaica.

CUANDO los pueblos *semíticos* descendieron de las montañas de *Armenia* á las llanuras del *Eufrates*, una de sus tribus llegó hasta el país del *Jordán*. Esta tribu llamada de los *hebreos* (de más allá del río), llevaba la vida de pastores errantes, viviendo en tiendas y vagando de un punto á otro con sus ganados de bueyes, carneros y caballos, según lo hacen todavía los árabes del desierto. La tribu formaba una gran familia, compuesta del *jefe*, sus mujeres, hijos y servidores. El *jefe* era, á la vez, padre, sacerdote, juez y rey; ha recibido el nombre tradicional de *patriarca*.

La Biblia (el libro), (1), representa á los patriarcas *Abraham* y *Jacob*, como destinados por Dios para formar con sus descendientes un pueblo elegido entre todos los pueblos de la tierra: Abraham celebra alianza con Dios y promete obedecerle; *Jacob* recibe del Eterno la promesa de que será origen de un gran pueblo: «Tu posteridad,» le dice, «será más numerosa que las estrellas del cielo y las arenas del mar.» El mismo libro refiere que Jacob, (llamado también *Israel*, el fuerte), acosado por el hambre, fué á Egipto, donde residía José, uno de sus hijos, vendido por sus hermanos á unos mercaderes (2). José llegó en poco tiempo, á causa de su saber y sus virtudes, á ser «Ministro del *Faraón*» La prole de Jacob creció tanto, que de setenta pronto se convirtieron en 600,000 en estado de llevar las armas.

El rey de Egipto oprimía mucho á estos extranjeros; entonces Moisés (3) recibió de Dios la misión de libertarlos. Un día que guardaba éste su rebaño, se apareció un ángel en medio de una zarza ardiente, (cuenta la Biblia,) y oyó Moisés estas palabras: «Soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: he visto la aflicción de mi pueblo, he oído sus voces contra los que lo oprimen, y he sabido sus sufrimientos. Así es que he venido para librarlos de las manos de sus opresores, para llevarlos al país en que manan la leche y la miel, á la región de los cananeos. . . . Tú sacarás de Egipto á los hijos de Israel, mi pueblo.» Moisés cumplió en medio de prodigios el mandato de Dios (1.625). En el monte *Sinai* recibió la Ley (el Decálogo), y durante cuarenta años vagó con el pueblo en el desierto. Varias veces quisieron los hebreos volver al rico país de donde habfan salido; pero Moisés los mantuvo sumisos, hasta que lle-

(1) Todo lo que se sabe de los judíos está contenido en la Biblia. Consta del *Génesis*, el *Exodo*, los *Jueces*, *Samuel*, los *Reyes*, las *Crónicas*, *Esdras*, *Nehemías*, y los *Macabeos*. Los cristianos le añadieron los *Evangelios*, las *Actas de los Apóstoles*, las *Epístolas*, y la *Apocalipsis*.

(2) Jacob, hijo de Isaac y nieto de Abraham, tuvo doce hijos: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. De aquí las doce tribus de Israel.

(3) Un *Faraón* ordenó el suplicio de los hijos nacidos de hebreos; una madre expuso el suyo en un remanso del Nilo, entre unas cañas. La hija del rey, que fué á bañarse, lo encontró, lo recogió y le llamó Moisés, (salvado de las aguas.)

garon á *Palestina*. El libro de la Biblia que relata esta gran peregrinación es el *Exodo*, que significa *destierro ó salida*.

Al establecerse, los israelitas formaban doce tribus: diez de Jacob, y dos descendientes de José; y eran 601,000 hombres, sin contar los sacerdotes ó *levitas*, que ascendían á 23,000. Pero antes de tratar de su organización política y social, veamos la religión, que hizo de una tribu oscura uno de los pueblos que han ejercido mayor influencia en la humanidad.

II.—Religión.

Lo que distingue á este pueblo de todos los demás pueblos de la antigüedad, es la creencia en un solo Dios, Inmaterial y Creador. «En el principio,» dice el Génesis. «creó Dios el cielo y la tierra, las plantas y los animales, y formó el hombre á imagen y semejanza suyas.» Todos los hombres son la obra de Dios; pero los elegidos entre todos, son los «hijos de Israel,» su pueblo. Al patriarca Abraham, á Jacob, á Moisés, les dice: «Soy el Eterno, el Dios de tus hijos, un Dios fuerte y celoso.» *Jehová* ama y protege á esa raza, su joya más estimada entre todas, y le ofrece hacerla feliz; ella en cambio, le promete adorarlo y servirle como á Legislador, Juez y Dueño.

La ley que el Eterno dictó á Moisés en el monte *Sinai* constituye un Código moral, que añadido á las ordenes divinas contenidas en los cinco primeros libros de la Biblia, (el Pentateuco), completa la organización política y social del pueblo hebreo. Los preceptos del Decálogo se dividen en positivos y negativos: los primeros prescriben lo que debe hacerse como «amar á Dios, respetar á nuestros padres, santificar las fiestas;» los segundos, indican lo que no debe hacerse, y condenan «el homicidio, el adulterio, el robo, la murmuración y la codicia.» Dios, como Señor y dueño de los israelitas, les prescribe las fiestas, (el Sábado, la Pascua, la de las mieses, y la de los Tabernáculos ó de las vendimias); organiza el matrimonio, la familia, la propie-

dad y el gobierno; enuncia los crímenes y penas, y hasta los alimentos y medicinas. Ningún pueblo fué más adelante en la organización social.

III.—Régimen político.

TAN pronto como se establecieron los hebreos en *Palestina*, olvidaron las enseñanzas del Señor, adoraron los ídolos de los pueblos vecinos, y formaron una República federativa, en que las tribus se gobernaban casi independientemente. Entonces «la ira del Señor se encendía en contra de ellos» y los abandonaba en manos de sus enemigos; pero cuando se arrepentían y se humillaban, les enviaba guerreros valientes y virtuosos, como *Gedeón*, *Jefté* y *Samsón* (1), que acudían en medio de prodigios á libertarlos de los *Madianitas* y *Filisteos*, sus más encarnizados enemigos.

Cansados al fin los israelitas, ó incapaces de gobernarse por medio de una federación de tribus, pidieron un rey al sumo sacerdote *Samuel*, quien designó á *Saúl*. (1,096). El soberano debía ser un instrumento, un dócil servidor de la voluntad de *Jehová*. *Saúl* se mostró indigno del trono, desobedeciendo la ley del Señor; entonces el sumo sacerdote lo depuso, y ungió secretamente con el óleo santo al pastor *David*. (1,056). Este fué el rey más poderoso de Israel; extendió el reino hasta el mar *Rojó*, tomó á sus enemigos la montaña de *Sión*, y edificó en ella á *Jerusalén*, que llegó á ser la ciudad santa de los hebreos, y que hoy aún, lo es de los cristianos.

El hijo y sucesor de *David*, *Salomón* (1,016 á 976), gobernó pacíficamente, edificó el templo, contrajo alianza con los reyes vecinos y adquirió fama de sabio y justiciero; pero sus esplendores fueron los últimos que dispidió la monarquía; á su muerte el reino se dividió en dos: diez tribus formaron el reino de *Israel*, en que fueron adorados los becerros de oro y los dioses fenicios, y solo dos permanecieron fieles á *Jehová* y al rey de *Je-*

(1) Los Jueces son más símbolos que personajes históricos: *Gedeón*, de la astucia y del valor; *Jefté*, de la consagración á una causa; *Samsón*, de la fuerza física y del candor.

rusalén. Ambos reinos, el de Jerusalén y el de Israel, se hicieron cruda guerra, hasta que el primero, con su capital *Samaria*, fué destruído por *Sargón*, rey de Asiria (722). El de *Judea*, con *Jerusalén* por centro, se conservó por algún tiempo, cayendo luego en poder de *Nabucodonosor*, rey de Caldea. (586).

Todas estas desgracias y catástrofes fueron anunciadas por los profetas, (los videntes), y vistas por ellos como castigos impuestos por Dios á las infidelidades de su pueblo. Estos hombres de vida ejemplar, después de haber ayunado, orando y meditando en el desierto, se presentaban en nombre del *Señor*, ante los reyes y el pueblo, aconsejándoles que se arrepintieran, que derribaran los ídolos y que volvieran á *Jehová*. Así *Isaías*, el más profundo y sublime de estos profetas, exclamaba: «¿Por qué degollar bueyes y quemar incienso en honor de Dios, como los idólatras?...» Oíd la palabra del *Eterno*: No encuentro gusto ninguno á la sangre de los animales que sacrificáis; vuestro incienso me da asco.... Cuando extendáis las manos, me cubriré los ojos para no verlas, pues que están llenas de sangre. Límpiaos: dejad de obrar mal, aprended á hacer el bien; protegéd á los oprimidos, amparad á los huérfanos.... y entonces, aunque vuestros pecados sean tan rojos como el carmesí, quedaréis blancos como la nieve» Los profetas, como se ve, trataban de sustituir el culto por la moral.

Los profetas enseñaban también al pueblo hebreo á tener paciencia, y á esperar la venida de *Aquel*, que debía libertarlos: así prepararon los caminos al *Mesías*. «No temas al asirio,» decía el profeta, «no temas al asirio que te castiga con su vara, como el egipcio en otro tiempo; pronto se extinguirá mi ira, y la carga caerá de tus espaldas.» Cuando los hijos de *Judá* fueron llevados cautivos á las llanuras del *Eufrates*, *Jeremías* prorrumpió en sus inmortales lamentaciones, sobre las humeantes ruínas de su patria (1); y ellos, cautivos, no la olvidaban en sus cánticos: «Sentados á orillas del río de *Babilonia*, hemos llorado pensando en *Sión*..... Nuestras harpas están suspendidas de los sauces en la ribera ¿Cómo hemos de entonar nuestros

(1) El canto de *Jeremías* es una tiernísima elegía: ¡Cómo ha quedado solitaria la ciudad antes tan populosa!..... Desamparada, inconsolable llora toda la noche; todos sus amigos se han convertido en enemigos suyos!.....

cánticos al *Señor* en tierra extraña? Si me olvidase yo de tí, oh *Jerusalén*, entregada sea al olvido mi mano diestra; pegada quede al paladar la lengua mía, si no me propusiere á *Jerusalén* por el primer objeto de mi alegría.»

Después de setenta años de cautiverio, *Ciro*, vencedor de Babilonia, permitió á los Judíos que volviesen á *Jerusalén*. Al llegar, reconstruyeron el templo y la ciudad, restauraron las fiestas y renovaron su alianza con *Jehová*. (536 a. de J. C.). A partir de entonces, el pequeño reino de *Jerusalén* pudo conservarse, pagando tributo á los persas, griegos y romanos; practicaba escrupulosamente la *ley de Moisés*, celebrando fiestas, ceremonias y sacrificios prescritos en ella. El sumo sacerdote y un consejo la conservaban; los escribas la copiaban; los doctores la explicaban al pueblo, y los fieles debían observarla, distinguiéndose por su celo los *fariseos*. Los judíos esparcidos por Siria, el Asia menor é Italia, se reunían para conservar su religión; no edificaban templos, porque solo debía existir uno; pero leían y comentaban la palabra de Dios en sus *Sinagogas* ó asambleas.

El que los judíos esperaban como su libertador y rey, el *Mesías*, apareció en aquel tiempo en el seno de una pobre familia de carpinteros, en *Galilea*. Se llamaba *Jesús*; sus discípulos griegos le llamaron *Cristo*, el ungi-do, el consagrado por el óleo santo. Los sacerdotes de la *Ley* antigua no quisieron reconocerlo; lo creyeron un impostor y lo crucificaron. Los destinos del *cristianismo* fueron distintos de los de la religión mosaica: aquél se extendió por el mundo con la civilización más avanzada; ésta, quedó confinada á la nación judía. El año de 70 después de *Jesucristo*, *Jerusalén* y el Templo fueron arrasados por los romanos; los judíos, dispersos por todas partes, conservaron la *Ley* de *Moisés* por medio de los *rabinos*, sabios en la antigua lengua y ceremonias del culto. La iglesia cristiana persiguió á los judíos desde el siglo IV; hoy todavía son vistos con animadversión, si bien se les permite practicar su culto en todas partes, y dedicarse al comercio. Los más celosos, esperan aún al *Mesías*.

NO queda nada de la antigua *Jerusalén*; pero es probable que ni esta ciudad, ni ciudad alguna de Judea, pudiera compararse con Babilonia ó Tebas. El pueblo hebreo, fuerte moralmente, fué siempre escaso y débil: su número no excedió nunca de cuatro á cinco millones; su poder no traspuso las montañas del *Líbano*. El palacio de *Salomón* y el Templo; tales fueron las únicas maravillas de que se ufanaban los hebreos. Parece que uno y otro (palacio y templo), fueron contruídos por artistas fenicios, que, por lo menos, dieron los ricos materiales de que estaban hechos. Según el libro de los Reyes, era notable por su riqueza el trono de márfil, formado por seis escalones, con dos leones cada uno. El templo, edificado también en tiempo de *Salomón*, se componía de tres partes: en el fondo, el *Sancta Santorum*, (Santo de los Santos) en donde se encontraba el *Arca de la Alianza*, y donde solo el sumo sacerdote tenía derecho á penetrar, una vez al año; en el centro estaba el *Lugar santo*, con el altar de los aromas, el candelero de los siete brazos y la mesa de los panes; delante, se encontraba el *Atrio*, abierto al pueblo, y en el que se sacrificaban las víctimas de animales.

No hay que hablar de escultura en un pueblo cuyas leyes prohibían la representación de seres superiores; y lo cierto es que toda su industria y sus artes, pertenecían á los fenicios. En cambio, en literatura, la Biblia es el monumento más bello y venerable que dejó la antigüedad.

LOS FENICIOS.

I.—Origen de los Fenicios.

POR el mismo tiempo en que los *hebreos* se establecían en el valle del *Jordán*, otras tribus de la raza semítica ocupaban la costa, desde el mar de *Siria* hasta las montañas del *Líbano*. No quedan ruinas, monumentos ni libros de ese pueblo; pero los hebreos y griegos que mantuvieron con él estrechas relaciones, nos han transmitido numerosos detalles de su vida pública, su religión, sus artes, su industria y su comercio. Este pueblo fué el que estableció el lazo de unión entre el Oriente y Occidente, y el que enseñó, en fin, á escribir al mundo.

Ya para el siglo XIII antes de Jesucristo, se elevaban en los islotes de la costa la opulenta *Tiro*, y la ciudad de *Arad*, y en el continente, *Gebel*, *Berite* y *Sidón*. Tan estrecho terreno no pudo contener á tan laboriosos y activos habitantes, y se lanzaron en barcas contruídas con los cedros del *Líbano* hasta el extremo del *Mediterráneo*, fundando colonias en las islas y á lo largo de las costas; una de estas colonias, *Cartago*, llegó con el tiempo á tener mayor importancia y poderío que la madre patria y disputó al pueblo rey el dominio del mundo. Según la leyenda, unos tirios expulsados en el siglo IX por una revolución, llegaron á la costa de Africa conducidos por la reina *Elisaró Dido* (la fugitiva); los naturales no quisieron venderle más terreno que el ocupado por una piel de buey; entonces, la hizo tiras muy delgadas, abarcando así gran extensión de tierra, en que pudo edificar la ciudad que llegó á ser temida rival de Roma.

II.—Organización política y social.

LOS fenicios no constituyeron un imperio; cada ciudad tenía su rey, y su asamblea. Sin embargo, la ciudad de *Tiro* era como el centro de una confe-

NO queda nada de la antigua *Jerusalén*; pero es probable que ni esta ciudad, ni ciudad alguna de Judea, pudiera compararse con Babilonia ó Tebas. El pueblo hebreo, fuerte moralmente, fué siempre escaso y débil: su número no excedió nunca de cuatro á cinco millones; su poder no traspuso las montañas del *Líbano*. El palacio de *Salomón* y el Templo; tales fueron las únicas maravillas de que se ufanaban los hebreos. Parece que uno y otro (palacio y templo), fueron contruídos por artistas fenicios, que, por lo menos, dieron los ricos materiales de que estaban hechos. Según el libro de los Reyes, era notable por su riqueza el trono de marfil, formado por seis escalones, con dos leones cada uno. El templo, edificado también en tiempo de *Salomón*, se componía de tres partes: en el fondo, el *Sancta Santorum*, (Santo de los Santos) en donde se encontraba el *Arca de la Alianza*, y donde solo el sumo sacerdote tenía derecho á penetrar, una vez al año; en el centro estaba el *Lugar santo*, con el altar de los aromas, el candelero de los siete brazos y la mesa de los panes; delante, se encontraba el *Atrio*, abierto al pueblo, y en el que se sacrificaban las víctimas de animales.

No hay que hablar de escultura en un pueblo cuyas leyes prohibían la representación de seres superiores; y lo cierto es que toda su industria y sus artes, pertenecían á los fenicios. En cambio, en literatura, la Biblia es el monumento más bello y venerable que dejó la antigüedad.

LOS FENICIOS.

I.—Origen de los Fenicios.

POR el mismo tiempo en que los *hebreos* se establecían en el valle del *Jordán*, otras tribus de la raza semítica ocupaban la costa, desde el mar de *Siria* hasta las montañas del *Líbano*. No quedan ruinas, monumentos ni libros de ese pueblo; pero los hebreos y griegos que mantuvieron con él estrechas relaciones, nos han transmitido numerosos detalles de su vida pública, su religión, sus artes, su industria y su comercio. Este pueblo fué el que estableció el lazo de unión entre el Oriente y Occidente, y el que enseñó, en fin, á escribir al mundo.

Ya para el siglo XIII antes de Jesucristo, se elevaban en los islotes de la costa la opulenta *Tiro*, y la ciudad de *Arad*, y en el continente, *Gebel*, *Berite* y *Sidón*. Tan estrecho terreno no pudo contener á tan laboriosos y activos habitantes, y se lanzaron en barcas contruídas con los cedros del *Líbano* hasta el extremo del *Mediterráneo*, fundando colonias en las islas y á lo largo de las costas; una de estas colonias, *Cartago*, llegó con el tiempo á tener mayor importancia y poderío que la madre patria y disputó al pueblo rey el dominio del mundo. Según la leyenda, unos tirios expulsados en el siglo IX por una revolución, llegaron á la costa de Africa conducidos por la reina *Elisaró Dido* (la fugitiva); los naturales no quisieron venderle más terreno que el ocupado por una piel de buey; entonces, la hizo tiras muy delgadas, abarcando así gran extensión de tierra, en que pudo edificar la ciudad que llegó á ser temida rival de Roma.

II.—Organización política y social.

LOS fenicios no constituyeron un imperio; cada ciudad tenía su rey, y su asamblea. Sin embargo, la ciudad de *Tiro* era como el centro de una confe-

deración, en que se reunían delegados de todos aquellos reinos independientes, para discutir los asuntos generales. El gobierno de Cartago era especial: lo formaban dos reyes; pero los asuntos importantes eran discutidos y resueltos por un *Senado*, compuesto por los mercaderes más ricos de la ciudad. Todas las cuestiones las revestían con carácter mercantil; fué así el único pueblo en la antigüedad, donde se formó una clase industrial, comerciante y rica que compartió y que llegó á absorber el gobierno. Los guerreros, en efecto, eran poco importantes en el seno de este pueblo industrioso y activo: los habitantes de las ciudades fenicias de Asia, con pagar tributos pudieron escapar á la conquista; *Cartago*, como no tenía enemigos cercanos que temer, se engrandeció, y formó un ejército de mercenarios bien pagados, para defender sus factorías de comercio y el vasto campo de explotación de sus colonias.

Con la plata de las minas de España, con su industria y con los productos de comercio de todo el mundo conocido entonces, los fenicios adquirieron la importancia y el poderío que vastos imperios orientales no alcanzaron á obtener jamás. Cierta es que la grandeza de este pueblo se derrumbó á los golpes del héroe macedón y los conquistadores romanos; pero lo es también, que abrieron nuevas vías á la actividad del hombre, dieron el ejemplo de la introducción de un nuevo elemento en el gobierno, modificando las nuevas instituciones asiáticas y facilitaron la civilización de Occidente, por medio de las comunicaciones y el comercio de los pueblos.

III.—Religión.

LA religión de los fenicios, aunque sin influencia sobre las instituciones, era enteramente oriental, y semejante á la de los caldeos. Adoraban al sol y á la luna, como dotados de gran poder que crea y destruye; les daban diferentes nombres y los representaban por medio de ídolos, á veces repugnantes. En *Sidon*, llamaban al sol *Baal-Sidon*, y á la luna *Astoreth*; en *Gebel*, *Baal-Tamuz*, *Baal*, y en *Cartago*, *Baal-Amón* y *Tanith*; pero en todas estas ciudades tenían, igualmente, sus templos, altares y sacerdotes, y en todas las

honraban con orgías, fiestas y sacrificios humanos. Para aplacar la ira de *Baal-Moloch*, á quien consideraban como destructor, colocaban niños vivos en los brazos de un coloso de bronce [imagen del dios], dejándolos luego que cayeran en un abismo de fuego.

IV.—Industria y Comercio.

NO todas las mercancías que trasportaban en sus barcas los fenicios eran de importación extranjera; ellos mismos fabricaban diversos productos, entre otros el bronce, para cuya confección necesitaron ir hasta Inglaterra, [islas casitéridas], para traer el estaño que entra con el cobre en aquella aleación; fabricaban la *púrpura*, tiñendo las telas con un molusco gasterópodo que recogían en las costas de Grecia, y hacían ídolos, utensilios y armas, que vendían á los pueblos todavía bárbaros de Occidente. Pero en lo que no tenían rival era en el comercio: y cuando ningún pueblo se atrevía á navegar, ya eran ellos los comisionistas y traficantes del mundo civilizado en aquella época. Iban, en fin, entre los bárbaros á buscar lo que no hallaban entre los pueblos cultos.

Por tierra realizaban este comercio por medio de caravanas que iban á la *Arabia*, á la *Asiria* y al *Mar Negro*. De *Arabia* traían oro, ágata, ónix, incienso, mirra y perfumes; de *Asiria*, telas, asfalto, piedras preciosas y sedas; y del *Mar Negro*, esclavos del *Cáucaso* y vasos de cobre. Por los puertos de *Persia*, recibían, aromas, perlas, especias, marfil, ébano y plumas de avestruz, de la India, así como la seda y laca de China.

Con Occidente, estos audaces marinos hacían un extenso comercio por mar; para esto, construían con los cedros del Libano grandes barcas de remo y velas, aprendiendo muy pronto á guiarse por la estrella polar. No solo visitaron todas las islas y las costas del Mediterráneo, y establecieron en ellas factorías, sino que atravesaron las temidas *columnas de Hércules*, (estrecho de Gibraltar), penetraron al Océano, tocaron las costas de *Inglaterra* y tal vez las de *Noruega*. Se supone, en fin, que varios fenicios al servicio de un rey de

Egipto (Neko); dieron la vuelta al Africa, y que un marino cartaginés, *Hannón*, llegó al golfo de *Guinea*. Lo cierto es que establecieron colonias y mercaderías en la costa de Africa, en *Chipre*, *Grecia*, *Creta*, *Sicilia*, *Malta*, *Cerdeña*, *España* y *Galicia*, y que con su contacto se civilizaron los pueblos bárbaros de Occidente.

V.—Artes é Inventos.

LOS fenicios no eran artistas; constituían un pueblo de marinos y mercaderes que contribuyeron con su tráfico y comunicaciones á la civilización de los pueblos que ocupaban toda la cuenca del Mediterráneo. Mas, como poderosos y ricos, crearon fama de arquitectos y constructores. *Hiram*, rey de *Tiro*, envió á Salomón los obreros que construyeron el palacio y el templo de Jerusalén. *Tiro* y *Carthago* eran ciudades opulentas; pero la mayor influencia que ejercieron los fenicios en el mundo se debe á la creación de los signos fonéticos de la escritura. Es evidente que muchos pueblos orientales, entre ellos los egipcios y los asirios, empleaban, los primeros desde tiempos desconocidos y los segundos desde el siglo XIII, antes de Jesucristo, algunos signos fonéticos, esto es, que representaban el sonido de letras ó sílabas; pero tales signos se hallaban mezclados con otros ideográficos, símbolos de las ideas ó palabras, y no de los sonidos que las representan en el lenguaje. Esto daba origen á una gran confusión en la escritura, pues que ésta se dirigía al espíritu más bien que á los ojos. La figura de un sol, por ejemplo, así podría significar una divinidad ó el astro de este nombre, como el día ó la luz. El progreso consistió en escribir el lenguaje y no las ideas, en hablar á la vista, evitando la interpretación, de suyo vaga y arbitraria. Se cree que los fenicios realizaron este progreso, por el vivo deseo que tenían de simplificar los apuntes en sus libros de comercio, y como una especie de signos de abreviación. De cualquier modo, ellos contribuyeron con este sistema de escritura á conservar, propagar y robustecer los conocimientos humanos, y merecen por eso solo un puesto promi-

nente en la historia de la civilización. Hay quienes crean que el sistema de escritura fonética ya existía entre los pueblos de Oriente, y que los fenicios no hicieron más que propagarlo en Occidente; con lo que bastaría para su gloria. Lo cierto es que, más ó menos modificadas, las veintidós letras fenicias se encuentran en todos los alfabetos antiguos: judío, licio, etrusco, griego, itálico, ibero, rúnico, etc. Algunos pueblos, como el judío, siguieron escribiendo como los fenicios de derecha á izquierda; otros, como el griego y el romano, escribieron de izquierda á derecha, costumbre que se generalizó entre las naciones modernas; pero á partir de entonces, solo es civilizado el pueblo que *sabe escribir*. (1).

CAPITULO V.

INDOSTAN.

1.—Origen de la civilización Hindú.

DESDE tiempos remotos y desconocidos el *Indostán* estuvo habitado por hombres cuya historia se ignora; pero como dos mil quinientos años antes de Jesucristo, descendieron de las montañas de *Pamir* unas tribus belicosas, pastores y guerreros á un tiempo mismo, que poblaron, no solo la península que riega el *Ganges*, sino también la meseta del *Irán*. Estos mismos habitantes penetraron por las gargantas del *Cáucaso*, y se esparcieron por las llanuras de la *Rusia* y el mediodía de Europa. Las tribus formaban una misma raza, la *Arya*, reconocido y probado por los modernos lingüistas, á causa de la semejanza en los idiomas de todos los imperios que formó; éstos imperios fueron los siguientes: el indostánico y el persa, en Oriente; el griego y el romano en Occidente. En este capítulo vamos á tratar de la raza *Arya* que pobló el *Indostán*.

(1) Hasta ahora sólo hemos tratado de los pueblos de raza Chamítica y Semítica; toca tratar de las naciones que constituyó la raza *Arya*.

Como 2,000 años antes de Jesucristo, varias tribus pertenecientes á la raza *Arya*, y que vivían *patriarcalmente*, esto es, como si sus miembros formaran una misma familia, pasaron los desfiladeros que hay entre la meseta de Pamir y la región de los cinco ríos (Penjah), y ocuparon el valle del *Indo*. El jefe de cada una de estas tribus, era al mismo tiempo sacerdote, juez y rey. Desde entonces tomaron el nombre de *indios ó indostánicos* con que son conocidos; llevaban una vida sencilla, y sus creencias y principales costumbres se hallan consignadas en sus *Himnos ó Vedas*, que cantaban á sus dioses, y que coleccionados más tarde forman libros que han sido interpretados en la actualidad.

II.—Religión y costumbres.

El *Indostánico* llama á sus dioses «los resplandecientes» (devas); cuanto brilla es para él una divinidad: el cielo azul y luminoso, la aurora, la nube sonrosada, la fulgente estrella; pero sobre todos, el *Sol*, (*Indra*), y, en seguida, el *fuego*, (*Agni*). *Indra* es el rey poderoso, el rey del mundo y señor de las criaturas; el que las ilumina y calienta; el que lanza el rayo, y derrama la lluvia y disipa las nubes: diariamente cruza el cielo en su carro tirado por caballos celestes. Todos los fenómenos naturales los explica á su manera: así, los huracanes y las violentas tempestades, tan frecuentes en las Indias Orientales, los interpretaban suponiendo que la *nube negra* es la gruesa envoltura en que están contenidas las *vacas rosadas* de *Indra*, las benéficas aguas que fertilizan y alegran los campos; *Vibra*, la serpiente de tres cabezas, las ha sustraído, y las ha ocultado en la obscura caverna, (la nube), donde mugen constantemente; esto es el lejano retumbar del trueno; *Indra*, por fin, va á buscarlas, y pega con su pesado mazo en la caverna, saca de ella su lengua de fuego; estos son el trueno y el relámpago. . . . Luego, el monstruo es vencido, la cueva se abre, las aguas se precipitan sobre la tierra: *Indra* vencedor vuelve á lucir resplandeciente en el cielo.

El *fuego* es considerado como otra forma de *sol*; lo producen, como todos los pueblos primitivos, frotando

dos pedazos de madera; y se imaginan que sale de la leña, en donde lo ha metido la lluvia, para subir al cielo, que es su patria, como lo prueba la llama que asciende. «El *fuego*», dicen los *Vedas*, es el que ahuyenta las tinieblas; es el que calienta al hombre y cuece los alimentos; es el bienhechor y el protector de la casa, el alma del mundo, el padre de la raza humana.» Los dioses del primitivo pueblo hindú son, pues, la luz y el calor, fuentes de la vida. Para adorarles empieza el oficiante por encender el fuego, frotando dos trozos de leña; luego lo alimenta con manteca, leche y una bebida fermentada, el *soma*; le ofrece frutos, pasteles y sacrificios de animales. Piensa que sus dioses, contentos con estas ofrendas, le harán feliz; y así lo dice con llaneza en un himno que termina de este modo: «Cambie-mos nuestras fuerzas y vigor, oh *Indra!* . . . dame algo, como yo te doy . . . tráeme algo, como yo te traigo.» Tampoco olvida el indostánico el *fuego de la vida*, el *fuego* que el padre transmite á sus hijos, por esto le conserva siempre en el hogar, cuidando de que no se extinga jamás. En esta creencia, fundaron los romanos más tarde la familia.

Aquellas tribus primitivas y sencillas no se detuvieron en la región del *Indo*, extendiéndose hasta la gran llanura del *Ganges*. En ese país, de clima ardiente, y en medio de los antiguos habitantes esclavizados, cambiaron los *Aryas* su religión primitiva y sus costumbres. Entonces, no solo hay poetas que canten himnos á sus dioses, sino también, teólogos, legisladores y sabios. De esta época (del siglo XV. al V. antes de J. C.) son el *Ramayana* y el *Mahabharata*, que tienen miles de versos, y las *leyes de Manú*, código sagrado de la India. Desde entonces la religión cambió, y produjo el *régimen político y social* que ha durado en aquel extraño país hasta el presente.

III.—Régimen político y social.

La sociedad se constituyó y organizó conforme á la nueva religión, inventada por teólogos. Según estos, *Brahma*, dios supremo, creó cuatro especies de hombres los *brahmanes*, que proceden

de la boca del dios, y que están encargados de estudiar, enseñar los himnos y practicar el culto; los *katrias*, que proceden del brazo de *Brahma*, y que son los guerreros, encargados de proteger y defender á otras clases; los *vacias*, ó comerciantes, nacidos del muslo, y que tienen por misión cultivar la tierra, criar los animales y comerciar; por último, los *sudras*, que salieron del pie del dios, y que deben ser los servidores de los demás. Además de esta Institución, los brahmanes se propusieron eternizarla, disponiendo que cada hombre debía permanecer en su clase: que jamás el hijo de un cultivador ó comerciante podría ser guerrero, ni el de un guerrero brahmán. Así se constituyó esta sociedad en clases hereditarias y cerradas, las *castas*, lo que ocasionó su ruina y su miseria.

Por bajo de estas clases estaban los *impuros*, á quienes no se les veía como hombres; y entre los impuros, los *parias*, á quienes se trataba peor que á los mismos animales. Los primeros de todos los hombres son, pues, los brahmanes; los últimos, los parias. La hermosa y sencilla religión de los *Vedas* fué transformada en otra inicua, dura, complicada, que absorbió á la sociedad y la petrificó en las *castas*. En lugar del patriarca dulce y compasivo apareció el brahmán, duro y receloso; en vez de *Indra* y de *Agni* (el sol y el fuego), crearon á *Brahma*, la oración; á *Civa*, dios perverso y destructor; y á *Vichnú*, justo y benéfico. Concibieron, también, la transmigración de las almas, ó paso del alma de un ser á otro, superior ó inferior, hasta que llegue á confundirse en el seno de *Brahma*. (1)

Por último, estos hombres ociosos, hastiados de la vida, llevados de un misticismo lúgubre y desconsolador, enseñaron que vivir es ser desdichado, que la felicidad es el *no ser* (Nirvana); crearon multitud de prácticas minuciosas en su *culto*, que llegaron á convertirse en reglas de la vida íntima y privada, para tornarse luego en leyes de la vida pública y social. Ellos decretaron oraciones, ofrendas, votos, libaciones, abluciones y pe-

(1) Estas concepciones metafísicas y oscuras no están exentas de cierta grandeza y sublimidad. He aquí los fragmentos de una oración á *Brahma*: Apenas puedo mirarte por entero, pues brillas como el sol y el fuego en tu inmensidad. . . Tus brazos no tienen límites; tus miradas son como los astros. . . Tú sólo bastas para llenar el espacio que hay entre el cielo y la tierra, y llegar á todas las regiones.

nitencias, entre estas, algunas tan excesivas que ocasionaban la muerte: inventaron el ayuno, los suplicios, que consisten: ya en permanecer meses y años inmóviles y desnudos, expuestos á los rayos de un sol ardiente y á la lluvia, levantados los brazos, reteniendo el aliento; ya en desgarrarse el cuerpo con navajas ú otra clase de instrumentos cortantes, ó en atormentarse de diversos modos. Así creen que pueden destruir el *de-seo de la vida*, y elevarse hasta el seno de *Brahma*.

IV.—Regeneración religiosa y social.

PERECIAN de este modo millones de seres en medio de tantas angustias y miserias, principalmente de las ínfimas clases de aquella triste sociedad, (que ni siquiera tenían la esperanza de salir de la humilde condición en que se hallaban), cuando surgió *Buda* (el sabio), que predicó una nueva doctrina. Era *guerrero* é hijo de un rey. Se cuenta que habiendo tropezado en cierta ocasión con un anciano pobre y tembloroso; luego con un enfermo cubierto de úlceras repugnantes, y, en seguida, con un cadáver corrompido y lleno de gusanos, reconoció que la *juventud*, la *salud* y la *vida*, no resisten la *vejez*, la *enfermedad* y la *muerte*. Pronto el sabio huyó al desierto; soportó la áspera penitencia de un brahmán durante siete años, sin que esto bastara á tranquilizar su alma. Volvió al mundo, y predicó durante 45 años su doctrina. A su muerte, estaba fundado el *Budismo*.

Buda enseña, como los brahmanes, que *vivir es un mal*, que *vivir es ser desdichado*; pero lo bueno en él no es el *dogma*, sino el sentimiento. La religión brahmánica era egoísta y cruel con los pobres; *Buda*, por el contrario, tuvo piedad de los débiles, los amó, y predicó á sus discípulos la *caridad*; precisamente lo que necesitaban aquellas almas desesperadas. Los *brahmanes* tenían el orgullo de su clase, de su *casta*, y se consideraban como los más puros, como los superiores de los hombres; *Buda* ama á todos por igual, y los incita á purificarse, sin distinción de sacerdotes, guerreros, comerciantes, sirvientes y parias. «El brahmán, como el paria,» decía, «es hijo de mujer. ¿por qué ha de ser noble el uno, y vil el otro?» El mismo dió el ejemplo

de caridad y mansedumbre, escogiendo sus discípulos de entre los pobres, los desheredados, los huérfanos, los parias. A todos hablaba en lenguaje sencillo y claro; á todos persuadía por el sentimiento, y los cautiva con su pureza y su candor. Combatió, principalmente, el orgullo, el egoísmo, la crueldad y la hipocresía y tuvo palabras de consuelo para los desdichados.

Los brahmanes hacían consistir la religión en ritos minuciosos y ridículos, declarando criminal y hereje al que no los observaba; Buda proscribió todas estas ceremonias inútiles y abrió nuevas vías á la religión al hacer consistir ésta en ser caritativo, casto y benéfico. «Hacer el bien,» decía, «vale más que practicar ritos difíciles.» «Enseño,» añadía, «una doctrina de benevolencia y misericordia, por eso nos agrada á los dichosos de este mundo.»

Cinco siglos antes de Jesucristo se propagó, así, una doctrina que enseñaba la abnegación, el amor del prójimo, la igualdad y la tolerancia. Los brahmanes, como debe suponerse, le hicieron una guerra encarnizada; pero se abrió paso por en medio de todos los egoísmos, y llevada por los misioneros, la doctrina traspuso el Himalaya, y se extendió por el Tíbet, China, Ceilán y el Japón. Hoy cuenta con 500 millones de adeptos, y aunque corrompida por los discípulos de Buda (monjes de ambos sexos), esta doctrina continúa siendo para el Oriente, como el Cristianismo lo es aún para Occidente, una creencia de paz, de caridad y de igualdad.

CAPÍTULO VI.

LOS PERSAS.

I.—Origen de la civilización Persa.



En la época desconocida, y solamente supuesta, en que los montañeses belicosos, pertenecientes á la raza blanca, descendieron de la meseta

de Pamir (XX a. de J. C.), algunas tribus de cazadores y guerreros se establecieron en el inmenso caudrilátero formado por el *Eufrates*, el *Tigris*, el *Indo*, el *Jaxartes* y el *Golfo pérsico*, en el Irán, de donde toda la raza, aun los que penetraron en la India Oriental y en la Europa, ha tomado el nombre de *Irania*, y por corrupción *Ariana*, *Aria* ó *Arya*. El idioma que hablaban era idéntico al de los indostánicos, y presenta gran afinidad con el griego y el latín, el gótico y el eslavo, lo que indica que son de un mismo tronco étnico (1). La palabra castellana *padre*, por ejemplo, está derivada de la griega y latina *pater*, muy parecida á la germánica *father*, derivadas á su vez del sanscrito (lengua hindú) y del Zend (lengua del Irán) *pitar*. En realidad es la misma palabra pronunciada de modo diferente. Lo mismo sucede con la voz *diente*, derivada del sanscrito y Zend *dantas*, y que pasó por el griego *odontos* y el latín *dentis*, para llegar á la forma que afecta en los idiomas neolatinos.

La meseta del Irán fué, así, poblada por tribus aryas (medos y persas), que permanecieron mucho tiempo obscuras, cuando ya los *caldeos*, *asirios*, *judíos* y *fenicios*, desplegaban los vuelos de una civilización poderosa, y cuando ya los *egipcios* declinaban visiblemente después de haber alcanzado su florecimiento. No se conservan de los persas ningunos documentos pertenecientes á esa remota época: no tienen cánticos semejantes á los *Vedas*, ni códigos como el de *Manú*. Solo conocemos incompletamente, por los relatos de Herodoto, (muy posteriores), la vida que llevaban en sus desoladas estepas, aquellos ágiles ginetes, cazadores, pastores y guerreros, á quienes, según el gran historiador, no se les enseñaba hasta los veinte años, más que tres cosas: «montar á caballo, tirar el arco y decir la verdad.» Pero por el siglo VII, aparecen los medos, fundan á *Ecbátana*, se unen á los babilonios y destruyen á *Ninive*. (625). Pronto se corrompen éstos en su contacto con los *Asirio-caldeos*, y entran en los tiempos históricos los

(1) En el estudio de los idiomas comparados se ha seguido este sistema: se ven las raíces comunes en varios, y se van anotando sus analogías y sus diferencias ó transformaciones. Cuando una palabra es muy parecida en varios idiomas, es que el vocablo fué formado antes de la separación de las tribus. Miles de raíces como las indicadas en el texto han probado la identidad de la raza arya.

persas, que habían conservado la pureza de sus costumbres primitivas, y que con *Ciro*, (siglo VI. a. de J. C.), comienzan á extender sus dominios por el Asia para amenazar en seguida á la Europa.

II.—Religión y costumbres.

SE ignora la primitiva religión de los persas. Sólo se sabe que adoraban al sol (Mithra), y á las fuerzas naturales. Mas, por el tiempo comprendido entre los siglos X y VII, apareció, según la leyenda, un sabio, reformador de la religión, del culto y de las costumbres. Tal fué *Zoroastro* (Tharathustra), autor del *Zend-Avesta*. (Ley y Reforma). Dice el relato que lo escribió en doce mil cueros de vaca y que lo dividió en veinticuatro libros. Lo único cierto de todo esto, es que los orientalistas modernos han encontrado entre los *persis*, ó sea entre los persas refugiados en la *India*, algunos manuscritos preciosos, que han podido interpretar. La doctrina que contienen, atribuida por los fieles á Zoroastro, es la que á continuación extractamos.

Ahura, Mazda ó *Ormuz*, es el soberano que puede todo, el que todo lo sabe (1). Como es bueno, no ha podido crear más que lo bueno: el sol y el fuego, que ahuyentan las tinieblas de la noche; la bebida fermentada, que parece fuego líquido; el agua, que calma la sed; los campos cultivados, que alimentan al hombre; los animales domésticos, sobre todo el perro, que protege y cuida el ganado; y las aves, porque viven en la luz, principalmente el gallo que anuncia el día. Mientras que, por el contrario, cuanto malo y nocivo hay en el mundo procede de *Ahrimán* (Angra-Manyon): las tinieblas, el frío, el desierto, las plantas venenosas, las serpientes, los parásitos, los animales inmundos. De igual modo, [y esto prueba claramente el buen sentido de este pueblo], en el mundo moral son criaturas de *Ormuz* la *vida*, la *pureza*, la *verdad* y el *trabajo*, en tanto que la

(1) La oración que le dirigen, dice: «invoco y celebro al creador *Aura-Mazda*; luminoso, resplandeciente, muy grande y muy bueno, muy perfecto y enérgico; muy inteligente y hermoso, que es manantial de placer, que posee la buena ciencia, que nos ha creado, formado y alimentado.»

muerte, la *suciedad*, la *mentira* y la *pereza*, proceden de *Ahrimán*. Ambos dioses tienen á sus órdenes ejércitos de espíritus: los ángeles buenos [*yazatas*], y los demonios perversos [*devs*]; los primeros residen en la luz de la aurora, los segundos en las tinieblas del crepúsculo. El mundo es un campo de batalla en que libran una lucha encarnizada.

El papel del hombre está bien determinado en esa lucha formidable, pues que su deber está en combatir en favor de *Ormuz* y de su obra, procurando destruir la de *Ahrimán*. Lucha contra las tinieblas, conservando el fuego; contra el desierto, cultivando la tierra; contra los animales feroces é inmundos, matándolos; contra la impureza, manteniéndose limpio; contra la mentira, diciendo siempre la verdad [1]; contra la muerte, teniendo descendientes.

Según el *Zend-Avesta*, los persas creían en la inmortalidad del alma. Cuando moría una persona, colocaban el cadáver en un punto elevado, con la cara vuelta al sol, y dejaban que los animales impuros [que se reúnen donde hay materia muerta], limpiasen el cuerpo al devorarlo. Suponían que el alma se presentaba al tercer día en el puente de «la reunión» [*Shinvat*], donde la juzgaba *Ormuz*. Si era buena, los ángeles buenos, las almas de los animales domésticos [el perro principalmente], le ayudaban á pasar el puente, para confundirse después en el seno de *Ormuz*; si era mala, por el contrario, el alma llegaba al puente, vacilante y sin fuerzas, se apoderaban de ella los demonios [*devs*], arrastrándola al fondo del abismo, donde la encadenaban en medio de perpetuas tinieblas. [2].

(1) Dice Herodoto que no había para los persas algo más vergonzoso que decir mentira; y luego, contraer deudas, porque el que las contrae, miente con frecuencia.

(2) Opina Seignobos que esta religión, nacida en un país de violentos contrastes, donde las fuerzas naturales parecen hacerse cruda guerra, es la expresión fiel de esta lucha. El iranio tomó como una ley moral lo que tenía á su vista. De aquí se derivó una creencia que impulsa al trabajo y la virtud; pero que produjo mil preocupaciones, que atormentaron por mucho tiempo á los pueblos de Europa.

III.—Régimen político.

CON *Ciro* (560 á 527), (1), comienza la historia del Imperio persa, el mayor y más sólidamente establecido que hubo en Oriente. Destruyó el reino de los medos, conquistó la *Lidia* y el *Asia menor*, y luego se apoderó de Babilonia. Se cree que murió en una expedición contra los *escitas*, en las llanuras de la Rusia actual, después de haber conquistado el Asia hasta el *Indo*. En una inscripción recientemente descubierta se lee: «Soy Kurus, rey de las legiones, rey grande y poderoso; rey de Babilonia, de Sumir y de Acad, rey de las cuatro regiones; hijo de Kambuzya [1] rey de Susiana, nieto de Kurus, rey de Susiana.»

Otra inscripción en una roca, [la roca de Behistun], ha comprobado lo que sucedió en el Imperio á la muerte de *Ciro*. Junto á esta inscripción un bajo-relieve representa á *Dario*, tercer sucesor de *Ciro*, y, frente á él, nueve prisioneros encadenados. En la inscripción se lee: «He aquí lo que hice antes de ser rey. Cambises, hijo de *Ciro*, reinaba aquí; y mató á su hermano *Esmerdis*. El pueblo ignoró el hecho; pero cuando Cambises fué á Egipto, se rebeló. Un mago, llamado *Gaumata*, le hizo creer que era *Esmerdis*, hijo de *Ciro*; aquel se unió al mago, y abandonó á *Cambises*. Este murió, hiriéndose con la espada. . . . Cuando *Gaumata* arrebatara á *Cambises* la Persia, la Media y los demás países, reinó en ellos é hizo su voluntad. El pueblo le temía por su crueldad; hubiera sido capaz de acabar con todo, á fin de que no se supiera que no era *Esmerdis*. . . . *Dario* lo declara, no había un solo hombre ni en Persia ni en Media, que se atreviera á arrancar la corona á *Gaumata*. Entonces me presenté, pedí protección á *Ormuz*, y me la concedió. . . . En compañía de hombres fieles, maté á *Gaumata* y á sus principales cómplices, y fui rey por la voluntad de *Ormuz*. Restauré el Imperio arrebatado á nuestra raza; levanté

(1) Aunque comprobada la existencia de *Ciro*, la imaginación y la leyenda parecen haberse complacido en rodear el nacimiento y la vida de este personaje, no tanto de prodigios, cuanto de extravagancias. No debemos insertarlas en esta obra.

(2) Cambises.

los altares, restablecí los cantos y ceremonias. . . . He dado diez y nueve batallas; he vencido á nueve reyes.» Este mismo rey conquistó la *Tracia*, en Europa, y en Asia varias provincias del Indostán, con lo que constituyó el mayor Estado conocido hasta entonces; comprendía desde el *Darubio* al *Indo*, y desde el mar *Caspio* á las cataratas del *Nilo*.

Desde entonces quedó organizado el Imperio, tal como persistió hasta su caída, y su destrucción por *Alejandro el Grande* (332). Fué dividido en regiones ó *satrapias*, gobernadas por un Jefe ó *Sátrapa*, encargado de cobrar los impuestos y de enviarlos al rey. Además, como tan grande Imperio estaba formado por pueblos de raza, idioma, creencias y leyes diferentes, el Soberano los dejaba administrarse como les parecía, cuidando sólo de que no faltasen al pago de los tributos, ya en especie (trigo, caballos, marfil), ya en metal (plata ú oro), y que él mismo determinaba. Cierta es que este poderoso rey, á quien los griegos llamaban *grande*, era un déspota cruel y despiadado, tal como aparece de las fieles narraciones de Herodoto (1). Pero los pueblos de Asia siempre habían obedecido á tiranos, á déspotas crueles é insaciables, como los asirios; con el *gran rey* (como le llamaban los griegos), obtuvieron paz, siquiera; ya no se vieron desde entonces, por dos siglos, á aquellos terribles conquistadores, que incendiaban las ciudades y pasaban á cuchillo poblaciones enteras. Fué un período de paz y de tranquilidad que dió al Asia una tregua durante las crueles luchas de tantas generaciones de pueblos que se desgarraban entre sí. Fué el mejor régimen político que aquella parte del mundo había conocido. Duró hasta que *Alejandro el Grande* lo sustituyó con otro más humano.

(1) El gran griego cuenta que un día, Cambises (hijo y sucesor de *Ciro*), preguntó á Prexaspes—¿Qué piensan de mí los persas?—El cortesano, queriendo dar un tímido consejo á su Señor, le contestó—Os colman de alabanzas; pero creen que os gusta demasiado el vino.—Vas á ver—exclama Cambises irritado—si los persas dicen la verdad. Si hiero en la mitad del pecho á tu hijo que ves allí en el vestíbulo, eso significa que los persas no saben lo que dicen. Tiende el arco, y una flecha mata al hijo de Prexaspes. El bárbaro entonces, exclama riendo, y lleno de alegría—Ya ves que los persas han perdido el juicio; dime si has visto á alguno que agunte mejor?—Señor—contestó el padre de la víctima—creo que ni el mismo dios puede tirar así.

LOS palacios de *Susa*, *Ecbátana* y *Persépolis* dejaron ruinas imponentes, que hoy han explorado distinguidos arqueólogos. Entre ellos Dielafoi. Las esculturas, los bajo-relieves, los ladrillos esmaltados, que se han encontrado en las excavaciones, prueban el adelanto de aquel pueblo en las artes. Los palacios eran construídos sobre eminencias, á que se ascendía por calzadas de suave pendiente. La arquitectura acusa gran semejanza con la de los asirios, lo que prueba que los persas imitaron á súbditos más civilizados que ellos, como años más tarde los conquistadores romanos imitaron á los griegos. Se ven los mismos techos planos, en forma de azotea; los mismos monstruos de piedra coronados, como en Nínive; los bajo-relieves en ladrillos esmaltados, y que representan cacerías y combates, procesiones y ceremonias.

Los persas realizaron, sin embargo, mayores progresos que los asirios, sobre todo en arquitectura, puesto que empleaban mejor material de construcción, como piedra y mármol: lo que les permitió levantar edificios más sólidos y bellos que los de Babilonia y Nínive, en los cuales solo se pudo emplear el ladrillo, pues que la llanura del Eufrates no proporciona mejores materiales. Los artesonados de las salas son más elegantes y primorosamente trabajados; por último, emplearon por primera vez la columna, que es el más bello adorno arquitectónico, y que fué enteramente desconocida de los egipcios, caldeos, fenicios y judíos. Según aparece en las ruinas, era delgada, esbelta, y tenía de altura doce veces el ancho ó diámetro.

Los demás progresos de los primitivos pueblos de Oriente parece como que se estancaron, hasta que vino á sacarlos de aquel marasmo la conquista macedónica, necesaria para que el mundo siguiera nuevos derroteros en esta labor interminable de la civilización.

SECCION SEGUNDA. GRECIA.

CAPITULO I.

PRIMEROS TIEMPOS DE GRECIA.

I.—Las leyendas.

SE ignora el tiempo preciso en que se pobló la hermosa península que forma la Grecia. Se asegura sí, con datos auténticos, que sus primitivos habitantes pertenecían á la misma raza que pobló el *Indostán* y la *Persia*; sus costumbres, los nombres de sus dioses y, en general, su idioma, no dejan duda alguna acerca de su procedencia asiática y de su origen *Arya*. Ellos ignoraban absolutamente esta procedencia y origen, y se creían *autóctonos*, ó nacidos en el lugar mismo en que se civilizaron después. La razón de esto consistió en que los griegos no pudieron conservar el recuerdo de sus primitivas emigraciones, porque para conservar la noticia de los sucesos pasados se necesita consignarlos, ó tener un medio de fijar estos sucesos. Ahora bien, consta por documentos auténticos, que los griegos no comenzaron á escribir sino hasta el siglo VIII a. de J. C. (776. Primera Olimpiada). Así es que á partir de entonces empieza la verdadera historia de Grecia.

Mas, en el país circulaban multitud de leyendas, de profunda significación unas, de belleza innegable otras, y que si no son ahora temas importantes de estudios históricos, se han convertido en manantial inagotable para las bellas artes. Entre los relatos que contienen cierto sentido moral, conviene mencionar el de *Hércules* (símbolo de la fuerza, del valor y la justifi-

LOS palacios de *Susa*, *Ecbátana* y *Persépolis* dejaron ruinas imponentes, que hoy han explorado distinguidos arqueólogos. Entre ellos Dielafoi. Las esculturas, los bajo-relieves, los ladrillos esmaltados, que se han encontrado en las excavaciones, prueban el adelanto de aquel pueblo en las artes. Los palacios eran construídos sobre eminencias, á que se ascendía por calzadas de suave pendiente. La arquitectura acusa gran semejanza con la de los asirios, lo que prueba que los persas imitaron á súbditos más civilizados que ellos, como años más tarde los conquistadores romanos imitaron á los griegos. Se ven los mismos techos planos, en forma de azotea; los mismos monstruos de piedra coronados, como en Nínive; los bajo-relieves en ladrillos esmaltados, y que representan cacerías y combates, procesiones y ceremonias.

Los persas realizaron, sin embargo, mayores progresos que los asirios, sobre todo en arquitectura, puesto que empleaban mejor material de construcción, como piedra y mármol: lo que les permitió levantar edificios más sólidos y bellos que los de Babilonia y Nínive, en los cuales solo se pudo emplear el ladrillo, pues que la llanura del Eufrates no proporciona mejores materiales. Los artesonados de las salas son más elegantes y primorosamente trabajados; por último, emplearon por primera vez la columna, que es el más bello adorno arquitectónico, y que fué enteramente desconocida de los egipcios, caldeos, fenicios y judíos. Según aparece en las ruinas, era delgada, esbelta, y tenía de altura doce veces el ancho ó diámetro.

Los demás progresos de los primitivos pueblos de Oriente parece como que se estancaron, hasta que vino á sacarlos de aquel marasmo la conquista macedónica, necesaria para que el mundo siguiera nuevos derroteros en esta labor interminable de la civilización.

SECCION SEGUNDA. GRECIA.

CAPITULO I.

PRIMEROS TIEMPOS DE GRECIA.

I.—Las leyendas.

SE ignora el tiempo preciso en que se pobló la hermosa península que forma la Grecia. Se asegura sí, con datos auténticos, que sus primitivos habitantes pertenecían á la misma raza que pobló el *Indostán* y la *Persia*; sus costumbres, los nombres de sus dioses y, en general, su idioma, no dejan duda alguna acerca de su procedencia asiática y de su origen *Arya*. Ellos ignoraban absolutamente esta procedencia y origen, y se creían *autóctonos*, ó nacidos en el lugar mismo en que se civilizaron después. La razón de esto consistió en que los griegos no pudieron conservar el recuerdo de sus primitivas emigraciones, porque para conservar la noticia de los sucesos pasados se necesita consignarlos, ó tener un medio de fijar estos sucesos. Ahora bien, consta por documentos auténticos, que los griegos no comenzaron á escribir sino hasta el siglo VIII a. de J. C. (776. Primera Olimpiada). Así es que á partir de entonces empieza la verdadera historia de Grecia.

Mas, en el país circulaban multitud de leyendas, de profunda significación unas, de belleza innegable otras, y que si no son ahora temas importantes de estudios históricos, se han convertido en manantial inagotable para las bellas artes. Entre los relatos que contienen cierto sentido moral, conviene mencionar el de *Hércules* (símbolo de la fuerza, del valor y la justi-

cia) [1]; el de *Teseo*, primer guerrero y legislador de Grecia, y los de *Cástor* y *Polux* [emblemata de amor fraternal], *Belerofonte* y muchos otros. Pero las leyendas ó relatos que caracterizan una época [época heroica], y que sin ser históricas, acusan la concepción de un régimen político y social más avanzado, son las que relatan «la expedición de los *Argonautas*» «la guerra de *Tebas*» y la de *Troya*.

II.—Tiempos Heroicos.

EN «los Argonautas» aparecen los primeros navegantes de Grecia. *Jason*, rey de *Tesalia*, se propuso atacar en sus guaridas á los piratas que asolaban las costas del país, y apoderarse del célebre «Velloquio de Oro». Para esto, mandó construir la nave *Argos*, en que reunió á todos los marinos, célebres ya por su denuedo. *Orfeo*, primer poeta y músico de aquel pueblo, (tan pujante después en las bellas artes), debía alegrar con sus cantos la penosa travesía. La hija de *Oetes*, la infame *Medea*, sirvió de guía á los *Argonautas* en la *Cólquide*, término de su viaje, y les inspiró los medios de vencer á los toros que custodia-

(1) Hércules, hijo de Júpiter y de Alcmena. Cuando niño, ahogó dos serpientes; ya hombre, venció al león que devastaba la selva de *Nemea*, mató á la hidra de *Lerna* (monstruo de 7 cabezas que renacían, y que Hércules cortó de un solo golpe), y al jabalí de *Erimanto*; ahuyentó las aves de rapina del lago *Estinfalo*; torció la corriente del *Alfeo* con el objeto de limpiar de fango los establos del rey *Augías*. En *Creta* dominó á un toro furioso, y en el mar Negro venció á las *Amazonas*. Castigó á *Diomedes* y á *Gerión*, que alimentaban sus bestias con carne humana; abrió el estrecho de *Gibraltar* (columnas de Hércules). Bajó dos veces á los infiernos, donde encadenó á *Cerbera*, libertando á *Teseo*; fué á *Tibia* á coger las manzanas de oro del jardín de las *Hesperides*, guardadas por un dragón. Hércules mató al monstruo, y mientras el gigante *Atlas* cogía las manzanas, el héroe sostuvo el mundo sobre sus hombros. Además, ayudó á *Júpiter* en su lucha contra los *Titanes*; ahogó al gigante *Anteo*, exterminó á los *centauros*, y murió víctima de los celos de su esposa *Dejanira*. . . En verdad, la leyenda de Hércules es interminable, como expresión de la lucha del hombre contra la naturaleza.

ban «el Velloquio» huyendo luego con *Jason* á Grecia. [1]

«La guerra de *Tebas*» (perteneciente á la misma época heroica), provino de la rivalidad suscitada entre los malditos hijos de *Edipo* (2). Este fué al principio el más feliz de los hombres. Habiendo librado al país de un monstruo, (la esfinge), que proponía enigmas, y que devoraba al que no acertaba con la solución, recibió en recompensa la mano de *Yocasta*, reina de *Tebas* y viuda de *Layo*. La fatalidad, entonces, se abate sobre el desdichado *Edipo*. Descubre que *Layo* pereció en sus manos, que había sido su padre, y que (aún más horrible), se había casado con su madre. En su dolor, maldice la luz, arrancándose los ojos para no verla. Ciego y desdichado, su buena hija *Antígona* lo consuela y le sostiene; pero sus crueles y ambiciosos hijos, *Eteoclo* y *Polineo*, se disputan el trono de *Tebas*, encienden una espantosa guerra de siete años, que termina en combate singular, en que los dos hermanos perecen. Entre tanto, el rey de Argos, que toma partido por uno de ellos, sitia á *Tebas* y la destruye.

Pero ninguna leyenda más célebre que la relativa á la guerra de *Troya*, en que por primera vez lucha el Oriente contra el Occidente. El recuerdo de esta lucha se conservó entre los griegos y fué inmortalizada por el primer poeta, que mereciera este nombre en el mundo, por *Homero*. No se sabe nada acerca de la existencia de éste; pero durante siglos, repitieron los griegos su nombre y siete ciudades se disputaban la honra de haber sido su cuna, y se formó á su vez una leyenda sobre él, en que se le representaba, ciego, pobre y errante de ciudad en ciudad, cantando al son de la lira los versos de su maravilloso poema. Luego, unos cantores ambulantes, los *rapsodas*, los recitaban en las fiestas, imitando al autor, hasta que en el siglo VI, *Pisistrato*, príncipe de Atenas, mandó coleccionar y copiar los fragmentos del poema. Desde entonces, la *Iliada* (de Ilión,

(1) La leyenda de *Medea*, que ha servido de tema fecundo de inspiración á los poetas, está bordada sobre un carácter semibárbaro, pero está tan bien sostenido, que se explica fácilmente el favor de que ha disfrutado.

(2) *Edipo* es la fiel expresión de aquella terrible fatalidad gentílica, que arranca del alma todo consuelo y la entrega a la desesperación.

Troya) es la epopeya más celebrada de la antigüedad. Queda aún la duda acerca de la existencia de *Homero*; y más, desde que *Wolf* demostró, (ó intentó demostrar) que la obra consta de dos partes bien distintas: la que celebra las hazañas de los griegos, y la que exalta las de los troyanos, y que ambas fueron unidas en un solo cuerpo posteriormente. Lo cierto es que la unidad de la *Iliada* no puede negarse, y que tanto la leyenda como el poema, son de origen muy remoto; probablemente pertenecen: la primera al siglo XII; la segunda, al X antes de *Jesucristo*.

La leyenda supone que *Paris*, hijo de *Priamo* (rey de Troya), robó á *Elena*, esposa de *Menelao*, rey de Esparta. A la voz de éste acudieron los caudillos más famosos de Grecia, entre los cuales se distinguían: *Agamenón*, rey de Argos; *Néstor*, notable por su sabiduría y elocuencia; rey de *Pilos*; el astuto *Ulises*, rey de la isla de *Iaca*; los dos *Ajax*, de *Salamina*, y sobre todos, el valiente *Aquiles*. Transportado el ejército griego en mil doscientos bajeles á las costas de *Asia Menor* (la *Troade*) en que se asentaba *Ilión*, tardó diez años en tomar la ciudad, que defendía *Héctor*, el más valeroso de los hijos de *Priamo*. Los combates en torno de la ciudad forman el asunto de la *Iliada*; pero la leyenda continúa, puesto que *Troya* no podía sucumbir, sino hasta que robasen la estatua del *Paladión* y poseyesen los griegos las flechas de *Hércules*, envenenadas con la sangre de la *hidra de Lerna*. No bastó con esto, y fué necesario que construyeran un enorme caballo de madera, en que se ocultaron los principales guerreros, y penetraran de este modo con engaño en el seno de la confiada ciudad. A una señal, salen los griegos y destruyen á la desdichada *Ilión*. *Priamo* fué degollado; *Hécuba* y sus hijas quedaron cautivas; la desgraciada *Andrómaca* fué entregada como trofeo de Victoria á *Pirro*, hijo de *Aquiles*, quedando la profetisa *Cassandra* en poder de *Agamenón*, adalid de las escuadras. Solo *Anítenor* y *Encas*, hijo éste de *Anquises* y de *Venus*, pudieron librarse de la muerte.

Pero ninguno de aquellos héroes tuvo un feliz regreso; el mayor número, entre ellos el valiente *Aquiles*, perecieron en los combates ó en naufragios. *Ulises* anduvo diez años errante por mares desconocidos, sin poder llegar á su reino. Cuando llegó, su palacio estaba ocu-

pado por pretendientes que asediaban á *Penélope*, mujer de *Ulises*, para que eligiera esposo entre ellos. El héroe y su hijo *Telémaco* lograron destruirlos. Este es el asunto de la *Odisea*, que se atribuye también á *Homero*.

Per más adelantos que acusen estas leyendas, no pueden servir más que de guía para suponer el carácter del pueblo que las creara, pero no como documentos históricos. (1). La verdadera historia de Grecia puede comenzarse desde que se formaron en el país diversos Estados independientes, sólo unidos por los vínculos de la lengua, la religión y las costumbres, (siglo X al VIII). Antes de esa época, aunque los griegos sabían labrar la tierra, edificar ciudades, construir naves y obedecer á un jefe ó a una asamblea, [según consta por las leyendas y, principalmente, por los maravillosos poemas de *Homero*], lo cierto es que eran semi-bárbaros todavía, puesto que desconocían la escritura, no sabían servirse de la moneda é ignoraban el uso del hierro.

III.—Formación de los Estados.

EL suelo de Grecia, montuoso y dividido en valles estrechos, favorece la formación de pequeños Estados independientes. Solo al norte se encuentran feraces llanuras en la *Tesalia*, regadas por el río *Péneo*; luego hay un desfiladero entre el *Pindo* [cordillera central] y el mar. El de las *Termópilas*, que conduce á la *Fócide*, donde se levanta á 2,400 pies el monte *Parnaso*. De la *Fócide* siguen hacia el sudeste la *Beocia* y el *Atica* con el *Pentélico*, famoso por sus mármoles, y el *Himeto* por la miel de sus abejas. El istmo de *Corinto* separa á la Grecia central del *Peloponneso* [Morea] recortada también en diferentes valles: la *Elide*, la *Argólide*, *Acaya*, *Mesenia*, *Luconia*, regada esta última por el *Eurotas*, y termina-

(1) Un sabio alemán se propuso practicar algunas excavaciones en la *Troade*, costa del *Asia Menor* en que se supone que estuvo *Troya*, y solo pudo encontrar las ruinas de una pequeña ciudad; pero no hay pruebas de que pertenezcan á la legendaria *Troya*.

da por el *Taigelo*, que forma la punta extrema de Grecia [cabo Tanaro ó Matapán]. Mas si el país es pequeño, sus costas ofrecen un desenvolvimiento equivalente con sus sinuosidades y recortes á las de la Península ibérica. Alrededor de Grecia todo es mar é islas: al Este el mar *Egeo*, al Oeste el *Jónico*. Las islas, que no son más que montañas sumergidas cuyas cimas flotan sobre las aguas, se escalonan á los lados, como «piezas de ajedrez»: al Oeste, *Corcira*, *Leucades*, *Itaca*, *Cefalonia*, etc.: al Sur, *Creta* y *Citera* [Chipre]; al Este, las *Cícladas* y las *Espóradas*. La Geografía explica, tanto la formación de pequeños Estados en Grecia, como la expansión de las familias que poblaron el país en numerosas colonias.

Según tradiciones comprobadas, se sabe que tribus numerosas que salieron del *Epiro* [Albania], ocuparon la llanura del *Péneo* [Tesalia], arrojando á los antiguos habitantes [beocios] al valle del *Cefiso*, que de ellos tomó el nombre de *Beocia*; que unos pueblos de montañeses, los *dorios*, procedentes del *Pindo*, invadieron el Peloponeso, apoderándose de los países más ricos, [*Laconia*, *Mesenia*, *Argólida*, *Sicione*, *Corinto* y *Megara*], y que una tribu de *Etolios*, que acompañaba á los dorios, se posesionó de la *Elide* al Oeste, en el mismo Peloponeso. En cuanto á los antiguos habitantes, los *aqueanos* ó *acayos*, se dirigieron al norte, arrojando de allí á los *Jonios*, y fundaron las doce ciudades aqueas. Los *Jonios* á su vez se refugiaron en la *Atica*. Diferentes familias, además, fueron más allá de la península á fundar diversas colonias, en el *Archipiélago*, en el *Asia Menor*, en *Creta*, *Chipre*, el *Cáucaso* y la *Crimca*, y en las costas de *Pracia* [Turquía europea], *Africa*, *Italia*, *Francia* y *España*.

Las familias más notables fueron los dorios y los jonios: los primeros fundaron á *Esparta*; los segundos, á la sabia *Atenas*. Los *dorios* eran montañeses de rudas costumbres, hablaban un idioma áspero y primitivo y llevaban una vida esencialmente guerrera; los jonios eran pacíficos, industriosos, hablaban un idioma suave y armonioso y amaban la navegación y las artes. Al rededor de estos pueblos gira la historia de los primeros tiempos de Grecia; pero el mayor número de los habitantes del país no pertenece á ellos, sino á dos familias distintas: la de los *colios* y la de los *aqueos*; la

primera puebla la Grecia central, y comprende *arcadianos*, *focidios* y *beocios*; la segunda habitaba con los dorios el Peloponeso. Todos tomaron el nombre de *helenos*, pues que, según la tradición, *Doro* y *Eolo* eran hijos de *Helen*, y *Ion* (ó Jon) su nieto.

CAPITULO II.

RELIGION GRIEGA.

I.—Politeísmo.

EN Grecia, la religión no tuvo la misma importancia que en los pueblos orientales: nunca sirvió de núcleo para la formación de los Estados. Hubo sí multitud de preocupaciones religiosas que regían su vida privada y pública; pero puede decirse que *humanizaron* sus dioses, *divinizando* á la humanidad. Tal es el carácter saliente de esta religión singular.

Los griegos creían en muchos dioses; todo ser vasto é imponente, todo fenómeno, ó signo de un gran poder, era para el griego una divinidad: el sol, la tierra, el cielo, el mar, el aire, y hasta las fuentes, los ríos, las montañas y los árboles, llegaron á ser los objetos predilectos de su culto. Mas, al mismo tiempo que son seres, ó fuerzas naturales, los representan bajo la forma más noble y bella, la forma humana. «La Náyade,» por ejemplo, «es una fuente y una joven hermosísima.» «El río *Janto*,» dice Homero, se arrojó sobre Aquiles, hirviendo de furor, lleno de ruido, de espuma y de cadáveres.» Estas concepciones hacen que la literatura helénica sea tan plástica y tan rica en imágenes. Los dioses griegos, son, así, hombres, [aunque más altos y bellos que los mortales] (1), que poseen trajes, que gastan armas y utensilios, que habitan palacios, y que tie-

(1) «Arés y Ateneo lo conducía vestidos de oro, altos y hermosos, según conviene á los dioses,» dice Homero cuando describe el ejército grabado en el escudo de Aquiles.

nen sentimientos, ideas y gustos análogos á los de los hombres.

Además de los pequeños dioses (poliades), que pertenecían á cada cantón ó ciudad, esto es, el riachuelo que les da el agua, el bosque que les proporciona sombra y agrado, la gruta misteriosa en la montaña vecina, etc.; además de estas deidades locales, los griegos de todos los Estados reconocieron de doce á veinte dioses superiores, que todos invocaban y que representaron siempre los poetas y los artistas con los mismos ó análogos atributos. Estos dioses eran: *Zeus* (Júpiter), *Hera* (Juno), *Atenea* (Minerva), *Apolo*, *Artemisa* (Diana), *Hermes* (Mercurio), *Hefaislos* (Vulcano), *Hestia* (Vesta), *Arés* (Marte), *Afrodita* (Venus), *Poseidón* (Neptuno), *Anfirite*, *Proteo*, *Cronos* (Saturno), *Rea* (Cibeles), *Deméter* (Ceres), *Perséfone* (Proserpina), *Hades* (Plutón) y *Dionisios* (Baco).

Zeus es el dios del cielo y del aire, el soberano, el amo de los dioses y los hombres; lo representaban bajo la forma de un anciano de larga barba, sentado en un trono de oro. Para mostrar su poder, el poeta pone en su boca estas palabras: «Atad al cielo una cadena de la que vosotros [dioses y diosas] tiraréis, vuestros esfuerzos no podrán arrastrar hacia la tierra á *Zeus*; pero si yo quisiera tirar de ella, me llevaría la tierra y el mar, los ataría á la cima del Olimpo, y de allí quedaría suspendido todo el universo. Tan superior es mi poder sobre el de los dioses y los hombres.» El signo de poder más frecuente, y más visible en *Zeus*, era amontonar las nubes y lanzar el rayo.

II.—Atributos de los dioses.

MITOLOGIA.



LOS dioses principales tenían, según los antiguos griegos, ciertas funciones, y los representaban de modo que significaran estas funciones, con determinadas formas ó atributos. Además, algunas de estas divinidades superiores, tenían algo así como una corte ó séquito formado por otras secundarias; y como á todas les prestaban la for-

ma humana y los instintos, gustos y sentimientos de los hombres, referían de ellas minuciosamente la historia de sus aventuras ó hazañas, las de sus padres, hijos ó hermanos [Teogonía], hasta que llegaron á constituir con el trascurso de los años, una verdadera ciencia de los relatos ó mitos referentes á sus dioses y héroes: la *Mitología*. Hoy no tiene importancia este tejido de relatos, sino como fuente de inspiración para los artistas, y como datos irrecusables para el historiador, que puede conocer en ellos la índole de aquel pueblo, dotado de tan viva y rica imaginación. [1].

Hera, [Juno], es la diosa protectora de los casamientos; *Atenea*, [Minerva], virgen de claros ojos, armada con lanza, casco y peto, diosa del aire límpido y sereno, representa la sabiduría y la invención. *Apolo*, dios del sol y de la luz, es el inventor de las bellas artes. Puede decirse que le son afines las divinidades que personifican ciertas concepciones intelectuales: *Clio*, que preside la historia; *Talia*, la comedia; *Melpómene*, la tragedia; *Polimnia*, la elocuencia; *Euterpe*, la música; *Urania*, la astronomía; *Erato*, la poesía lírica; *Caliope*, la epopeya, y *Terpsicore*, el baile. [2]

Artemisa (Diana), virgen agreste, armada de arco y carcax, era la diosa de la caza y de los bosques; la representaban cazando, al frente de centenares de ninfas. *Hermes* (Mercurio), dios de los debates, del comercio, de la lluvia que fecunda; es el mensajero de los dioses; por esto, tal vez, le representaban con sandalias aladas. *Hefaislos* [Vulcano], dios del fuego, es el herrero incomparable, el que doma la materia y el que forja el rayo descargado por *Zeus*; lo representan como robusto operario, con un martillo en la mano. *Hestia* [Vesta], es la diosa del hogar; *Arés* [Marte], es dios de la guerra, el que impulsa á los combates é inspira valor á los mortales. *Afrodita* [Venus], era la diosa de la hermosura y los placeres la acompañaban las tres gracias: *Aglac*, *Talia* y *Eufrosina*, adornadas con guirnaldas de flores, completando su séquito el inseparable *Cupido*.

(1) Un autor dice que sin algunas nociones de Mitología no es posible entender, ni los poemas clásicos, ni los cuadros y estatuas de artistas afamados. A este título consignamos las notas del texto.

(2) Les llamaban «las nueve musas», y, según decían, formaban el séquito de Apolo, reuniéndose en el Parnaso, montaña de la Fócide.

Posidón [Neptuno], dios del mar, lo representan en un carro tirado por monstruos marinos. El *Océano* mismo era también una divinidad: su esposa, *Tetis*, va acompañada por tres mil ninfas ú *Océánides*, mientras que las *Nereidas*, hijas de *Nereo*, formaban el acompañamiento de *Posidón* [Neptuno]. Mas, el mar era riquísimo en divinidades; en él vivía *Tritón* [mitad hombre y mitad pez], é hijo de *Neptuno* como *Nereo*; *Eolo*, el que guarda los vientos, y las célebres *Sirenas* de agradable voz y pérfidos intentos, que atraían al navegante hacia los escarpados escollos en que moraban.

Rhea [Cibeles], era la diosa de la tierra; *Deméter* [Ceres], la de las cosechas, con su haz de rubias espigas en la mano. *Pan* era el dios de las selvas, con sus *faunos* y *sátiros* [mitad hombres y mitad bestias]. *Ninfas* y *ariadas* habitaban las arboledas; la ninfa *Eco* las montañas, y las *náyades* los manantiales y las fuentes.

En el infierno [regiones inferiores] habitaba *Hades* [Plutón] con las furias, sus ministros de venganzas y las tres *Parcas*: *Cloto*, *Láquesis* y *Atropos*, que presidían al nacimiento y muerte de los mortales. [1], *Carón* era el barquero que transportaba las almas más allá del *Aqueronte*, que ciñe á manera de cinturón la morada de las sombras; y tres jueces severos, *Minos*, *Euque* y *Radamanto*, completaban los habitantes divinos de aquella lúgubre mansión. Solo la infeliz *Proserpina*, robada por *Plutón* á *Ceres*, parecía gemir, á pesar de ser la reina en aquel triste lugar.

La mitología no solo comprende la supuesta historia de las divinidades secundarias sino también los sucesos relativos á la vida y costumbres de los dioses superiores, de sus padres, hijos ó hermanos, los cuales son, á su vez, dioses, hombres divinos ó semidioses. *Apolo*, por ejemplo, había nacido en la isla de *Delos* donde se refugió su madre *Latona*; se continuaba el relato diciendo, «que mató un monstruo que devastaba la comarca situada al pié del monte *Parnaso*», ni más ni menos que si se tratara de un mortal [2], héroe ó semidiós, como *Hércules*, *Edipo* ó *Aquiles*.

(1) La representación no podía ser más gráfica: Cloto tenía la rueca, Láquesis la hebra, y Atropos la cortaba.

Los dioses superiores no morían, los héroes ó semidioses sí: los primeros residían en el *Olimpo*, montaña de nevada cúspide, en que, según Homero, tenían sus sesiones, en medio de celeste luz.

III.—Culto á los Dioses y á los Héroeos.

COMO los dioses tenían los sentimientos del hombre, les tributaban culto con ofrendas y fiestas, les edificaban palacios (1), y procuraban agradecerles con regocijos públicos. Este fué el origen de «las fiestas ó juegos solemnes» que llegaron á adquirir tan grande importancia en Grecia. Se celebraban en cuatro lugares: *Olimpia*, *Delfos*, *Nemea* y el istmo de *Corinto*; pero los más célebres y concurridos fueron los de *Olimpia* que se verificaban cada cuatro años en honra de *Zeus* (2). La multitud acudía de todo el país; se empezaba por sacrificar animales y dirigir algunas oraciones á *Zeus*, y luego venían los certámenes, que consistían en los ejercicios siguientes:

- 1º Carrera á pie en torno del estadio.
- 2º El *pentaplo*, que comprendía cinco ejercicios: saltar, correr de un punto á otro del estadio, lanzar el disco de metal, arrojar el dardo y luchar cuerpo á cuerpo.
- 3º El pugilato en que se luchaba con los brazos cubiertos con tiras de cuero.
- 4º Las carreras de carros, con tiros de cuatro caballos.

El vencedor recibía una corona de olivo, pero era aclamado y conducido en triunfo hasta su ciudad natal: en ocasiones derribaban un lienzo de muralla, para que entrara en la población: llegaba en un carro tirado por cuatro caballos, escoltado por el pueblo, del que recibía incesantes oraciones. «Los griegos tenían razón para admirar tanto la fuerza física, pues que en sus guerras, donde se combatía cuerpo á cuerpo, los mejores soldados eran los atletas.»

Los mismos homenajes y ofrendas se tributaban en Grecia á los héroes, á ciertos personajes legendarios ó históricos, á cuyo poder se acogían y cuya protección invocaban. No son dioses, sino semidioses; no habi-

(1) Los templos no eran más que unos palacios magníficos en que residía el dios.

(2) Tan importantes fueron, que los griegos medían el tiempo por olimpiadas, períodos de cuatro años; habiendo comenzado en 776, en que fué vencedor Corebo. No es posible elevarse más arriba en la cronología griega.

tan el Olimpo, pero son bastante poderosos para hacer el bien ó mal según les parece. Esta es la razón del culto que los helenos practicaron hasta los últimos tiempos á Heraclés y Edipo, á Ulises, Agamenón, Aquiles, y á muchos personajes históricos, como Leónidas y Lisandro, Licurgo y Solón. *Herodoto* cuenta multitud de hechos relativos á la adoración y culto que tributaban á los héroes y que pintan vivamente esta superstición: «La ciudad de *Sición*,» dice el gran historiador, «adoraba al héroe *Adrasto*, y tenía en la plaza pública un templo. *Clistenes*, tirano de esa ciudad, tuvo la idea de expulsar al héroe, y fué á preguntar al oráculo de Delfos si lograría ó no su objeto; pero la contestación no le fué favorable. *Clistenes* fué entonces á *Tebas*, de donde trajo los restos de *Melanipo*, héroe que había sido en vida el mayor enemigo de *Adrasto*, suponiendo que éste huiría disgustado, al ver que se tributaban á *Melanipo* las fiestas que correspondían á él.» Los héroes protectores de una ciudad la defendían y cuidaban, y hasta combatían contra sus enemigos. «Durante la batalla de *Maratón*, los atenienses vieron en medio de ellos á *Teseo*, héroe fundador de *Atenas*, cubierto con brillante armadura; y en la de *Salamina*, á los héroes de esta ciudad, *Ajax* y *Telamón*, que extendían sus brazos en dirección de la escuadra griega.»

Otro culto singular de los helenos fué el de los *oráculos*, nacidos de una creencia común en aquella época: la de los *presagios*. Todo fenómeno común en ciertas circunstancias, y, con mayor razón, los fenómenos extraordinarios, eran interpretados como avisos de las divinidades; así, el vuelo de las aves que cruzan el firmamento, las entrañas de los animales, los temblores de tierra, un *eclipse* y hasta un simple estornudo, eran vistos como presagios favorables ó adversos. Cuando *Jenofonte*, en la «Retirada de los diez mil», dijo á sus soldados: «Con el favor de los dioses tenemos fundada esperanza de salvarnos con gloria», estornudó un soldado; todos creyeron entonces, que la divinidad les enviaba ese presagio. El mismo *Jenofonte*, ilustre filósofo y general consumado, continuó: «puesto que *Zeus* nos envía este aviso, en el momento de discutir nuestra partida, hagamos votos de ofrecerle nuevos sacrificios». Durante la funesta «guerra del Peloponeso», se perdió la desgraciada expedición de *Nicias*, á causa de esta creen-

cia en los presagios: superstición que costó á *Atenas* su mejor ejército, y, en suma, su hegemonía en Grecia. (1)

Esta creencia en los avisos divinos, hizo que se sistemara el procedimiento de advertir á los hombres, en todas las circunstancias de la vida; y en varios puntos de Grecia se formaron asambleas de sacerdotes, á que acudían los fieles en busca de respuestas y consejos; tales fueron los *Oráculos*. Los que gozaron de mayor fama, aun más allá de los límites del país, fueron: el de *Dodona* en el *Epiro*, y el de *Delfos*, en la *Fócide*, al pie del monte *Parnaso*. En *Dodona*, *Zeus* daba las respuestas, valiéndose del susurro de los bosques sagrados, que luego interpretaban los sacerdotes; en *Delfos*, las daba *Apolo*, por medio de una mujer, la pitonisa, que después de prepararse á recibir la inspiración, (bañándose en un manantial *sagrado*), subía á la trípode, donde le acometía el delirio y pronunciaba palabras entrecortadas, que los sacerdotes se encargaban de interpretar.

CAPITULO III.

Organización política y social de Grecia.

I.—Las Ciudades.

DURANTE algunos siglos, la nación helénica no existió más que de nombre; cada cantón, cada isla, formaba un Estado independiente, con su capital, su playa y puerto, y con varias aldeas dispersas en la campiña. El número de estos Estados se ignora, pero se supone que en la península era como de ciento, y con las colonias más de mil; jamás dejaron de combatirse y destruirse mutuamente: jamás se unieron para formar un cuerpo único nacional. El Consejo ó liga de los *Anficiones*, que se reunía cada año en *Delfos*, era una asamblea formada

(1) *Nicias* hubiera podido salvar su ejército, y ya había comenzado el embarque; pero un eclipse de luna, lo hizo desistir de su propósito, creyendo que era un signo adverso; se detiene, y entonces los enemigos lo destruyen.

por representantes de doce pueblos solamente, y no tuvo más objeto que cuidar del templo de *Apolo*, celebrar las fiestas del dios y guardar sus tesoros.

Sin embargo, desde las costas de *España* hasta el fondo del mar *Negro*, vivían multitud de pueblos, que adoraban los mismos dioses, hablaban el mismo idioma y tenían análogas costumbres; esto es, tenían la misma vida íntima y privada, y constituían análogos organismos políticos.

En esto fundaban su pretensión de formar una misma familia, un mismo pueblo distinto de los demás, de todos aquellos que desde los tiempos de Homero llamaban orgullosamente *bárbaros*, mostrándoles sus *Instituciones*, tan diferentes de las de los pueblos orientales, condenados parece eternamente al despotismo. Sólo dejaron de ser independientes en tiempo de *Alejandro*; pero esto mató el genio propio de los pueblos helénicos, formando desde entonces una nación única, como esclava atada al carro del conquistador. . . . Durante varios siglos, pues, los diversos pueblos griegos se constituyeron de modo independiente; pero más ó menos conformes á una de las dos ciudades que tuvieron la hegemonía, ó dirección general de los principales sucesos políticos en Grecia.

II.—Gobierno y costumbres de Atenas.

TENAS se alza en una enorme peña aislada, junto al mar *Egeo*; la ciudad alta, (la acrópolis), ocupaba la cima de la roca: la época de su fundación asciende á los tiempos fabulosos ó heroicos de Teseo. (1) Al rededor de este caserío vi-

(1) La leyenda de Teseo es muy semejante á la de Hércules. Era hijo de *Egeo*, rey de Atenas; mató al bandido *Sinis*, que destrozaba á los viajeros atándolos á las ramas de los árboles, dobladas con esfuerzo; á *Procusto*, que tenía un lecho donde torturaba á sus víctimas. Libró á Atenas del tributo cruel que pagaba á *Minos*, matando al Minotauro, mediante el hilo conductor de Ariadna, que le impidió perderse en el *Laberinto*, construido por *Dédalo*. Con Piritoo intentó robar á Proserpina; pero fracasó en su empresa. Luego viene la tragedia terrible de su culpable mujer, *Fedra*, quien lo indujo á matar á su hijo *Hipólito*; y luego arrepentido, murió de tristeza.

vían los habitantes del *Atica* en un centenar de aldeas distribuidas en el campo; pero todos adoraban á *Ate-nea*, diosa protectora de la ciudad, y obedecían sus leyes. En un principio tuvieron un rey, pero luego, (no se sabe la época precisa de esto), cambiaron la forma monárquica por el *arcontado*, ó sea, nueve gefes, que llamaron *arcontes*, elegidos nuevamente cada año. Este régimen aristocrático y opresor, puesto que los propietarios nobles (eupátridas) vendían á los arrendatarios de sus dominios y extorsionaban de mil modos al pueblo, acabó por cansar y encargaron entonces al sabio *Solón* que les dictase nuevas leyes (594 a de J. C.)

Solón (uno de los siete sabios de Grecia), llevó á cabo varias reformas: 1.^o Disminuyó el valor de la moneda, con lo que pudieran los deudores pagar fácilmente sus deudas. 2.^o Hizo á los campesinos propietarios de las tierras que cultivaban, y 3.^o Dividió á los ciudadanos en cuatro categorías según sus rentas; cada cual debía pagar impuestos y servir en el ejército conforme á sus medios, quedando los pobres exentos de contribución y de servicio. Pero todavía tardó *Atenas* un siglo más en constituirse, disfrutando de paz, sólo en el período del poderoso é inteligente *Pisistrato* (591). A su muerte, comenzaron las revoluciones, hasta que *Clistenes* puso el Poder público en manos del pueblo, é hizo ciudadanos á todos los mercaderes establecidos en el *Pireo*. El pueblo ateniense, numeroso é ilustrado, fué el más turbulento de Grecia. A partir de 510, quedó definitivamente constituida la *sociedad* de Atenas y el *Gobierno*.

La sociedad comprendía tres clases de habitantes: los *esclavos*, los *extranjeros* y los *ciudadanos*. Los primeros no tenían derechos y estaban enteramente sujetos al capricho de su amo ó Señor. Se ocupaban en trabajos domésticos, ó en los talleres, fabricando objetos y utensilios para los ciudadanos, puesto que ellos no podían ser propietarios. Los *extranjeros*, [metecas], podían comerciar, puesto que eran libres; pero no participaban del Poder público, ni podían adquirir bienes raíces, ni casarse con las hijas de los ciudadanos; ante la justicia necesitaban un *patrón* que los representase. Los únicos dueños de *Atenas* eran, pues, los *ciudadanos*, especie de sociedad cerrada en que no entran más miembros que los aceptados por los antiguos, y este

favor lo reservaban á sus hijos.» Ellos son los directores del Estado, los que pueden formar parte de la asamblea, los que tienen el derecho de desempeñar las funciones públicas. A los veintiocho años, el joven ateniense [hijo de ciudadano y ciudadana] debía presentarse ante la asamblea; y, al recibir las armas, prestaba el juramento en estos términos: «Juro no deshonrar estas armas sagradas, no abandonar jamás mi puesto en el combate; juro obedecer á los magistrados y á las leyes, y venerar la religión de mi patria.»

El Gobierno de los atenienses llegó, entre los ciudadanos, á ser una verdadera *democracia* [gobierno por el pueblo. Quince ó veinte mil personas dirigen á su antojo el Estado; ellos forman la asamblea, que se reúne tres veces para deliberar y votar; todos pueden hacer uso de la palabra, subiendo á la tribuna por orden de edades, y una vez que todos los ciudadanos han hablado, el presidente pone el punto á votación, declarándose por la afirmativa, cuando la mayoría levanta las manos. Los mismos ciudadanos forman la asamblea de justicia, en que se reúnen por grupos ó salas, de 1,000 á 1,500 jueces: verdaderos «Jurados populares,» en que acusado y acusador se defienden, pronunciando discursos, que debían durar el tiempo marcado por un reloj de agua. Por último, el *Consejo de Estado*, compuesto por 500 ciudadanos, y que preparaba los negocios, sometidos después á la *asamblea*; los *magistrados*, que ejecutaban los acuerdos: 10 estrategias para mandar el ejército, 30 empleados de hacienda y 60 de policía; todos recibían sus cargos por sorteo riguroso, y el Poder estuvo propiamente en manos del pueblo, [1].

Los más influyentes en este régimen político, en que todos los asuntos públicos se resuelven por medio de discursos, eran los oradores, [demagogos ó directores del pueblo], á quienes el pueblo confiaba embajadas y hasta el mando de los ejércitos. El partido de los ricos se burlaba de esto. *Aristófanes*, célebre autor de comedias, pinta al pueblo en una de ellas bajo la forma de un viejo imbécil, á quien le dicen: «Eres ridículamente crédulo, dejas que los aduladores é intrigantes te gobiernen, llevándote cogido de la nariz, y te sientes transportado de alegría cuando te arengan.»... «Eres

(1) Solo los estrategias parece que eran nombrados directamente por la asamblea.

grosero, perverso.» dice el coro, dirigiéndose á un aventurero. «posees voz robusta, elocuencia impudente y gesto atrevido; créeme, tienes las cualidades necesarias para gobernar á Atenas.»

La vida privada de los atenienses contrastaba con la grandeza de su vida pública; como el ciudadano solo se ocupaba en gobernar y combatir, apenas le quedaba tiempo para permanecer en la casa y cuidar de su familia. Cuando nacía un niño, el padre tenía derecho, conforme á la bárbara costumbre de muchos pueblos orientales, de abandonarlo, para que muriese, sin el auxilio de los necesarios cuidados materiales [1]. Si era recogido, lo educaban de un modo uniforme, solo variable según el sexo. El niño, á la edad conveniente era confiado á los cuidados de un *preceptor ó pedagogo*, que era generalmente un esclavo, encargado de enseñarle á obedecer, á *portarse bien*. Luego, iba á la escuela, donde aprendía á leer, escribir, contar, recitar versos, y á cantar al son de la flauta. El objeto de esta educación é instrucción, que completaban con ejercicios gimnásticos, era, como decían los griegos, formar hombres «sanos de cuerpo y tranquilos de espíritu.»

Cuanto á la mujer, no se le enseñaba nada; permanecía hasta la mayor edad en la casa, al lado de la madre, sin ocuparse en más que los trabajos domésticos, hasta que se casaba. En el lugar más oculto de la casa ateniense, á la manera oriental, estaba el departamento destinado á las mujeres; casi nunca salían de allí, si no era para asistir á las solemnidades religiosas. Padre y marido parecían tratarlas duramente y con desprecio. La base misma de la familia (el casamiento), era vista con indiferencia y hasta con mala voluntad. *Menandro* dice que «el matrimonio es un mal, pero un mal necesario.» El mismo *Platón* dice: «que si los hombres se casan no es por gusto, sino porque la ley lo exige.» Sobre tan deleznales bases, la sociedad helénica, á pesar de la brillantez de su vida pública, tenía que perecer muy pronto.

(1) Lo que abandonaban con más frecuencia eran las hijas. «Un hijo,» dice un griego, «es siempre educado, aun cuando se viva en la mayor miseria; una hija se repudia, aun en el caso de ser rica.»

III.— Gobierno y costumbres de Esparta.

Al sur de Grecia, en el *Peloponeso* [hoy Morea] estuvo *Esparta*; ya para el siglo IX era la primera ciudad por su régimen político y social. *Licurgo* que vivió probablemente en ese siglo [884], dió una constitución que hizo la celebridad de Esparta.

Desde que los motañeses dorios invadieron el *Peloponeso*, fijaron su residencia en la *Laconia*, expulsando á los *Aqueos*. Los antiguos habitantes (aqueos ó lacedemonios) que no quisieron emigrar fueron víctimas de una opresión y de un trato, de que no hubo ejemplo en ninguna otra ciudad griega. Desde entonces hubo en *Esparta*, como en *Atenas*, tres clases de habitantes: los *ilotas*, los *periecos*, y los *espartanos ó dorios*. Los primeros vivían en chozas diseminadas en el campo, cultivaban la tierra y estaban adscritos á ella de padre á hijo. Eran tratados de un modo insolente y grosero. Un poeta los compara «á asnos cargados, que vacilan bajo el peso de su carga y de los golpes que reciben.» Los *periecos* son los que comercian, y los que fabrican los objetos necesarios; pagan tributo, obedecen á los señores, pero disfrutan de cierta libertad. Los *dorios* eran los únicos que formaban la ciudad; para ellos eran las leyes, el poder, la justicia y el derecho. Sobre esta base desigual de masas de hombres, sometidas á crueles opresores, estableció *Licurgo* (1) su sistema de educación y de gobierno, que hizo de Esparta el pueblo más singular del pueblo antiguo.

El sistema de educación era militar enteramente. Al nacer, el niño era presentado á un consejo de revisión; los débiles eran condenados á perecer; los bien constituidos eran educados en comunidad, y se les sujeta á una vida dura, vida de cuartel ó campamento. Los visten con un manto ligero, los obligan á andar descalzos, á dormir sobre un haz de cañas y á bañarse en las aguas frías del *Eurotas*; comen poco y de prisa, se les hace

(1) Muchos creen que Licurgo es un mito, y que las instituciones que se le atribuyen, se formaron poco á poco en Esparta, del siglo X al VIII.

pelear á puñetazos y les dan azotes con frecuencia, impidiéndoles exhalar una queja. Los enseñaban á robar el alimento, con tal que no fuesen descubiertos; les estaba prohibido hablar durante la comida y debían obedecer á todos los hombres formales que encontrasen. Con las mujeres pasaba lo mismo; las obligaban á correr, saltar, lanzar el disco y el dardo, ni más ni menos que los hombres. Unos y otras andaban «mirando el suelo, silenciosos, sin volver la cabeza, sin hacer más ruido que una estatua.» Llegaron á tener hasta un modo particular de expresarse: el *laconismo*, que consiste en emplear frases cortas, y enérgicas por lo concisas, y que han dado nombre á una forma literaria: el *estilo lacónico*.

En su vida todo está reglamentado: el traje, la hora de levantarse y acostarse, las comidas y los ejercicios; la música y el baile son cantos de guerra y movimientos de combate. Los espartanos, más que un Estado, constituían un ejército acampado en país enemigo; y así era, en efecto, pues 200 mil *ilotas* y 120 mil *periecos*, estaban dispuestos á lanzarse sobre sus opresores tan pronto como se debilitaran. La fuerza, el valor y el heroísmo, llegaron á ser en ellos proverbiales; las mujeres mismas dieron ejemplos admirables. Una madre espartana que vió volver á su hijo huyendo del combate, lo mató con su propia mano diciendo: «el Eurotas no corre para los ciervos.» Otra á quien dicen que sus cinco hijos han muerto: «No pregunto eso... ¿ha vencido Esparta?—Sí—Pues corramos á dar gracias á los dioses!»

Es de suponerse lo que sería el gobierno en un pueblo acostumbrado á la disciplina militar, y en el seno de estos guerreros altivos y orgullosos. Fué siempre monárquico y aristocrático; había dos reyes, que ellos mismos se decían descendientes de *Heracles* [Hércules], á quienes colmaban de honores; un Senado compuesto por veintiocho miembros, de misión vitalicia, y cinco *éforos*, inspectores elegidos anualmente, y que deciden de la paz y de la guerra, juzgan y mandan el ejército. Los *éforos* son, pues, los que gobiernan á Esparta. Estos magistrados toman decisiones de acuerdo con la asamblea de nobles, sus iguales, y hasta parece que consultan al pueblo en ciertas ocasiones solemnes; pero la verdad es que éste obedecía siempre á sus

superiores y que tenía como dueños. En realidad, el gobierno pertenecía á unas cuantas familias antiguas y ricas, que dominaban en la ciudad; era así, un gobierno esencialmente aristocrático.

La Institución que puede decirse con toda propiedad que los espartanos crearon, y que todos los demás griegos no hicieron más que imitar, fué el ejército. Antes de ellos, los helenos y, con mayor razón los orientales, no iban juntos al combate, no había un cuerpo único, organizado de manera que pudiera ser manejado á su antojo por el jefe, sino que caudillos y peones marchaban desunidos contra el enemigo, sin obedecer más que á su capricho. Mas, los espartanos discurrieron dividir las masas de hombres en regimientos, batallones, compañías y secciones, con sus jefes respectivos, para ejecutar movimientos uniformes. Modificaron también el armamento, reduciéndolo á sistema, y constituyeron el *hoplita* ó guerrero armado con sus armas defensivas y ofensivas; entre las primeras están la coraza, el casco, la espinillera y el escudo; entre las segundas, una corta espada y la lanza de algunos metros de larga.

El modo de combatir era el siguiente: al llegar junto al enemigo, forman en filas, ocho generalmente, cada cual muy junto á su vecino, constituyendo una masa compacta, llamada *falange*. Luego, se ponen en movimiento, con el escudo delante del cuerpo y la lanza en alto, formando una muralla impenetrable, contra la cual no pueden nada los carros y los esfuerzos aislados de los enemigos, mientras que ellos con su choque desbaratan las fuerzas del contrario. [1]. Mas, para efectuar estos movimientos uniformes se necesita agilidad y fuerza; y esta es la razón por qué los griegos y, principalmente, los espartanos, dieron á la gimnasia y á los ejercicios corporales tanta importancia. El *gimnasio* fué desde entonces una Institución nacional para los griegos: lugar de recreo y escuela en que aprendieron sus pequeños ejércitos á vencer las colosales masas asiáticas, las innumerables muchedumbres del *gran rey*.

(1) Esto fué lo que pasó en las guerras contra los persas, conforme se verá en el Cap. IV.

CAPITULO IV.

Principales sucesos políticos de Grecia.

I.—Sucesos políticos del siglo XII al VI.

LOS primeros tiempos de Grecia se pierden en las fábulas de la época heroica. Del siglo XII al VIII (a. de J. C.) se verificaron aquellas violentas inmigraciones y emigraciones de pueblos, que dieron origen á los Estados helénicos en la península y en las islas. De todos estos Estados, *Esparta* brilló primero (siglo IX al VIII), como un gran cuerpo social y político, pujante por sus armas, mientras que *Atenas* se debatía en el seno de continuas revoluciones, tan fecundas más tarde. En dos encarnizadas guerras (743-768), después de la derrota definitiva de *Mesenia*, los espartanos dominan el *Peloponeso*. Este pequeño Estado, dirigido por un valeroso caudillo, *Aristómenes*, logró por mucho tiempo oponerse á la opresora dominación *lucedemonia*, combatiendo con éxito á sus orgullosos y fieros enemigos; pero, según tradición admitida por todos, el ateniense *Thiseo* inflamó con sus cantos belicosos el desmayado valor espartano, consiguiendo una victoria completa, en que sucumbió *Mesenia*, baluarte del *Peloponeso*.

En *Atenas* fué más lenta la evolución, y ningún suceso político exterior ni interior señaló este período primitivo de su historia, hasta que *Solón* (595) pudo elevarlo al primer puesto entre los Estados democráticos de Grecia. No obstante esto, las revoluciones continuaron después de *Pisistrato* (561), cuando *Hiparco* é *Hippias*, (sus dos hijos), concentraron el Poder en sus manos. *Armodio* y *Aristógilon* logran libertar de estos dos tiranos la ciudad (510), y puede *Clistenes* restablecer la constitución democrática de *Solón*, ampliando el derecho de ciudadanía y concediéndolo á un gran número de extranjeros. De este modo preparó mejor porvenir á la ciudad, tan ilustre después en la guerra, en las artes y en las ciencias.

superiores y que tenía como dueños. En realidad, el gobierno pertenecía á unas cuantas familias antiguas y ricas, que dominaban en la ciudad; era así, un gobierno esencialmente aristocrático.

La Institución que puede decirse con toda propiedad que los espartanos crearon, y que todos los demás griegos no hicieron más que imitar, fué el ejército. Antes de ellos, los helenos y, con mayor razón los orientales, no iban juntos al combate, no había un cuerpo único, organizado de manera que pudiera ser manejado á su antojo por el jefe, sino que caudillos y peones marchaban desunidos contra el enemigo, sin obedecer más que á su capricho. Mas, los espartanos discurrieron dividir las masas de hombres en regimientos, batallones, compañías y secciones, con sus jefes respectivos, para ejecutar movimientos uniformes. Modificaron también el armamento, reduciéndolo á sistema, y constituyeron el *hoplita* ó guerrero armado con sus armas defensivas y ofensivas; entre las primeras están la coraza, el casco, la espinillera y el escudo; entre las segundas, una corta espada y la lanza de algunos metros de larga.

El modo de combatir era el siguiente: al llegar junto al enemigo, forman en filas, ocho generalmente, cada cual muy junto á su vecino, constituyendo una masa compacta, llamada *falange*. Luego, se ponen en movimiento, con el escudo delante del cuerpo y la lanza en alto, formando una muralla impenetrable, contra la cual no pueden nada los carros y los esfuerzos aislados de los enemigos, mientras que ellos con su choque desbaratan las fuerzas del contrario. [1]. Mas, para efectuar estos movimientos uniformes se necesita agilidad y fuerza; y esta es la razón por qué los griegos y, principalmente, los espartanos, dieron á la gimnasia y á los ejercicios corporales tanta importancia. El *gimnasio* fué desde entonces una Institución nacional para los griegos: lugar de recreo y escuela en que aprendieron sus pequeños ejércitos á vencer las colosales masas asiáticas, las innumerables muchedumbres del *gran rey*.

(1) Esto fué lo que pasó en las guerras contra los persas, conforme se verá en el Cap. IV.

CAPITULO IV.

Principales sucesos políticos de Grecia.

I.—Sucesos políticos del siglo XII al VI.

LOS primeros tiempos de Grecia se pierden en las fábulas de la época heroica. Del siglo XII al VIII (a. de J. C.) se verificaron aquellas violentas inmigraciones y emigraciones de pueblos, que dieron origen á los Estados helénicos en la península y en las islas. De todos estos Estados, *Esparta* brilló primero (siglo IX al VIII), como un gran cuerpo social y político, pujante por sus armas, mientras que *Atenas* se debatía en el seno de continuas revoluciones, tan fecundas más tarde. En dos encarnizadas guerras (743-768), después de la derrota definitiva de *Mesenia*, los espartanos dominan el *Peloponeso*. Este pequeño Estado, dirigido por un valeroso caudillo, *Aristómenes*, logró por mucho tiempo oponerse á la opresora dominación *lacedemonia*, combatiendo con éxito á sus orgullosos y fieros enemigos; pero, según tradición admitida por todos, el ateniense *Thiseo* inflamó con sus cantos belicosos el desmayado valor espartano, consiguiendo una victoria completa, en que sucumbió *Mesenia*, baluarte del *Peloponeso*.

En *Atenas* fué más lenta la evolución, y ningún suceso político exterior ni interior señaló este período primitivo de su historia, hasta que *Solón* (595) pudo elevarlo al primer puesto entre los Estados democráticos de Grecia. No obstante esto, las revoluciones continuaron después de *Pisistrato* (561), cuando *Hiparco* é *Hippias*, (sus dos hijos), concentraron el Poder en sus manos. *Armodio* y *Aristógilon* logran libertar de estos dos tiranos la ciudad (510), y puede *Clistenes* restablecer la constitución democrática de *Solón*, ampliando el derecho de ciudadanía y concediéndolo á un gran número de extranjeros. De este modo preparó mejor porvenir á la ciudad, tan ilustre después en la guerra, en las artes y en las ciencias.

II.—Lucha de la Independencia de Grecia.

MIENTRAS que los helenos constituían sus Estados, los persas se extendían, como marea humana incontrastable, por el Occidente de Asia, el Norte de Africa y el Oriente de Europa. Toda el *Asia Menor*, la *Tracia* (Turquía europea) y las costas del mar *Negro*, donde se hallaban colonias griegas, habían caído en poder del gran rey. En el siglo VI, las ciudades griegas del *Asia Menor*, entre las cuales se encontraban algunas muy poderosas y ricas, como *Efeso*, *Esminia* y *Mileto*, se sublevaron contra *Dario*, y los atenienses les enviaron auxilios. El ejército helénico penetró hasta la ciudad de *Sardes* y la incendió.

El monarca persa se vengó destruyendo las ciudades griegas de Oriente, sin olvidar por eso las de Occidente. *Dario* reunió una enorme flota que destrozó una espantosa tormenta; entonces, con mejor acuerdo, envió otra por el mar *Egeo*, evitando las costas de *Tracia*, donde había sido despedazada la anterior. *Datis* y *Artabernes* desembarcaron felizmente el ejército en *Euboa* [Negroponto], y se trasladaron al *Alica*. Los atenienses solo contaban con diez mil *hoplitas*, juntamente con mil más que acababan de llegar de *Platea*. *Milciades*, principal estratega, se situó en *Maratón* y dispuso su pequeño ejército de tal modo, que no pudiera ser envuelto por los cien mil persas; la victoria, coronó sus excelentes disposiciones, siendo completamente derrotados los bárbaros (490). *Milciades* no tuvo más recompensa que la honra de ser representado en un pórtico, entre héroes y semidioses.

Diez años después, Jerjes (hijo de *Dario*), reunió los innumerables pueblos de su gran imperio: persas, asirios, indostánicos, etiopes, frigios, lidios, tracios, etc; *Herodoto*, digno historiador de esta gran lucha, los describe minuciosamente. Aquella turba de 1.700.000 hombres atravesó el *Helesponto* (Bósforo ó estrecho de los Dardanelos) el año de 481 por un puente de barcas. La flota seguía, entre tanto, la costa de *Tracia* á través de un canal abierto expresamente al efecto por orden del poderoso monarca. Todas las ciudades de Grecia

se atemorizaron y se decidieron á celebrar alianza con el rey persa; solo *Esparta* y *Atenas* con escaso número de aliados, se resolvieron á resistir, formando una liga defensiva cuya dirección se confirió á los Espartanos. El primer encuentro se verificó en el desfiladero de las *Termópilas*, que inmortalizó *Leónidas*, sucumbiendo gloriosamente por su patria [1]. En *Salamina*, la escuadra persa, aglomerada en un canal, fué enteramente destrozada por la escuadra griega (480). Quedaba un ejército persa de 300.000 hombres; pero los invencibles *hoplitas* lo derrotaron completamente en *Platea*, al mismo tiempo que la escuadra vencedora en *Salamina*, desembarcaba en el promontorio de *Micala*, [costa del *Asia Menor*], un ejército ateniense que despedazó enteramente á otro persa.

¿Cómo es que *Esparta* y *Atenas* lograron vencer al *Gran Rey*? Los mismos griegos lo ignoraron; «los dioses y semidioses.» decían, «no nosotros, son los que han vencido á los persas.» No obstante, ellos mismos comprendieron que en la inmensa multitud con que invadió Jerjes la *Grecia*, había, según la frase de *Herodoto*, «muchos hombres y pocos soldados.» Lo cierto es que iban mal armados, que estaban mal disciplinados y que marchaban difícilmente, estorbándose á sí propios, sin saber como procurarse víveres, á falta de organización y de una dirección inteligente. Mientras que los griegos, admirablemente armados, formando ejércitos pequeños, pero bien disciplinados y, sobre todo, con una dirección inteligente, tenían necesariamente que triunfar de una verdadera horda de bárbaros.

III.—Guerra del Peloponeso.

DESPUES de la expulsión de los persas, la guerra continuó en el Archipiélago y en las costas del *Asia Menor*, dirigida por los atenienses, cuya poderosa armada recorría el mar *Egeo*,

(1) El ejército de 7,000 hombres que mandaba el rey de Esparta, fué salvado por éste, cuando estaba á punto de ser destruido; pero él, con trescientos espartanos decidieron sacrificarse, causando el mayor daño al enemigo. Simónides, el gran poeta, dictó este epitafio para los héroes: «Pasajero! vé á Esparta, y dile que aquí yacemos por obedecer sus leyes.»

á las órdenes de Cimón, digno hijo de Milciades. Los espartanos, como montañeses, tuvieron que retirarse de la lucha. Por fin, acosado por la escuadra y la liga de las ciudades jónicas, Artajerjes [rey de Persia], se vió obligado á firmar el tratado de *Cilium*. [449], en virtud del cual reconocía la independencia de las colonias griegas de Asia, y se consideraba como *mar de Grecia* el mar *Egeo*. Este es el período más brillante de la historia de Atenas; en el siglo V era la dueña del mar y las colonias. Pericles la había convertido en emporio de las artes y de las letras; pero era demasiada bonancible y brillante esta situación para que pudiese durar. Esparta armó contra de ella los principales pueblos del *Peloponeso*. La guerra duró cerca de treinta años [431-404].

Atenas comenzó por experimentar dos golpes: la horrible peste, que mató á sus principales ciudadanos, y la muerte de Pericles, que equivalió por sí sola á una derrota [1]. Como los atenienses tenían mejor escuadra, triunfaban por mar; pero como los espartanos tenían mejor ejército, triunfaban en el Continente. Alcibiades, voluble y vanidosísimo ateniense, de brillante inteligencia, pero superficial y orgulloso, indujo á romper la paz de Nicias, atacando las colonias dóricas de Sicilia. Siracusa resistió, ayudada por los espartanos; y del ejército y flota de Atenas no se escapó ni un hombre. [413]. Desde entonces, á pesar de los triunfos aislados de Alcibiades, la estrella de Atenas, parece ocultarse para siempre. Conón, su más valiente general, se dejó sorprender por el espartano Lisandro en las costas de Tracia, perdiendo el ejército y la flota de Atenas. Esta, sin defensa, se entregó al vencedor, [404]. Desde entonces, los espartanos fueron dueños de Grecia.

Mientras que los griegos se desgarraban en intestinas contiendas, los persas continuaban debilitándose.

(1) Tucídides, historiador incomparable de la guerra del Peloponeso, describe con negros colores esta plaga. «Como ya no había casas disponibles», dice, «por la aglomeración de campesinos en la ciudad, se alojaban en agujeros privados de aire, donde morían por miles, permaneciendo en confusión espantosa los cadáveres. Veíanse desdichados que se arrastraban por las calles en torno de las fuentes, medio consumidos y devorados por la sed... La peste fué ocasión para que se declarasen en Atenas otros desórdenes. Cada cual se entregó con toda libertad á excesos que antes se ocultaban.»

Esta decadencia se mostró claramente en la expedición que lleva en la historia el nombre de «Retirada de los Diez mil». Fué el caso que Ciro, hermano de Artajerjes Mucmón, quería arrebatárle el trono; y para esto, contrató once mil guerreros griegos, y avanzó con ellos hasta el centro del Imperio. En Cunaxa se encontró el ejército enemigo, al cual derrotó, muriendo Ciro en medio de su triunfo. Los guerreros griegos se vieron entonces aislados en el centro de un país hostil, sin víveres ni recursos, y sin jefes. Jenofonte, que se hallaba entre los expedicionarios, los anima y los conduce hasta su patria, después de luchar contra todo género de obstáculos, y de vencer en cien combates á los persas que se les oponen. Poco después, Agesilao, rey de Esparta, penetró hasta el centro del Imperio; pero tuvo que volverse, para defender á los *lacedemonios* de la liga que formaron Atenas, Tebas, Argos y Corinto contra ellos. El triunfo que alcanzó en Coronca [394], mantuvo el imperio y dominio de los espartanos en la península.

Un nuevo Estado. (Tebas,) apareció entonces para disputarle á Esparta su supremacía. Dos guerreros insignes, Pelópidas y Epaminondas, acabaron en una lucha tremenda [379 á 362], con el dominio y superioridad militar y política de los espartanos. Pelópidas se escapó de Atenas, libertó á Tebas y formó el batallón sagrado, con el cual mantuvo en respeto á Esparta; Epaminondas hizo más, derrotó en Leutra [371] á los temidos *lacedemonios*, penetró en el *Peloponeso* y amenazó á Esparta; el valor y las virtudes militares del anciano rey Agesilao, pudieron salvarla. La muerte del héroe tebanos en Mantinea [362], en que derrotó de nuevo á los espartanos, dió fin al poderío de Tebas. Otro Estado, la Macedonia, iba á entrar en esta contienda interminable entre las ciudades griegas.

IV.—Filipo y Alejandro.

La Macedonia (hoy Rumelia) es una comarca situada al norte de Grecia; por ahí pasaron y, en gran parte, de ahí salieron las tribus que poblaron la península. Mas, sus habitantes permanecieron rudos y bárbaros, mientras que las ciudades he-

lénicas adquirían el esplendor y brillo de la más alta civilización. Que eran del mismo grupo étnico lo demuestran abundantemente su idioma, religión y costumbres. Durante las luchas anteriores, hasta el siglo IV, los macedonios habían tenido escasa participación en los sucesos políticos y militares de Grecia; pero á contar de mediados de ese siglo [359], *Filipo II*, educado por *Pelopidas*, se aprovechó de las incurables rivalidades de las repúblicas griegas, para dominarlas. Con este objeto creó la *Palange*, cuerpo compuesto de 16,000 hombres, dispuestos de tal manera que formaban una masa compacta de 1,000 de frente por 16 de fondo, armados con picas de seis metros de largo. Solo las seis primeras filas llevaban pica, mientras que las restantes servían para apoyar á las primeras. Luego que tuvo un ejército, el rey macedonio se apoderó de las colonias griegas que ocupaban las costas de su país. En seguida intentó apoderarse de Grecia.

El único adversario digno que encontró el hábil monarca, fué *Demóstenes*: el primer orador de la antigüedad, el incansable defensor de la Independencia de su patria. Era hijo de un armero, y desde niño quedó huérfano y pobre. Sus primeros ensayos en la tribuna no fueron felices; pero se ejercitó mucho, declamando trozos de prosa y verso, hasta que consiguió dar á su voz la amplitud y sonoridad necesarias. Una vez que *Filipo* dió á conocer claramente sus designios con la toma de *Olinta*, *Demóstenes* comenzó á atacarlo en la tribuna de *Atenas* con aquellas brillantes arengas, que con razón se miran como obras maestras de elocuencia. En ellas trata de reencender el amortiguado fuego del patriotismo en los degenerados hijos de *Milciades* y *Temístocles*. En las *Filípicas* se muestra aun más enérgico: «¿Cuándo haréis,» decía, «¿cuándo haréis. Oh atenienses, lo que el deber os manda? ¿Queréis pasar la vida en la plaza pública, preguntándoos: ¿Qué hay de nuevo? ¡Cómo! ¿Puede haber cosa más nueva que ver al macedonio vencedor de Atenas y dueño de Grecia? . . . No me habléis de ejércitos mercenarios; lo que se necesita es uno, poco numeroso, pero que pertenezca á la patria.» En la tercera *Filípica* se muestra más elocuente cuando dice: «En otro tiempo, cuando una ciudad abusaba de su fuerza para oprimir á las demás, toda Grecia se levantaba á fin de impedir tal injusticia, y

hoy sufrimos que un macedonio indigno, que un bárbaro de raza maldita, destruya nuestras ciudades y celebre los juegos píticos, ó los haga celebrar por sus esclavos! . . . Dejamos que crezca su poder, sin hacer nada que le ponga freno; pues cada cual considera como tiempo ganado el que *Filipo* emplea en destruir á los demás, en vez de pensar en la salvación de Grecia, cuando todos saben que el desastre alcanzará aun á los más distantes.» En vano desplegaba *Demóstenes* las galas de una elocuencia viril y enérgica ante los degenerados atenienses; cuando se resolvieron á luchar, ya no era tiempo: ellos y los tebanos fueron completamente derrotados en *Queronea*. (378). El gran orador no desmintió sus palabras, y peleó como *hoplita* por la independencia y libertad de Grecia, en las filas del ejército ateniense.

Filipo, que deseaba ardientemente apoderarse del imperio persa, reunió, después de su victoria, una asamblea compuesta de representantes de las principales ciudades, para comunicarles sus proyectos de conquista; pero la realización de ellos estaba reservada á su hijo *Alejandro*. *Filipo* murió asesinado en *Pella*, (capital de Macedonia) en 336.

Alejandro es uno de los hombres más grandes que ha tenido el mundo, tanto por su carácter como por la influencia que sus conquistas y hazañas ejercieron en la civilización. Desde niño, amaba con delirio la gloria; cuando recibía noticias de alguna nueva victoria de *Filipo*, decía á sus amigos: «Mi padre lo hará todo; no dejará nada grande ni glorioso para hacer con vosotros.» Estudió política, moral y ciencias con *Aristóteles*, el más notable de los filósofos griegos (1). Lefa con pasión la *Iliada*, á la que llamaba «guía del arte militar,» y á cuyos héroes, (sobre todo al fuerte Aquiles) aspiraba á imitar.

Una vez dueño de Macedonia, por muerte de *Filipo*, *Alejandro* salió de *Pella*, con un ejército de 35,000 hombres; atravesó el *Helesponto* y penetró en *Asia Menor*, dando una gran batalla á orillas del *Gránico*, en la cual

(1) La carta que envió *Filipo* al estagirita, decía: «Doy gracias á los dioses, no tanto porque me hayan concedido un hijo, cuanto por haber permitido nazca en vuestro tiempo; espero que vuestros cuidados y luces lo hagan digno de mí y de este Imperio.»

derrotó completamente al ejército persa. (334). *Dario Codomano*, rey entonces del vasto Imperio, reunió un ejército de 500.000 combatientes, para detener el paso al atrevido macedón; en vano se le opuso en *Isso*, pues que, no solo el ejército, sino también el campamento, armas, bagajes y la familia misma de *Dario*, cayeron en poder del denodado griego. *Alejandro* se apoderó de *Siria* y de *Fenicia*, donde encontró resistencia solamente en *Tiro*, á la cual tomó después de un prolongado sitio, y se dirigió á *Egipto*, cuyos monumentos y antigua civilización admiraba. Pero *Dario* no podía resolverse á la pérdida de su imperio: junta de nuevo innumerables huestes y marcha al encuentro de *Alejandro*; éste, después de fundar en las bocas del *Nilo* á *Alejandría*, (que debía ser con el tiempo el emporio del comercio y de la ciencia), revuelve sobre el *Asia*, atraviesa el *Eufrates* y el *Tigris* y derrota completamente al enemigo en la llanura de *Arbelas* (1). *Babilonia*, *Susa* y *Persepolis*, fueron el precio de esta victoria. *Alejandro* perseguía á *Dario* á un lado del mar *Caspio*; pero un sa-trapa lo asesinó, queriendo grangearse el afecto del griego: éste, reprobó el hecho y castigó al asesino. Aquel hombre insaciable arrastró á su ejército por regiones hoy mismo inexploradas; atravesó el *Turquestán*, el *Afganistán* y el *Beluquistán* y penetró en el *Indostán*. Difícil que se hallaba acometido por la fiebre de la exploración y la conquista; pasó varios años en países salvajes, fundó más de ochenta ciudades, no olvidando enviar á su preceptor *Aristóteles* los productos minerales, vegetales y animales que encontraba. Ya en la *India*, quiso bajar por el Océano y volver por el *Golfo pérsico* á *Babilonia*; pero sus guerreros se atemorizaron y no quisieron pasar más allá del *Ganges*. Entonces se vió

(1) A pesar de los 600.000 enemigos, Alejandro durmió profundamente en la víspera de la batalla. «Cómo es,» le decía al día siguiente uno de sus capitanes, «cómo es que duermes tan tranquilo, como si ya hubieras triunfado?—Qué! no te parece que triunfamos ya, pues que nos hemos librado de las fatigas de perseguir á *Dario*?» La batalla fué, sin embargo, encarnizada; *Parmeniön*, uno de sus principales capitanes, le envió á decir que peligraban los bagajes, y le pedía auxilio para impedir que cayeran en poder del enemigo. Alejandro dijo al mensajero: «Dirás á *Parmeniön* que no sabe raciocinar. Si salimos victoriosos, seremos dueños de todo; y si no, poco me importan prisioneros y bagajes, lo único que debemos pensar es en vender caras nuestras vidas y sucumbir con gloria.»

obligado á volver por tierra á la opulenta capital de *Siria* (*Babilonia*), donde murió á la edad de treinta y tres años (323). (1).

V.—Ultimos tiempos de Grecia.



El imperio de Alejandro duró lo que su fundador; sus generales lucharon unos contra otros durante 20 años, (323 á 303) para obtener ya que no todo él, cuando menos los girones de aquella vasta extensión de terreno que comprendía desde el Adriático hasta el *Indo* y desde *Egipto* hasta el *Cáucaso*. Grandes porciones de Asia fueron de nuevo pobladas por tribus nómades; pero el *Egipto*, *Siria* y *Macedonia* (que comprendía la Grecia), formaron reinos distintos que se apropiaron los generales de Alejandro: *Tolomeo*, *Seleuco* y *Lisímaco*. Luego se desmembraron más aún, y se constituyeron: el reino de *Egipto* en Europa, los de *Ponto*, *Blinia*, *Galacia*, *Capadocia* y *Pérgamo*, en Asia Menor, y los de *Bactriana* y *Partia* en Persia. En cada uno de estos reinos, así el Soberano como los principales funcionarios de la corte y del ejército, eran griegos. Todos tenían particular orgullo en rodearse de sabios y artistas de su nación, que extendieron el espíritu y el saber de Grecia por todo el Oriente.

Entre tanto que el Oriente se helenizaba, el país tan fecundo en gérmenes de civilización, la Grecia, conti-

(1) El carácter de Alejandro está bien pintado en la anécdota siguiente. Un día que atravesaban una llanura estéril, encontró á unos macedonios que acarrearban agua en odres, y que, al verle sediento, llenaron del precioso líquido un casco y se lo ofrecieron; Alejandro quiso averiguar á quien llevaban el agua, con tanto sacrificio, y ellos respondieron: «A nuestros hijos, pero si perdemos éstos, tendremos otros mientras vos estéis con vida.» Entonces el caudillo aproximó el agua á sus labios, y luego la retiró. «No debo beber,» dijo, «perderían los demás el valor.» Entonces, ellos le ofrecieron ir á donde quisiese. El ejército se sentía orgulloso al verse conducido por un general como Alejandro.

Otra vez recibió de *Antipater*, regente de Grecia, una carta en que se quejaba vivamente de *Olimpia*, madre del caudillo, por su intervención en los asuntos de gobierno. Ale-

nuaba en lamentable decadencia. Del siglo IV al II [403 á 150 a. JC.], una guerra social, odiosa y sin cuartel, arruinaba á los helenos. Aunque unidos al carro de la conquista macedónica en tiempo de los sucesores de Alejandro, gozaban, tal vez para su desgracia, de cierta independencia. Ricos y pobres, oligarcas y demócratas, se disputaban el gobierno de las ciudades: los ricos querían que el Estado perteneciera á ellos (oligarquía, gobiernos de unos pocos); los pobres, que el gobierno se confiara á la asamblea del pueblo, (democracia, gobierno por el pueblo). «Así se formaron dos ligas que comprendían, dividiéndolas, todas las ciudades.» Desde el principio, Atenas sostenía á los demócratas y Esparta á los oligarcas. Pronto comprendieron los demócratas que el gobierno por medio de una asamblea no los hacía bastante fuertes para poder luchar contra sus enemigos y se resignaron á elegir un jefe, que llamaron *tirano* y que gobernaba de modo absoluto. [1].

La guerra entre los dos partidos era feroz, como sucede siempre entre vecinos. Algunos hechos bastarán para demostrarlo. «Cuando en Samos triunfaron los demócratas, mataron á 200 oligarcas y desterraron á 400, confiscándoles sus bienes. El ejército espartano se presenta con los ricos desterrados ante los muros de la ciudad; Samos se ve obligada á rendirse, y sufren los pobres la venganza del partido oligárquico.» «En Mileto ocurrió que los pobres dominaron, obligando á los ricos á huir de la ciudad; luego cogieron á los hijos y deudos de éstos, los reunieron en una granja, y los aplas-

jandros dijo entonces: «Antípater ignora que diez mil cartas como ésta se borran con una sola lágrima de madre.» En fin, fué siempre generoso con los vencidos; trató con benignidad suma á la familia de Darío, difundió la ciencia, el idioma y las artes de Grecia por todo el Oriente; y por esto, la posteridad le ha apellidado el Grande. Pero pagó su tributo á la debilidad humana: en los últimos años se volvió colérico y orgulloso. Muchos de sus generales perecieron víctimas de sus arrebatos; se creía hijo de Júpiter, considerándose superior á los demás hombres; se entregó con furor á todos los excesos, y murió loco de vanidad, en medio de sus desórdenes.

(1) La anédocta de Damocles pinta al vivo la vida de un tirano. Habiendo dicho Damocles á Dionisio, tirano de Siracusa: «Eres el más feliz de los mortales.»—Voy á hacerte gustar la dicha de los tiranos, le contestó Dionisio. Al efec-

taron, matándolos cruelmente por medio de las pisadas de los bueyes. Más tarde, que triunfaron los ricos, cogieron á los hijos de los pobres, los untaron con pez y los quemaron vivos.» Así perecieron multitud de ciudadanos. Algunos se desterraban voluntariamente, ó eran desterrados por la fuerza; por lo mismo, cada año emigraba un gran número, y las ciudades de Grecia quedaban desiertas. De este modo, y por causa de la terrible lucha social se agotaron las fuerzas de aquella nación, floreciente en otro tiempo, «madre de las artes y las ciencias,» y que había sido el baluarte inexpugnable de la Europa contra el Oriente.

En tan críticas circunstancias aparecieron los romanos; el rey de Macedonia, (*Filipo*, en 197 y después *Perseo* 167), se opuso á los duros é incontrastables guerreros; pero fué vencido, sin que por esto los griegos procuraran unirse para defender su independencia y libertad amenazadas. El partido democrático se alió con el rey de Macedonia; esto bastó para que el oligárquico se uniera á los romanos. Los romanos se mostraron tan hábiles, como imprevisores y confiados los griegos. Después del triunfo de *Flaminio*, el astuto romano se presentó en los juegos ístmicos de Corinto y proclamó la «libertad de la Grecia,» quedando siempre bajo el protectorado de Roma. Poco después, al recobrar el partido democrático el poder que había perdido desde la derrota del rey de Macedonia, se alió con *Perseo*, sucesor de *Filipo*, confiscó los bienes de los ricos, dió armas á los esclavos y declaró la guerra á los romanos. Los aqueos, que representaban entonces en Grecia el mismo papel que habían desempeñado los atenienses en otro tiempo, fueron enteramente derrotados, pero formaron un nuevo ejército y marcharon de nuevo al encuentro del enemigo; fué una lucha espantosa: algunos se arrojaban á los abismos con sus mujeres é hijos, para no

to, le mandó servir una suntuosa comida, y ordenó que le tributasen los mismos honores que á su persona. Durante el banquete, Damocles tuvo ocasión de levantar la vista al techo y vió suspendida sobre su cabeza una espada, pendiente de una crin de caballo.» La comparación era gráfica: la vida del tirano estaba siempre pendiente de un hilo. Los ricos, sus enemigos espiaban el momento de asesinarlo, pues matar un tirano era un acto meritorio. Estos peligros le agriaban el carácter, volviéndole desconfiado y cruel. Desde entonces, el calificativo de *tirano* se convirtió en una injuria.

caer en manos de sus rudos conquistadores; otros, se presentaban por sí mismos como prisioneros. El general *Diceo* se encerró en su casa con su familia, y le prendió fuego. *Corinto*, centro de la resistencia, fué saqueada é incendiada; sobre sus ruinas humeantes, la Grecia fué declarada provincia romana, con el nombre de *Acaja* (142).

ALERE FLAMMAM
VERITATIS CAPITULO V.

Letras, Artes y Ciencias en Grecia.

I.—Las Letras.—Géneros literarios.

LOS griegos fueron los creadores de casi todos los géneros literarios que hoy conocemos: tragedia, comedia, oda, elegía, epopeya y fábula; pero la oratoria fué entre ellos el arte nacional por excelencia, el que tuvo mayor importancia en las agitaciones de su vida pública. Nos limitaremos á indicar el origen y los principales representantes de cada uno de esos géneros.

La tragedia nació en *Atenas*, en cuyos alrededores se celebraban, desde tiempos muy antiguos, fiestas y bailes en honra de *Dionisios* (Baco), dios de las vendimias, del vino y los placeres. El coro, compuesto de individuos que desempeñaban el papel de *sátiros*, compañeros del dios, bailaban en torno de su ara; mientras que el jefe, que representaba al mismo *Dionisios*, significaba las principales hazañas ó actos de esa divinidad. *Tespis*, por el siglo VI, tuvo la ocurrencia de levantar un tablado ó escenario, en que un actor representaba la vida de los demás dioses y de los héroes, enunciando sus hazañas, durante la suspensión de los cantos y bailes corales. Fué transportado á la ciudad, cerca del álamo negro del mercado, y de este sencillo espectáculo nació en el siguiente siglo la tragedia, con *Esquilo*, *Sófocles* y *Eurípides*.

La comedia tuvo el mismo origen. En efecto, uno de los bailes era serio y grave: el que dió nacimiento á la

tragedia; al paso que el otro era jocoso y alegre. Las personas que formaban el coro llevaban caretas y cantaban, mezclando sus cantos con bromas y burlas dirigidas á los espectadores. Con este coro se hizo lo mismo que con el otro: se inventó una acción, se idearon episodios, personajes y una fábula completa, con su exposición, nudo y desenlace. *Aristófanes*, *Menandro* y *Difilo* ilustraron este género.

El teatro ateniense, en que se representaban estas piezas dramáticas, era inmenso. Estaba edificado en una de las pendientes de la *Acrópolis* (ciudad alta), y tenía la forma de una media elipse, con una gradería interior, que podía contener hasta 30,000 espectadores. Frente á esta gradería se levantaba el escenario, espaciosísimo también, formando ángulo recto con el eje mayor de la elipse. El espectáculo duraba varios días, y se representaban *trilogías*, esto es, tres tragedias ó comedias de un mismo autor, y luego de otro. En seguida, como habia un Jurado (del mismo modo que en los juegos olímpicos), se decretaba el lauro al poeta vencedor.

La oda y la elegía son probablemente tan antiguas como las epopeyas de Homero (siglo XII al X). Los himnos que los griegos cantaban en honor de sus dioses, acompañándose con la lira, dieron origen á la oda (canto) y á toda la poesía lírica, á causa de este origen, aunque no estuviese destinada á cantarse. (1). *Museo*, *Orfeo* y *Lino*, á menudo se duda si son mitos; los himnos que se les atribuyen bien pueden ser de fecha posterior; pero ya en el siglo VII, y después, se perfeccionó mucho una poesía, que ilustraron los nombres de *Alceo*, *Tirteo*, *Simónides* y, sobre todos, *Pindaro*, el célebre cantor de los juegos olímpicos, cuyas odas, arrebatadoras y entusiastas, transportan aún por su estilo sublime á todos los que son capaces de sentir la emoción de la belleza. Es el modelo que imitaron los latinos y que hoy siguen los modernos.

Como se ha dicho, ningún género practicaron con más éxito que la *Oratoria*: puede decirse que los atenienses eran oradores, tanto por temperamento como por educación; en las agitaciones de su vida pública, la práctica de este arte les allanaba el camino del po-

(1) La elegía se derivó después de este género, formando un grupo de composiciones, cuando afectan un carácter melancólico, y lloran las desgracias personales ó públicas.

der. Durante la república, casi todos sus gobernantes, y hasta sus mismos generales, fueron oradores. Además, todos los ciudadanos de *Atenas* estaban obligados á tomar la palabra ante los tribunales, cuando trataban de acusar, ó defenderse de alguna acusación. Había también muchos sabios, filósofos y sofistas, que recorrían la Grecia pronunciando discursos sobre temas diversos, principalmente sobre la religión y las costumbres.

Al principio los oradores hablaban sencillamente, sin acción, sin entonaciones adecuadas: la elocuencia de *Pericles* era natural hasta rayar en monótona; pero después, tomaron modelo en los actores trágicos probablemente, (1). En este arte no tuvo rival *Demóstenes*, cuyas principales Oraciones (Olintianas, Filípicas, y el discurso sobre la corona), se conservan, y que con razón se consideran como obras maestras de la antigüedad; ellas son buena prueba de que los oradores griegos no descuidaban el fondo, como aseguran algunos, puesto que están tan bien dispuestas y arregladas en el orden de sus ideas ó argumentos como en su plan y ejecución. El nombre de este orador obscureció el de otros muchos, anteriores y posteriores al grande hombre; pero pueden citarse al lado de él, sus terribles rivales *Esquines* y *Foción*; *Clón*, *Nicias*, *Anifón*, *Pericles*, *Iseo*, *Isócrates* y otros, hasta diez (los diez oradores áticos), pero conocidos más bien por referencias que por sus obras.

II.—Las Artes.

EN el siglo V, en tiempo de *Pericles*, *Atenas* era una ciudad llena de bellos monumentos. En la plaza pública había un pórtico adornado con pinturas (el *Pacilo*); eran notables también

(1) Se refiere de *Demóstenes* que habiendo oído á un actor, amigo suyo, quedó impresionado del modo de recitar un discurso, y del efecto que produce en el público el modo de decir. Lo cierto es que los griegos de la decadencia llevaron, tal vez demasiado lejos el arte de declamar. Se refiere también que su primer ensayo no fué feliz; y que entonces se propuso ejercitarse en el manejo de la voz y en la oportunidad de la acción. Desde entonces llegó á ser el primer orador de *Atenas*.

el *Teatro*, el *Odeón*, para los certámenes musicales, y, sobre todo, el *Partenón*, el templo más hermoso de *Atenas* y de *Grecia*. Coronaba la *Acrópolis*, y podía distinguirse á distancia en toda su belleza y armonía. Era todo de mármol blanco, con magestuosas columnas de orden dórico (1) que sostenían el *friso* esculpido, y un frontón triangular coronado con estatuas. A un lado del *Partenón* estaba la estatua colosal de *Palas Atena* (diosa protectora de la ciudad), y en la pendiente de la *Acrópolis* la escalinata monumental que conducía á las *Propileas*, que era como el vestíbulo del bello templo.

La arquitectura griega era sólida, sencilla y elegante; el *Partenón* se conservaba en pie, todavía en el siglo XVII, hasta que una explosión de pólvora lo dividió en dos partes. Todo está tan bien acabado, hasta en sus menores detalles, que sus columnas rotas, sus placas esculpidas, (metopos y triglifos), sus fragmentos de estatuas, transportan de admiración al viajero que los contempla. «Ninguna de aquellas columnas es cilíndrica, ninguna de aquellas innumerables líneas al parecer rectas lo es realmente.» Todo está hecho con precisión, exactitud y delicadeza.

La escultura en Grecia fué entre las artes bellas, como la oratoria respecto de las letras, un arte nacional, cuyas obras han servido de modelo por más de 2.000 años. *Fidias*, *Praxíteles* y *Lisipo* fueron los que más destacaron entre aquellas generaciones de artistas escultores, que durante cinco siglos (VI al I a. de J.C.), cubrieron de bajo-relieves la fachada de los templos y sus *frisos*, y que poblaron de estatuas las ciudades de Grecia. El famoso *friso* de las *panaténicas*, que representaba la procesión de las jóvenes atenienses en la fiesta de *Palas Atena*, era obra de *Fidias*; la estatua de la misma diosa, así como la de *Juno* (Hera) de *Argos*, del mismo autor, conocidas por referencias de los historiadores griegos, se cree que desaparecieron durante el saqueo de Grecia por los romanos (siglo II). Lo que quedaba, pereció en las invasiones de los bárbaros germanos y eslavos (siglo V de J.C.), y la conquista de Grecia por los turcos (siglo XV). No se conserva, pues, ninguna de las obras de escultura célebres en el arte helénico, sino copias como la *Venus* de *Milo*, ó bien, del período de

(1) Había tres clases ú órdenes: dórico, jónico y corintio, que se distinguían por la base y por el capitel.

decadencia, como el *Apolo* de *Belvédere*; pero estas pocas bastan para formar juicio exacto acerca de los caracteres de la escultura helénica. Domina en ella la gracia, la sencillez y la armonía; la armonía que era como una segunda naturaleza en aquel pueblo, de un gusto fino y delicado. Lo que buscaban los griegos era reproducir formas bellas, más bellas que las reales, conforme á un tipo ideal de perfección. Los escultores griegos, como los pintores italianos del Renacimiento eran idealistas. (1).

La pintura no podía haber sido descuidada en un pueblo tan artista como el griego; los pintores *Polignoto*, *Apolodoro*, *Xequis*, *Parrasio* y *Apeles*, eran célebres en toda Grecia; pero sus obras se destruyeron como no podía menos de ser en medio de tantas revoluciones y trastornos de que fué víctima el país clásico de las bellas artes. Cuando los romanos conquistaron á *Corinto*, después de la batalla de *Pidna*, «véase á los rudos guerreros recostados sobre los cuadros de los grandes pintores helénicos, jugando á los dados. (2).

III.—Filosofía y Ciencias.

DESDE el siglo VII hubo en Grecia hombres dedicados á estudiar la naturaleza y el espíritu; se les designaba con los nombres de sabios ó instruídos, tales como *Thales*, (de Mileto), *Bias*, (de Prie-

(1) Eran también admirables en la cerámica, ó sea, el arte de fabricar objetos de barro, tales como jarrones y grupos que representan niños, mujeres, ancianos, etc., con sus trajes, utensilios y fisonomías características. Se han descubierto estos por objetos miles, en *Beocia* y otras provincias de Grecia.

(2) Sobre los pintores se refieren varias anécdotas que han gozado de gran celebridad. Véase la siguiente: Apeles, pintor de la época de Alejandro, hizo varios retratos del conquistador, muy alabados por los competentes en la materia, sobre todo, el *Alejandro tonante*, que mereció del mismo rey esta apreciación: Hay dos Alejandros, pero uno de ellos, el hijo de Apeles, es inimitable. Mas, un día que el gran pintor reproducía con su maravilloso pincel el caballo de Alejandro; el caudillo le criticaba con cierto ardimiento la actitud y el parecido de *Bucéfalo*. En esto, el caballo mismo relinchó en presencia del retrato, lo que parecía denotar que había conocido su imagen. El pintor se valió de esto para echarle en cara su ignorancia en el arte, diciéndole: «Oh rey, pareceme que el caballo entiende más que tú en pintura!»

ne), *Kilón*, (de Macedonia), *Solón*, (de Atenas), etc. Estudiaban algunos hechos relativos á la física, la astronomía y ciencias naturales. Ya en el siglo VI figuraron matemáticos y médicos, como *Pitágoras* é *Hipócrates*. Poco después aparecieron en Atenas los *sofistas*, verdaderos escépticos que negaban toda verdad, suponiendo «que el hombre no sabe nada cierto, y que no es capaz de saber nada verdadero.» Eran, además, hábiles espositores que fascinaban con su elocuencia y arrastraban á la juventud en pos de sus doctrinas.

Este movimiento suscitó á *Sócrates*, que se considera con razón como «padre de la filosofía.» No era un *sabio*, sino un moralista, un psicólogo práctico, que aspiraba á volver mejores á los hombres, haciéndolos que comprendieran sus deberes. El nombre que adoptó fué el de *filósofo* (amante de la sabiduría). Su lema era «conócete á tí mismo,» y se limitaba á ir por la ciudad, hablando con los jóvenes más instruídos, y esforzándose en atraerlos por medio de preguntas hábilmente enlazadas á las enseñanzas y conclusiones que él deseaba.

Como siempre hablaba de moral, de religión y de virtud, se contrajo muchos enemigos, principalmente entre los corrompidos directores de la administración pública en Atenas, y entre los sofistas, entonces muy influyentes, á quienes hizo cruda guerra. Tan poderosos enemigos lo acusaron de «corruptor de la juventud» y de querer «cambiar la religión establecida, desprestigiando los dioses y el culto.» No se defendió (1); fué condenado: los últimos días los pasó en íntimas conversaciones filosóficas con sus discípulos, y tomó el tósigo [la cicuta] con la resignación y la grandeza de espíritu, propias del mártir y del héroe.

Sócrates no escribió nada; sus discípulos, *Jenofonte* y *Platón*, escribieron los principios fundamentales de las enseñanzas del *maestro*: el primero en sus «*Memorables*» y en su «*Apología*»; el segundo, en sus «*Diálogos*» modelos en el fondo y en la forma de profundidad, belleza y perfección. En el siglo IV fundó *Platón* en los jardines de *Academo* la escuela filosófica, llamada *Aca-*

(1) Toda su defensa consistió en pedir una recompensa por sus servicios prestados á la patria, durante las guerras de Independencia; con esta arrogancia, no hizo más que enconar más el ánimo de sus inicuos jueces, á quienes echaba en cara su negra ingratitud.

demia por esa razón. Entre los discípulos de Platón se distinguió *Aristóteles*, que fundó otra escuela, la de los *peripatéticos* (paseantes) porque el maestro enseñaba paseando. Reunió en sus obras todo el saber de aquella época, y á pesar de ser su genio especulativo, Aristóteles es uno de los hombres que han impreso su huella más vigorosamente en la humanidad.

Pero la ciencia, tal como es comprendida actualmente, nació en *Alejandro*. Esta ciudad fué construída por orden del conquistador *Alejandro*: contenía mil bellezas; y bajo la excelente administración de los *Lagidas* [1], pronto llegó á convertirse en la capital científica del mundo. El *Museo* era un inmenso edificio de mármol, que llegó á ser una verdadera Universidad, con su biblioteca con más de 400,000 manuscritos, jardín botánico, observatorio astronómico, sala de disecciones anatómicas y laboratorio de Química. Allí vivían, protegidos por el rey, [como bibliotecarios y profesores], matemáticos, geógrafos, astrónomos y médicos, que cultivaron las ciencias y las hicieron progresar. Basta recordar los nombres de *Aristarco*, *Eratóstenes*, *Estrabón* y *Herófilo*.

En el reino de *Pérgamo*, procedente también del desmembramiento del Imperio de Alejandro, hubo una escuela semejante á la de *Alejandro*; y allí fué donde se empezaron á preparar las pieles (de *Pérgamo*-pergaminos), en que se conservaron todas las obras de la antigüedad. El *papiro*, que se usaba en *Egipto*, era demasiado deleznable para que hubiese podido durar.

(1) El fundador de esta dinastía fué Tolomeo Lago (Soter); le sucedieron Filadelfo y Evergetes, que aumentaron y mejoraron la ciudad, y la convirtieron en emporio comercial y centro científico del mundo. Luego declinó la dinastía, hasta que cayó el reino en poder de los romanos (31 a. de J.C.)

SECCION TERCERA. ROMA.

CAPITULO I.

PRIMEROS TIEMPOS DE ROMA.

I.—Leyendas.—Tiempos fabulosos.

SEGUN la tradición, el troyano *Eneas* escapado de *Ilíon*, buscó refugio en la tierra prometida por los dioses á su posteridad. Esta tierra era el *Latio* (Lacio), á orillas del *Tíber*, y que ocupaban los *latinos*. Después de mil vicisitudes, el héroe troyano fundó la ciudad de *Albalonga*. *Numitor*, décimo tercero sucesor de *Ascanio*, fué derrocado por su hermano *Amulio*: la hija del rey legítimo (*Numitor*), había tenido dos hijos: *Rómulo* y *Remo*, á quienes *Amulio*, para alejar el peligro de la sucesión legítima, condenó á muerte, para lo cual dispuso que los dejaran abandonados á orillas del *Tíber*. La orden fué cumplida exactamente; pero un pastor, (*Fáustulo*), vió á los dos niños alimentados por una loba. Admirado de tal prodigio, los recogió y los crió en su cabaña. Cuando crecieron, sabedores de su nobleza y origen real, *Rómulo* y *Remo* derrocaron al tirano *Amulio* y restablecieron en el trono de *Alba* á su abuelo *Numitor*.

Los dos hermanos quisieron en seguida reinar solos, y abrieron en una colina, cerca del *Tíber*, un surco de forma cuadrada, conforme al rito de los *etruscos*, y *Rómulo* pronuncia terribles juramentos contra el que se atreva á saltarlo; pero *Remo* quiere burlarse de estos

demia por esa razón. Entre los discípulos de Platón se distinguió *Aristóteles*, que fundó otra escuela, la de los *peripatéticos* (paseantes) porque el maestro enseñaba paseando. Reunió en sus obras todo el saber de aquella época, y á pesar de ser su genio especulativo, Aristóteles es uno de los hombres que han impreso su huella más vigorosamente en la humanidad.

Pero la ciencia, tal como es comprendida actualmente, nació en *Alejandro*. Esta ciudad fué construída por orden del conquistador *Alejandro*: contenía mil bellezas; y bajo la excelente administración de los *Lagidas* [1], pronto llegó á convertirse en la capital científica del mundo. El *Museo* era un inmenso edificio de mármol, que llegó á ser una verdadera Universidad, con su biblioteca con más de 400,000 manuscritos, jardín botánico, observatorio astronómico, sala de disecciones anatómicas y laboratorio de Química. Allí vivían, protegidos por el rey, [como bibliotecarios y profesores], matemáticos, geógrafos, astrónomos y médicos, que cultivaron las ciencias y las hicieron progresar. Basta recordar los nombres de *Aristarco*, *Eratóstenes*, *Estrabón* y *Herófilo*.

En el reino de *Pérgamo*, procedente también del desmembramiento del Imperio de Alejandro, hubo una escuela semejante á la de *Alejandro*; y allí fué donde se empezaron á preparar las pieles (de *Pérgamo*-pergaminos), en que se conservaron todas las obras de la antigüedad. El *papiro*, que se usaba en *Egipto*, era demasiado deleznable para que hubiese podido durar.

(1) El fundador de esta dinastía fué Tolomeo Lago (Soter); le sucedieron Filadelfo y Evergetes, que aumentaron y mejoraron la ciudad, y la convirtieron en emporio comercial y centro científico del mundo. Luego declinó la dinastía, hasta que cayó el reino en poder de los romanos (31 a. de J.C.)

SECCION TERCERA. ROMA.

CAPITULO I.

PRIMEROS TIEMPOS DE ROMA.

I.—Leyendas.—Tiempos fabulosos.

SEGUN la tradición, el troyano *Eneas* escapado de *Ilíon*, buscó refugio en la tierra prometida por los dioses á su posteridad. Esta tierra era el *Latio* (Lacio), á orillas del *Tíber*, y que ocupaban los *latinos*. Después de mil vicisitudes, el héroe troyano fundó la ciudad de *Albalonga*. *Numitor*, décimo tercero sucesor de *Ascanio*, fué derrocado por su hermano *Amulio*: la hija del rey legítimo (*Numitor*), había tenido dos hijos: *Rómulo* y *Remo*, á quienes *Amulio*, para alejar el peligro de la sucesión legítima, condenó á muerte, para lo cual dispuso que los dejaran abandonados á orillas del *Tíber*. La orden fué cumplida exactamente; pero un pastor, (*Fáustulo*), vió á los dos niños alimentados por una loba. Admirado de tal prodigio, los recogió y los crió en su cabaña. Cuando crecieron, sabedores de su nobleza y origen real, *Rómulo* y *Remo* derrocaron al tirano *Amulio* y restablecieron en el trono de *Alba* á su abuelo *Numitor*.

Los dos hermanos quisieron en seguida reinar solos, y abrieron en una colina, cerca del *Tíber*, un surco de forma cuadrada, conforme al rito de los *etruscos*, y *Rómulo* pronuncia terribles juramentos contra el que se atreva á saltarlo; pero *Remo* quiere burlarse de estos

juramentos, y salta el foso. *Rómulo* mata á su hermano, exclamando: «Perezca de este modo todo el que se atreva á saltar los muros de *Roma*»

Al principio, la ciudad ocupaba la sola colina del *Palatino*, rodeada de otras seis que forman una especie de anfiteatro ó semicírculo. *Rómulo* abrió un asilo, (continúa la leyenda), á que acudieron miles de aventureros sin familia, pertenecientes á las tribus vecinas. Para remediar la falta de mujeres, ocurrese á los romanos organizar una fiesta, á que invitan al pueblo ó tribus de los *sabinos*. Asisten éstos con sus mujeres é hijas, y á una señal convenida se precipitan sobre las sabinas y se apoderan de ellas. Estalla la guerra; *Tarpeya*, hija del romano que defiende el monte capitolino ofrece á los enemigos entregar la ciudadela á precio de que le entreguen los brazaletes que llevan en el brazo izquierdo. Así lo hacen, pero... ¡ay!, que con los brazaletes llevan los escudos, y con éstos la hieren y la arrojan de lo alto de la roca, que llevó desde entonces el nombre de *Tarpeya*. En esta roca sacrificaban á los traidores.

Las sabinas acabaron por obligar á los combatientes á firmar la paz entre los dos pueblos enemigos.... Pero *Rómulo* qué se hizo?.... La leyenda no podía olvidar á un personaje tan importante. Un día, en una revista militar, estalló una tempestad que lo arrebató al cielo. Desde entonces fué adorado como un dios. (1). Le siguió *Numa*, (un sabino), que organizó la religión y el culto, inspirándose con la ninfa *Egeria*; necesitaban un símbolo para su organización religiosa y crearon á *Numa*. Pero *Roma* fué guerrera desde sus comienzos; *Tulo Hostilio*, guerrero hasta por el nombre, encarnó esta misión importante durante toda su vida. Atacó la ciudad de *Albalonga* y la conquistó; la hija devoró á la madre; de allí había nacido *Roma*. (2) Mas, esta ciudad fué industriosa y comercial; de aquí la necesidad de crear á *Anco Marcio*, que mandó echar un puente sobre el *Tíber*, favoreció la navegación en éste y las comunicaciones con el puerto de *Ostia*. Por último, co-

(1) Otra leyenda relata que los principales jefes de aquella ciudad, compuesta de aventureros y bandidos, lo asesinaron, cansados de soportar su tiranía.

(2) La lucha se decidió por un combate entre tres guerreros romanos y tres albanos; Horacios y Curiacios. La habilidad y sangre fría del último Horacio, cuando ya sus dos compañeros yacían en el polvo, salvó á *Roma*.

mo *Roma* fué desde su origen una ciudad cosmopolita y plebeya, admitió reyes extranjeros, como los *Tarquínos*, y el hijo de una esclava, como *Servio Tulio*. El primero de los *Tarquínos* (el Mayor), embelleció la ciudad y construyó el templo del *Capitolio*; *Servio Tulio*, (sucesor), dividió al pueblo en diferentes clases, según las fortunas; y *Tarquino*, apellidado el *Soberbio*, asesinó á *Servio* en connivencia con su mujer, la infame *Tullia*, que lo indujo á matarlo. Dícese que los parricidas. (hija y yerno) pasaron en su camino para el *Capitolio* sobre el cadáver ensangrentado de *Servio*; la calle se le llamó desde entónces *Via Scelerata*.

Pronto pagaron con su hijo *Sexto* el nefando crimen. *Lucrecia*, virtuosa mujer de *Tarquino Colatino*, víctima de la violencia de *Sexto*, no queriendo sobrevivir á la deshonor, se da de puñaladas; *Colatino* y sus amigos, entre los cuales se contaba *Bruto*, levantan al pueblo contra *Tarquino* y queda abolida la monarquía. [510].

¿Qué hay de cierto sobre todo esto? Muy poco, ó nada. La crítica no ha podido ratificar esta serie de hechos envueltos en las sombras de la tradición y en las quimeras de la fábula. Algunos han creído que cada uno de estos reyes representa una época de la primitiva historia de *Roma*; otros, que cada personaje es un símbolo del desarrollo de aquella ciudad prodigiosa. Los romanos creían que su ciudad había sido fundada el año de 754 antes de Jesucristo. En verdad que no tenían medio de calcular una fecha tan remota; en ese tiempo no tenían cronología y no sabían escribir; cosas que adquirieron muchos siglos más tarde.

II.—Primeros tiempos de la República.

La monarquía duró, según la tradición, 244 años (754 á 510 a. de J.C.) Pero no se crea que comienza entonces la verdadera historia de *Roma*. Las luchas entre *patricios* y *plebeyos* y las primeras conquistas en *Italia*, están sembradas de tantos prodigios, que á menudo se duda de si tales hechos deben contarse entre los fabulosos ó los históricos. Los sucesos que siguieron á la caída de la monarquía sólo son conocidos por relatos posteriores, que parecen inven-

tados expresamente para exaltar la nobleza y valor de los *Camilos*, *Mucios*, *Manlios*, *Curios*, etc., de alguna de aquellas orgullosas familias, que se dividieron después el dominio del mundo. Estos tiempos son, pues, los que pudieran llamarse «Tiempos heroicos» de *Roma*. Sin embargo, como los hechos son ciertos en el fondo, esto basta para que sean conocidas con interés las hazañas verdaderas ó falsas de los personajes en el primer período de la República.

Las primeras guerras de la República fueron contra el destronado *Tarquino*, y sus parientes y amigos, que conspiraban para restablecerle en el Poder. El monarca había huído; pero sus partidarios, entre los cuales se contaban los hijos de *Bruto*, trataban de aprovechar la primera oportunidad que se presentara. El rudo republicano, dueño ya de *Roma*, desterró á los conspiradores, y condenó á muerte á sus hijos. *Tarquino* ocurrió á los pueblos vecinos, principalmente á *Clusio*, en la *Etruria* [actual Toscana]. El rey *Porsena* se presentó acompañado del pretendiente ante los muros de *Roma*; pero su tentativa sólo sirvió para que *Horacio Coclés* mostrara su indomable valor, defendiendo el puente del *Tiber*, y para que *Mucio Scévola* asombrara al rey etrusco, dejándose quemar la mano derecha, mientras que dice al rey estas palabras: «mira el caso que se hace del cuerpo, cuando solo la gloria se tiene á la vista.» *Porsena* huyó, dejando á los romanos en libertad para constituirse como mejor les pareciese.

Después que con la batalla del lago *Regilo* en que los romanos triunfaron de *Porsena* y de *Tarquino*, aparecen grandes héroes en sus combates contra los *ecuos* y los *volscuos*. En una de esas guerras, *Mucio*, (joven patricio), se distinguió tanto en el sitio de *Corioles*, que por esta razón fué llamado *Coriolano*. Poco después se hizo tan odioso al pueblo, que éste lo condenó al destierro, á pesar de la admiración que le causaban las hazañas de aquel joven temerario. *Coriolano*, deseando vengarse, se acogió entre los *volscuos*, los eternos enemigos de *Roma*, se pone al frente de un ejército, destruye al que se le opone y planta su campamento en los muros de la ciudad latina. Nada puede quebrantarle ni hacer que se desvíe de sus fieros propósitos: ni las súplicas de Magistrados, ni las de sacerdotes; pero he aquí que acuden en defensa de *Roma*, *Veturia* (madre del héroe) y *Volumnia* [su esposa]. Todo el dra-

ma se desarrolla en una conmovedora entrevista, en que *Veturia* le dice al héroe: «Antes de recibir tus abrazos quiero saber si vengo al lado de un enemigo de *Roma*, y si en tu campamento soy tu cautiva ó tu madre.»—«Madre mía,» replica el joven—«Tuya es la victoria; salvas á tu patria, pero pierdes á tu hijo.» Dicese que en los últimos días de su vida, repetía constantemente: «¡qué duro es el destierro para un anciano!» (1).

El tipo del patriotismo de la «edad heroica de *Roma*» está encarnado en *Cincinato*. Ofendido por el pueblo en su afeción filial á causa del destierro impuesto á *Cesón*, se retira, después de haber sido *Cónsul* varias veces, á cultivar un pequeño terreno que posea en la *Sabinia*. Entre tanto, los *ecuos* envuelven á un ejército romano y ponen en grave aprieto á *Roma*. El *Senado* envía una comisión á *Cincinato*, suplicándole acepte la dictadura para que conjure el peligro y salve á la patria. El noble ciudadano recibe con agrado á los emisarios; se dirige á *Roma*, improvisa un ejército, derrota á los *ecuos*, y á los 15 días depone el mando supremo, para ir de nuevo á cultivar, con sus propias manos, su pequeño terreno.

Camilo, vencedor de *Veyes* (en la *Etruria*) y de los galos; los *Manlios* (*Manlio Capitolino*, *Torcuato* y otros); *Decio*, el que se sacrifica en aras de *Roma*; *Curio Dentato*, el incorruptible vencedor de los *Samnitas*, y el ilustre *Fabricio*, son héroes de los primitivos tiempos de la República; pero pertenecen ya á la historia. A partir de 405 antes de Jesucristo se aclaran los sucesos políticos de *Roma*.

III.—Los pueblos de Italia.

MIENTRAS que *Roma* se formaba y constituía en el *Lacio*, en las márgenes del *Tiber*, varios pueblos de diferentes nombres (*volscuos*, *ecuos*, *hérnicos*, *marsos*, *sabinos* y *samnitas*), ocupaban las abruptas pendientes del *Apenino*. No formaban una sola nación, pero todos hablaban la misma lengua, adoraban los mismos dioses, y tenían análogas costumbres. Todos

(1) Otra leyenda dice que los *volscuos* lo mataron, viendo su resistencia para destruir á *Roma*.

eran, como los latinos, de raza arya, y vivían formando tribus de cazadores y guerreros, como los griegos, persas é indostánicos, en sus tiempos primitivos. El idioma y las costumbres, no dejan duda alguna acerca de su común origen.

Los más antiguos de estos pueblos fueron los *sabinos*. Así, cuando menos, aparece de la tradición relativa á la «primavera consagrada.» Según esta tradición, los *sabinos* resolvieron sacrificar á sus dioses, para aplacarlos, todos los niños que nacieran durante una primavera; pero llegados á la mayor edad, abandonaron su tribu; y se dirigieron á diversos puntos de *Italia*, tomando como guía, cada banda que formaron, uno de los animales que llamaban sagrados, *picoverde*, *lobo*, *toro*, etc. De aquí el nombre de muchas ciudades ó pueblos, tales como *picentinos*, *hirpínos* y *Boviano*, capital de la confederación de los *samnítas*. Qué origen tenían los latinos? Eran anteriores á los *sabinos*? No se sabe. Lo único que puede asegurarse es que para el siglo VIII, época probable de la fundación de *Roma*, los habitantes del *Lacio* aparecen más adelantados que sus vecinos, pues sabían cultivar la tierra y construir fortalezas.

Pero una de las tribus más poderosas que salieron de la *Sabina* fué la de los *samnítas*. Vivían en los *Abruzos*, y de allí descendían á la *Campania* y *Nápoles* para asolar las ciudades griegas y etruscas. Lucharon dos siglos contra los romanos, y al fin fueron vencidos, por que carecían de la organización vigorosa de la ciudad latina; pero más de una vez estuvieron á punto de acabar con el poder y la fortuna de *Roma*.

Al sur de la península estaban las numerosas colonias griegas, entre las cuales descollaban por su riqueza: *Sibaris*, *Crotóna* y *Tarento*; mientras que al norte, más allá del *Lacio* y del *Tíber*, habitaban los etruscos, pueblo singular, cuyo origen es enteramente desconocido: formaba una confederación de doce ciudades, con su capital fortificada, su rey y su gobierno; el alfabeto que usaban era muy semejante al griego, y sus vasos y objetos de adorno, que han sido descubiertos por millares en las tumbas recientemente abiertas en el suelo de *Toscana*, muestran, que si no tenían origen común con los helenos, cuando menos mantuvieron con ellos relaciones comerciales. Tal vez alguna banda

salida de su seno contribuyó á formar á *Roma*, según parece demostrarlo la comunidad de algunos ritos religiosos de ambos pueblos, así como la tradición relativa á los *Tarquinos*.

Por último, del *Po* á los *Alpes* vivían algunas de aquellas bandas casi salvajes de *galos*, que formaban como las avanzadas de pueblos numerosos y bravos, situados más allá de las montañas cubiertas de nieve, en regiones desconocidas para los italianos de aquella época.

Con estos pueblos tuvo que luchar *Roma* desde sus comienzos. La mayor parte era del mismo origen, del mismo carácter duro, firme y pendenciero, más aún que los latinos; así es que tardó cinco siglos en someter la *Italia*. La conquista comenzada en la época fabulosa de sus reyes, terminó en 266. La mayor parte de los sucesos pertenecientes á esta conquista son fabulosos, cuando menos en sus episodios [1]; pero es indudable que en esa conquista, los romanos adquirieron las virtudes que «tan fatales fueron al mundo.»

CAPITULO II.

Religión Romana.

I.—Los Dioses.

LOS romanos primitivos llamaban á sus dioses *manifestaciones*, esto es, la expresión multiforme de una fuerza divina desconocida. No imaginaban que las divinidades pudieran ser hombres, como suponían los griegos: la religión romana estaba, pues, muy lejos de ser un *antropomorfismo*, como la religión helénica; no confundían á los héroes con los dioses: no relataban sus hazañas, no conocían

(1) Como se ha dicho, la historia romana adquiere cierto carácter de certeza á partir de la toma de Veyes (405). Desde entonces son más auténticos los datos y menos maravillosos los episodios.

la genealogía ni el parentesco entre sus divinidades: no tenían, pues, *mitología*. Ni siquiera pensaron los primitivos romanos en venerar ídolos. Más tarde, con el trato y comercio con *Grecia*, Roma adoptó el *antropomorfismo*, la *teogonía* y la *mitología helénicas*, quedando el politeísmo greco-romano en la forma que lo ha conocido la posteridad.

Esta confusión fué tanto más fácil, cuanto que los dioses romanos tenían ciertas funciones; pero carecían de forma, caracteres é historia. Así, *Júpiter*, dios del cielo, se transformó en *Zeus*; *Mercurio* en *Hermés*; *Vulcano* en *Hefáistos*; *Marte* en *Arés*; *Neptuno* en *Poseidón*, *Juno* en *Hera*, *Minerva* en *Atenea*, etc habiendo llegado á ser la confusión tan completa, que hoy mismo se da á los principales dioses del gentilismo los nombres latinos, y no los griegos que les corresponden con mayor propiedad.

Por bajo de los dioses superiores imaginaban muchos otros inferiores, tantos cuantos eran los seres y fuerzas naturales que observaban y que más fijaban su atención: el aire, las montañas, las fuentes, los ríos, los bosques, y hasta las concepciones abstractas y las ideas morales, como la fortuna, la gloria, el deber, la propiedad, la salud y la vida. Cada persona tenía su ángel ó divinidad tutelar, y hasta para cada acto de la vida imaginaron los romanos una deidad, á que tributaban un culto minucioso y rígido. A esto se debe, sin duda, el que los romanos se creyeran «los más religiosos de los hombres.» Así lo dicen por boca de *Cicerón*, el más grande y fidedigno de sus escritores.

II.—El Culto.

EL culto entre los romanos consistía en decir y hacer cosas que ellos creían propicias para su vida, y agradables á los dioses. Con esto pensaban tenerlos contentos, y obtener que las divinidades les concediesen lo que querían, puesto que concebían la religión como un cambio de atenciones y de servicios. Su naturaleza positivista se revelaba hasta en la religión: los romanos decían que «la persona á quien los dioses eran favorables ganaba dinero»

Las ceremonias religiosas que ofrecen á los dioses, presentan entre los romanos un carácter minucioso y formalista que no presenta en los demás pueblos, con excepción tal vez de los judíos. Creen que el culto consiste en la fórmula y no en el espíritu de la ceremonia. Lo principal es, así, cumplir con los ritos, y hasta suponen que estos mismos ritos y fórmulas encierran una especie de virtud mágica que puede cambiar favorablemente el ánimo airado de los dioses. Débese invocar á *Ceres*, para tener abundante cosecha, á *Mercurio*, para ganar en el comercio y á *Neptuno* para hacer un feliz viaje por mar; débese suplicar vestido de limpio, provisto de una ofrenda, y llamar siempre de pie al dios, y con la cara oculta con un velo. Si hay error en una palabra, si se descuida lo más insignificante del ritual, debe comenzarse de nuevo la oración ó ceremonia, puesto que los dioses no la agradecerán.

Como todos los pueblos antiguos, los romanos eran muy supersticiosos; su principal superstición fué, como entre los griegos, la creencia en los presagios ó avisos de los dioses. Cualquier fenómeno de la naturaleza era interpretado como un aviso del dios, y aun se les interrogaba directamente para seguir determinada conducta en cualquier trance de la vida. El general antes de dar la batalla, examina las entrañas de ciertos animales; el magistrado antes de abrir la sesión de la asamblea, estudia el vuelo de las aves que cruzan el cielo. Tenían *augures*, ó sacerdotes encargados de predecir los sucesos, interpretando los fenómenos naturales; otros sacerdotes cuidaban de los libros *sibílinos* en que estaban contenidas las antiguas profecías, y los había, en fin, que mantenían los *gansos sagrados*, á que, según los romanos, se debía la conservación de *Roma*.

III.—Culto del hogar.

SIN embargo, la conservación de *Roma* se debía, según creencia arraigadísima entre sus habitantes, á la conservación del *fuego* (*Vesta*); los romanos no olvidaron este culto de los antiguos Ar-

yas (indostánicas y persas) (1). Estaban encargadas de mantenerlo siempre vivo cuatro vírgenes, hijas de las familias más antiguas é ilustres de la ciudad, pues que la extinción de la sagrada llama era señal cierta de la destrucción del pueblo romano. Si una de estas vírgenes (las vestales) falta á su voto, la entierran viva, porque ha puesto en peligro la salud y la vida del pueblo romano.

Este culto se enlazaba con el que los romanos tributaban á el alma de los muertos, y con el culto del *hogar* (Vesta, pues hogar y fuego eran lo mismo). El ritual minucioso de este pueblo exigía que al morir una persona, se le incinerara cuidadosamente en una pira preparada al efecto, depositando luego las cenizas en una urna que debía conservarse como el objeto más venerado de la familia: solo de esta manera el alma del difunto se convertía en dios (dioses manes). Si no se hacía esto, el alma no entraba á la región desconocida, y volvía apareciéndose á los vivos, hasta que se le tributaban las ceremonias del ritual [2]. Solo de este modo, las almas de los antepasados se convertían en dioses (dioses manes), en divinidades tutelares de sus descendientes, á quienes cuidaban y protegían durante la vida. Estas á su vez, debían honrar á sus antepasados como á sus dioses más íntimos (dioses domésticos ó penates), cuya residencia transformaba la casa en un templo (dioses de la casa) [3].

De este culto se derivaba en gran parte la vida privada é íntima de los romanos y la vigorosa organización de la familia, en que puede verse el secreto de fuerza y de poder en aquel pueblo singular. Como la casa era un templo, con sus dioses y su culto, para formar parte de esta comunidad religiosa y adorar á unos mismos antepasados, precisaba unirse á ella mediante un lazo sagrado, el del matrimonio. La mujer pasa del dominio del padre al del marido, (pues que nunca es libre);

(1) Solo los griegos parece que lo olvidaron enteramente; fenómeno tanto más difícil de explicar, cuanto que éstos eran, como pueblo ó nación, más antiguos que los romanos. Es notable también que los aztecas ó mejicanos tenían al fuego la misma veneración que los romanos.

(2) Esta superstición existe aún hasta entre la gente ignorante.

(3) De aquí las frases: «vuelvo á mis lares» (vuelvo á mi casa); «abandono mis penates», ó sea los objetos de mi consagración y mi cariño, y otras muchas.

pero como *matrona* ó «madre de familia» iguala en dignidad al *patrono* ó «padre de familia.» El, como sacerdote del culto de los antepasados, es el propietario del dominio ó bienes, y soberano absoluto de la familia; élla, como sacerdotisa del *hogar*, vigila y dirige los trabajos domésticos, hila y teje la lana, cuida de sus hijos y ordena lo necesario. No era instruida, porque á los romanos de los primeros tiempos no les preocupaba la instrucción; pero no mantenían á la mujer alejada de la vida social, como los orientales y los griegos.

La organización de la familia en *Roma* era, pues, religiosa; pero el Estado nunca fué teocrático. Los sacerdotes jamás formaron clase ó casta por separado, y nunca tuvieron influencia en los asuntos públicos.

CAPITULO III.

Organización política y social de Roma.

I.—Patricios y plebeyos.



FINES del siglo VI, antes de *Jesucristo*, cuando ya habían sometido los pueblos de la Italia central, los romanos estaban divididos en dos clases: *pueblo* y *plebe*, ó sean, *patricios* y *plebeyos*. Los *patricios* eran los únicos que tenían derecho á formar el gobierno de la ciudad, asistir á las ceremonias religiosas y gozar, en consecuencia, de los honores anejos á estas funciones; mientras que los *plebeyos* carecían de estos privilegios. No les era lícito invocar la ley romana ni enlazarse en matrimonio con una mujer perteneciente á la clase privilegiada. Y, sin embargo, los *plebeyos* formaban en el ejército al lado de los *patricios*; algunos tenían suficientes bienes para vivir holgadamente y contribuían lo mismo que aquellos al mejoramiento y esplendor del Estado. No podían, pues, permanecer más tiempo en tan duras condiciones, sin dejar de ser ciudadanos.

Pronto obtuvieron la igualdad *civil* y social con la redacción de la ley de las *doce tablas*, en que estaban con-

tenidos los derechos privados del ciudadano: casarse legalmente, ser «padre de familia» ó dueño absoluto de su mujer y de sus hijos; hacer testamento, vender, comprar y ocurrir á los tribunales para exigir Justicia. Luego, los *plebeyos* se sublevaron varias veces; y viendo los *patricios* que sus privilegios políticos corrían grave peligro, decidieron crear un jefe único de la república, con derecho de vida y muerte sobre todos los ciudadanos, (el dictador); pero que solo duraba en su encargo seis meses, pues los mismos *patricios* temían volver á la aborrecida monarquía (496).

El cargo de *Dictador*, que ilustró tanto *Cincinato*, fué más eficaz contra los pequeños pueblos enemigos de *Roma* en esa época (ecuos, volsucos, etc.), que contra los *plebeyos*, que continuaron sus peligrosísimas agitaciones hasta que después de una de aquellas frecuentes guerras (en que de ordinario salían victoriosos), decidieron separarse de *Roma*, marchando en seguida con armas y jefes al monte *Sagrado*. Los *patricios* se vieron obligados á ceder, enviándoles una embajada, con el célebre *Menenio Agripa* al frente de ella, que no tuvo más resultado, según se infiere de los hechos, que el de permitirles el nombramiento de los *tribunos* (493), primeros magistrados de origen plebeyo (1).

Es cierto que estos magistrados (los *tribunos*), eran unos funcionarios *negativos*, esto es, no podían obrar, pero eran capaces de impedir; y así es que, con oponerse constantemente á todas las medidas vejatorias é injustas, dictadas por los *patricios*, favorecieron los intereses de la plebe y lograron el más firme apoyo para ascender la escala de los honores, ó sea de los cargos públicos. Esto no lo consiguieron sin trabajo: el primer *Cónsul plebeyo* fué nombrado en 366; el primer *Pontífice máximo*, en 302.

(1) La leyenda dice que Agripa contó á los plebeyos la fábula de los miembros y del estómago. «Una vez», les dijo, «tramaron los miembros una conspiración contra el estómago, á quien acusaban de perezoso y amante del regalo: la mano se negó á coger los alimentos, la boca á recibirlos, etc.; pero el resultado fué que todo el cuerpo vino á tan profundo decaimiento, que volvieron todos á procurar el regalo y alimentación de viscera tan importante.» La comparación era gráfica; pero es probable que los plebeyos se hayan dejado convencer por la promesa del nombramiento de *tribunos*, y no por la ingeniosa fábula.

II.—Las clases.—Gobierno de Roma.

EL gobierno de *Roma* pertenece al pueblo, á los ciudadanos, divididos en varias clases ó categorías: los *nobles*, que han ejercido, ellos ó alguno de sus antepasados, una *magistratura*; los *caballeros*, comerciantes y grandes propietarios, que no gobiernan, pero que se enriquecen, y la *plebe*, ó labradores de las tierras comprendidas en la campiña de *Roma*. Todos, cualquiera que sea su categoría disfrutan de los mismos derechos, aunque gocen de distintos privilegios. Por bajo de estas clases viven en la miseria, ó mejor dicho, gimen aniquilados bajo el peso de la esclavitud millares de seres humanos, para los cuales no existe ni la sociedad ni el gobierno, ni siquiera la vida intelectual y moral del hombre.

Como el pueblo ejerce directamente sus derechos, forma los *Comicios* ó asamblea, en que decreta la paz y la guerra, dicta las leyes, y gobierna, en suma; pero como no puede ejercer directamente todos los actos públicos, nombra cada año funcionarios, que llama *magistrados* (los que dominan), en los cuales delega su poder absoluto. Estos funcionarios no son muy numerosos: dos *cónsules*, que gobiernan al pueblo y que mandan los ejércitos; dos *pretores*, que desempeñan, como subordinados, las mismas funciones que los *cónsules*, y que, además, administran justicia; cuatro *ediles*, que cuidan de la vía pública y los abastos, varios *cuestores* para recaudar las rentas del Estado y diez *tribunos de la plebe*, que proponen leyes ó se oponen á ellas, velando siempre por lo que consideran los intereses del pueblo.

Sobre todos estos funcionarios están los *censores* (dos por lo general), que tienen la misión de formar el censo ó padrón del pueblo romano, determinando nombre, bienes y categoría de cada ciudadano, con el poder de degradar ó aún de proscribir enteramente de las listas del padrón á cualquiera que á juicio de estos *magistrados* se haya mostrado indigno de seguir perteneciendo al pueblo romano: excelente medio de conservar incólumes las antiguas costumbres. Tenían también á su cargo el *lustró* ó *ceremonia lustral*, que se verificaba ca-

da cinco años: rito aparatoso con que creían purificar la ciudad y atraer á ella el favor de los dioses (1).

Pero ninguno de estos poderes gobernaba realmente. En oposición á los *Comicios*, asamblea popular, se levanta el *Senado*, asamblea aristocrática. Se compone de 300 miembros de las familias más ilustres, elegidos por los *censores*, no al capricho ó al acaso, sino entre las personas que han desempeñado con brillo los puestos más importantes de la república, siempre nobles, y más ó menos distinguidas por su carácter y talento. Cuando se ofrece un asunto importante, el magistrado (generalmente un cónsul) reúne al *Senado*, y le expone la cuestión; éste la discute y luego resuelve según la mayoría. En seguida el mismo magistrado reúne los *Comicios* y sujeta la opinión del *Senado* (senado-consulta) á la aprobación del pueblo, que casi nunca la niega. convencido como está de que aquel alto cuerpo, compuesto por los hombres más eminentes y expertos de la república, le aconsejarán siempre lo que más convenga á los intereses del pueblo y de *Roma* (2). La paz, la guerra, las alianzas, los ingresos y egresos, el ejército, en suma: todo está en manos del *Senado*.

Desde que *Roma* llegó por medio de este régimen á conservar el equilibrio entre las diversas categorías ó clases, marchó rectamente, sin tropiezos ni obstáculos, á la conquista del mundo.

III.— El Ejército.

ROMA conquistó todos los países que forman la cuenca del *Mediterráneo*, desde el Océano hasta el *Tigris*, desde *Inglaterra* hasta los desiertos de la *Arabia*. Imperio tan vasto sólo pudo formarse merced á un concurso de felices circunstancias:

(1) Consistía en reunir al pueblo en el campo de Marte, y pasar luego por enfrente de los ciudadanos formados, en batalla, una oveja, un toro y un cerdo; en seguida sacrificaban estos tres animales y con la sangre hacían varios asperges.

(2) Como una prueba del poder ó dominio del Senado sobre el pueblo, recordaremos lo que pasó cuando esta asamblea opinó por que se le declarara la guerra al rey de Macedonia. El pueblo se opuso en los *Comicios*; entonces, el Senado resolvió que fueran reunidos otra vez, hasta que los obligó á convenir.

la vida y las costumbres de los latinos, su posición ventajosa en el centro de *Italia*, y la de ésta en el centro del *Mediterráneo*; la vigorosa organización política, que, juntamente con otros factores menos importantes, contribuyó á la grandeza y poderío de *Roma*. Entre estos factores conviene no olvidar la organización que dieran al ejército, que tan interesante papel desempeñó en la historia política de *Roma*, y cuyos principales sucesos se refieren á la conquista del mundo.

Todo ciudadano con fortuna suficiente para equiparse á su propia costa, debe ser soldado. El que no era ciudadano ó no tenía con que equiparse, no fué á la guerra, no tenía derecho para esto; porque hay que tomar en consideración que en *Roma* era honroso ser soldado, y el medio seguro para ascender por la *escala de los honores* hasta ocupar el primer puesto de la república. Todavía en el siglo VI, el Estado no daba armas, equipo, ni alimentos, y solo desde el sitio de *Veyes* se acordó dar una pequeña retribución á aquellos heroicos campesinos que sacrificaban sus bienes de fortuna y su vida en beneficio de la patria. Cuando se ofrece una campaña, el cónsul elige el número de hombres que se necesitan, escogiéndolos de entre los que deben servicio militar al Estado, porque todos los ciudadanos están obligados á este servicio desde los 17 á los 60 años; luego, mediante juramento, se comprometen á obedecer al magistrado, quien puede llevarlos hasta donde él quiera, hasta que él mismo no los desligue de sus juramentos.

La disciplina era durísima: el Cónsul tenía derecho de vida y muerte sobre sus subordinados, y *Roma* los rechazaba de su seno cuando eran vencidos, como indignos de ser ciudadanos (1).

Quando el ejército está frente al enemigo, cada legión, compuesta de 4,200 á 5,000 hombres se divide en compañías de 120, llamadas manipulos, que forman en tres filas, quedando entre cada guerrero espacio suficiente para maniobrar por separado. Al comenzar la batalla, los únicos que entran en combate son los guerreros de la primera fila, quienes disparan sus dardos y desen-

(1) Después de la batalla de Canes quedaron 3,000 hombres en el campo que escaparon al desastre, y 8,000 prisioneros. A los primeros el Senado los envió á Sicilia; los segundos fueron despreciados cuando Aníbal propuso su rescate á pequeño precio.

vainan la espada; si son rechazados, entran en liza los de la segunda; por último, los guerreros veteranos que forman la tercera fila marchan al encuentro del enemigo en el caso de que hayan sido vencidos los combatientes de las anteriores, y los destrozan con sus lanzas de varios metros de largo. (1). Cuando no combate, pero en país enemigo, está siempre listo para combatir; para esto, forma un campo atrincherado en que está siempre á cubierto de sorpresas. Además, como cada guerrero lleva consigo todo lo que necesita, los movimientos son rápidos y fáciles.

CAPITULO IV.

La Conquista del Mundo.

I.—La conquista de Italia.



FINES del siglo V (405), los romanos traspasaron el *Tiber*, y conquistaron la *Etruria* (Toscana); *Veyes*, ciudad bien fortificada, resistió diez años. Fué necesario que el dictador *Camilo* desplegara todo su genio para poder vencerla. Poco después, la orgullosa ciudad sufrió un desastre: una banda de *galos* acampados más allá del *Po*, la sitió y la tomó, á pesar de las hazañas de *Manlio capitolino* y de *Manlio torcuato*. *Roma* pagó crecido rescate para poderse ver libre de los bárbaros (390) (2).

Pero las más heroicas guerras en Italia fueron contra los *sammitas* (343 á 290). La *región del lino* perteneciente á esa valerosa tribu, habia jurado no retroceder;

(1) La superioridad del ejército romano sobre la falange se mostró en Cinoscéfalos, en donde las quiebras del terreno impedían su correcta formación: los manípulos se introdujeron en los huecos que dejaba, y la destruyeron.

(2) Cuando se trató de pagar rescate, el jefe, *Bren* ó *Breno*, presentó una balanza falsa; los romanos reclamaban... Entonces dejó caer el bárbaro su espada en el platillo, exclamando: "Ve victes!"

16 mil que empeñaron su palabra perecieron en el campo de batalla. Los romanos vencidos en *Caudío*, donde sufrieron las humillaciones de la derrota, necesitaron desplegar su indomable energía, representada en el inflexible *Manlio*, el heroico *Decio* y el incorruptible *Curio Dentato*, para triunfar de tan fieros enemigos. [1].

Las opulentas y muelles ciudades de *Italia* (*Sibaris*, *Crotona* y *Tarento*) no podían ser grande obstáculo á la conquista romana; pero contrajeron alianza con *Pirro*, rey del *Epiro* (hoy Albania). Este era un Capitán educado en la escuela de los generales de *Alejandro*; penetra animoso en *Italia* y vence en una primera batalla; pero queda admirado de la resistencia. Después de inútiles negociaciones, en que el *Senado* le dice que «no tratará mientras que los enemigos se hallen en *Italia*, *Pirro* gana de nuevo otra batalla, en la cual pierde casi todo su ejército; intenta apoderarse de *Sicilia*; es por fin derrotado en *Benavente*, y se retira á *Grecia*, dejando la *Italia* del sur en poder de los romanos (272). (2).

II.—Guerras Púnicas.



Al pasar el estrecho, *Roma* se encontró con *Cartago* que dominaba ya para entonces en la parte occidental del *Mediterráneo*. Fué una lucha memorable que duró 119 años, con largos intervalos de paz y de combates; en realidad tuvo los tres periodos siguientes:

(1) *Manlio*, descendiente del que llevaba el apodo de *Capitolino*, dió la orden de que nadie saliese del campamento; su hijo, retado por un enemigo, salió; el inflexible padre lo condenó á muerte. *Decio*, al ver que vacila su ejército, se precipita en el seno de los enemigos, y su sacrificio da la victoria á los romanos. *Curio* dice al que le ofrece oro de sus enemigos: «vé á decirles que *Curio* no quiere oro, sino mandar á los que lo tienen.»

(2) La historia de las campañas de *Pirro* está íntimamente unida á la de *Fabicio*, tipo acabado del antiguo romano, tal como lo presenta la tradición y la historia. Ya *Cineas* habia dicho á su amo, cuando volvió de tratar con los romanos: «el *Senado* es una *asamblea de semidioses* y el *Capitolio* un templo digno de contenerlos.» Pronto se convenció *Pirro* de esta verdad al tratar con *Fabicio*, emisario del *Senado*: ni las amenazas ni los halagos pudieron quebrantar

Primer Período (264 á 241).—Se redujo á una lucha por la posesión de la *Sicilia*. Los romanos no habían combatido por mar; pero en 260, el cónsul *Duilio* derrotó en *Mila* una flota cartaginesa al frente de otra romana. En *Enome* los romanos alcanzan otra victoria y desembarcan un ejército en Africa; mas, éste es derrotado, y el cónsul *Régulo* (su jefe) cae en poder de los cartagineses (1). La guerra, entre tanto, continúa con ardor en *Sicilia*: *Amilcar Barca*, sitiado en el monte *Erix* y el desastre naval en las islas *Egates*, obligan á *Cartago* á pedir la paz, cediendo la *Sicilia*.

Segundo período (219-202). Esta guerra perteneció á *Aníbal*, uno de los capitanes más famosos de la antigüedad. Desde niño, su padre *Amilcar* lo hizo jurar odio eterno á *Roma*; nunca tuvo más horizontes que los campamentos, ni conoció más vida que la de soldado. Comenzó la campaña poniendo sitio y destruyendo la ciudad de *Sagunto* en España (colonia griega aliada de los romanos). *Aníbal* no esperó á los enemigos en sus posesiones, sino que tuvo la audacia de herir en el corazón á la república, atacando directamente á *Roma*. Como se hallaba en *España*, atravesó los *Pirineos* al frente de 50,000 hombres, cruzó el mediodía de la *Galia* y descendió al valle del *Po* después de haber pasado los *Alpes* (2). Tres ejércitos romanos se le opusieron sucesivamente en el *Tesino*, en *Trebia* y en el lago *Trasimeno*, y los tres fueron destrozados por el caudillo africano. Sin atreverse á atacar á *Roma*, asechado por el ejército del dictador *Fabio*, rodea la ciudad y toma posiciones en la *Apulia*. El hábil dictador no se atreve á atacarlo; pero los nuevos cónsules, *Terencio Varrón*

la virtud del romano. Luego, salvó la vida al mismo *Pirro*, entregándole la carta en que le proponían matarlo, y le dijo: «los romanos no se valen de estos medios para atacar á un enemigo, le salen frente á frente.»

(1) Los cartagineses enviaron á su prisionero *Régulo* á tratar con *Roma* y aconsejar la paz cuando se vieron acosados en *Sicilia*, y próximos á perder esta isla; pero el cónsul romano hizo lo contrario, aconsejó la continuación de la guerra; y como empeñó su palabra de que volvería, volvió á *Cartago*, sabiendo que le esperaba la muerte. Desde entonces el nombre de *Régulo* ha quedado en la historia como símbolo del honor militar y el patriotismo.

(2) El paso de los *Alpes* por *Aníbal*, teniendo que luchar contra tribus bravías, con los obstáculos del terreno y los horrores del clima, es uno de los hechos más gloriosos en los anales militares del mundo.

y *Paulo Emilio*, aprovechan el mando que les corresponde por elección, y empeñan en *Cannes* la batalla. Fué un desastre, el mayor que sufrió *Roma* durante la república; el cónsul *Paulo Emilio*, varios pretores, diez tribunos militares y ochenta mil legionarios, sucumbieron ó quedaron en poder del enemigo. Sin embargo, *Roma* se salvó; *Aníbal* perdió la flor de su ejército, y no se consideró con fuerzas suficientes para apoderarse de la ciudad; los refuerzos que envió á pedir á *Cartago* no llegaban, y los nuevos ejércitos de *Fabio* y de *Marcelo* lo amagaban constantemente. Por fin, después de mucho tiempo su hermano *Asdrubal* llega á *Italia* con el ejército de *España*; pero es derrotado en *Metauro*. Todavía se conserva *Aníbal* cinco años más en las montañas de *Apulia*, hasta que se ve obligado á embarcarse para *Cartago*, ya amagada por *Scipión*, que desde *España* se había trasladado á la costa donde se asentaba la rival de *Roma*. Los dos caudillos (*Aníbal* y *Scipión*) se encuentran en *Zama*, y el cartaginés sufre una derrota completa (202). (1).

Tercer Período (149 á 146). No obstante las humillantes y vejatorias condiciones impuestas por *Roma* á *Cartago*, de renunciar á su imperio colonial y de la destrucción de su escuadra, esta ciudad recobró en treinta años las perdidas fuerzas y cierto grado de esplendor. Los romanos, que no podían ver con buenos ojos el restablecimiento de su rival, le declararon la guerra. Fué una lucha de exterminio. Los cartagineses, resueltos á combatir, dispersaron varios ejércitos romanos, hasta que otro *Scipión* (*Scipión Emilio*), puso cerco á la ciudad, la tomó y la destruyó (146). (2).

(1) *Aníbal*, después de la derrota de *Zama*, se consagró á reparar los quebrantos de su patria; pero los romanos reclamaron; y él se vió obligado á huir de *Cartago*. Se refugió en los reinos griegos de *Asia*, é intentó sublevarlos contra *Roma*. *Prusias*, rey de *Bitinia*, quiso entregarlo á los romanos; pero lo evitó envenenándose.

(2) Apenas se encuentra ejemplo en la historia de un odio igual al de *Roma* á *Cartago*. *Catón* repetía constantemente: «Delenda est *Cartago*.» *Scipión*, el más humano de los generales romanos de aquella época, se encargó de cumplir aquel terrible deseo; tanto que un siglo después apenas podía saberse donde había estado *Cartago*.

III.—Conquista de los países de Oriente
y Occidente.

DURANTE el primer período de las guerras púnicas y, sobre todo, durante el segundo, los romanos comenzaron la conquista de los países de Oriente y Occidente. Primero, y como precio de la guerra contra *Cartago*, *Roma* se apoderó de *Sicilia*, y luego de *Córcega* y *Cerdeña* (212). Al cabo del segundo período, los romanos conquistaron el Occidente y el Oriente; *Scipión* sólo pudo desembarcar su ejército en *Africa*, dominando la costa oriental y el sur de *España*, de que se habían apoderado los cartagineses. Poco después, los girones del imperio de *Alejandro* caen en manos de los incontrastables conquistadores. El rey de *Macedonia*, *Filipo V* y *Perseo*, (sucesor de *Filipo*), trataron de oponérseles con aquella falange tan temida en tiempos del gran *Alejandro*; pero ni estos degenerados reyes eran como su antecesor, ni los griegos la nación que detuviera el Asia en su avance temerario y la redujera á ser vasalla de Occidente. *Filipo* fué derrotado en *Cinoscéfalos* (197), y *Perseo* en *Pidna*. (168). La *Macedonia* y *Grecia*, después de la destrucción de *Corinto*, fueron reducidas á provincias romanas. (142).

Desde la muerte de *Seleuco*, general de *Alejandro*, el imperio helénico de Asia no había hecho más que declinar; toda la alta Asia se había separado, constituyendo en la antigua *Persia* el reino de los *partos á parsis*. *Antiocho III*, instigado por *Anibal*, y viendo amenazados por los romanos el *Asia Menor* y el *Helesponto* se atrevió á luchar; mas la derrota de *Magnesia* (190), en la que el cónsul *Scipión* (el Asiático) no perdió más que 350 hombres, lo obligó á ceder la mitad de su imperio. Después de esto, *Roma* se apoderó de *Pérgamo*. (129) y demás reinos asiáticos procedentes del desmembramiento del gran Imperio de *Alejandro*; sólo *Mitridates*, rey del *Ponto* opuso seria resistencia. Vencido una primera vez por *Sila*, se humilló; mas, torna de nuevo á sublevarse: *Lúculo* lo persigue á través del Asia, y ya estaba para terminar la guerra cuando *Pompeyo* vino á recoger el laurel de la victoria, que otros habían sembrado. (64). *Prusias*, rey de *Bitinia* se pre-

sentaba ante el *Senado* en traje de *liberto*, declarando él mismo su reino propiedad del pueblo romano. La conquista de *Oriente* terminó el año 30 antes de J.C. con la ocupación del *Egipto*.

Otra cosa pasó en *Occidente*: la sola sumisión de *España*, comenzada durante las *guerras púnicas*, terminó un siglo después con la toma de *Numancia* (123), que exigió la habilidad y osadía de *Scipión Emilio*, vencedor de *Cartago*. El pastor *Viriato* en *Lusitania* (Portugal) venció cinco ejércitos romanos y obligó al *Senado* á tratar; éste se libró del rebelde por medio de la traición, mandándolo asesinar. *Córcega*, *Cerdeña* y los *ligures* [montañeses de la costa genovesa], se sublevaban continuamente. En fin, los *galos*, que ocupaban gran parte de la Europa central, reclamaron el genio de *César* [58 á 51], y que tal vez debido á esto solamente pudieron ser atados al carro de la conquista romana; allá en las márgenes del *Save*, del *Sambra* y del *Meusa*, formó el consumado general y hábil político aquellas temibles legiones que le dieron después en los campos de *Farsalia* el imperio del mundo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CAPITULO V

1625 MONTERREY, MEXICO

Las Guerras Civiles.

I.—Leyes Agrarias.—Los Gracos.

LOS antiguos practicaban el llamado derecho de conquista con todo rigor: bienes raíces, muebles y las mismas personas, pertenecían al conquistador. *Roma* llevó á su última expresión este pretendido derecho; cuando conquistaba un país, dividía el territorio en tres partes: una que dejaba á los antiguos habitantes, con la obligación de pagar tributos en dinero ó en cereales; otra que arrendaba á contratistas, y la que se destinaba á formar parcelas, que los ciudadanos podían ocupar. Estas últimas pertene-

eran, pues, al dominio público; pero como por varias generaciones se dejaron en poder de los primitivos habitantes, éstas las vendieron ó legaron, de modo que no era posible despojarlos sin un trastorno general en toda la república. Unido este trastorno á la tiranía y á las depredaciones de los gobernadores de las provincias (procónsules) y contratistas recaudadores de impuestos (publicanos), ocasionaron aquellas terribles agitaciones que juntamente con la corrupción del pueblo, del *Senado* y del ejército, conmovieron tan profundamente durante siglo y medio á la república y prestaron tan sombríos colores á sus últimos días.

La primera revolución se verificó en *Roma* con motivo de las tierras del dominio público [ager publicus], que pertenecían á particulares y que el Estado debía recuperar para distribuirlas á los ciudadanos pobres de *Roma*. Se trataba, en suma, de una ley agraria, *Tiberio* y *Cayo Graco* pertenecientes á una de las familias más nobles de la ciudad, excitán á los pobres á formar un partido entre la plebe y arrebatará las familias nobles sus prerrogativas y sus honores. Para esto propusieron respectivamente, [*Tiberio* en 133, y *Cayo* en 123] una ley agraria y distribuciones de trigo. ¿Cómo podía ser que las tierras, ocupadas, por quienes se consideraban legítimos dueños, fuesen cedidas por ellos, no más porque pertenecieran al dominio público? ¿Ni cómo determinar cuáles eran estas tierras, si faltaba un catastro territorial? Se nombraron «triunviros del reparto de tierras,» que fueron entonces los Señores de *Roma*; pero por poco tiempo: muy pronto los partidarios del *Senado* [de los nobles] mataron á los trastornadores del orden público. [1].

Estas revueltas en las calles de *Roma* solo sirvieron para quitar su prestigio al *Senado*, sin prestarle ningunas ventajas al pueblo. En un raptó de elocuencia, el mayor de los *Gracos* exclamaba: «Los animales silvestres de *Italia* tienen por lo menos sus guaridas, mientras que los hombres que vierten por ella su sangre, no poseén más que la luz de sus ojos y el aire que respiran, y se les ve vagando, sin casa ni hogar, con sus mujeres é hijos. Los generales que los exhortan á comba-

(1) Cayo quería, además de la distribución de tierras y de trigo, que los jueces salieran de la clase de los caballeros: con lo que daba golpe terrible á la autoridad de los nobles.

tir por sus tumbas y templos, mienten.» «¿Hay alguno,» continuaba, «que posea el altar sagrado de su familia y la tumba de sus mayores? Los llaman Señores del mundo y no son dueños ni de la tierra que pisan.» *Tiberio Graco* tenía razón; pero el mal estaba en otra parte, estaba en la destrucción del primitivo, del verdadero pueblo romano: «pequeños propietarios, campesinos honrados y robustos que formaban al mismo tiempo la asamblea y el ejército.» Solo quedaban nobles ricos que con sus inmensos tesoros compraron los pequeños dominios; y como los antiguos poseedores no pudieron continuar ni como arrendatarios, pues que cultivos y ganados estaban á cargo de los millones de esclavos [que no costaban nada á los grandes Señores] se vieron obligados á vagar sin quehacer. «La mayor parte de los jefes de familia» dice *Varrón*, «han penetrado en nuestros muros, dejando la hoz y el arado: sin duda prefieren aplaudir en el circo á trabajar en sus campos y viñedos.»

El pueblo ya no tenia de romano más que el nombre: era una multitud de griegos, sirios, africanos, españoles, galos, etc., que habían ido como prisioneros de guerra y que eran luego emancipados por sus amos; era, así, una mezcla de libertos y de los arruinados descendientes del antiguo pueblo romano. Ya *Scipión Emilio*, al ser interrumpido en un discurso por los gritos de la plebe, había dicho: «¡Silencio, falsos hijos de *Italia*! ¡Los que he traído encadenados á *Roma* no me intimidarán jamás, aun cuando ahora estén sueltos.» Con ese pueblo ¿qué podía ser la promesa de una ley agraria? Motivo de corrupción electoral y de motines en las calles de *Roma*. Pero no era esto lo más grave, puesto que si la ociosidad y la miseria corrompían á la plebe, el lujo, la molicie y la ambición desenfrenada corrofan á los nobles y al *Senado*. Estaban ya muy lejos los tiempos de *Cincinato* y de *Fabricio*; los nobles consideran como propiedad suya los empleos de la administración civil y militar, y compran y venden, convirtiendo el Estado en almoneda. De aquí iban á brotar, como hongos en tierra podrida, las guerras civiles en *Roma*.

II.—Mario y Sila.

DESDE los *Gracos* se formaron en *Roma* dos partidos: la *plebe* y los *nobles*; era á cinco siglos de distancia la lucha entre *patricios* y *plebeyos*, solo que entonces discutían la igualdad de honores y derechos y ahora solamente los guía la ambición y el interés, el deseo de sacar todo el provecho posible para sí, del Estado y la *magistratura*. Los primeros magistrados que se disputaron el poder, valiéndose de las forcidas intenciones de los partidos, como de una arma, para satisfacer sus ambiciones personales, fueron *Mario* y *Sila*.

Mario era un ciudadano *plebeyo*; pero adquirió la magistratura con ayuda de los *nobles*, y luego se volvió contra ellos. En efecto, se había distinguido como teniente de *Metelo* en la guerra contra *Yugurta*, quien había vencido á varios ejércitos romanos, valiéndose de la corrupción; *Mario* se vuelve á *Roma* y denuncia ante el *Senado* la lentitud de las operaciones [á causa de la corrupción], todo con el propósito de obtener su confianza, y es nombrado *Cónsul*. En poco tiempo destruye las bandas indisciplinadas del rey de *Numidia* (*Argel* y *Tunez*) y lo hace prisionero. Un peligro más serio amenaza por aquellos días á la república: inmensas huestes de bárbaros [*Cimbrios* y *Teutones*] salen de los bosques de *Germania* y recorren las provincias de *Occidente* á su antojo, sin que un ejército regular se les oponga, hasta que *Mario* acude desde *Africa*. Los legionarios habían adquirido plena confianza en su general, que en realidad era un militar de genio, y éste había halagado á sus guerreros con el propósito de contar con ellos en caso ofrecido. En dos batallas espantosas [*Aix* y *Vercel*] dadas con intervalo de un año [102 y 101], destruye enteramente aquellas masas de bárbaros que tanto temor infundieran á *Roma*, y desde entonces se convierte en el ídolo del pueblo. Fue nombrado *cónsul* por seis veces seguidas, le tributaron honores magníficos [1] y le apellidaron *Salvador de Roma*.

(1) Cuando triunfaba un general romano, el *Senado* le permitía como un honor insigne, celebrar su victoria ó triunfo con una procesión pomposa y magnífica, que desde las afueras de *Roma* se dirigía al *Capitolio*. Los magistrados y senadores formaban como la descubierta de la columna, luego venían los carros cargados de botín, los cautivos encadenados y á pie, y detrás, en carro dorado, el general vencedor, coronado de laureles.

y la *República*; pero en verdad que *Mario* fué el primer ciudadano y el primer magistrado que conspiró contra el orden público y las costumbres, haciéndose elegir *cónsul*, con el poder de un *dictador*, cuantas veces quiso, y dando tierras y enriqueciendo á los guerreros que le eran adictos.

Ya una vez en tan funesta vía, el alud no podía detenerse, sino aumentar más y más hasta arrastrar en su caída la constitución y las leyes. *Sila*, del partido de los *nobles*, que se distinguió en la *guerra social*, cuando varios pueblos de *Italia* se sublevaron contra *Roma*, reclamando el derecho de ciudad, fué nombrado *cónsul* y se le confirió la dirección de la guerra en *Asia* contra *Mitridates*, que se había levantado de nuevo contra la dominación romana [88]. La gloria de *Mario* se ve eclipsada por los destellos que despide la del nuevo caudillo, y éste, y sus partidarios [los nobles], le persiguen, le acosan y le obligan á salir de *Roma*. Fugitivo y puesta á precio su cabeza, *Mario* espera la ocasión de vengarse del *Senado* y de los nobles, ocasión que no tarda en presentarse, cuando *Sila* se dirigió al *Asia* para combatir contra *Mitridates*; vuelve á *Roma*, se apodera del consulado y decreta horribles proscripciones, condenando á muerte, sin piedad, á sus enemigos. Como sucede siempre, los adictos al poderoso muestran mayor celo y encono que el mismo jefe de partido, y á fuerza de crueldades y venganzas vuelven impopular á *Mario*, que muere en medio de sus desórdenes después de haber obtenido el séptimo consulado [86].

A los pocos años vuelve *Sila* triunfante de *Asia* y derroca á los partidarios de *Mario*, que habían podido sostenerse en *Roma*, gracias al régimen de terror establecido. Mas, ya no hay interregno para la tiranía y para este funesto régimen en la desdichada ciudad: porque si las proscripciones y suplicios decretados por *Mario* fueron terribles, los de *Sila* se convirtieron en matanzas y degüellos sistemáticamente organizados; el poder, los honores, la riqueza y la distinción, eran títulos suficientes para recibir la muerte; la delación y el espionaje, los medios de lograr el Poder y los honores. El tirano devolvió nominalmente sus prerrogativas á los nobles y al *Senado*, conservó por tres años el poder absoluto con el título y las funciones de *Dictador* [cargo que solo fué ejercido en los primeros siglos de la Re-

pública], y luego renunció, retirándose enteramente á la vida privada. No tenía nada que temer: había hecho propietarios á 150.000 veteranos que le fueron siempre fieles. Murió en 78, presa de horrible enfermedad, en su casa de *Cumas*.

III. — Pompeyo y César.

A LA muerte de *Sila*, las legiones no obedecían ya al *Senado*; y aunque el *Dictador* quiso devolver á la augusta asamblea su antigua autoridad, su esplendor y su prestigio, no pudo prestarle las virtudes que le faltaban y de que él mismo carecía. Ya no se trataba entonces de saber quiénes eran los magistrados, sino quienes mandaban las legiones. *Sertorio* defendía el partido de *Mario*, *Pompeyo* el del *Senado*; ambos lucharon y triunfó *Pompeyo*. Luego triunfó en *Italia* contra las bandas de esclavos [1] y contra los piratas; pasó al *Ponto* y derrotó definitivamente á *Mitridates* [2]; organizó en provincias romanas el reino de éste y el *Asia Menor* [Cilicia y Fenicia]; sometió á la influencia romana el pequeño reino de *Judea* [64] y volvió á *Roma* á recibir los honores de un «triunfo» superior al de *Mario*. Todos vieron en él al dueño de la República; pero como *Pompeyo* gustaba más de estos honores que del Poder mismo, dejó su autoridad al *Senado* y compartió con *Craso* la magistratura.

Muy pronto encontró un rival en *Julio César*. *Sila* había dicho: «Hay en *César* más de un *Mario*,» y escapó á las proscripciones, no obstante que pertenecía á

(1) Hubo varias guerras de esclavos, pero la principal fué la que provocó *Espartaco*, gladiador tracio, que fugitivo, logró reunir en torno suyo algunos miles de sus compañeros de infortunio, y venció á tres expediciones que envió el *Senado* en contra suya. Aislados, con todo el poder de *Roma* encima, sucumbieron ante las aguerridas legiones de *Craso*.

(2) Desde el año de 88, *Sila*, primero, y después *Lúculo* habían obligado á *Mitridates* á tratar; mas, vencido, tornaba á sublevarse, hasta que *Pompeyo*, valido de la traición de *Farnaces*, logró terminar aquella larga guerra.

la familia del gran plebeyo. Se refiere que estaba devorado por el deseo de la gloria y que aspiraba igualar á *Alejandro* [1]. Poco á poco, valiéndose de los desórdenes de la guerra civil y de la corrupción del pueblo, obtuvo todas las magistraturas, empleando toda su fortuna. Aceptó el mando de la guerra de España, sólo para pagar sus enormes deudas. Después de esto, buscó la amistad de *Pompeyo* y la de *Craso* y formó con ellos un *triumvirato* para dirigir el gobierno de la república. *Craso* verificó una expedición contra los *partos* (persas), en la cual pereció; mientras que *César* se dirige á la *Galia*, en donde luchó por más de ocho años. Allí desplegó todos los recursos de su genio y toda la energía de su carácter superior é indomable.

Valiéndose unas veces de la fuerza y otras de la astucia, vence sucesivamente á los *helvecios* (Suiza), á los *germanos* en las márgenes del *Rhin* y á los *belgas* en las del *Sambre*. Sujeta las tribus galas con su táctica, su valor y la disciplina que conserva en sus tropas; pero se sublevan de nuevo, hasta que con la toma de *Alesia* y la derrota de *Vercingetorix*, queda sometida la *Europa central* á la dominación romana. (51). Mas, *Pompeyo* y los nobles de *Roma* no podían ver con buenos ojos las victorias de *César*.

Pompeyo y el *Senado* le enviaron delegados al conquistador para que le obligaran á dejar su ejército y á presentarse á *Roma*; *César* se dirigió á *Italia*, pero al frente de sus legiones. Al pasar el *Rubicón*, riachuelo que limitaba las enormes provincias de que era gobernador, exclamó: «Que se cumpla el destino,» *Pompeyo*, desprevenido, confiando en las fuerzas del *Senado* y de la presuntuosa nobleza, que no existían en *Italia*, huyó á *Grecia*. El ejército fiel á *Pompeyo* había quedado en *España* á las órdenes de sus tenientes, mientras que él permanecía con unos cuantos miles de nobles romanos al otro lado del *Adriático*. Fácil le fué al caudillo vencer á las legiones del *Senado* en *España* (49), para caer

(3) Se cuenta que un día encontraron á *César* conmovido al leer las proezas de *Alejandro*; y como le preguntaran cual era la causa de su emoción, contestó: «Cómo no ha de causarme dolor la idea de que ya para mi edad *Alejandro* había conquistado el mundo, mientras que yo no he hecho nada memorable.» Otra vez al atravesar una miserable aldea de los *Alpes*, exclamó: «preferiría ser el primero aquí, á ser el segundo en *Roma*.»

luego victorioso sobre *Pompeyo* en *Farsalia* (48). No era posible que sus jóvenes nobles resistieran á los legionarios de *César* (1).

El conquistador recorrió, sembrando la victoria, el *Asia Menor* (donde derrotó á *Farnace*, hijo de *Mitridates*), el *Africa*, apoderándose del Egipto, y *España* en que destruyó el ejército de *Sexto* (hijo de *Pompeyo*). Después de esto, volvió á *Roma*; sus proezas habían igualado á las de *Alejandro*: el pueblo le tributó honores divinos. Prodigó espectáculos y juegos, decretó distribuciones de trigo y de dinero, y deslumbró con sus liberalidades, manteniendo á todos sumisos, sin mancharse, como *Mario* y *Sila*, con la sangre de sus enemigos.

Pero la *República*, aquellas instituciones que habían dado tanto brillo y tanta gloria al nombre romano, desaparecieron para siempre; *Bruto* y *Casio*, creyendo que el mal residía en el poder y la ambición de *César*, tramaron una conspiración y le dieron muerte en el Capitolio. (44 a. de JC).

IV.—Antonio y Octavio.

LA república no existía. Los generales luchaban por saber á quién pertenecería el mando absoluto; y así como *Mario* tuvo por enemigo á *Sila*, y *Pompeyo* á *César*, *Antonio* (lugarteniente de éste y jefe de las legiones) tuvo por adversario al sobrino de *César*, al astuto *Octavio*. Primero luchan, y luego se unen estos dos caudillos, y forman con *Lépidio* (general de la caballería) un segundo triunvirato, para gobernar de común acuerdo las provincias. *Cicerón*, el romano más ilustre por su sabiduría y elocuencia, perece en esta liga funesta, sacrificado en prueba de

(1) Dícese que impaciente *César* por llegar frente al enemigo, se embarcó casi solo, y llegó al Epiro mucho antes que sus legiones. Viendo que no llegaban, se propone buscarlas personalmente; toma una barquilla y pronto estalla una furiosa tormenta; el barquero se atemoriza, y el caudillo le anima, diciéndole: «¿Qué temes? ¡Llevas á *César*! (Quid times? Cessarem vehis).

unión por *Octavio* al rencoroso *Antonio*. (1). Los *triumvirs* se proponen acabar con el partido republicano, con *Bruto* y *Casio* que se hallaban en *Macedonia* á la cabeza de cien mil hombres. En los célebres campos de *Filipos* se decide la contienda: *Bruto* y *Casio* son derrotados y se suicidan; *Octavio* y *Antonio* quedan dueños del mundo. (42).

Los dos ambiciosos no cabían en *Roma*: *Octavio* quedó en Occidente, y *Antonio* se dirigió á Oriente. No podían permanecer de acuerdo mucho tiempo; la batalla de *Accio* (Lepanto) dió el Imperio á *Octavio* (31). *Antonio* y *Cleopatra* huyeron á Egipto, donde se dieron muerte, para no servir de trofeos al vencedor. El sobrino de *César* fué entonces el único dueño del mundo.

CAPITULO VI.

Letras, Artes y Ciencias en Roma.

I.—Letras.—Literatura Romana.

LOS romanos no crearon nada en literatura. Durante muchos siglos fueron rudos campesinos, ocupados en cultivar sus tierras y en combatir. Todavía en tiempo de *Catón* (200), el ideal de la vida romana era «ser buen agricultor, buen soldado, enemigo del lujo y amigo del lucro.» Pero no era posible que se mantuvieran más tiempo estas costumbres y estas virtudes, tan funestas al mundo. Los cónsules que habían ido á *Grecia* y á *Oriente*, *Flamini*, *Scipión*, *Paulo Emilio*, fueron aficionándose á las comodidades, al lujo y á los placeres del espíritu: un siglo después, todos imitaban en

(1) *Cicerón*, adicto siempre á la libertad, pronunció contra *Antonio* terribles discursos, cuando éste trató de apoderarse del mando supremo; *Octavio* lo favorecía en esta cruzada, pero por interés personal. Tan pronto como se entendió con *Antonio*, lo sacrificó entregándolo.

Roma la vida oriental y griega. *Cameades*, embajador de los atenienses, daba conferencias; sacerdotisas, adivinos, médicos, preceptores, filósofos y sabios, atraídos por el esplendor, ó llevados por fuerza á Roma, se establecían en la gran ciudad ó infiltraban, al mismo tiempo que su incredulidad y sus nuevas costumbres, sus aficiones y su ciencia. ¿Qué podía hacer *Calón* contra el alud de las nuevas costumbres que amenazaba sepultar lo que permanecía en pie de las primitivas virtudes romanas? *Lúculo*, el verdadero vencedor de *Mitridates*, el más generoso con los vencidos, el más humano, representa, no solo la transición entre las antiguas y las nuevas costumbres, no solo el lujo y la opulencia orientales, que llegó á convertirse en proverbial [1], sino la civilización, la *humanidad helénica* en oposición con la *rusticidad* propia de los primeros siglos de Roma. Cuando los *publicanos* y los *procónsules*, verdaderos depredadores de las provincias, tan duros, tan crueles con los vencidos, acusaron á *Lúculo*, porque no los dejaba cometer sus habituales actos de barbarie, se retiró á su quinta de *Nápoles*, donde pasaba los días en compañía de sabios y literatos griegos, hablando de filosofía y literatura. Los mismos *Scipiones* se rodearon de griegos instruidos, buscaron Profesores griegos para sus hijos y se aficionaron á las bellezas de la vida intelectual. *Paulo Emilio* no reclamó del botín cogido en *Macedonia* más que la biblioteca de *Perses*.

Esto, precisamente, prueba que los romanos no tenían ni gusto por las letras ni propia afición por los estudios; estudiar y componer obras literarias era para ellos *estar desocupados*. Por este motivo, la literatura romana fué siempre de imitación: sus modelos de tragedia, comedia, oda, epopeya, poesía diáctica y pastoral, historia y elocuencia, fueron en lo general copia fiel

(1) Se refiere que estando el noble romano un día solo en su mesa, extrañó la sencillez del servicio, y preguntó al criado el motivo. El cocinero se disculpó diciendo que no había convidados. «¿Cómo! exclamó su amo; ¿no sabías que *Lúculo* comía hoy en casa de *Lúculo*?»

Otra vez dejó admirados á *Cicerón* y á *César* con lo sumptuoso de un banquete, para el que nada había preparado, limitándose á decir al cocinero que lo sirviese en el salón de Apolo. Los que se verificaban en éste ascendían á 10,000 pesos.

Un pretor que iba á celebrar una fiesta envió á pedir á *Lúculo* cien mantos de púrpura, él le dijo que mandara por trescientos.

de las obras helénicas de su género. Lo que no significa que no imprimieran en ellas la cualidades de vigor y de constancia que distinguieron siempre á este pueblo de todos los demás. Algunas de estas imitaciones, como la *Encida* (de Virgilio) supera en más de un punto á su original, la *Iliada*; *Horacio* iguala á *Pindaro* en la oda heroica y perfecciona la moral ó filosófica, en la que no ha tenido rival, y *Ovidio*, el tierno cantor de elegías, juntamente con *Propercio* y *Tíbulo*, nos dejaron verdaderos modelos de *poesía lírica*. Todos estos autores pertenecen al siglo de *Augusto* (I de la Era cristiana) (1). En el anterior vivieron: *Lucrecio*, (el más original de los poetas latinos), «el prosista más elegante», *César* y «el más elocuente de sus oradores», *Cicerón*; y en el posterior: *Séneca*, *Lucano*, *Tácito*, *Plinio* y *Juvenal*.

El género en que los romanos no fueron simples imitadores, sino creadores, fué la *Oratoria*. En Roma, como en Atenas, todos los asuntos de interés público se resolvían en la asamblea del Senado ó del pueblo, lo mismo que los litigios entre las personas. En el *Foro* estaban los *rostros* ó tribuna de las arengas, donde los oradores declamaban sus discursos ante el pueblo. Desde los *Gracos*, la elocuencia tomó un carácter impetuoso (demosteniano) hasta *Cicerón*, único de quien se conservan discursos completos y no simples fragmentos, como de los demás oradores antiguos. Con la caída de la República, cuando el emperador hizo suyos los poderes del Senado y del pueblo, terminó este género literario, que solo puede vivir donde alienta la libertad. Continuaron, entonces, los retóricos, que enseñaban á hablar bien, á pronunciar bien los discursos preparados fragmento, en lo general sobre temas imaginarios.

Fuera de la *Oratoria*, en la que tanto sobresalieron los romanos, de la *Sátira* como poema especial [que es toda latina] [2], y de la *historia* en que hubo escritores de primer orden [3], la literatura romana era una sim-

(1) Mesenas, amigo de Octavio (Augusto) protegió á varios poetas, entre ellos á Horacio y Virgilio, que cantaron la gloria de Augusto y su reinado. De aquí se deriva la costumbre de llamar (por antonomasia) Mesenas á todo protector de las letras.

(2) Horacio mismo lo dice: *Satira nostra tota est.*

(3) Tito Livio iguala á Herodoto, César á Jenofonte, Sallustio y Tácito superan á Tucídides.

ple imitación de la helénica. Sin embargo, esta literatura con su idioma (el latín) es la que se propagó por Occidente, y la que ha servido de modelo á las naciones de Europa durante 19 siglos; y aun cuando ya no se hable el idioma del *Lacio*, que ha servido de lengua especial á los eruditos y de vehículo á todos los conocimientos, cierto es que se advierten sus huellas en todos los idiomas neolatinos y en el carácter de su civilización y de sus letras. Nuestra literatura es, así, helénica indirectamente, por medio de *Roma* que bebió en las abundantes fuentes del bello país del *Pentélico* y del *Himcto*.

II.—Las Artes en Roma.

EN escultura y pintura, los romanos imitaron á los griegos, del mismo modo que en poesía; sus obras en estas artes, (bustos y bajo-relieves, los frescos en las casas de Pompeya), no tienen el encanto indefinible, la suavidad, la elegancia y la armonía de las helénicas: diríase que los autores se proponen, más que producir obras bellas, reproducir la realidad exactamente. Así se observa en los bajo-relieves de las columnas de *Trajano* y *Murco Aurelio*, en los cuales las fisonomías, los trajes y las escenas, están tomadas directamente de la naturaleza.

El arte romano por excelencia fué la arquitectura, en el cual no se limitaron á copiar de los griegos, de quienes tomaron la columna, sino que crearon por su parte el *arco* y la *bóveda*, con cuyos elementos arquitectónicos pudieron levantar edificios más amplios y variados que los de Grecia. Así, el *Panteón*, construído en tiempo de *Augusto*, contiene un vestíbulo como el del *Parthenón*, pero está cubierto por una enorme cúpula. Construían, también, puentes y acueductos, formados por hileras de arcos sobre un río, ó sobre valles, y tan sólidos, que algunos han durado dos mil años. Las *termas* ó baños, el *anfiteatro* y *circo*, y los *arcos de triunfo*, son también construcciones características del *pueblo rey*.

Las *termas* ocupaban siempre un gran espacio; las de *Caracalla* en Roma eran inmensas; pero todas las ciudades importantes del Imperio poseían edificios de esta naturaleza, con salas y tinas para los baños, galerías,

jardines y alamedas, y que representaba entre los romanos el mismo papel que el *gimnasio* entre los griegos. El *anfiteatro* y el *circo* están formados por varios pisos de arcos, los cuales rodean la pista ó arena, en donde se celebran carreras y combates. En *Roma* estos dos edificios eran inmensos: el «*Circo Máximo*,» donde se celebraban las carreras, se extendía entre dos colinas, el *Aventino* y *Palatino*, pudiendo contener hasta 380.000 espectadores: el *anfiteatro*, construído por *Vespasiano*, era de dos pisos y podía contener 70.000. Allí era donde se verificaban los espectáculos favoritos del pueblo romano: unas veces transformaban la pista en un bosque, en el cual soltaban animales feroces para que combatieran hombres armados con lanzas ó arpones; otras, (y esto era lo preferido), combatían entre sí hombres armados con diversas armas (gladiadores), el vencido era degollado, á no ser que el pueblo lo perdonara. Todavía se mantiene en pie aquel edificio colosal, como un testigo mudo de la soberbia y corrupción de aquel Imperio. El *arco de triunfo*, imitado por los modernos (por los franceses principalmente), es una gran arcada con bajo-relieves, columnatas y grupos escultóricos.

«Los romanos no construían solo con mármol, como los griegos,» sino que empleaban los materiales de construcción que tenían á mano, uniéndolos de modo tan sólido, que hoy todavía, está sembrado el suelo de sus antiguas posesiones en Europa, Asia y Africa, con ruinas de sus *termas*, *acueductos*, *puentes*, *arcos de triunfo*, *templos*, *circos*, *anfiteatros* y *rutas militares*. Sus construcciones no tenían, pues, la belleza y proporciones admirables de los monumentos griegos; pero eran más robustas, más sólidas, más prácticas, conformes con el genio vigoroso y rudo que les dió origen.

III.—Filosofía y Ciencias.

LOS romanos contaron con filósofos como *Cicerón*, moralistas como *Séneca*, sabios como los *Plinio*; y en tiempos del Imperio florecieron matemáticos, astrónomos, médicos y naturalistas, en las escuelas griegas de *Atenas*, *Alejandro* y *Pérgamo*, sin contar á los teólogos y moralistas cristianos; pero to-

dos fueron hijos de la civilización oriental y helénica, de aquella brillante civilización que Roma unificó en sus vastos dominios. La única ciencia nacional de los romanos fué el *derecho*.

Esta ciencia que alcanzó colosales proporciones durante el Imperio, y que ha servido de base al derecho moderno, tuvo un origen muy humilde, una legislación ruda y grosera, como grosero y rudo era el pueblo que la produjo: tal fué la «Ley de las Doce Tablas.» (1) Todo era simbólico en este derecho primitivo: había que ejecutar ciertos actos y pronunciar ciertas palabras. Para comprar un objeto hay que arrojar un pedazo de bronce (que representa el precio) en el platillo de una balanza y decir ante los cinco individuos que forman el tribunal: «Este objeto me pertenece por la ley de los romanos, lo he comprado en debida forma con este bronce.» Si se trata de reclamar la propiedad de un terreno ó de una casa, se debe simular un *pleito* y un viaje hasta el lugar del litigio, y decir en presencia de los jueces, que han dirigido esta pantomima: «Declaro que este terreno es mío por el derecho de los romanos.» Con este respeto á las fórmulas, llegaron á establecer esta máxima: «Que el derecho sea, lo que la lengua ha pronunciado.» Como todos los pueblos primitivos, los romanos creían que las palabras y los actos simbólicos tenían una influencia mágica.

Como la «Ley de las Doce Tablas» y las reglas dictadas posteriormente eran insuficientes para resolver todas las cuestiones, se tenía la costumbre de consultar á personas «entendidas en derecho» (jurisprudentes), y sus respuestas dadas por escrito (consejos de los sabios) llegaron á tener fuerza de ley. Tal fué el origen de la ciencia del derecho (Jurisprudencia).

Los que dictaban la justicia, ó como decían los romanos, los que «pronunciaban el derecho.» eran los pretores, puesto que los cónsules ordinariamente dirigían los ejércitos. Había dos magistrados (el pretor urbano y el pretor de los extranjeros) que dictaban sus fallos de modo diferente: el primero, el *pretor urbano*, que resolvía los negocios entre ciudadanos, se sujetaba á las le-

(1) Castigaba al hechicero que, por medio de palabras mágicas hace pasar á su campo la cosecha del vecino. Permitía que los acreedores hicieran trozos al deudor: «Si cortan más ó menos (decía) no hay fraude.»

yes y costumbres de *Roma*; el segundo, el *pretor de los extranjeros*, no se atenía más que á máximas generales y á la equidad, pues que solo á los ciudadanos amparaba la ley, solo ellos tenían derecho para presentarse ante un tribunal (pretorio) pidiendo justicia. Y así como había dos pretores, hubo dos derechos: el «derecho civil» y el «derecho de gentes» (ó de los pueblos extranjeros á *Roma*). Pronto se vió que el más sencillo y el más humano era el «derecho de gentes.» y que el «derecho civil» estaba lleno de prácticas supersticiosas y de pequeneces contrarias á la razón y á la justicia; tanto que un proverbio romano decía: el «derecho estricto es la injusticia suprema.» Los pretores urbanos fueron, pues, corrigiendo las antiguas fórmulas, y se atuvieron á la equidad y á la justicia, conforme pudo verse cada año en el edicto del pretor.

El «*edicto del pretor*» y los *edictos* y *rescriptos* (leyes generales y consultas) completaron en los siglos siguientes el derecho, «la razón escrita»; distinguiéndose en esta magnífica tarea los jurisconsultos *Papiniانو*, *Ulpiano*, *Paulo* y *Modestino*, quienes adoptaron las ideas de los filósofos griegos, de los estoicos principalmente, y las máximas derivadas del «Derecho natural.» fundado en la conciencia humana. Lo que sirvió de base á la legislación universal fué «el Derecho romano» modificado por las costumbres de todos los pueblos y por las doctrinas morales de los filósofos griegos.

CAPITULO VII.

El Imperio Romano.

I.—Régimen político.—Los Doce Césares.

DESDE que *Octavio* dió fin á las guerras civiles que ensangrentaban hacía un siglo el suelo de la República (31 a. de J.C.), creó un nuevo régimen político, en el que hacía suyos todos los poderes del *Senado*, y del *pueblo*, convirtiéndose en el magistrado único y vitalicio de *Roma*.

Tomó el título de *Emperador* (el que impera ó manda); y para denotar que tal autoridad hacía de un hombre un personaje semidivino, se le apellidó *Augusto* (venerable), con que lo conoce la historia. Así fué, que la mayor parte de los sucesores suyos se convirtió, como los héroes legendarios de Grecia, en una verdadera legión de divinidades: les consagraban templos y les tributaban culto, como á los antiguos héroes helénicos. El *Senado* continuaba, pero como una asamblea de aparatos, y el *pueblo* se componía de algunos miles de grandes *Señores* con sus esclavos, y verdaderas legiones de ociosos y mendigos. A esta población, libre de nombre, pero esclava de sus vicios, se le distribuía gratis *trigo* y *dinero*, y se le daban espectáculos *magníficos* en el anfiteatro y el circo. *Panem est circenses*, decía *Juvenal* [pan y circo], esto es lo que pide el pueblo.

Ya no hubo *legiones* formadas por ciudadanos que dejaban el instrumento del trabajo para defender la República, sino *pretorianos*, individualmente afectos á la persona del emperador, y que sólo servían bien, mientras les pagaban con exceso, haciéndoles frecuentes donativos. Con estos veteranos nada tenía que temer el pueblo; pero sí de los mismos asalariados, cuyo jefe, el *Prefecto del Pretorio*, tuvo siempre en sus manos la vida y la voluntad del Emperador y la suerte misma del Imperio.

Y no era éste, ciertamente, el mayor de los males en aquel régimen funesto, que, temerosos los «Señores del mundo» de que las antiguas familias senatoriales intentaran recobrar su poder y prestigio, se rodearon de *libertos*, de antiguos esclavos de confianza, tan sumisos con aquellos como insolentes con los *nobles* de Roma y los ciudadanos. *Palas* y *Narciso*, libertos de *Claudio*, disponían del Imperio y de los ciudadanos como si fueran propiedades suyas; *Helio*, liberto de *Nerón*, mandaba decapitar *Senadores* sin tomarse el trabajo de avisarlo á su amo; *Polión* alimentaba las *murenas* de su vivero con carne humana.

Tal fué el régimen político que inauguró *Augusto* en la «Señora del Orbe» y que continuaron los *doce Césares* hasta el año de 96 de la «Era cristiana.» Sin embargo, no todo es sombrío en este cuadro; las provincias tan duramente tratadas por los conquistadores y tan expoliadas por los funcionarios de los últimos tiem-

pos de la República, disfrutaron entonces de relativo desahogo, y de un bienestar de que no habían disfrutado jamás. El *Lugarteniente* y el *Intendente* (Delegado y Procurador de Augusto), mantenían esta paz en interés del *Fisco* ó tesoro imperial, facilitaban las comunicaciones y ensanchaban el comercio. Un autor de aquella época describe este bienestar diciendo: «Todos pueden ir á donde quieren: los puertos están llenos de navíos, los caminos son tan seguros para los viajeros como las ciudades para sus habitantes.... Habéis realizado las palabras del poeta: «la tierra es común á todos.»

Pero el cáncer roía las entrañas de aquel cuerpo político cubierto con manto de púrpura; cuando el emperador muere no se sabe quien debe sustituirle: ni la ley ni la costumbre determinan nada á este respecto. Entonces se despertaban ambiciones, y como el ejército era el eje de aquel mecanismo, imponía su voluntad sin cuidarse de nada ni de nadie, más que de sus propios intereses. Así aconteció á la muerte de *Nerón*: el *Senado*, que conservaba nominalmente el derecho de nombrar emperador, eligió á *Galba*; pero los pretorianos no considerándolo bastante espléndido le dieron muerte, elevando en su lugar á *Otón*, favorito del anterior. Las legiones del *Rhin*, proclaman entonces á su general *Vitelio*, penetran en Italia y desbaratan á los pretorianos en la sangrientísima batalla de *Bedriac*, en la que perece *Otón* (1); pero no duró mucho su triunfo, pues las de *Siria* derrotan, á su vez, á las de *Vitelio* y exaltan al solio á su caudillo *Vespasiano*.

No era esto sólo, pues que á la poca estabilidad del nuevo régimen había que añadir desventajas de otro género, no menos graves. Como al emperador se le tributaban honores divinos y obtenía de un día para otro el poder absoluto, era raro que el militar ó el funcionario de la víspera conservara en el seno de tanta grandeza y corrupción, la firmeza de espíritu necesaria para no dejarse dominar por el orgullo, la vanidad y su obligado cortejo de malas pasiones. Entre los inmediatos sucesores de *Augusto*, (cuya bondad no fué sino la de un

(1) Dicen que el vencedor exclamó al ver el cuerpo de su enemigo: «Siempre despiden buen olor el cadáver de un enemigo.»

personaje de comedia) (1), se encuentran ejemplares de verdaderos alucinados, como *Calígula*, que nombró cónsul á su caballo, imbéciles como *Claudio*, glotones como *Vitelio*; ó que, como *Tiberio*, *Nerón* y *Domitiano*, lograron descender á la categoría de fieras. Solo *Vespasiano* y *Tito* «pudieron llegar á tal altura sin sentir el vértigo.»

II.—El Cristianismo.

EN los comienzos del «Régimen político» inaugurado por *Octavio Augusto* nació en *Galilea* (provincia del norte en *Judea*) (2) el que debía cambiar la faz moral del mundo. Llamábase *Jesús*, y sus discípulos griegos le dieron el nombre de *Cristo*, esto es, el «ungido» el «consagrado por el óleo santo.» Se le ha llamado también el *Maestro*, el *Señor*, el *Salvador*. Los judíos esperaban al *Mesías*; *Cristo* fué el *Mesías* para el mundo, pero no para un pueblo sólo. Las doctrinas que predicó, forman como el ideal, hacia el que tienden los pueblos más civilizados de la tierra.

En primer lugar, *Cristo* predicó la caridad: «Amarás al *Señor*, tu Dios, con toda tu alma, y al prójimo como á tí mismo.» Para los antiguos el hombre bueno era el poderoso, el rico, el valiente: para *Jesucristo* es el que ama á los demás; para los antiguos el orgullo es una pasión noble, para *Jesucristo* sólo hay nobleza en la caridad: «hacer bien.» he aquí la verdadera virtud. La doctrina de la venganza, aceptada por los hombres y los dioses en aquella época, la combate *Jesús* de esta manera: «Sabéis que se ha dicho: ojo por ojo y diente por diente.» Yo os digo: «Si alguno os pega en la mejilla derecha presentadle la izquierda. Amad á vuestros enemigos, haced bien al que os aborrece, rogad por los que os persiguen, para que seáis dignos hijos de vuestro Padre que está en el cielo.»

(1) Dicen que al morir, el feroz triunviro, ya convertido como emperador en un modelo de prudencia y sabiduría, exclamó: Señores, ¿he representado bien mi papel?»

(2) Los Judíos se sublevaron contra Antiocho Epifanes (166); y con Judas Macabeo y Jonatás, lograron recobrar su independencia. Pero los romanos, que se apoderaron del Asia en 64 antes de J.C., los hicieron tributarios, dejándoles Pompeyo su rey nacional. Mas, en el año 40 lo sustituyeron por uno extranjero, Herodes, en cuyo reinado nació *Jesucristo*.

tro *Padre* que está en el cielo, que hace brillar su sol para los buenos y los malos, y llover para los justos y los injustos.» El mismo dió el ejemplo, y cuando lo crucificaron decía: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.»

Cristo predicó la igualdad, pues que jamás estableció diferencia entre los seres humanos. Decía á sus discípulos: «Id y enseñad á todos los pueblos.» Luego el apóstol *Pablo* proclamaba la igualdad en estas palabras: «Ya no hay últimos ni primeros, ni griegos ni bárbaros, ni libres ni esclavos: *Cristo* está todo entero en todos;» y *Tertuliano* completaba esta idea algún tiempo más tarde, diciendo: «El mundo es una república, patria común de todos los humanos.»

Cristo combatió la vanidad y la soberbia con estas palabras: «Dichosos los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos; el que no renuncie á cuanto posee no puede ser mi discípulo.» Y él daba el ejemplo, yendo de una ciudad á otra sin tener nada. «El mayor de vosotros,» decía, «será el que sirva á los demás, pues que todo el que se exalte será humillado, y todo el que se humille será exaltado.» El se rodeaba de los pobres, de los humildes, y les decía: «sed suaves y humildes de corazón.»

Como *Cristo* decía que su misión era fundar el reino de Dios, sus enemigos creyeron que aspiraba á hacerse rey, y lo crucificaron, poniendo en el madero estas palabras: «*Jesús de Nazaret, rey de los Judíos.*» Esto era un error; él mismo había dicho: «Mi reino no es de este mundo.» Su objeto no era reformar la sociedad política, sino perfeccionar el espíritu. «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» decía al que le preguntaba si debía pagar el tributo á los romanos. Su doctrina está por entero contenida en estas sublimes palabras: «Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos.»

Los doce discípulos que acompañaban á *Cristo*, recibieron de él la misión de extender su doctrina por toda la tierra. Los primeros cristianos fueron judíos; pero un convertido, que se llamaba *Saul* ó *Pablo*, la esparció por todo el Oriente, y por Grecia y Macedonia. De aquí el nombre de «Apóstol de los gentiles» con que se le conoce. «Antes vivíais sin el *Cristo*,» decía á los hombres de todas las naciones, «extraños á las alianzas y

promesas; pero la sangre del cordero os ha redimido, acercándoos y haciendo de todos los pueblos un solo pueblo en toda la tierra.»

Ya que hubo muchos cristianos, todos los de un mismo lugar se reunían para orar, cantar alabanzas al Señor, y para celebrar el misterio de la Cena. Así nació la Iglesia ó asamblea de los fieles, en donde se trataban como hermanos, y hacían donativos para sostener á los pobres, á las viudas y á los huérfanos. La comunidad seguía los consejos de los más respetados por su saber y sus virtudes, de los mayores (ancianos), de los sacerdotes. Luego se dividió la asamblea ó Iglesia en dos partes: el clero ó parte de Dios, y los laicos ó pueblo. En el clero hubo *diáconos* ó servidores, *obispos* ó vigilantes (inspectores), y *arzobispos* ó *obispos* de las metrópolis. El país ó comarca perteneciente á un obispo se llamó *diócesis*, y *arquidiócesis* al del arzobispo.

El cristianismo fué perseguido desde su nacimiento; los mismos judíos obligaron al gobernador romano de Judea á crucificar á Jesús, y lapidaron á San Esteban. Los romanos después, tan pronto como las nuevas doctrinas transpusieron los linderos de Judea, continuaron la persecución con verdadero encarnizamiento, pues que los adoradores del «Dios vivo» despreciaban las divinidades gentílicas, se negaban á tributar culto al emperador y á quemar incienso en los altares de la diosa Roma. El pueblo, además, pensaba que aquella misteriosa «incredulidad» atraía sobre el imperio la ira de los dioses, cada vez que una catástrofe, espontánea ó provocada, se abatía sobre los vastos dominios de Roma, en aquella época tan fecunda en calamidades de todo género. Resonaba entonces del uno al otro extremo del Imperio el lúgubre grito: «Los cristianos á las fieras.» y perecían millares en el espantoso espectáculo del anfiteatro. Pero los cristianos soportaban con heroica alegría lo que en sentir suyo les abría las puertas del cielo; y así es que se llamaban mártires á las víctimas, y *martirio* al suplicio, esto es, *testigos* y *testimonio* de su fe en Cristo. Comparaban estas matanzas á los juegos olímpicos, y hablaban de palma y de corona como si hubiera en ellas atleta vencedor. Los relatos de los suplicios, escritos por los cristianos que los presenciaban, circulaban por todo el Imperio, é inspiraban el deseo de imitar á los gloriosos «confesores,» y se pre-

sentaban á sus perseguidores ó derribaban los ídolos, para poder sufrir la muerte. (1).

Otro sentimiento muy común en aquella época entre los cristianos, era que no podía conseguirse la perfección sino retirándose del mundo, para trabajar con seguridad en la salvación eterna; tales fueron los *anacoretas*, (que llevan vida separada) ó *monjes* (solitarios). Los primeros vivieron en la Tebaida (Egipto superior), distinguiéndose entre todos San Antonio [2]. Pero el anacoreta tiene un enemigo, del cual no puede librarse tan fácilmente; este enemigo es la carne; así fué que los cristianos de la primera época se imponían sacrificios para llevar la muerte á la carne, para aniquilar sus impulsos, para elevarse en espíritu hasta el Creador. Esto constituye el *ascetismo* (ejercicio), que por mucho tiempo parece haber sido el ideal cristiano. Mas, como la sociabilidad es intuitiva en el hombre, los anacoretas de una comarca se reunían para vivir en comunidad (cenobitas), y desde entonces nacieron los *conventos*, que estaban destinados á representar tan gran papel en adelante.

III.—Siglo de los Antoninos.

DESPUES de los «doce Césares,» el Imperio disfrutó de un cierto bienestar interior y de grandeza y brillo en el exterior, de que no disfrutaba desde los más bellos tiempos de la República. Nerva,

(1) Aun cuando varias comunidades prohibieron estos afanes para procurarse la muerte, el fervor no disminuyó; pero se vieron los fieles obligados á buscar refugio durante las crueles persecuciones del siglo III. Entonces abrieron galerías subterráneas en Roma (catacumbas) y en otras ciudades, y en ese sombrío mundo podían mantenerse seguros, junto á los sepuleros de los mártires.

(2) Hubo muchos monjes famosos ó anacoretas, pero el modelo de todos fué San Antonio. Se vestía con silicio de erin, ayunaba y oraba continuamente. A menudo lo sorprendía la aurora en sus oraciones, y exclamaba: ¡Oh Sol, por qué vienes á impedirme contemplar el esplendor de la verdadera luz! San Pacomio, San Macario y San Simeón estilita, se impusieron sacrificios que serían increíbles si no constaran por auténticos testimonios.

Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio, mostraron en el solio que antes mancharon tantos monstruos, virtudes dignas de *Cincinato* y de *Fabricio*. Desde que *Nerva* en el año 98 (de la Era cristiana) nombrara para sucederle al valiente *Trajano*, sentó la norma que siguieron escrupulosamente sus sucesores.

El más virtuoso de estos emperadores fué *Marco Aurelio*, que mereció justamente ser llamado «el Sabio en el trono.» En su libro «los Pensamientos» dejó consignadas las máximas que normaron su vida y que muestran el mayor esfuerzo hecho por la razón humana en pro del bien. Despreciaba el fausto y las grandezas humanas, y á pesar de esto ocupó su vida en los asuntos públicos y mandando ejércitos para repeler las primeras invasiones de los bárbaros, que principiaban ya á amenazar al coloso; pero todo por deber, sin ambiciones y por el bien general. Su vida ha quedado como un modelo del hombre consagrado á las tareas de gobierno.

Pero aquel que, por su actividad y talento militar, puede ser comparado con *César* y *Alejandro*, fué *Trajano*. Como *Marco Aurelio*, no ambicionaba el Poder, pero urgido por su posición, desempeñó el doble papel de político y de Capitán. Para conseguir fronteras de fácil defensa, *Trajano* pasó el *Danubio*, ganó tres grandes batallas á los *dacios*, pueblo belicoso y valiente que ocupaba las márgenes del curso inferior del río. (102 á 103). Sublévase de nuevo, después que *Trajano* les concede una paz ventajosa, y decide verificar la conquista: invade el país, establece colonias y convierte la *Dacia* en provincia romana (106). Este mismo pueblo fundó la *Rumania*, que es entre los neolatinos el único que conservó el nombre y lengua de *Roma*.

Desde *Craso*, esto es, desde la época de los *triumviros*, los *partos* ó *parsis*, no habían cesado de amenazar las fronteras del Imperio por el Oriente. *Trajano* pasó el *Eufrates*, tomó á *Ctesifonte*, penetró en *Susa*, donde se apoderó del trono de oro de los reyes persas, formó una escuadra en el *Tigris* y descendió por él hasta el mar de *Omán*. Intentó como *Alejandro* conquistar la *India*; pero las múltiples atenciones de su puesto en Occidente, donde las fronteras del Imperio estaban á cada momento amagadas por nuevos enjambres de bárbaros, lo obligaron á volver, dejando la *Asiria* y la *Mesopotamia* en manos de los enemigos. La «columna de *Trajano*»

que está en *Roma* y el «arco de triunfo» en *Benavente*, muestran aún al viajero los triunfos del noble caudillo hispano.

Con *Trajano* concluyeron las conquistas; *Adriano* se limitó á conservar lo adquirido, y á defender la frontera de Inglaterra, de los *pictos* ó *escoceses*, construyendo un gran baluarte que atravesaba la isla (muralla de *Adriano*). Los judíos que habían permanecido en *Palestina* después de la destrucción de *Jerusalén* por *Tito* (70 de J.C.), se rebelaron de nuevo. *Adriano* expulsó de su país á esta nación rebelde y fundó una colonia romana, con el nombre de *Ællia capitolina* en el lugar que ocupara el *Templo*. *Antonino* fué un filósofo que apenas *Marco Aurelio* pudo superarle por su sabiduría y su virtud.

La época de los emperadores filósofos (siglo II de J.C.) fué la de mayor extensión y poderío para el Imperio. Comprendía entonces los países que hoy forman la Inglaterra, España y Portugal, Italia, Francia, Bélgica, Suiza, Baviera, Austria, Hungría, Turquía de Europa, Grecia, Marruecos, Argel, Túnez, Egipto, Siria, Palestina y la Turquía asiática, teniendo por límites: al Oeste, el Océano Atlántico; al Norte, las montañas de Escocia, el Rhin, el Danubio y el Cáucaso; al Este, los desiertos de Siria y Arabia, y al Sur, las cataratas del Nilo y el Gran desierto. Estaba dividido en 48 provincias, gobernadas por los delegados é intendentes, que no obstante su poder absoluto, temían al emperador, pues sabían que los *Antoninos* leían los memoriales y atendían las quejas de los empleados subalternos y de los ciudadanos. Procuraron regularizar la administración, moralizar el ejército y gobernar, en fin, conforme á los principios y reglas de la moral estoica: último esfuerzo de la civilización helénica en favor del progreso del mundo.

DE BIBLIOTECAS

VI.—Las Revoluciones. Diocleciano y Constantino.



LA muerte de *Marco Aurelio* (180), un monstruo, *Cómodo*, inauguró un período de locuras y crueldades semejantes á las del siglo I; el Impe-

"ALFONSO REYES"

1425 MONTERREY, MEXICO

U. A. N.

rio fué puesto en subasta por los pretorianos. (1). Los legionarios de *Bretaña*, de *Iliria* y de *Siria* nombran emperador á sus respectivos generales; *Septimio Severo*, jefe del ejército de *Iliria*, triunfa de sus competidores. Esta fué la única regla de gobierno durante un siglo: una vez hubo (de 260 á 278) 20 emperadores, cada uno en su provincia ó región; se les conoce con el nombre de los 30 tiranos, por alusión á los de *Atenas*. Otra vez se vió con la investidura imperial un bárbaro, glotón y sanguinario, *Maximino*, que comía 30 libras de carne, y bebía 20 litros de vino en un día. (2) Al cabo de un siglo de esta anarquía militar y confusión hubo, como en el siglo II, emperadores que lograron establecer el orden y conseguir el reposo y tranquilidad que todos ansiaban. Casi todos eran oriundos de la *Iliria* y provincias danubianas; entre ellos merecen mencionarse *Claudio*, *Aureliano*, *Probo*, *Diocleciano* y *Constantino*. Los tres primeros (*Claudio*, *Aureliano* y *Probo*) fueron guerreros solamente; pero los dos últimos (*Diocleciano* y *Constantino*) instituyeron un nuevo régimen político, que lleva en la historia el nombre de «régimen del Bajo Imperio», por oposición al que los generales romanos instituyeron en *Roma* (Alto Imperio). Los emperadores de los tres primeros siglos, eran, en efecto, como los magistrados de la *República*, en quienes el pueblo depositaba ó delegaba su poder absoluto; desde *Diocleciano* la concepción del gobierno cambió, así como la vida y costumbres de los soberanos.

Los emperadores de Oriente, *Diocleciano* en *Nicomedia* y *Constantino* en la ciudad de su nombre, (*Constantinopla*), adoptaron las costumbres asiáticas, se vistieron con trajes flotantes, de seda y oro, se ciñeron la frente con la diadema, y se rodearon de funcionarios.

(1) Esto pasó en 193, después que la guardia imperial dió muerte á *Pertinax*. *Sulpiciano* ofreció mil pesos á cada pretoriano; *Didio*, mil doscientos; pero no pudo pagarlos y lo asesinaron.

(2) Uno de estos emperadores, *Eliogábalo*, hizo descender más que otro alguno la dignidad de su puesto, pues que se pintaba, se vestía de mujer, permitía que su madre reuniese un Senado femenino, y se manchó, en fin, con todos los desórdenes. Su nombre ha quedado como emblema de corrupción.

guardias y servidores, que formaron la *Corte*; aparecen *dux* (duques), *cómites* (condes) y un ejército de empleados inútiles; todo es sagrado: cámara, palacio, tesoro y consejo; todos tienen títulos y distinciones: los deudos del emperador ó *nobilísimos*, los jefes de servicio ó *ilustres*, los funcionarios superiores ó *clarísimos*, los altos dignatarios ó *considerables*. Los habitantes del Imperio dejan de llamarse ciudadanos para convertirse en *súbditos* (sometidos) ó *esclavos*. El poder del magistrado romano se une á la pompa y preocupaciones orientales, y queda el modelo de la monarquía absoluta, tal como la persiguió Europa durante quince siglos. [1].

Las demás reformas de *Diocleciano* fueron meramente exteriores y administrativas; tales como: dividir el Imperio en *Oriente* y *Occidente*, regida cada parte por un *Augusto*; fraccionar las provincias, para disminuir con la extensión su poder é influencia; y asegurar la sucesión en el Imperio por medio del nombramiento de dos colaboradores, llamados *Césares*, y que compartían el poder con los *Augustos*.

V.—Triunfo del Cristianismo.

DURANTE los tres primeros siglos, los cristianos no desempeñaron gran papel político; la reforma moral se efectuaba en la conciencia. Del siglo I al IV, los adoradores de *Cristo* no eran aún bastante numerosos para influir en la marcha política del Imperio (2); pero á partir de 312, *Constantino*, dirigido por su madre *Elena*, ya cristiana, ganó á *Magencio*, su competidor en Occidente, la terrible batalla del puente

(1) Los bárbaros, con su individualismo, destruyeron esta opresiva máquina de gobierno en Occidente; pero luego se propusieron imitarla, (tal como continuaba en *Constantinopla*), desde *Carlo-Magno*. Tal ha sido el ideal monárquico hasta la Revolución francesa. Este régimen persiste en *Rusia* y en *Turquía*.

(2) *Suetonio* que escribió la «Historia de los Césares» (siglo II), habla del fundador del cristianismo con desprecio, como de un tal *Cristo*, alborotador del populacho.

Milvio en Roma. Ya para entonces, los cristianos formaban el núcleo de su ejército, llevando el estandarte ó lábaro, con el signo de la cruz y las iniciales de *Cristo*, grabados en aquél. Poco después ataca á su rival *Licinio* en Oriente y lo derrota, concentrando en sus manos todo el Imperio.

El cristianismo había triunfado: el edicto de *Milán* (313) autorizaba el culto público de la nueva doctrina; el «Concilio de Nicea» (325) redactó la confesión de fe de los católicos, condensada en el símbolo que todavía se canta en la misa los domingos. El emperador se dirigió, en seguida, á todas las *Iglesias* ó asambleas de Oriente y Occidente á fin de que obedecieran la voluntad de Dios, expresada por el Concilio. El principal objeto de esta asamblea general fué condenar la herejía de *Arrio*, quien profesaba la creencia de que *Cristo* fué creado por el *Padre*, pero no de la misma substancia. [1].

Mientras que luchaban arrianos y católicos, los habitantes de los campos, los aldeanos, continuaban adorando los ídolos, sobre todo en Occidente. [2]. En verdad que por espacio de muchos años no se sabía cuál era la religión del Imperio. El mismo *Constantino* que reunió el «Concilio de Nicea» y que llevaba en su casco los clavos de la verdadera cruz, mandaba edificar en *Constantinopla* un templo suntuosísimo á la diosa de la Victoria y ostentaba las insignias del «Pontífice Máximo.» Uno de sus sucesores, el emperador *Juliano*, quiso restablecer el culto de los dioses; pero murió en una expedición contra el rey de *Persia*. [3]. *Graciano* fué el primero que se negó á llevar las insignias de *Pontífice*; luego, *Teodosio* terminó la obra de aquél, pronunciando penas terribles contra el que practicase el culto

(1) Estas controversias produjeron escándalos y desórdenes en todo el Imperio. Los emperadores se inclinaban ya á un partido, ya á otro, y esto aumentaba la confusión. Los bárbaros que invadieron el Occidente se convirtieron al arrianismo. Fueron necesarios dos siglos para uniformar la creencia.

(2) De aquí se deriva el nombre de paganos (campesinos), que los cristianos aplicaron después á los gentiles, esto es, á los que profesaban la religión de los pueblos, (gentes).

(3) Se refiere que al arrancarse el venablo de la herida, el apóstata cogió la sangre que manaba de ella, y la arrojó al cielo exclamando: ¡Venciste, Galileo!

de los gentiles [391]. El fuego sagrado que ardía en *Roma* desde la República, fué apagado; los últimos juegos olímpicos se celebraron en 394.

VI.—Ultimos tiempos del Imperio.

CON *Teodosio*, también, despidió sus últimos resplandores aquel Imperio que duraba hacía cuatro siglos. De tiempo atrás, los *bárbaros*, (germanos y eslavos), que habitaban al norte, traspasaban las fronteras; pero como los romanos disponían de un ejército regular y bien disciplinado, les era fácil detenerlos. Y así pasó durante los tres primeros siglos; como ejemplo podemos referir la irrupción de 300,000 godos en el año 269. El emperador *Claudio* con un pequeño ejército los ataca y destruye en los *Balkanes*. A fines del siglo IV, ya no son bandas aisladas, sino naciones enteras las que se precipitan sobre el Imperio, impulsadas por otras: verdaderas oleadas humanas que refluyen del fondo del *Asia*. Un pueblo de ginetes tártaros, los *hunos*, cae en esa época sobre los *germanos visigodos* (godos del oeste), y los arroja sobre las fronteras de *Roma*. El emperador *Valente* sale al encuentro de aquel verdadero enjambre de bárbaros, y sufre una derrota completa en *Andrinópolis* (378), en la cual perece; *Graciano*, su colega en Occidente, escoge de entre sus oficiales á *Teodosio*, noble hispano, natural de aquella *Itálica* tan fecunda en grandes hombres, y le da, con el título de *Augusto*, la corona de *Constantinopla*. El gran guerrero vence á los visigodos, los convierte en aliados y los estableció en las comarcas fronterizas del Imperio.

Conjurado este peligro, aparece otro no menos formidable: *Máximo*, general de las legiones de *Bretaña*, se subleva contra *Graciano*, lo derrota y penetra en *Italia*. *Teodosio* acude desde Oriente, le da una gran batalla á orillas del *Save*, lo coge prisionero y le da muerte. *Valentiniano*, hijo de *Graciano*, es elevado al trono de Occidente por el caudillo español; pero, tan pronto como abandona á *Roma*, *Arbogasto* [bárbaro franco], gene-

ral del ejército de *Valentiniano*, mata á éste y nombra emperador á *Eugenio*. El infatigable *Teodosio* acude de nuevo, derrota á *Arbastro* y manda degollar á *Eugenio*. Estos triunfos del caudillo hispano, á quien la posteridad le ha dado con justicia los calificativos de *grande* y de *divino*, fueron de mucha trascendencia: puesto que los dos rebeldes eran paganos é intentaban restablecer el culto de los ídolos. En 395, después de publicar el «edicto de Milán», en que castigaba con pena de muerte á los que practicasen el culto de los gentiles, y después de fundar definitivamente con sus victorias el cristiano, *Teodosio* dividió á su muerte el Imperio entre sus dos hijos: á *Honorio* dió el *Occidente* y á *Arcadio* el *Oriente* (1).

Muy distinto fué el destino de estos dos imperios: el de *Occidente*, con su capital, la soberbia *Roma*, pronto fué presa de los bárbaros, [476]; mientras que el de *Oriente* resiste por mil años á los árabes y eslavos, inexpugnable en su amurallado recinto de *Constantinopla*, hasta que cae por fin en poder de los bárbaros *turcos* [1453]. Esta larga agonía del *Imperio bizantino* [de *Arcadio* á *Constantino XII*], es lo que se ha convenido en llamar «Edad Media.»

(1) *Teodosio* era de un gran carácter, puesto que sabía dominarse. Lo prueba el hecho de humillarse ante el Arzobispo de Milán, cuando éste le impidió penetrar en la Iglesia, por las ejecuciones que verificara en Tesalónica. San Ambrosio mostró rectitud moral; *Teodosio*, grandeza y sublimidad.

LIBRO SEGUNDO.

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.

SECCION PRIMERA.

PUEBLOS DE OCCIDENTE.

CAPITULO I.

Formación de nuevas naciones.

I.—Los Bárbaros.

MAS allá del *Rhin* y del *Danubio*, en los territorios del actual «Imperio Alemán» y en las llanuras del Sur de Rusia, vivían pueblos que no habían llegado al punto de cultura que alcanzaron los griegos y romanos; pero tenían con éstos, y con los indostánicos y persas, gran semejanza en idioma, religión y costumbres: eran, así, de la misma raza arya y contenían en germen mayores principios de cultura. Estaban divididos en varias tribus que se hacían la guerra, destrozándose incesantemente. Cada tribu elige un jefe famoso por su valor y sus hazañas, y le juran obediencia los guerreros de ella, se comprometen á seguirlo y mueren defendiéndolo. «Cuando no pelean, dice *Tácito*, no se ocupan más que en cazar y dormir.» Algunas de estas bandas penetraron en el Imperio, durante los tres primeros siglos; pero siempre fueron derrotadas por las legiones romanas, mejor disciplinadas, y dirigidas siempre por hábiles jefes. Mas, en el siglo IV, ya no fué posible contener á estos duros y enérgicos guerreros que se precipitaban, no por bandas sino por naciones. *Teodosio* y sus suce-

sores lograron detener ó retardar la caída del Imperio, tratando con los bárbaros, convirtiéndolos en aliados y dándoles tierras; pero fueron aliados poco fieles y muy pronto volvieron contra el emperador las armas que recibieron para defenderlo.

II.—Las Invasiones.

Al comenzar el siglo IV, los *germanos* comprendían diversas tribus, (francos, alemanes, sajones, daneses, lombardos, y vándalos, entre el *Rhin* y el *Oder*), entre las cuales se distinguía la gran nación de los *godos*, que ocupaba las llanuras de la *Rusia* actual (1). Todos estos pueblos entraron en liza sucesivamente y se dividieron á su antojo, según su fuerza y poder, la herencia de los *Césares*.

Las invasiones no se efectuaron de golpe. Los *godos* fueron los primeros que aparecieron en la línea del *Danubio*, en el año 376. El emperador *Valente* (Augusto de *Constantinopla*), intenta detenerlos en *Andrinópolis*; pero es vencido, y perece en su derrota. *Graciano* (Augusto de Occidente), nombra á *Teodosio* emperador de *Constantinopla*, y el inteligente caudillo logra á fuerza de hábiles maniobras vencerlos y obligarlos á tratar. A la muerte de *Teodosio*, *Alarico* lleva á sus huestes hasta Grecia, donde sólo respeta á la ciudad. «madre de las artes.» *Alenas*; sube por el *Epiro* y amenaza la *Italia*; derrotado por *Estilicón* vuelve otra vez, hasta que el cobarde *Honorio* sacrifica por vagas sospechas al único general que podía oponerse á los *Visigodos* (2), y entonces *Alarico* se apodera de *Roma* (408). *Honorio*, para verse libre de ellos les abandona la mitad de la *Galia* y la *España*, donde el sucesor (*Ataulfo*), funda la monarquía visigoda, cuya primitiva capital fué *Tolosa*. (419).

(1) Los demás bárbaros, los eslavos (situados en el valle inferior del *Danubio*), divididos en venedos, letos ó polacos, servios, moravos, bosnios y croatas, fueron arrebatando al Imperio de Oriente sus provincias danubianas y helénicas, durante la Edad Media. Solo un pueblo de raza amarilla se estableció en Europa: el húngaro.

(2) Se llaman *Visi-godos*, porque en la invasión de *Atila* estas tribus estaban situadas al *oste*, y escaparon á la dominación, penetrando en el Imperio Romano.

Al mismo tiempo, los *alanos*, *suevos*, *vándalos* y *burgundios*, atraviesan el *Rhin*, devastan la *Galia* y penetran en *España*, donde se dividen con los *Visigodos* todo el territorio. Solo los *burgundios* forman un reino en el sudeste de la *Galia* (413). Los *francos* ocupan el centro y norte de la misma.

Poco después, *Atila*, (jefe de los hunos), se adelanta con sus huestes sobre el ya desmembrado Imperio de Occidente y arrasa el nordeste de la *Galia*. *Aecio*, general de las legiones romanas, une su ejército con el de los *visigodos*, *burgundios* y *francos*, y presenta la batalla á los *tártaros* salvajes en las llanuras *cataláunicas*; (451) los derrota en un encuentro sangrientísimo y los obliga á huir. El feroz *tártaro* trata de saquear á *Roma*; pero *San León* logra detenerlo á las puertas de la ciudad eterna. Luego muere en *Pannonia*, donde con los restos de su pueblo y con los *eslavos*, se constituye la *Hungría*, que debía ser con el tiempo el baluarte más firme contra los *turcos* y demás hordas asiáticas, pertenecientes á la misma raza amarilla de los hunos.

Apenas libre *Roma* de este peligro, le amenaza otro no menor. El jefe de los *vándalos* (*Genserico*), dueño del sur de *España* y del norte de *Africa*, desea distribuir entre sus guerreros iusaciables más rico botín, y cae sobre la desdichada ciudad; no encuentra ni uno solo de aquellos temibles legionarios que formaron en otro tiempo la gloria y el orgullo de *Roma*: llega, roba, incendia y mata, y la cuna de tantos héroes queda para siempre escarnecida, y hollado el polvo de tantos grandes hombres por la planta del bárbaro (455). Pocos años después [476 de la Era cristiana], *Odoacro* (jefe de la banda de bárbaros hérulos), da fin al fantasma, á aquel simulacro de Imperio, tomando el título de «rey de Italia.»

Nuevos pueblos se presentan á recibir la parte que les corresponde en el botín imperial: los *ostrogodos* y los *lombardos*. Los primeros, libres ya de la dominación *tártara*, caminan al sur, y llegan á fines del siglo V (495) á aquella *Italia*, tan devastada ya por *visigodos* y *vándalos*; su rey *Teodorico*, remeda por treinta años el régimen imperial; pero con él fenecce aquel ficticio brillo de la monarquía. Los *lombardos* aparecen, por último, en el siglo VI (568), y con ellos puede decirse que

se cierran las grandes invasiones en el centro y sur del Imperio de Occidente.

En el otro extremo, en las «islas británicas,» que las legiones romanas abandonaran desde el siglo IV (395), se establecían, muy poco después (455), los *anglos* y los *sajones*, procedentes de la costa germánica del *mar del Norte*, y fundaban la *heptarquía sajona* (siete reinos), que debía dar origen á la poderosa *Inglaterra* (tierra de los anglos).

III.—Consecuencias inmediatas de las invasiones.

UEL año 476 de la Era cristiana en adelante, ya no hubo emperadores en *Roma*. *Odóacro*, jefe de los hérulos; *Teodorico*, de los ostrogodos; y *Alboino* de los lombardos; pusieron término á aquel fantasma de Imperio, en *Italia*. Los francos y los burgundios se apoderan de la *Galia*; los visigodos, de *España* y *Portugal*; los anglos y sajones, de las *Islas Británicas*; los vándalos, del norte de *Africa*. De este modo, las provincias del Imperio se tornaron en naciones ó pueblos diferentes por el idioma y grado de cultura; pero análogos por las creencias, las costumbres y el régimen político. Sin embargo, esta transformación tardó siglos en efectuarse. Durante doscientos años, de (de 376 á 568), las bandas de germanos vagaban de un punto á otro, destruyendo las ciudades, devastando los campos, matando á los habitantes pacíficos, principalmente á los cultivadores.

El resultado inmediato de las «Invasiones» fué la disminución en el grado que alcanzara la brillante civilización greco-romana; los teatros, las termas, las escuelas, los templos, fueron convirtiéndose en ruinas; las ciencias, las letras, dejaron de cultivarse: ya no hubo artistas ni sabios. Mas si no trajeron mayor grado de cultura, tenían costumbres y reglas de gobierno enteramente opuestas á las de los romanos, que aplicaron inmediatamente, pero cuyas consecuencias se hicieron sentir mucho más tarde.

Los romanos, en efecto, vivían en las ciudades, como funcionarios ó súbditos, cultivando los campos por me-

dio de los esclavos, y pagando puntualmente los tributos que la pesada y costosa máquina imperial exigía; los germanos, por el contrario, huían de las ciudades, que «consideraban como sepulcros en que los hombres se entierran vivos:» estableciéndose en los campos, donde cada jefe ó *Señor* se rodeaba de una banda de servidores que le eran personalmente afectos, sin pagar impuesto alguno. Los cultivadores no eran libres, pero eran *colonos* ó arrendatarios adscritos de padres á hijos al terreno, que fueron poco á poco convirtiéndose en *siervos* y en *villanos*, ó sea, en dueños del terreno, con ciertas restricciones ó sin éllas. Estas costumbres que marcan el individualismo germánico, y estas toscas reglas de gobierno constituyen un momento importantísimo en la historia de la civilización, puesto que á estos cambios se debe en gran parte el progreso de los pueblos modernos de Europa y América.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO II.

Conversión de los bárbaros al cristianismo.

I.—Diversas tribus ó pueblos.—Su conversión.

UANDO los bárbaros penetraron en el Imperio, casi todos eran cristianos, entre ellos la gran familia de los *Codos* (visigodos y ostrogodos), los *burgundas* ó *burgundios*, los *vándalos* y los lombardos; pero no pertenecían al *catolicismo*, esto es, no admitían la identidad de *Jesús* con *Dios*, sino que eran *arrianos*, que rechazaban la divinidad del *Cristo*. Algunos, en fin, como los *francos* y los *anglo-sajones*, eran paganos. La completa conversión de los bárbaros tardó en efectuarse tres siglos por lo menos (del IV al VII); esto, sin contar la

de los pueblos de la Alemania del norte, de los *daneses* y de los *eslavos*, conversión que comenzada en el siglo VI continuó durante toda la «Edad Media.»

II.—Religión de los Germanos.


OR el *Edda* (la abuela), colección de datos relativos á las creencias de los *escandinavos* (daneses y suecos); especie de poema épico-religioso, se han llegado á conocer las que profesaban los primitivos germanos, puesto que eran unas mismas estas creencias. Su semejanza con el *politeísmo greco-romano* es remota, aunque indicio de análogas concepciones religiosas.

Los dioses germanos formaban una verdadera familia divina: *Volan*, el padre de todos y «señor de las batallas» es un guerrero invisible, que hiende los aires con una lanza, montado en un caballo blanco. Uno de sus hijos, *Donar*, (de barba rojiza), es el dios de la tempestad y del trueno; va en un carro de donde lanza el martillo destructor que vuelve inmediatamente á su mano. *Tir* ó *Saxnöt* es el dios de la espada y los combates; en tanto que *Freyr* es el dios pacífico, lleno de bondad y de gracia, que hace madurar las cosechas, y cura las enfermedades. Hay también diosas: *Friga*, esposa de *Volan*, protectora de los casamientos, como la *Hera* ó *Juno* del politeísmo greco-romano, y *Freyja*, la joven bella, cuya presencia alegra á los dioses. Esta familia habita un hermoso palacio, el *Valhalla*, de paredes de oro y techos de plata, unido con la tierra por medio del arco-iris. Las mensajeras divinas, las *Walkirias*, recogen al que muere peleando en el campo de batalla.

Por bajo de la tierra, en un *infierno* helado y nebuloso habita la familia del mal: *Loki* y sus hijos (*Fenris* y *Holl*), el «lobo feroz» y «la muerte.» *Loki* permanece atado á una roca, «con una serpiente que le vierte sobre la cabeza su veneno;» pero llegará un día en que se soltará, y se vengará de *Volan*, que lo atara, y con los genios destruirá el *Valhalla*: el *Idrasgil*, el Fresno que sostiene el mundo, caerá, surgiendo luego del Océano una nueva tierra, mejor que la anterior.

Los *germanos*, como los *persas*, no tenían ídolos ni templos; su culto sencillo, (oraciones y sacrificios), lo celebraban en las montañas y en los bosques; sus sacerdotes, poco numerosos, eran los ancianos y los padres de familia.

III.—Conversión de los bárbaros paganos.


OS bárbaros que penetraron en el Imperio, con excepción de los *francos* y los *anglo-sajones*, todos para el siglo VI eran cristianos. Sin embargo, su cristianismo era el de *Arrio*, cuyas doctrinas amenazaron tanto tiempo al catolicismo y á la supremacía del «Obispo de Roma» (el papa), que empezaba á dominar completamente la Iglesia.

El clero católico confiaba más en los bárbaros, paganos aún, que en los *arrianos*; tan importante fué esta conversión, que los monjes y los cronistas la rodearon de prodigios ó la sembraron de anécdotas edificantes.

Gregorio de Tours, cronista de los *francos*, relata que *Clotis* ó *Clodoveo*, rey de una banda de aquella nación, una vez que se vió á punto de ser derrotado por otra de *alamanes* que vinieron á disputarle sus conquistas, invocó al dios de su esposa *Clotilde*, que era católica; y que cuando alcanzó la victoria consintió en ser bautizado. *Saint Remi*, obispo de *Reims*, lo bautizó juntamente con 3,000 guerreros. Lo cierto fué que con el apoyo del clero católico, pronto fué dueño de toda la *Galia*. [511]. No obstante esto, los campesinos de la nación de los francos continuaron siendo *paganos* por todo el siglo VI.

De las «Islas británicas,» la primera que se convirtió fué *Irlanda*. Desde el siglo V, misioneros de *Asia Menor* lograron establecer numerosos monasterios, de donde salieron á su vez muchos misioneros que lograron convertir á los bárbaros de *Inglaterra* y *Alemania*. En el primero de estos dos países, refieren las crónicas que se encontraron con los monjes enviados por el papa *San Gregorio*; y como las comunidades de *Irlanda* habían conservado multitud de prácticas de la Iglesia oriental,

esto suscitó interminables discusiones sobre la legitimidad de tales prácticas. Los reyes y los *Señores* escuchaban con atención estas discusiones, y en la asamblea general de *Wilbi* (664) se decidieron á seguir las costumbres de la «Iglesia Romana» (1).

De *Irlanda*, también, (llamada la Isla de los santos) salieron los misioneros que convirtieron á los pueblos paganos de *Alemania*. *San Gall* fundó la abadía de su nombre en *Suabia*; *San Kilian* penetró hasta el *Mein*, y fué sacrificado; *San Vulfrán* predicó en el país de los *frisonés*. Pero el verdadero «apóstol de Alemania» fué el monje anglo-sajón *Winfrido* [San Bonifacio], que con su energía indomable convirtió á los *Señores* de *Baviera*, *Turingia* y *Hesse* [Siglo VIII].

La conversión de *Wetsalia* y *Hanover* fué más tarde, cuando *Carlomagno* se propuso extender los límites de su imperio hasta la *Bohemia* y el país del *Weser*. La conversión la encomendó aquel guerrero al filo de su espada, y no á la persuasión evangélica. Después de treinta y tres años de guerra, durante la cual los sajones defendieron su independencia con denuedo, *Carlo-Magno* los sometió definitivamente al cristianismo, destruyó el gran ídolo *Hirminsul*, mandó degollar á los que no quisieron someterse, instaló obispos y monjes, y decretó pena de muerte contra todo aquél que adorase sus antiguas divinidades. En cuanto á los *avares* fueron enteramente expulsados de *Bohemia* por los *francos*. Del norte de *Alemania* salieron luego los que convirtieron á los *escandinavos*.

(1) El monje irlandés *Colman* declaró en esta asamblea que sus compatriotas no podían cambiar el modo de celebrar la pascua, porque sus antepasados así la celebraban. El monje *Wilfrido* contestó que en Roma habían vivido los apóstoles *Pedro* y *Pablo*; que Nuestro Señor dijo á *Pedro*: «Tu eres *Pedro*, y sobre tí (*Petrus*-piedra) edificaré mi Iglesia, y te daré las llaves del reino de los cielos.» El rey preguntó si era cierto todo aquello; y como convinieran ambos partidos en que era cierto, dijo: «Pues en tal caso debemos obedecerle, como á su Iglesia de Roma, por temor de que al presentarnos ante las puertas del reino del cielo, no encontremos á nadie que nos las abra.»

IV.—La Iglesia después de las invasiones.

 LOS verdaderos y los más propios medios de que dispuso el cristianismo para convertir á los bárbaros y para mantenerlos en la fe, consistieron en la fundación de congregaciones de monjes que llevaban una vida análoga á la de los ascetas de la *Tebaida*. *San Benito*, noble italiano, se instaló en el monte *Casino* [cerca de *Nápoles*] y mandó construir dos capillas y un monasterio. Este fué el origen de la comunidad más famosa de Occidente, y que dió la *regla* á todos los monasterios que se fundaron durante la «Edad Media» en Europa.

Los monjes debían renunciar al mundo, á la familia y á la propiedad; debían ser humildes y sumisos, en lo que no había diferencia respecto de las reglas que observaban en los conventos orientales. La única diferencia consiste en que en lugar de las estériles contemplaciones y prácticas del ascetismo, se impone el trabajo como ley de la naturaleza y como necesidad cristiana. «La pereza,» dice el santo, «es enemiga del alma;» por eso recomienda que los monjes trabajen *siete horas* en el monasterio, lean *dos*, y practiquen los *siete oficios divinos*, el primero de los cuales empieza á las *dos de la mañana*.

En el siglo VI, dado el pésimo sistema administrativo de los romanos, y después de las grandes invasiones de *Radaguso*, *Alarico* y *Atila* en el siglo V, las fronteras del Imperio y las provincias que hoy forman la *Italia*, *Francia*, *Bélgica*, *Suiza* y gran parte de *Austria*-*Hungría*, habían quedado despobladas, y los campos convertidos en eriales. Los monjes benedictinos construían en las malezas, ó en medio de los bosques, «sus graneros, un molino, un horno y panadería; cultivaban la tierra, fabricaban trajes, muebles y objetos artísticos, y copiaban manuscritos.» Eran los monasterios «granjas, talleres, bibliotecas y escuelas.» Los esclavos y arrendatarios de sus dominios formaban una aldea, que solía convertirse en una ciudad. Estos monjes fueron el gran instrumento de conversión; los conquistadores, en lo general, no hicieron más que destruir.

CAPITULO III.

Sucesos Políticos en Occidente
Del Siglo VI al XI.

I.—Italia; Reinos y Dominaciones que se suceden.

LA caída del «Imperio romano de Occidente.» *Odoacro* [jefe de los hérulos], que tomó el título de rey de Italia, no conservó mucho tiempo su dominio. Los *ostrogodos*, acaudillados por *Teodorico*, penetraron en Italia y arrebataron al «rey de los hérulos» sus posesiones. [493]. El de su reinado, fué el período más brillante de un pueblo fundado por un rey bárbaro; debe decirse que fué el único, puesto que las demás naciones de Occidente no se constituían aún, ó tenían un carácter más rudo y bárbaro que la de los *ostrogodos* de Italia.

El «Imperio de Oriente,» que se conservaba en su asilo inexpugnable del Bósforo, aprovechó la debilidad del reino fundado por *Teodorico*, ya decadente en manos de su sucesor, y lo destruyó [553]. *Belisario* y *Narses*, hábiles generales de *Justiniano*, dieron así una gran provincia al «Bajo Imperio,» la Italia, con el nombre de *exarcado*, teniendo á *Rávena* por capital.

Pero estaba escrito que los emperadores de Oriente no poseyesen jamás las provincias del antiguo Imperio de Occidente. Los *longobardos* ó *lombardos* aparecen en el norte de la península [568], lo sojuzgan, y no tardan en convertirse en únicos soberanos del norte y centro, conservando los griegos el sur de Italia. Los *pa-pas*, queriendo librarse de la tutela bárbara de los *lombardos*, llaman en su apoyo á los *francos*, y la península entra en su mayor parte á constituir el efímero «Imperio de Carlo-Magno» [800]. En la definitiva disolución de este Imperio [887], quedaba la Italia como una gran porción que se dividió y subdividió, como las demás naciones, en muchos pequeños Estados. (V. Feudalismo).

II.—España.—La Monarquía Visigoda.

HONORIO [indigno hijo del Gran Teodosio], se libró de los *Visigodos* abandonándoles la España y el mediodía de la *Galicia*, donde éstos fundaron un reino, cuya primitiva capital fué *Tolosa* [419]. Desde antes, desde la época de la gran Invasión [406], los *suevos* se habían establecido al norte, y los *vándalos* al sur de la península [1]. Estos últimos pasaron el estrecho, y en 429 fundaron un reino que comprendía el sur de España y las antiguas provincias romanas de *Africa*. Este último reino tuvo una existencia efímera; *Justiniano*, emperador de Constantinopla, se apoderó de él en el siglo VI [553]; mientras que la Monarquía visigoda se extendía por toda la península. Sin embargo, en el mismo siglo [507], *Clovis*, jefe de los *francos*, le arrebató casi todo el sur de *Francia* con su capital *Tolosa*.

Desde esa fecha, la monarquía fundada por *Ataúlfo* (hijo y sucesor del terrible *Alarico*), no hizo más que decaer más y más, no obstante los vivos, pero fugaces resplandores que despidió en los reinados de *Teodorico II* y *Leovigildo*; la guerra civil agotó sus fuerzas, y á principios del siglo VIII (711), cayó en poder de los árabes, que la destruyeron en la terrible batalla del *Guadalete*. (2). Como consecuencia de esta derrota, *Sevilla*, *Córdoba* y *Toledo*, (esta última, capital de la monarquía), fueron los trofeos de la victoria. Comienza entonces con *Pelayo*, retirado á las montañas de *Asurias*, aquella cruzada de 800 años contra los infieles, enemigos a la vez de la religión y de la patria. Poco á poco surgieron *León*, *Castilla*, *Navarra* y *Aragón*, que por sus frecuentes disensiones retardaron la reconquista; pero que al fin se verificó en el siglo XV. Mas todo esto pertenece al segundo período de la historia política de la «Edad Media.»

(1) El nombre de *Andaluca* se deriva de *Vandalucia*, tierra de los *vándalos*.

(2) La leyenda y la poesía se han apoderado de este hecho histórico en el fondo; pero sembrado de episodios fabulosos y brillantes, que pertenecen más á la epopeya y á la novela, que á la historia.

III.—Los Francos y el Imperio.

UNA de las tribus más oscuras, establecida en las riberas del *Rhin* y del *Mosa*, penetró con *Meroveo* en el Imperio romano (448) y fijó su residencia á orillas del *Somme*, con su primitiva capital *Tournay*. A esta tribu poco numerosa estaba reservado dominar en Occidente y reconstituir el Imperio.

Meroveo se había unido con los *romanos*, *visigodos* y *burgundios*; los campos cataláunicos habían sido testigos de su valor y denuedo: sin esta victoria importante, la raza amarilla dominaría en el occidente de Europa. Mas con quien los *francos* adquirieron verdadera importancia fué con *Clodoveo*, que se considera con razón como el fundador de la monarquía francesa. Con las victorias de *Soissons* de *Tolbiac* y de *Vuillé*, conquistó la antigua *Galia* y estableció su capital en *París*. [511].

Durante los siglos VI y VII, la funesta costumbre de considerar el dominio real como propiedad privada, dividió la monarquía de *Clodoveo* en porciones que se unían ó separaban, según los incidentes de familia, provocando sangrientos trastornos y rivalidades. A la muerte de *Dagoberto* (638), la familia merovingia decae sin cesar, hasta que los *muyordomos* de palacio *Pepín de Heristal*, *Carlos Martel* y *Pepín el Breve*, reinan en lugar de aquella, durante las postrimerías del siglo VII y primera mitad del VIII. El primero de estos verdaderos reyes, aunque sin el título de tales, restableció la unidad del reino, quebrantada por la división entre la «Francia del Este» (Austrasia) y la del Oeste (Neustría). *Carlos Martel*, hijo y sucesor de *Pepín de Heristal*, completó la unificación comenzada por su padre y consiguió en *Poitiers* contra los *Árabes* una de esas victorias que salvan los imperios y las civilizaciones. Por último, *Pepín el Breve* dió al papa el «exarcado de Rávena,» lo libertó de los *lombardos*; y éste, en cambio, lo coronó «rey de Francia.» (1).

El hijo de *Pepín el Breve*, *Carlos*, á quien sus contem-

(1) Este fué el origen del «Poder temporal» del Papa. *Carlo-Magno* no hizo más que continuar la obra comenzada por su padre, celebrando alianza con el Pontífice, para dominar el Occidente.

poráneos le dieron el calificativo de *Grande* (*Magnus*), que la posteridad le ha conservado, y coronó con sus expediciones militares y sus conquistas el edificio cuyas bases echara su padre. En *Italia*, protegió al Pontífice, destruyendo definitivamente el reino de los *lombardos* (776); en *España*, rechazó á los *árabes* más allá del *Ebro*, si bien tuvo que lamentar la pérdida de *Roldán*, su sobrino, sorprendido por los *vascos* en *Roncesvalles*, y en *Alemania*, venció á los *sajones*, á los *Wiltzos*, *Obo-tritas*, y á los *avares* de *Bohemia* (772 á 804). A su muerte, *Carlo-Magno* poseía la *Galia*, la *Italia*, la *Germania* y las *marcas* de *Gascuña* y *Barcelona*. El Imperio tenía por límites: al Sur, el *Ebro*, el *Mediterráneo* y el *Garellano* en *Italia*; al Este, el *Theis*, las montañas de *Bohemia* y las líneas del *Adriático*; al Nordeste, el *Saal* y el *Elba*; al Norte, el *Eider*, *Dinamarca* y *Mar del Norte*, y al Oeste, la *Mancha* y el *Océano*. Bien se le podía llamar descendiente de los *Césares*, pues que había restablecido, casi en su totalidad, el Imperio de *Augusto* en Occidente, añadiéndole aquella temida *Germania* que ocasionó la ruina de los orgullosos *romanos*. El Papa (*León III*), agradecido y satisfecho de tan gran aliado, le envió en 795 las llaves del sepulcro de *San Pedro*, celebró con él alianza de fidelidad y afecto, y lo coronó y proclamó «Emperador de los *romanos*» y «*Augusto*» por la voluntad de Dios.

Pero este gran Imperio fué efímero como el de *Alejandro*: los *francos* no podían perder la costumbre de considerar los reinos como propiedad privada, que el propietario dividía entre sus hijos. *Carlo-Magno* dividió, según la costumbre, el Imperio entre sus hijos; solo *Luis* sobrevivió lo bastante para unirlo de nuevo. Mas, como tuvo también tres hijos, lo dividió definitivamente. En adelante hubo tantos reinos como hijos de reyes; quedando siempre tres pueblos ó naciones distintas: *Francia*, *Alemania* é *Italia*, procedentes de este desmembramiento (924); pero subdivididos en multitud de pequeños Estados. De ellos nació el *Feudalismo*. (V Cap. IV).

Durante el siglo X, la familia de *Eudes*, conde *París*, alterna en el trono con los descendientes de *Carlo-Magno*, hasta que *Hugo Capeto*, hijo de *Hugo el Grande*, tomó la corona y la consolidó en su familia. (986). Desde entonces quedó fundada la monarquía francesa.

CAPITULO IV.

Instituciones en el Siglo X.

El Feudalismo.

I.—La Sociedad Feudal.



ANTES de estudiar la historia de los pueblos de Oriente comprendida en el período que media entre la caída del «Imperio de Occidente» (476) y el siglo XI, en el cual se verifica el contacto entre aquellos pueblos y los que constituyeron los bárbaros, conviene examinar el «Régimen político y social» fundado por éstos en Europa, y que en el seno de aparente anarquía contiene virtudes y gérmenes de progreso que sólo esperan la ocasión de manifestarse.

En el siglo X, las nacionalidades desaparecen ó se ocultan: en todos los países del centro y sur de Europa, se adoptan análogas costumbres, como si fuera un gran Imperio, un solo pueblo desmembrado: en Alemania, en Francia, en Italia y hasta en los reinos cristianos de España (1), se observan las mismas reglas; la sociedad se divide en clases hereditarias: *caballeros ó señores, clérigos y campesinos*.

Desde la época de Carlo-Magno, todo hombre libre es guerrero; el que no tuvo con qué equiparse, el que no tuvo medios bastantes para formar parte del ejército, dejó de ser libre. Todo guerrero ó combatiente es siempre un ginete: combate siempre á caballo, llevando como armas ofensivas espada y lanza, y como defensiva: la armadura, formada por anillos de hierro, y un enorme escudo de madera y cuero. (2). Los hijos de caballero son caballeros también; son *gentiles-hombres* (hom-

(1) Inglaterra, antes de la conquista normanda, no tomó participación activa en este movimiento.

(2) En el siglo XI, aparece la cota de malla, que es un tejido de hierro en forma de túnica. La cabeza está protegida por el yelmo ó casco; la nariz, con el nasal.

bres de noble stirpe, hidalgos): y como todo *caballero* era «propietario de un dominio,» de una porción de tierra que recibiera de otro superior en gerarquía, tenía por esto el título de *Señor* (en latín dominus). Los *señores* (barones, condes, duques), conservaron la costumbre de jurar ser siempre fieles al jefe que los sostenía, ó á quien directa ó indirectamente le debían sus propiedades (feudos); juramento que constituyó el *pleito homenaje*; el que lo rinde se llama *vasallo* (servidor), y *Señor* el que lo recibe.

La otra clase la forman los *clérigos*, que eran poderosos por su riqueza, como los caballeros, y muy respetados por su ministerio. Una creencia muy extendida en aquella época era que el mejor medio para salvarse consistía en dar dinero ó tierras á una iglesia. Fácil es suponer que con esa creencia los *obispos* y *abades* llegaron á convertirse en *Señores*. Había pues «*hidalgos ó nobles caballeros*,» é «*hidalgos ó nobles clérigos*.» Eran los únicos que poseían las tierras.

Por bajo de estas dos clases superiores estaban los *villanos*, los habitantes de las aldeas ó villas [propiedades], que no eran propietarios del terreno que cultivaban, sino arrendatarios [hombres libres], ó siervos adscritos á la gleba, con su familia, casa y campo. Los arrendatarios ó colonos pueden ir de un lugar á otro, como libres que son, aunque no puedan adquirir; los *siervos* (servi), aunque pertenezcan al *Señor* no pueden ser sacados de la aldea ó lugar en que viven para venderlos en otro. Hay, pues, gran diferencia entre el siervo y el antiguo esclavo romano.

No obstante su posición muy superior á la del esclavo romano, el *siervo* y aun el mismo arrendatario, se encuentran en situación muy precaria durante la «Edad Media». Tienen que pagar arriendos (tributos en granos y animales), y están sujetos á *prestaciones* y á la justicia del *Señor*, esto es; deben trabajar sin retribución las tierras del *Señor* y pagarle las multas que les imponga. A veces son enteramente despojados del producto de su trabajo, pues que en realidad ni los mismos *colonos* (hombres libres) pueden ser propietarios.

II.—Vida pública y privada de los Caballeros.

UNO de los caracteres más salientes de aquella sociedad de *caballeros* fué el «derecho de guerra.» especie de bandidaje organizado, en que roban, incendian, matan por un insulto, por capricho, ó por el solo deseo de apoderarse de los bienes de las aldeas vecinas. La mayor parte de los *caballeros* de la «Edad Media.» como *Tomás de Marle*, *Fouques de Anjón*, *Esteban de Blois*, y mil más, célebres guerreros de los siglos X y XI, eran simples bandoleros, que se apoderaban de los caballeros menos poderosos que ellos, les imponían rescate, ó se consagraban á la tarea más fácil y lucrativa de arrebatarles sus bienes á los campesinos y traficantes.

Como vivían en continua guerra, los *caballeros* tuvieron que edificar sus moradas en los campos, en las encrucijadas, en las montañas, en lugares inaccesibles. Un foso profundo, protegido por una empalizada, rodea un montículo en que el *Señor* vive en una torre de madera cuya puerta se halla á una gran altura sobre el suelo. Para penetrar en esta torre precisa pasar por un tabladillo móvil que va desde la puerta á la parte exterior de la empalizada. Esta morada ó *castillo* fué perfeccionándose poco á poco del siglo X en adelante hasta constituir una verdadera plaza fortificada (con fosos, *barbacana*, *camino de ronda*, *almenas* y *troneras*) con habitaciones para la numerosa servidumbre, *caballerizas*, prisiones, sala del tesoro, archivo, etc. Solo la artillería pudo acabar con estas fortalezas.

La *caballería* era una *Institución* y una carrera. Para ser *caballero* necesitaba haber nacido *noble* y ejercitarse en el manejo de las armas, iniciarse como *lacayo* ó *escudero*, llevando las armas del *Señor*, sirviéndole en la mesa, para después ser *armado* conforme á una ceremonia que varió según las épocas: primero consistió en entregar al neófito las armas del caballero y darle en la nuca un puñetazo (colada); después, se imaginó *velar las armas*, oír misa, decir oraciones, y otras fórmulas análogas.

Cierto es que los caballeros fueron durante toda la «Edad Media.» (principalmente en los siglos IX, X y XI), incultos, brutales y feroces; pero la vida de aventuras y combates que llevaban les dió las virtudes que exige la guerra: el *valor* y el *orgullo*. El *valor* es tenido en gran estima, y el caballero prefiere morir á parecer cobarde; el *orgullo* es en aquél la fuente de la *dignidad*, la *lealtad* y el *honor*. Su mayor deshonor es violar el juramento de fidelidad que debe á su *Señor*; nadie ha de poner en duda su valimiento y dignidad, ni contradecirle ni desmentirle. Este es el *honor* de los *caballeros* en la «Edad Media.» producto de un orgullo y de una vanidad igualmente intensos, y que dió origen á singulares contiendas, entre ellas al *duelo*, que todavía se conserva en nuestras costumbres.

III.—Gobierno de los Caballeros.

CON estas costumbres es fácil suponer lo que sería el Gobierno en los pueblos de Occidente desde el siglo IX en adelante, desde que los *caballeros* adquirieron predominio político. La disolución del Imperio de *Carlo-Magno*, hizo ó permitió que cada propietario se convirtiera en «Soberano» ó «rey de sus dominios.» Los *barones*, *condes*, *duques*, que eran simples funcionarios en la época de *Carlo-Magno*, volvieron hereditarios todos estos cargos en su familia y se consideraron dueños y se tuvieron por *señores* y *soberanos* de la provincia, aldea ó lugar que gobernaban. El dominio pasó á ser un *feudo* ó propiedad, que podía venderse, legarse ó repartirse entre varios; en él no había más ley que la voluntad del *Señor*, si bien reconocía cada uno de estos soberanillos que debía rendir *pleito-homenaje* de su *feudo* al *duque*, al *rey* ó al emperador. De ordinario, este respeto era puramente nominal, y nada se oponía á que un *duque* le hiciera la guerra y lo pusiera en grave aprieto, como sucedió varias veces con los reyes de *Francia* ó *Inglaterra* ó el emperador de *Alemania*, y esto, hasta fines de la «Edad Media.»

El gobierno de estos mil soberanillos tenía que ser despótico y arbitrario, dada su ignorancia, dadas sus costumbres violentas y brutales. No había más reglas

de justicia que «las costumbres.» Todavía en el siglo XIII, cuando se presentaba un caso raro, se convocaba á los ancianos, á los mayores de un lugar, para que declararan lo que habfan visto hacer en casos análogos.

Reemplazar las guerras por los procesos: tal fué el *desideratum* en la «Edad Media.» Hay países, como en *Inglaterra* (después de la conquista romana), en *España* (reinos cristianos), en que el rey tenía bastante autoridad para sujetar á los «señores feudales» y obligarlos á aceptar la *paz de Dios*; pero en otros, y á menudo en esos mismos, los *caballeros* decidfan por combates todas las cuestiones; el «Tribunal,» compuesto de *caballeros* también, se limitaba á señalar el terreno del combate y á inspeccionar el *duelo*. «Entonces se creía que Dios da la victoria al que tenía de su parte el derecho.» Aun entre los mismos campesinos ó burgueses llegó á imponerse como regla de justicia, para saber á quién pertenecía la razón, el *duelo*, esto es, el combate entre los litigantes. Si alguno no puede batirse personalmente lo reemplaza un *campeón*. Pero de ordinario, el duelo no se permite á los *villanos*, y se les sujeta á otra especie de *juicio*, al «Juicio de Dios.» Consiste en someter á una prueba al acusado, después de las ceremonias religiosas correspondientes: ya á sostener un hierro candente hecho ascuas, ya á meter el brazo en un caldero de agua hirviendo. Si á los pocos días había desaparecido la herida, el «juicio de Dios» le era favorable. [1].

IV.—La Iglesia hasta las Cruzadas. (Siglo VI al XI.)

LOS obispados ó diócesis del antiguo Imperio persistieron después de las «Invasiones.» En cuanto á los países recientemente convertidos entonces, como *Inglaterra* y *Alemania*, adquirieron diócesis ó sedes episcopales, que fueron dotadas

(1) La *ordalla* ó «prueba del agua» era aún más irracional que las otras; consistía en arrojar al acusado en un charco de agua, diciendo: Te conjuro, ¡oh agua,! en nombre del Dios Todopoderoso, que te ha creado para que sirvas á las necesidades, á que no recibas en tu seno á éste si es culpable, haciéndolo sobrenadar en tu superficie.

espléndidamente, como las antiguas. Y como los reyes decretaron la *inmunidad* de los obispos, ó sea el derecho de gobernar sus propios territorios, llegaron estos eclesiásticos á convertirse en verdaderos «señores feudales.» Lo mismo pasó con los abades, jefes de los conventos de «benedictinos.» Cada convento era siempre un gran caserío con talleres, almacenes y casas para criados y labradores, con inmensas propiedades que comprendían una aldea, un distrito, y á veces una provincia. Había, además, conventos secundarios (prioratos ú obediencias) que el *abad* de un convento principal fundaba en las propiedades lejanas, á las órdenes de un *prior*.

No se detenía aquí la subdivisión de las soberanías en la «Edad Media.» pues que los sacerdotes de una *catedral* ó iglesia de cabecera de distrito, se hicieron independientes del obispo, al cual estaban sometidos al principio. Los *canónigos*, que formaban el *capítulo* ó *claustró*, no tenían más que las *prebendas* (suministro de ropa y víveres), pero como recibían donativos cuantiosos, llegaron á ser verdaderos potentados. Todos estos «Señores» llevaron á la *Iglesia* «el espíritu del siglo,» según llamaban á la corrupción temporal y laica. *Obispos*, *abades* y *canónigos*, pasaban la vida en los combates y en los placeres de la más grosera sensualidad. Los monjes y clérigos eran ignorantes, viciosos é indignos: todos traficaban con las cosas santas, esto es, practicaban la *simonía*.

Todos estos vicios, que rayaron á mayor altura en el siglo X, escandalizaban á todos los que habían permanecido fieles al espíritu de la Iglesia primitiva; pero la reforma sólo pudo efectuarse en los siglos siguientes (XI, XII, XIII,) comprendidos en el segundo período de la historia de la «Edad Media.» (V. Sección tercera.)

SECCION SEGUNDA.
PUEBLOS DE ORIENTE.

CAPITULO I.

EL IMPERIO BIZANTINO.

I.—Constantinopla y sus revoluciones.

EN el punto donde *Europa* está separada de *Asia* por un estrecho canal, semejante á un río que hubiera detenido su curso (el Bósforo); en el promontorio que se avanza como para cerrar el paso entre el *mar Negro* y el *Archipiélago*, levantó *Constantino* en el siglo IV. (330) una nueva capital, como si presintiera que el suelo de *Roma* vacilara bajo sus pies. Fué una adivinación, pues que, en ese inexpugnable refugio, pudieron conservar los sucesores de los *Césares* su gobierno corrompido y su administración «convertida en máquina;» y mientras que el edificio del *Alto Imperio* levantado por *Augusto* venía al suelo en los siglos V y VI, aniquilado por el aríete incontrastable de los bárbaros, *Constantinopla* dominaba el *Asia Menor*, la *Siria*, el *Egipto*, *Macedonia*, *Grecia* y la *Iliria*: más de la mitad del antiguo Imperio. No obstante esta grandeza aparente, las revoluciones, los motines y las asonadas continuaban, como en los tristes tiempos del siglo III, y las intrigas palaciegas eran los únicos medios para proveer la sucesión al trono imperial.

Extinguida la familia del *Gran Teodosio*, se sucedieron durante un siglo los motines que elevaron al solio á insignificantes aventureros, hasta que en el siglo VI apareció un aventurero también, pero de genio, ó, cuando menos, dotado de cierta habilidad para gobernar, muy rara ya entre los degenerados greco-romanos de

Bizancio; tal fué *Justiniano* [1], que con sus conquistas, sus trabajos legislativos y mejoras materiales, logró dar á su Imperio cierto brillo que remedó los esplendores de otras épocas.

II.—Conquistas de Justiniano.



AS Invasiones de Occidente habían pasado sin tocar el Imperio de Oriente; las devastaciones de los *godos* llegaron hasta *Tracia* y *Grecia*, sin que la capital se conmoviera en su amurallado recinto. No obstante esto, tenía formidables enemigos: los *eslavos* avanzaban por el *Danubio*; la monarquía militar de los *persas*, amenazaba por el Oriente. *Justiniano* no era propiamente un guerrero á la manera de *Trajano*, pero tenía el tacto y la habilidad suficientes para escoger los hombres idóneos á las distintas funciones del Gobierno. Así es que encargó á *Belisario* y á *Narses* de las guerras que duraron gran parte de su reinado. Contra la monarquía militar de los *persas*, nada pudo el hábil *Justiniano*, y lo único que logró *Belisario* fué salvar el *Asia Menor*. En Occidente fué otra cosa: los reinos bárbaros fundados en el mediodía de *Europa*, eran débiles y vivían en continuo movimiento, sin estabilidad, sin base nacional; así es que *Belisario* se apoderó del reino africano de los *vándalos* en una sola campaña [534]; mientras que el de los *ostrogodos* de *Italia*, resistió diez y ocho años [525 á 533]. Por último, los *visigodos* le cedieron el sur de *España*. Pero todo esto duró lo que dura el fulgor de un fuego fatuo: pronto los *árabes* arrebataron el *Africa* al Imperio, y los *lombardos* la *Italia*. Para defenderse de los *eslavos*, mandó *Justiniano* edificar 80 fortalezas á orillas del *Danubio*, y una línea de castillos en las del *Eufrates*.

(1) Justiniano reinó de 527 á 565. Se cree que haya sido eslavo; su juventud la pasó obscuramente guardando rebaños en las provincias danubianas. Su tío *Justino*, pastor también, y luego militar y emperador, lo adoptó como favorito y privado suyo. En seguida, llegó al trono.

III.—Trabajos Legislativos de Justiniano.

HASTA el siglo III. hubo en todo el Imperio grandes jurisconsultos, como *Gayo*, *Ulpiano*, *Paulo*, *Papiniano*, *Modestino*, capaces de perfeccionar el derecho; pero todos fueron latinos. Sin embargo, los sucesores de *Constantino* en Oriente, aunque en todo el Imperio el idioma general era griego, continuaron redactando en latín las actas oficiales, y dispusieron que se juzgase conforme al «derecho romano» que se componía: 1.º de las opiniones de un gran número de jurisconsultos, entre los cuales se distinguían los mencionados anteriormente; 2.º de los *edictos* y *rescriptos* [ó contestaciones á preguntas sobre derecho] de los emperadores, y que tenían fuerza de ley. De todo esto se había hecho una colección en el siglo V. [Código Teodosiano].

No obstante ese Código, el «Derecho» era un fárrago; faltaba el lazo de unión entre tantos elementos disímboles, aunque concurrentes á un mismo fin. Poner orden en la legislación y reunir en un solo cuerpo los miembros disgregados del Derecho, fué el objeto que se propuso *Justiniano*. Para conseguirlo, encargó el emperador este trabajo al célebre jurisconsulto *Triboniano*, que lo llevó á término en veinte años, reuniéndolo en tres obras: 1.º Las *Pandectas* ó *Digesto*, resumen de las doctrinas de 500 jurisconsultos romanos, dividido en 50 libros; 2.º El *Código Justiniano*, ó colección de *edictos* y *rescriptos* de los emperadores de todas las épocas hasta *Constantino*; y 3.º Las *Institutas*, que es un *Tratado Elemental* para uso de los estudiantes. Poco después *Justiniano* reunió los *edictos* y *rescriptos* de su reinado, con el nombre de *Novelas*.

Cierto es que estas compilaciones de la época de *Justiniano* son fragmentos de muchos jurisconsultos, y que hay poca originalidad ó ninguna en ellas; pero debido á ese trabajo iniciado por él y realizado por *Triboniano*, recibió la posteridad un valioso legado, el de la ciencia del Derecho, que de otro modo se habría perdido. Estas obras son las que han servido de base á las legislaciones modernas.

IV.—Organización del Imperio Bizantino.

LA muerte de *Justiniano*, el Imperio, aquel moho gigantesco, según lo llama un autor, continuó decayendo cada vez más; el cristianismo no tuvo bastante poder para reanimar aquel cuerpo, ya muerto, aunque conservara las apariencias de la vida. El poder absoluto del emperador, su despotismo á quien nadie pone freno ni cortapisa; su autoridad religiosa al par que civil, su corrupción privada, netamente oriental, y la delación, el espionaje y las intrigas palaciegas, completan el sombrío cuadro que se ennegrece cada día á partir del siglo VII. Cualquiera podía aspirar al trono, con que fuera bastante audaz y bastante cruel para ganarse al ejército y los corrompidos funcionarios, y para destruir al bando enemigo. [1].

El pueblo estaba tan corrompido como el gobierno; los motines y las diversiones, las carreras entre *azules* y *verdes*, origen de tantos disturbios en *Constantinopla*, eran las ocupaciones favoritas de una muchedumbre tan alborotadora como ociosa. Los suplicios de los emperadores destronados se efectuaban en presencia y con aplauso del pueblo. El emperador *Justiniano II* asistió al circo teniendo durante el espectáculo los pies encima de las cabezas de sus dos competidores. *Basilio* mandó que sus enemigos, á quienes previamente mutiló, se incensaran mutuamente; luego los obligó á pedir limosna, les sacó los ojos y les cortó las manos.

El ejército estaba en perfecta armonía con esta corrupción; lo formaban miles de aventureros sin dignidad y sin patria, á quienes el emperador pagaba para que le sirvieran á él personalmente; pero de cuya fidelidad nadie podía confiar. Con este ejército no era posible defender al Estado contra sus enemigos exteriores. *Heraclio*, que fué uno de los emperadores más enérgicos, se vió obligado á huir ante una tribu de *ar-*

(1) De los 169 emperadores bizantinos solo 34 murieron de modo natural; 12, tuvieron que abdicar; 18, fueron apasionados y allí fallecieron; 13, mutilados y atormentados por sus enemigos; y 20 murieron estrangulados ó envenenados.

bes en Siria. Los gobernadores militares de las provincias [temas], no obedecían á nadie y obraban siempre según su capricho. También el emperador los dejaba abandonados en manos de los extranjeros, sin impartirles auxilios algunos: porque tenía más *quehacer* en conservarse en el trono que en defender el imperio.

Con este pésimo régimen político y social, natural era que aquel resto del «Poder de los Césares» se fuera desmoronando cual ruinoso edificio. Así es que los tres primeros *califas*, [sucesores del profeta] le arrebataron sin esfuerzo la Siria, la Palestina, Egipto y África. Luego perdió gran parte de sus temas ó provincias del Asia Menor [siglos VII y VIII], de modo que para los siglos IX y X el «Imperio de Constantino» solo conservaba: al Oeste, la Tracia [hoy Rumelia]; y al Este, una parte del Asia Menor.

V.—La Iglesia Oriental Bizantina.

LOS primitivos cristianos fueron judíos. Luego la «Iglesia cristiana.» ó de otro modo, las «asambleas cristianas» pasaron á ser con San Pablo, orientales y griegas. Las Iglesias de Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Constantinopla fueron las principales hasta el siglo V. Cada una se regía por un Patriarca ó jefe supremo; pero todas estaban sujetas á la voluntad omnímota del emperador. Para que el «símbolo de Nicea» fuera aceptado fué necesario que el emperador lo aceptase, y según era éste, arriano ó católico, así variaban las creencias ó se sucedían los obispos en las sedes del Imperio.

El poder del emperador de Oriente, que ocasionaba tantos trastornos á la «Iglesia.» se puso de manifiesto en la disputa relativa á las dos naturalezas de Cristo. Zenón dictó en el siglo V un «edicto de Unión» en virtud del cual obligaba á los dos partidos contendientes á adoptar una fórmula única; Heraclio dictó otro en el siglo VII, en que declaraba que Cristo «tiene dos naturalezas, con una sola voluntad.» lo que engendró nueva herejía. «La Iglesia de Oriente» se convirtió desde sus comienzos en un semillero de sectas: *nestorianos*, *monofisitas* y *monoteletas* ó *maronitas*.

Los *nestorianos* sostenían que en Cristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, y que la virgen no es la madre de Dios sino de Cristo (Iglesia de Caldea); los *monofisitas* ó *jacobitas* enseñaban que en Cristo no hay más naturaleza que la divina (Iglesias de Egipto, Armenia y Siria). Por último, los *monoteletas* ó *maronitas* signieron lo dispuesto por el emperador Heraclio, admitiendo en Cristo dos naturalezas con una sola voluntad. Además de esto, la «Iglesia de Oriente» estaba en oposición con la de Occidente, cuya supremacía nadie disputaba al obispo de Roma (Papa), desde que la ausencia del emperador y las invasiones de los bárbaros quitaron toda sombra de poder temporal en la antigua «Señora del Orbe.» Al principio, el Papa y los obispos de Italia reconocieron como soberano al emperador de Oriente, sin admitir por esto que el Estado reinara sobre la Iglesia, resolviendo las cuestiones de fe y disciplina. Pronto la rivalidad de las dos Iglesias degeneró en guerra declarada; y ésta, en un rompimiento completo. La ocasión se presentó en 728 con el edicto imperial relativo al culto de las imágenes, en que se suprimía toda representación de Cristo, de la Virgen y de los santos.

El Papa se opuso á este edicto, aconsejó á los fieles la resistencia y excomulgó á los emperadores *iconoclastas* (destruidores de imágenes). En este momento aparece Carlo-Magno; y los papas, sintiéndose apoyados, condenan las doctrinas de la «Iglesia griega» opuestas á las de Roma, en tanto que Focio (Patriarca de Constantinopla) condena las de los latinos y excomulga al Papa Nicolás en un concilio (867). El Papa, celebra otro, (869); depones á Focio y anula sus actos; pero diez años después (879) nuevo concilio en Constantinopla declara que el Papa no ejerce autoridad ninguna en Oriente. Pasaron luego dos siglos, y en 1,054, el Papa, ya seguro de su Poder en Roma y en todo el Occidente, envió una bula de excomunión contra el Patriarca griego y sus partidarios; éstos y su jefe no se sometieron, y desde entonces los cristianos se dividieron en *latinos* ó *católicos* y en *griegos* ó *ortodoxos*. Primer gran cisma de la Iglesia cristiana. (1).

(1) Las diferencias en las doctrinas y en el culto de las dos Iglesias son insignificantes: los griegos creen que el Espíritu Santo procede del Padre solamente; y los latinos, que del Padre y del hijo; aquéllos comulgan con pan ordinario; estos, con pan sin levadura; los primeros permiten el casamiento de los sacerdotes; los segundos, no.

VI.—Artes, Ciencias y Letras.

MIENTRAS que el Occidente descendía á la barbarie, *Constantinopla* abundaba en artistas, arquitectos, pintores y escultores, que continuaron la tradición griega, modificando algún tanto los procedimientos y dando un sello original á sus obras, principalmente en Arquitectura. En el siglo VI, *Justiniano* mandó construir la *Iglesia de Santa Sofía* de *Constantinopla*, que ha quedado como el modelo del arte bizantino. Se compone el histórico templo de una elevada cúpula central, rodeada de otras más pequeñas; todas doradas y brillantes. Hermosas columnas, de jaspe y pórfido, y paredes cubiertas de frescos, sostienen las bóvedas; el suelo es de mosaico, y el conjunto deja una impresión general de riqueza y pompa; pero no produce la emoción propia de la belleza. La arquitectura bizantina es un arte de decadencia: faltan en él la sencillez, la pureza y la armonía; filas de santos escuetos, monótonos, que se destacan sobre fondo dorado; estatuas en forzadas actitudes, muestran el amaneramiento y el gusto estragado de una sociedad que se disuelve.

En letras y ciencias, los bizantinos no hicieron más que continuar, como en las bellas artes, la tradición greco-romana; pero como en aquéllas, no pudieron avanzar, sino que se limitaron á repetir, á copiar, á examinar y á extraer lo que habían dicho los poetas, oradores y sabios de Atenas y Alejandría. *Focio*, el hombre más instruido de su tiempo, compuso el *Miriobiblión* (diez mil libros), en que aspiraba á condensar la ciencia de los antiguos helenos. Pero si no añadieron nada, conservaron por lo menos las obras maestras de los buenos tiempos de *Grecia*, sirviendo así de eslabón entre la cultura antigua y la moderna.

CAPITULO II.

Los Arabes.—Mahoma.

I.—Origen de los Arabes.

AL Sudeste de *Siria*, entre el *Mar Rojo*, el *golfo Pérsico* y el *mar de Omán*, se encuentra una vasta península que estuvo habitada desde tiempos remotos. Según la *Biblia*, *Abraham* tuvo de su esclava *Agar* á *Ismael*, padre de los *Ismaelitas*, antepasados de los árabes. Eran de la misma raza *semítica* que los *hebreos*, y durante muchos siglos vivieron apartados de todas las revoluciones que agitaron el Oriente. Ninguno de los conquistadores, ni *Alejandro* ni *Pompeyo*, ni *César* ni *Traiano*, pasó de los arenales de *Siria*. Y en verdad que no era á propósito aquel semillero de tribus para tentar la codicia de nadie. En efecto, algunas de estas tribus tenían pequeñas poblaciones y campos cultivados y comerciaban en café, incienso y dátiles, con los pueblos de *Siria*; pero el mayor número vivía en el desierto con sus rebaños, como pastores y bandidos al mismo tiempo. La guerra era continua entre estas tribus, si bien todas hablaban el mismo idioma, adoraban los mismos dioses y se consideraban de un mismo origen, como descendientes del mismo padre, de *Abraham*, que lo era también de los judíos.

II.—Religión y Culto primitivos.

LOS árabes, como de la misma raza que los judíos, tenían análogas concepciones religiosas, aunque desfiguradas después á causa probablemente del aislamiento y atraso en que vivieron por más

de veinte siglos, mientras que los *hebreos* se ilustraban en contacto con los pueblos más adelantados de la antigüedad.

Los *árabes*, creían en un «dios creador y supremo» como el *Jehová* hebreo; le llamaban *Alla-Taala*. Después, adoraron á los espíritus invisibles (*dijus*), que representaban bajo formas diferentes.

En medio de la anarquía en que vivían las tribus era imposible la uniformidad en la religión y en el culto; no obstante, todas reconocían por centro de su adoración la *Kaaba*, venerable santuario de la *Meca*. Lo singular y sencillo de este adoratorio contrastaba con su importancia. Tenía la forma de un cubo, con sus paredes recubiertas interiormente de lana, y contenía, juntamente con 360 ídolos pertenecientes á otras tantas tribus, la famosa *pedra negra*, objeto primordial de adoración entre los árabes primitivos.

III.—Mahoma.—La nueva Religión.

El destinado á reformar la religión de los árabes y á influir tan poderosamente en el porvenir de este pueblo, nació entre los *Koreiskitas*, que era la tribu principal por la religión y la política, puesto que eran los fieles custodios de la *Kaaba* y los *Señores* ó dueños de la *Meca*. La juventud del futuro Profeta pasó inadvertida en la monótona vida de periódicos viajes á la *Siria*, con cuyas principales poblaciones comerciaba su tribu. Sábese que era enfermizo y de complexión débil, que padecía de ataques de nervios y de accesos de calentura. Como entrara en la secta de los descontentos llamados *hanif* (impíos), que adoraban al «dios de Abraham,» fué perseguido por los *fieles* y se retiró á una legua de la *Meca*, en agreste sitio, bañado por la luz blanca y brillante de un sol del mediodía.

Según la leyenda, *Mahoma* vió en aquel retiro á un «ser poderoso» (el ángel Gabriel), y oyó una voz que le dijo: «Predica» (Ikra)—«No sé»--contestó *Mahoma*—«Predica!»--repitió la voz. Tal fué el «decreto divino» (611) que dió origen á una nueva religión y que infundió vida y aliento al enfermizo y tímido *Mahoma*. Desde en-

tonces, el reformador se consagró con toda la fe de un fanático y con todo el ardor de su temperamento, á extender sus creencias. Empezó por convertir á su mujer y á sus hijos, se atrajo luego á sus parientes más lejanos y á sus amigos; pero como era de suponer, los celosos, los fieles al culto idólatra de sus antepasados, opusieron resistencia, le hicieron cruda guerra y lo obligaron, juntamente con sus compañeros, á huir á *Medina* (622). Allí adquirió medios y recursos suficientes con que atacar á sus enemigos; y al frente de sus *fieles* derrotó en breve tiempo á los jefes de la *Meca* y sometió á las tribus vecinas. A su muerte, la nueva religión que predicara el profeta, quedaba sólidamente establecida (632).

IV.—El Islamismo.

MAHOMA se creía «inspirado por Dios» y trataba de restaurar la *religión verdadera*; creía también que bastaba volver á la pureza primitiva de la religión predicada por los profetas, Noé, Abraham, Moisés, Jesús, entre los cuales él era el último y mayor de todos. «Crear en un solo Dios y cumplir los preceptos que envía á los hombres,» tal es la esencia de la religión mahometana que puede condensarse en las siguientes palabras: «Dios es Dios, y Mahoma su profeta.»

Creencias y preceptos de esa religión están contenidos en el *Corán* (Libro), tan sagrado para los árabes como la *Biblia* para los *Judíos*, y el *Evangelio* para los cristianos. Está dividido en ciento catorce capítulos (sura ó surate) añadidos en el orden de su extensión, comenzando por los más largos. Es la colección de los fragmentos que dictó el profeta á su secretario *Zaid*. Como «la Biblia,» forma un Código religioso, moral, político y civil, y más que en aquélla, todo está revuelto y confundido.

La religión de Mahoma es una religión fatalista; de aquí el nombre de *Islamismo*, de *Islam*, voz que signifi-

ca «resignación á la voluntad divina,» y el de *musulmanes* (resignados) á los fieles. El *cielo* y el *infierno* (*Gehenne*) no difieren mucho de estas mismas concepciones entre los cristianos. «Los que vivan en el jardín de las delicias,» dice el *Corán*, «descansarán en asientos adornados con oro y pedrerías, se mirarán frente á frente... Serán servidos por seres de eterna belleza y juventud; comerán de los frutos que apetezcan, y junto á ellos habrá vírgenes de hermosos ojos negros, parecidos á las perlas en el nácar... Los réprobos vivirán en medio de vientos pestilenciales y en negra humareda... beberán aguas hirvientes, etc.» [1]. Por esto se ha dicho que «el *Islamismo* es una herejía del *Cristianismo* para uso de los *árabes*.»

El culto consiste en orar «cinco veces al día,» anunciadas desde la mezquita por el *muezín* (pregonero): en abluciones «con agua ó arena» á horas fijas, antes de la oración, y en ayunar durante un mes (*Ramadán*). El *Corán* aconseja la limosna, la resignación á la voluntad divina, y prohíbe expresamente «beber vino,» «pres-tar con usura» y «cometer acciones ruines.»

En 632 murió Mahoma, y ya para 711 los *musulmanes* habían conquistado la *Siria*, la *Palestina*, la *Persia*, la *Armenia*, el *Turquestán*, parte de la *India*, el *Egipto*, *Tripoli*, *África* y *España*. Ninguna religión se ha propagado con mayor rapidez; el profeta prometió el paraíso á los que muriesen en el campo de batalla, en la guerra santa contra los infieles. Nadie pudo contener á estos fanáticos. Si la providencia de la historia no suscita á *Carlos Martel*, el héroe franco, tal vez toda la Europa habría sido musulmana; pero los destinos de la civilización occidental estaban más arriba, á donde no podía llegar la cimitarra de los *Califas*.

[1] Es indudable que Mahoma conoció las doctrinas de Moisés y de Cristo: pero muy incompletamente. Cuanto á los evangelios consta que sólo conoció los apócrifos.

CAPITULO III.

El Califato.—Conquistas de los Arabes.

I.—Abu Bekr, Omar y Otman. (632 á 656).



LA muerte de Mahoma, Abu Bekr (su discípulo), pronunció la oración en nombre del Profeta, y fué reconocido como «jefe de los creyentes» (Califa). De allí en adelante quedó establecido que el *Califa*, representante del Profeta, eligiera á su sucesor: la elección popular fué siempre nominal meramente.

Abu Bekr, que reinó solamente dos años, designó para sucederle á Omar, en cuya época comienzan realmente las conquistas, que continúan con el mismo brillo en la del Califa Otmán. Los árabes guiados por jefes decididos y animados por un espíritu fanático incontrastable, conquistan la *Siria* y la *Palestina*, apoderándose de *Damasco* y *Jerusalén*, que los degenerados bizantinos no pudieron defender; atraviesan el *Eufrates* y el *Tigris*, sojuzgan la *Persia*, al mismo tiempo que sus tenientes invaden el *Egipto*, sitian á *Alejudría* y la destruyen, [destrucción lamentable, pues que con ella perecen los restos de la Biblioteca de Tolomeo]; edificando poco después la ciudad de *Cairo*, á la derecha del *Nilo*, junto á las ruínas de *Menfis*.

Los pueblos sometidos por los árabes eran demasiado diferentes en costumbres y carácter, para que pudiesen permanecer por mucho tiempo unidos; así es que pronto apareció la división ó *cisma*.

II.—Alí y el Cisma.—Los Omriadas. (653 á 750.)

L cuarto Califa fué Alí [yerno del Profeta], que consideraba usurpadores á los tres Califas que le precedieron. Admitía, además del Corán, multitud de palabras y relatos, atribuidos al Profeta y á sus compañeros y deudos; mientras que otros se atenían al Corán escrito. Así es que á la muerte del yerno de Mahoma, dejó sembrado el Cisma y la división en el Imperio. Los partidarios de Alí fueron llamados *schii-tas* [cismáticos], por lo que permanecieron fieles á los tres primeros califas, á la tradición [sunah ó sunitas]. Pero no se detuvieron por esto las conquistas.

En 660 comenzó una nueva dinastía, la de los *Ommiadas*, que duró casi un siglo [750], y que llevó el estandarte del Profeta hasta las estepas del *Turquestán*, á las montañas del *Afganistán* y á los bosques y desfiladeros del *Himalaya*. En el Occidente, los árabes ocuparon todo el Norte de *Africa* (1); en 711, *Tarik* atravesó las «columnas de Hércules.» tocó la punta de la península [que dejó su nombre *Djebel-Tarik*, montaña de *Tarik*], y deshizo á la monarquía visigoda en la terrible batalla del *Guadalete*. Poco después, los incontrastables *árabes*, traspasan los *Pirineos*, avanzan hasta el *Loir* y son por fin contenidos por el ejército formidable de *Carlos Martel*, que con sus pesados escuadrones de guerreros francos machacó á los *ligeros y veloces* orientales; de donde le vino el apodo al caudillo [Martel, martillo]: había encontrado su dique el desbordado torrente del Profeta [732].

(1) Kaleb al llegar al extremo occidental del Africa, dicen que hundiéndose los pies de su caballo en el Océano, exclamó: «Dios es testigo de que sólo el mar me detiene, y me impide extender á todo el mundo la religión de Mahoma.»

III.—Los Abasidas.—División del Imperio.

A MITAD del siglo VIII [750], el «Gran Imperio» se dividió en dos califatos: el de «Oriente,» con su soberbia capital [*Bagdad*], en las márgenes del *Tigris*; y el «califato de Occidente,» cuya capital fué *Córdoba* en *España*. Los descendientes de *Abul Abas*, [Abasidas], reinaron en *Bagdad*, habiendo derrocado á los *Ommiadas* en 750; pero *Abder Rahman*, único vástago escapado del degüello de su familia, fundó en el desmembrado Imperio el califato de *Córdoba*. Uno y otro tuvieron una época brillante de grandeza y poderío, que dió al mundo el espectáculo de una civilización magnífica en medio de la barbarie y obscurantismo que dominaba á los pueblos germanos de Europa en aquellos calamitosos siglos [VIII al XI]. Mas, tan rápido crecimiento tenia que ser efímero: la conquista y la fuerza no son los medios más apropiados para fundar sólidamente la grandeza y la estabilidad de los imperios, los cuales perecen por los mismos medios; los jefes del *Turquestán* arrebataron en el siglo XI á los árabes el califato de *Bagdad*, y queda convertido en «reinos turcos» [1058]; á la vez que en *España* se desmorona del mismo modo el brillante califato en pequeñas porciones, [1051], presa en un tiempo no remoto de los reinos cristianos, sus eternos enemigos.

IV.—Gobierno y Administración.

SE ha dicho que la elección del califa era nominalmente popular, y en un principio se conservó la fórmula de que los *creyentes* reunidos nombraban, bajo la inspiración de Dios, al representante y sucesor del Profeta. Al ser nombrado *Jazid*, se observó esta fórmula, y él trató de satisfacer al pueblo en su oración diciéndole: «Estáis obligados á obedecerme por vuestra propia voluntad, y podéis destituirme si no cumplo mis promesas ni con la *Ley*. Pero después, cuando se extendió el Imperio, y las luchas religiosas

(cismas), se mezclaron con las políticas, la elección fué siempre por nombramiento directo del califa anterior, ó por revoluciones y violencias, como en el «Imperio bizantino.»

El califa, como sucesor del Profeta y comendador de los creyentes, debfa pronunciar cada viernes una oración sagrada al pueblo; dar audiencias en épocas fijas y dirigir personalmente la administración. Mas, desde que creció el Imperio, y se corrompieron las primitivas costumbres, en la época de los *Abasidas* principalmente, se eximió de casi todos estos deberes, nombró un *Ministro* (*Vizir*), que desempeñara en lugar de él las funciones de gobierno, y el soberano se entregaba á los placeres en sus palacios y jardines, dominado enteramente por esa lepra de la sensualidad, que parece incurable en las monarquías orientales.

El gobierno en las provincias de uno y otro califato, era militar y despótico como en todas esas monarquías. A veces se rebelaban contra el califa, como pasó con *Marruecos* y *Korasán*, y éste no tenía fuerza suficiente para sujetarlas llegando en poco tiempo á constituir reinos independientes. En cada gran ciudad había un juez (*cadí*) encargado de administrar justicia entre los *musulmanes*; pero sin sujeción á un cuerpo regular de doctrina, sino ateniéndose á ciertas máximas vagas de moral y á sentencias del *Corán*. Lo cierto es que los *árabes* eran tolerantes como los romanos, dejando á los pueblos vencidos sus tribunales y hasta su culto. A esto debieron en gran parte su rápido desarrollo y crecimiento, pues que se asimilaban ideas, costumbres y conocimientos de todos los pueblos que dominaban. (1).

Una fuente de revoluciones en todos los pueblos musulmanes es la creencia en el *Mahdí* [inspirado por Dios], que vendrá algún día á luchar contra el mal, para restablecer en la tierra, ayudado por *Jesucristo*, el imperio de la justicia. Un *Mahdí* fundó el califato del *Cairo*, otro dió origen á la dinastía de los *Almohades* en *Marruecos*. Con esa creencia, cualquier fanático ambicioso se considera descendiente de *Alí* (Imán), levanta el estandarte del Profeta y ocasiona un trastorno y has-

(1) Solo en el califato de Bagdad había veinticinco obispos metropolitanos. A los cristianos les exigían: que no usasen espada, que no vendiesen vino, que no tocaran fuerte sus campanas y que no leyeran alto sus evangelios.

ta división en el Imperio, creyéndose elegido por Dios para restablecer la verdadera doctrina en toda su pureza, teniendo así la religión una influencia perniciosa en la política,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO IV.

Civilización árabe en la Edad Media.

I.—Brillo de la Civilización Árabe.

DEL siglo VIII al XI, precisamente cuando el Occidente se hundía más y más en las tinieblas de la ignorancia, descendiendo hasta tocar los linderos de la barbarie, el Imperio fundado por los árabes despedía vivos resplandores desde las riberas del *Tigris* hasta las costas de *España*, superando en su *agricultura*, *industria* y *comercio* á todos los pueblos de la tierra, y en sus *letras*, *artes* y *ciencias* igualando, por lo menos, á la misma *Grecia* en sus más bellos tiempos. Los *árabes* habían salido casi salvajes de sus desiertos, pero al contacto de los pueblos civilizados de Oriente, en los cuales se había conservado la ciencia greco-romana, pronto se civilizaron y pudieron acrecentarla, gracias á un espíritu vivo y entusiasta.

Sin embargo, esta civilización, netamente oriental, gusta más de lo brillante que de lo sólido, de la ostentación y riqueza, que de las verdaderas comodidades de la vida y de los cultos placeres del espíritu. *Bagdad* y *Córdoba*, fundadas en la época de la mayor grandeza de esta civilización, fueron como la fórmula resumida, como el símbolo de los gustos y cultura de los *árabes* en la «Edad Media.» *Bagdad* tenía cuatro puertas de hierro con cúpulas doradas; el palacio del califa era, como la ciudad, una maravilla: contenía árboles de oro cubiertos de piedras preciosas, leones encadenados,

fuentes y saltos de agua. *Córdova* era en el siglo X la mayor y más hermosa ciudad de *Europa*; tenía cien mil casas, seiscientas mezquitas, trescientos baños y ochenta escuelas; los cristianos que la visitaban quedaban sorprendidos, y así lo hacen constar en sus impresiones de viaje: la religiosa *Rosvitru* llamó á esa ciudad la «joya del mundo.» Jardines, tapices, telas de seda, fuentes de oro, muebles y adornos con pedrerías, perfumes de Arabia que arden en pebeteros de oro, todo eso formaba como el alma de tal civilización, que ha quedado como estereotipada en los relatos de las *Mil y una noches*.

II.—Agricultura é industria.

LOS *Árabes* no hicieron más que continuar las tradiciones de los antiguos *caldeos* al posesionarse de los fértiles países de *Babilonia* y *Siria*; allí aprendieron á distribuir el agua, formando canales de regadío, y á construir pozos adermados (norias), para regar abundantemente los cálidos países que habitaban. Esos mismos árabes, tan afanosos, transformaron el mediodía de *España* en un *verjel*, que duró muchos siglos, y que aún hoy mismo encuentran de él las huellas los viajeros que recorren en nuestros días las «vegas de Granada.» Debido á ellos, multitud de plantas alimenticias, textiles y de ornato, fueron introducidas en *Europa*, y cultivadas en aquella parte del mundo y luego en *América*; entre ellas pueden mencionarse: el arroz, el azafrán, el naranjo, la cidra, el espárrago, el melón, el cáñamo, la palma y principalmente el algodón entre los textiles, y la caña de azúcar, que tan grande importancia adquirieron después del descubrimiento de *América*.

Mas, en aquello en que los *árabes* sobresalieron fué la industria: puede decirse que ellos monopolizaron los trabajos que habían realizado en este ramo todos los pueblos que les precedieron en el camino de la civilización, y que perfeccionaron de modo admirable en cada uno de los países que conquistaron. En *Bagdad* fabricaban vidrio esmaltado; en *Basora*, el *Yemen*, *Damasco*, y *Toledo*, los *yata-ganes* encorvados y las espadas

que conquistaron fama universal. En *Frigia* y *Cilicia* tejían alfombras de lana; en *Damasco*, las famosas telas de lana y seda que aun llevan su nombre, como en *Musul* las gasas llamadas *muselinas*. En el siglo X había fábricas de papel en *Bagdad* y *Samarcanda*, de donde pasó este precioso artefacto á *Sicilia* y á *Jativa* (*España*). Por último, el azúcar, jarabes, vinos secos y esencia de rosa, ó fueron creados estos productos por los *árabes*, ó los perfeccionaron, como el azúcar inventado por los *persas*.

III.—Comercio de los Arabes.

EN un Imperio que comprendía 1,800 leguas, desde el *Indo* y el *golfo Pérsico* hasta *España*, Imperio que contenía en su seno á los países más civilizados, más productores y ricos en la «Edad Media,» era natural y necesario que mantuviera un extenso, próspero y abundante comercio entre sí y con el extranjero; aun después que se dividió en varios califatos independientes y hasta enemigos, el comercio continuó en el seno de pueblos de unas mismas creencias y costumbres.

Tenían dos puertos que se convirtieron del siglo VIII al X en emporio del comercio de los árabes; *Basora* en el *golfo Pérsico* y *Alejadria* en el *Mediterráneo*; por el primero desembarcaban aromas, especias, marfil de la *India*, y goma laca y seda de *China*; el segundo servía para todo el tráfico con Occidente: baste observar que todos estos productos y los fabricados por los árabes, los recibieron los europeos en la «Edad Media» por medio de aquéllos.

El comercio por tierra era aun más activo y cuantioso; verdaderos ejércitos de *caravanas* salían de *Bagdad* y del *Cairo* en distintas direcciones en busca de productos y cambios: hacia *Crimea* y el Imperio bizantino, hacia *Samarcanda* y el *Caspio*, de la primera de las capitales citadas; y hacia *España* y los litorales de *Africa*, de la segunda. Puede decirse sin exageración de ningún género que por cinco siglos el comercio del oes-

te y sur de *Asia*, del centro, oriente y sur de Europa y de los litorales de Africa, pasó enteramente por sus manos. Ningún pueblo en la «Edad Media» prestó mayores servicios que éste á la civilización, manteniendo el trato y comunicación entre los pueblos de Oriente y Occidente; sin él, los adelantos y el progreso general que hoy contemplamos, se habrían retardado tal vez por muchos siglos.

Letras, Artes y Ciencias entre los Arabes.

El *Corán* fué entre los árabes lo que la *Biblia* entre los judíos; el libro por excelencia, el «Gran Libro.» En él está condensada toda la primitiva literatura árabe; pero así como este libro es, como la *Biblia*, rico en preceptos morales y teológicos, es pobre en formas y procedimientos literarios, que solo *Grecia* pudo agotar en numerosas y varias producciones. Respecto de la elegancia y valor literario del lenguaje empleado en el *Corán* hay dos opiniones opuestas: una supone que es grande este valor, y que está escrito en lenguaje elegantísimo; otra, que es muy mediano; y que es hasta ruda y bárbara su dicción. Debe suponerse que escrito en un tiempo en que los árabes no se habían afinado aún al contacto con las naciones más cultas (siglo VII), debe resentirse el *Corán* de la rudeza y semibarbarie del período en que apareció.

De las bellas artes, los árabes solo practicaron, dándoles cierto carácter original, la arquitectura y la pintura de ornamentación, puesto que el *Corán* les prohibía expresamente la representación figurada y plástica de la divinidad. En las mezquitas primitivas, como la de *Damasco*, aparece puro el estilo persa; pero en las posteriores, la del *Cairo* y *Córdoba*, así como en sus palacios, se une en harmónico consorcio este estilo con el *bizantino*, y puede decirse aún que se transforman, adquiriendo mayor finura, delicadeza y gracia. La mezquita se compone de una gran nave, del patio para las

abluciones y de una elevada torre, (el minarete), terminada por una azotea, desde la cual llama el *muezzin* á la oración; el palacio consta, como las casas romanas, de habitaciones que miran á un patio plantado de árboles con una ó varias fuentes ó saltos de agua; lo bello en estos no es el exterior, sino el interior, en que la vida muelle de los orientales procuraba reunir todos los placeres. Tanto en las mezquitas como en los palacios, las columnas son delgadas, esbeltas y sostienen paredes y techos ligeros de estuco y de yeso; los arcos son *ojivales*, formando una herradura ó un ángulo curvo; las paredes están cubiertas por líneas de colores vivos, guirnaldas de hojas; todo tan bien enlazado que fatiga la vista al mismo tiempo que fascina al espíritu el conjunto lleno de maravillosa delicadeza y gracia.

El *Corán* también sirvió á los árabes para aficionarse á los estudios que constituyen como el prólogo de las ciencias: la teología, la moral, el derecho y la gramática; no era aún la ciencia experimental propiamente dicha, tal como ahora se entiende, sino la filosofía y la especulación pura. Los *ulemas*, (gramáticos y doctores en teología y en derecho), tenían y explicaban la ciencia del «libro santo;» en las escuelas se aprendía á leer el *Corán*, á comprenderlo y copiarlo: los profesores daban á conocer hasta las formas literarias de este libro. Mas, donde adquirieron los árabes la verdadera ciencia, fué en las escuelas griegas de *Damasco* y *Alejudría*, en las cuales se conservaban las ciencias de los helenos: matemáticas, astronomía, física, mecánica y medicina. Los árabes no se limitaron á estudiarlas, sino que crearon y produjeron nuevos progresos en todas ellas: apareció el *álgebra*; formaron nuevos catálogos de las estrellas fijas [1], dieron nombre á algunas constelaciones, describieron minuciosamente los países lejanos de *Asia* y *Africa* que visitaban, crearon el método de curar que privó en la «Edad Media.» y fundaron la *química* buscando la *panacea*, ó remedio general para todas las enfermedades, y la *piedra filosofal*, capaz de convertir en oro todos los metales. Ni una ni otra cosa encontraron, pero sí el *alcohol* y diversas formas de farmacéuticos, como los elixir y las píldoras. Mas

(1) En Orión llevan nombre árabe *Rigel* y *Algenib*; en *Taurus*, *Aldebarán* y las *pléyades*; en el Escorpión, *Antarés*; en el *Pez austral*, *Fomalhaut*; en la *Osa Mayor*, *Saidac*, etc.

tarde, purificando el salitre hallaron la pólvora. Pero la invención científica con que contribuyeron eficazmente al progreso del mundo, fué el sencillo sistema de numeración que lleva el apelativo de *arábiga*. La ventaja de este sistema sobre el de la numeración romana, no está solamente en la sencillez de las cifras, sino en su concepción rigurosamente científica debido al *cero*. Parece que los *árabes* no lo inventaron, sino que lo tomaron de los *indostánicos*; pero ellos fueron los que, con la numeración que lleva su nombre, la propagaron por Occidente, y que hoy emplean todos los pueblos cultos de la tierra.

SECCION TERCERA.

DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA CAIDA DE
CONSTANTINOPLA. (1,096 á 1,453).

CAPITULO I.

Las Cruzadas.

I.—Europa en los siglos X y XI.

LA Europa en la época de la disolución del «Imperio de Carlo-Magno» (887), presenta un cuadro lamentable de atraso é ignorancia, opuesto al de aquella brillante civilización árabe, que alcanzaba en ese tiempo su mayor prosperidad y grandeza. Los leves esplendores que despidieran los imperios: el *ostrogodo* en el siglo VI, y el de los francos en el IX, se extinguieron totalmente, dejando más densas las tinieblas y más dudoso el por-

venir. El feudalismo se recrudesció de tal manera, que los descendientes de *Carlo-Magno* se vieron reducidos al territorio de *Laón* en Francia (987). Los *Capetos* restauran la monarquía, pero luchan un siglo para constituir la. En *Alemania*, la casa de *Sajonia* funda con Otón el «Imperio.» [962]. La monarquía *anglo-sajona*, debilitada por las invasiones de los «hombres del Norte» [normandos], precipítase en su decadencia, hasta que por fin cae en manos de ellos. [1066]. Los reinos cristianos de *España*, *Asturias*, *León*, *Navarra*, *Castilla* y *Aragón*, luchan contra los *musulmanes*, y emprenden frecuentes cruzadas que son coronadas con el mejor éxito. La *Italia* del Norte queda en poder de los emperadores de Alemania; la del centro, con el Papa, pertenece á los *Señores* feudales, mientras que la del Sur la avasallan los normandos.

Si comparamos la civilización Oriental con la Occidental en el siglo X y en el XI, se notará que la ventaja está de parte de aquélla. Las magníficas ciudades de Oriente, [*Constantinopla*, el *Cairo*, *Damasco*, *Bagdad*], con sus palacios de mármol, sus talleres y escuelas, sus templos, bazares y jardines, formaban contraste con los insignificantes villorrios, de toscas murallas, con sus macizos y lóbregos castillos, sus ruinas y sus lúgubres conventos. Pero la virilidad, la fuerza estaba de parte de los occidentales: pronto estos dos mundos, animados por diferente espíritu religioso y político iban á encontrarse, y de su encuentro nació el progreso y el triunfo definitivo de la civilización Occidental.

II.—Origen de las Cruzadas.—Su carácter.

AS cruzadas duraron varios siglos: en *España* comenzaron con la reconquista (720), y terminaron con la toma de *Granada* por los cristianos (1,492); pero estos movimientos fueron parciales, limitados á la península, en que se luchaba por la religión y por la patria. Los movimientos generales que comprometieron á la mayor parte de los reinos fundados por los germanos en Europa, comenzaron á fines del siglo XI y terminaron en el XIV. Desde el siglo XIII había caído (con *Jerusalén*) el sepulcro de

Cristo (el santo sepulcro) en manos de los infieles. A fines del siglo XI, cuando los califatos *árabes*, ya en plena decadencia, menguaban su poder y grandeza, el Papa Urbano II inició en *Clermont* (1,095), el pensamiento que agitaba todos los espíritus, de arrancar la tumba de *Cristo* de manos de los *musulmanes*. Miles de peregrinos, ansiosos de contribuir á la santa empresa, se organizaron en grupos y marcharon al grito de *¡Dios lo quiere!* El Pontífice había prometido la absolución de los pecados, y el perdón de las penitencias; así es que los más ardientes no procuraron proveerse de los recursos necesarios para tan larga y costosa expedición, y perecieron tristemente en los campos por el hambre y las enfermedades.

Mas, con los pregrinos y penitentes iban caballeros poderosos y ricos, aventureros ansiosos de gloria y renombre, y colonos y traficantes que anhelaban fundar un Estado propio y explotarlo. Estos fueron los que triunfaron en las luchas contra los infieles, y los que lograron establecer algo durable. Sin embargo, las grandes expediciones, las dirigidas por los reyes *Luis VII*, *Luis IX*, y *Felipe Augusto* de *Francia*, y por los emperadores *Conrado* y *Federico Barbarroja*, fracasaron enteramente; y era que no intentaban establecer nada durable, sino mostrar su odio á los infieles, realizar grandes hazañas y volverse luego á *Europa*, después de haber cumplido sus promesas y ofertas. Las únicas cruzadas que dieron un resultado positivo fueron: la primera, dirigida por los aventureros normandos del Sur de *Italia* y los «Señores de Flandes», cuya consecuencia inmediata fué la toma de *Siria* [1096]; y la cuarta, en la que los traficantes venecianos, ayudados por algunos aventureros nobles, fundaron un «Imperio latino» en *Constantinopla*. [204].

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.—Destrucción de los reinos Cristianos.

LA Europa cristiana no tuvo entonces bastantes colonos para fundar verdaderas naciones en *Oriente*; sólo pudo constituir efímeros «Imperios militares» que desaparecieron con el ejército. Al principio los reinos cristianos que fundaron los *cruzados*, só-

lo tuvieron que luchar contra los pequeños principados musulmanes procedentes del desmembramiento del califato de *Bagdad*, desmembramiento operado en 1,060. Pero cuando *Saladino* establece el «Imperio militar de los mamelucos» sobre el derruido califato del *Cairo*, los reinos cristianos de *Siria* no pueden resistir los ataques combinados, y comienza su rápida decadencia. El «reino de Jerusalén» se sostiene aún por algún tiempo, hasta que por fin perece en 1,291, cerca de dos siglos después de su fundación; el «Imperio latino de *Constantinopla*» fué aún más efímero, pues que solo duró 57 años.

Otra causa poderosa de su decadencia y ruina fué la rivalidad de los distintos pueblos de *Europa*, entre *ingleses*, *franceses* y *alemanes*, entre militares y traficantes de los países cristianos. Los *Templarios* y *Hospitalarios*, los mercaderes genoveses y venecianos, y los mismos príncipes, (Alberto de Austria, Ricardo de Inglaterra y Felipe de Francia), dieron el espectáculo de sus rencillas y rivalidades ante los *infieles*, quienes se aprovechaban hábilmente de ellas, llegando hasta el punto de aliarse con un príncipe cristiano contra otro más poderoso ó temible para los infieles, mientras que llegaba el tiempo de destruirlos á todos, como se verificó después.

Lo importante en estos movimientos religiosos no fué la duración de los «Estados cristianos en Oriente», ni su escasa estabilidad; no fueron tampoco las hazañas de *Godofredo de Bullon*, de *Bohemundo de Tarento*, de *Tancredo* y de *Ricardo* «Corazón de León», (que espantó con su valor y con su audacia á la audacia, valor y fanatismo de los mismos musulmanes), lo importante en esas célebres contiendas, fué el resultado: el progreso y mayor civilización de Occidente al ponerse en contacto con los pueblos de Oriente.

IV.—Principales consecuencias de las Cruzadas.

LAS consecuencias de las *cruzadas* fueron de varias clases, y se hicieron sentir, ya inmediatamente, ya en época lejana; pero todas de trascendental importancia para la civilización.

El comercio recibió un impulso vigoroso, pues que se organizó un servicio marítimo entre *Venecia, Génova, Marsella*, los puertos de *Siria* y todo el *Levante*, que estrechó las relaciones, facilitó el transporte de pasajeros y mercancías y acrecentó rápidamente la riqueza y bienestar de los pueblos del centro y sur de Europa. Los objetos de lujo, y los productos de los países cálidos, las *especias de la India* (canela, jengibre, nuez moscada, pimienta), el marfil, las sedas (de China), telas y tapices, algodón, azúcar y papel, pudieron ser adquiridos á más bajos precios que en los mercados de *Constantinopla, Pisa, Venecia* y *Génova*, celebraron convenios y tratados de comercio con los príncipes musulmanes de *Egipto* y *Tripoli* para poder comerciar con los vasallos de éstos. Después de la caída del «Imperio latino de Constantinopla.» los *venecianos* conservaron en esta ciudad un barrio entero, y fundaron factorías hasta en la cuenca del *Mar Negro*, por medio de las cuales comerciaban con *Trebizonda* y el *Alto Oriente*.

A partir de entonces, los objetos de lujo, los damascos y tafletés, las telas de seda brochadas de oro y plata, la muselina, la gasa, el cental, el tafetán, los terciopelos, los vidrios y espejos, el papel, el azúcar, y otros muchos productos de la industria, no solo fueron de más fácil adquisición, sino que se establecieron fábricas, principalmente en *Italia*, donde se produjeron y mejoraron muchos de estos artefactos. Las plantas más útiles, tales como el trigo, cáñamo, lino, la morera, el arroz, el café, el algodón y la caña de azúcar, algunas de las cuales las había recibido el Occidente por medio de los árabes de España, fueron mejor conocidas y cultivadas después de aquellas guerras religiosas.

El álgebra, la geomerría, la química, la trigonometría, la numeración arábica y multitud de artes é inventos que vuelven grata y cómoda la vida, se ha dicho ya que los Occidentales los debieron á los árabes; solo resta añadir que desde las cruzadas se generalizaron más y formaron parte integrante de la vida en los pueblos de Europa. Las mismas creencias, tan arraigadas en cada una de estas dos civilizaciones, sufrieron grave quebranto al ver que no eran los *infieles* tan despreciables como el ciego fanatismo se los había hecho suponer; que entre ellos había hombres ilustrados y generosos, que podían dar ejemplos de moral cristiana á

los más celosos observantes de la vida y doctrinas de *Cristo*. [1]. En algunos príncipes y Señores, estos ejemplos hicieron desaparecer la intransigencia de sus creencias, volviéndolos más tolerantes. Algunos, como *Federico II* (emperador de la casa de *Hohenstaufen*), se tornaron en incrédulos en lo absoluto. [2].

CAPITULO II.

Las Monarquías en Europa.

DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA TOMA DE
CONSTANTINOPLA. (1,096 A 1453).

I.—Principales naciones de Europa.



LA disolución del «Imperio de *Carlo-Magno*,» quedaron tres grandes Estados: *Alemania, Italia* y *Francia*, que luchan por constituirse independientemente. *Inglatera* continúa alejada de las revoluciones del

Continente en su retiro insular. En *España* comienzan los cristianos su cruzada de ochocientos años contra los musulmanes. Las demás naciones son, en esta época, como si no existiesen.

La primera nación que se constituyó definitivamente en Europa después de la disolución del «Imperio del *Carlo Magno*» fué *Alemania* con *Otón I* (casa de *Sajonia*) en el siglo X (918), que se imagina reconstituir el «Gran Imperio de Occidente;» pero los sucesores, persiguiendo este fantasma de *Imperio*, agotan sus fuerzas en una lucha tan tenaz como estéril la contra *Italia*, á la que pretenden dominar, hasta que parece el último re-

(1) *Saladino* era tan generoso que volvía sin rescate los prisioneros, y enviaba su médico á los príncipes enfermos sus enemigos.

(2) A él se atribuye la frase: «Ha habido tres impostores: *Moisés, Jesucristo* y *Mahoma*, que engañaron respectivamente á los judíos, cristianos y musulmanes.»

presentante de ese sueño, en un cadalso (1,250). (V. Cap. III). Pero las naciones que ocuparon el primer puesto en el Continente, aunque constituidas después que la *Alemania*, fueron *Francia é Inglaterra*.

II.—La Monarquía Francesa.

DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA GUERRA DE CIEN AÑOS. (1,096 A 1,328).

LA verdadera monarquía francesa no quedó definitivamente establecida sino hasta el siglo XII. Durante los siglos X y XI, los primeros *Capetos* reinaron, como los últimos *carlovingios* en el IX, sólo nominalmente; pero ya *Luis VI* y *Felipe Augusto* dieron un gran impulso á la soberanía, infundiendo respeto á los «Señores feudales» y á los reyes extranjeros, tanto por su administración regular y cuidadas como por la actitud enérgica que asumieron en el «Poder supremo» del reino. *Felipe* pudo arrebatarse al rey *Juan* (de Inglaterra) las provincias de *Francia* que éste conservaba, desde que la repudiada esposa de *Luis VII* [Leonor] le llevara en dote; lo derrotó en *Bouvines*, obligándolo á restituírlas (1,214). Nadie mejor que él supo mantener sumisos á los «Caballeros», y, en suma, constituir sobre bases sólidas la monarquía.

Pero el más perfecto de los reyes, el rey cristiano por excelencia, fué *Luis IX*, (el santo); era valiente y caritativo, humilde y justiciero: prohibió el *duelo* como medio de decisión jurídica; castigó enérgicamente á los «Señores» que intentaban hacerse justicia por su propia mano y publicó «*Instituciones ú ordenanzas*» encaminadas á prevenir todas las violencias. La devoción, que era en él ingénita, le llevó á reanimar el espíritu ya muerto de «las cruzadas», y pereció persiguiendo ese ideal cristiano, en la tercera de sus estériles expediciones contra los infieles del norte de *Africa*. (1,270).

Después del insignificante reinado de *Felipe III*, aparece *Felipe IV* (el hormoso): uno de los soberanos que dejaron más profundas huellas en la monarquía francesa. Fué el primero que creó impuestos regulares

[aunque excesivos] que pesaban principalmente sobre los cultivadores y artesanos, si bien no estaban exentos de ellos los nobles y el clero [1]; impuso, frecuentemente, préstamos á todos los habitantes del reino, y dió grande importancia á los «legistas» [gentes de toga], los cuales llegaron á formar por entero el *Parlamento*, ó «tribunal del rey», encargado de resolver los litigios é instruir los procesos. Mas, la institución que hizo del reinado de *Felipe IV* una época importante en la historia de la monarquía francesa fué la reunión de la «Asamblea» ó «Estados generales del reino». Formaban parte de esta «Asamblea» tres clases de representantes: los del *clero*, *nobleza* y *burguesía*, que constituían los tres *brazos* ú *órdenes* del reino. El *clero* y la *nobleza* formaban los dos primeros, la *burguesía* formaba el «tercer Estado», y siempre se le designó con este número de orden hasta la Revolución, en los comienzos de la «Época Contemporánea». El objeto de estas «Asambleas» fué conceder *subsidios* al rey, y el derecho de cobrar toda clase de impuestos; pero sucedió que una vez concedidos, los reyes se negaron á reunirlos, por temor á las reclamaciones de los representantes, que aspiraban á poner trabas al despotismo y poder absoluto de los monarcas. En los reinados de *Juan II* y *Cárlos VII* [1,356 y 1,443], los *Estados* concedieron á la monarquía los recursos de que disfrutó hasta 1,789.

Los tres hijos de *Felipe* (*Luis X*, *Felipe V* y *Cárlos IV*) reinaron sucesivamente, sin dejar hijos varones que conforme á la «Ley sálica», estrictamente aplicada por los legistas, pudieran heredar el trono de *Francia*. No podía darse mayor coincidencia ni tampoco mayor desgracia: *Eduardo III* (rey de Inglaterra) nieto de *Felipe IV* pretendió la corona de *Francia*, haciendo valer los derechos de su madre *Isabel* á esta corona, contra el expreso mandato de la «Ley sálica». *Eduardo* tenía otro derecho: el de un excelente ejército y el de un reino poderoso. Los franceses sin hacer caso de los pretendidos derechos del inglés habfan nombrado rey á *Felipe de Valois* (*Felipe VI*) [1,328]. Así comenzó la desastrosa «guerra de cien años» entre los dos pueblos más poderosos de Europa.

(1) Las contribuciones eran: el *vigésimo*, ó sea el 5 p 2 sobre compra y venta de mercancías; y el 2 p 2 sobre la propiedad.

III.—La Monarquía inglesa.

LA dinastía de los *sajones* que formaban un reino de guerreros brutales y sanguinarios, no había hecho más que declinar en los siglos IX y X, debido principalmente á su mala organización política y á las incursiones de los «hombres del norte» [normandos], que asolaban las costas y verificaban frecuentes correrías por el interior. Procedían de *Dinamarca* y la península *escandinava*, y más de una vez estos terribles piratas y aventureros pusieron á punto de su pérdida á las naciones del oeste, centro y sur de *Europa*. Los últimos *carlovingios* perdieron más y más su prestigio en *Francia* por no ser capaces de oponerse á los *normandos*, que llegaron hasta poner sitio á *París*; en tanto que los primeros *capetos* debieron en gran parte la consolidación de su monarquía á los esfuerzos de *Eudes*, *Roberto*, *Raúl de Borgoña* y *Hugo* para defender el reino contra las incursiones de aquellos terribles enemigos. No obstante estos esfuerzos, los *normandos* habían logrado su objeto: la principal de sus bandadas, con *Rollon* su jefe, se había apoderado de la gran provincia de *Francia*, que forma la región situada á lo largo de la *Mancha*, y que de ellos tomó el nombre de *Normandía*. De allí salió la regeneradora banda que debía cambiar la faz de la monarquía inglesa.

En 1066, *Guillermo*, duque de *Normandía*, pretendió la corona de *Inglaterra*, sin más título que el de ser yerno del rey anterior (*Eduardo*), y con otro mejor aún: el de un ejército de 60,000 guerreros decididos y valientes, que reclutó entre los súbditos de sus vastos dominios. Fué una marcha triunfal: los *sajones* no resistieron; los vencedores se apoderaron de los bienes y tierras de los vencidos, y mandaron como dueños. Lo importante fué la organización que los conquistadores dieron al país: la nota exacta que los soberanos de esa dinastía tomaron de las propiedades y dominios, de los siervos, villanos y hombres libres, caballeros y nobles (barones ó lords), les permitió gobernar, establecer im-

puestos y dirigir la administración del reino conforme á un principio único. Nombraron jueces ambulantes (vizcondes ó *schérif*) encargados de recorrer el país é impartir justicia en nombre del rey, y prohibieron las guerras privadas entre los «Señores», teniendo que sujetarse á la paz ó justicia del «Soberano» todo aquél que atacara á su enemigo, cualquiera que fuese la causa (1).

El excesivo poder del rey hizo que los nobles [barones ó lords] se unieran para disminuirlo y oponerse á un despotismo que cada día aumentaba. En el siglo XIII, [1.215], hallándose *Juan sin Tierra* en crítica situación, los nobles, (caballeros ó *Knights*), le prometieron ayudarle y obedecerle, imponiéndole ciertas condiciones, entre las cuales están las siguientes:

- 1.º El rey debe respetar los bienes de sus súbditos, no exigiéndoles tributos sino previo consentimiento.
- 2.º Debe respetar la vida de las personas, no castigándolas sino en virtud de juicio regular.

Esta fué la famosa *Carta Magna*, origen del *Parlamento* y del *Jurado* y base del «Derecho Público» en *Inglaterra*.

Al principio, todos los reyes la quebrantan, aunque protesten cumplirla; pero todos se ven obligados á ratificar esta «Carta», y tal ceremonia recuerda á la nación que tiene *derechos*, y al «Soberano» que tiene *deberes*. De este compromiso se derivarán con el tiempo las libertades públicas y «el régimen parlamentario» de que hoy disfrutan las principales naciones de Europa.

Los únicos que formaron el «Parlamento» ó asamblea encargada de conceder al rey el dinero necesario para los gastos de guerra, fueron por mucho tiempo los nobles ó *lords*; pero á fines del siglo XIII (*Enrique III* y *Eduardo I*) se dispuso que cada ciudad mandase á la asamblea dos burgueses, y cada condado dos caballeros. El «Parlamento» no concedía nada sin que antes el rey oyera sus quejas, y frecuentemente lo obligaba también á reformar su administración ó á destituir los empleados. Los «Señores y obispos», que fueron los únicos citados al principio, formaron desde entonces la *Cámara de los lores*; y los caballeros de los con-

(1) En 1.154 comienza la dinastía de los *Plantagenets*: *Enrique II*, *Ricardo Corazón de León*, *Juan sin Tierra*, *Enrique III*, *Eduardo I*.

dados y los burgueses elegidos por las ciudades, la *Cámara de los comunes*. Los *lores* dirigían el «Parlamento» y el reino, con su influencia, su poder y su riqueza; pero habiéndose disminuido el número y amenguado el valimiento de los «grandes» durante la guerra de las «Dos Rosas», la *Cámara baja* ó de «los comunes» dirigió el Gobierno y la administración entera.

El *Jurado* es otra Institución liberal nacida por esta misma época en *Inglaterra*, y destinada á dar la vuelta al mundo. Los enviados del rey, jueces ambulantes que recorrían el país en épocas fijas, celebraban en nombre del «Soberano» una reunión ó asamblea, á la que asistían los hombres libres, los nobles y los señores del condado; se enteraban de los *procesos* y de los crímenes cometidos en esa región, nombraban doce personas de las más caracterizadas y sujetaba al juicio de éstas el fallo sobre el pleito ó acusación. No podía haber mayor imparcialidad ni mejores garantías de justicia.

No obstante que la *Inglaterra* se adelantaba de este modo á las naciones del Continente, no era aún en esa época la rica nación de marinos y comerciantes que había de ser más adelante; se componía de agricultores y ganaderos, carecía de industria, y sus ciudades, aún las más importantes, como *Londres* y *Bristol*, eran pequeñas y pobres: pero sus habitantes disfrutaban, gracias á las mencionadas Instituciones, de un bienestar de que carecían los del Continente: así es que pudo en el siglo XIV detener el creciente poderío de *Francia*, á quien puso á punto de su pérdida y total ruina.

IV.—Guerra de Cien años. (1328-1453).

LA «guerra de cien años» que comenzó por contiendas feudales terminó por ser la expresión del patriotismo y de la independencia de un pueblo.

Habiendo sido nombrado rey de *Francia*, *Felipe de Valois* por extinción de la línea masculina de los *Capetos*, *Eduardo* (rey de *Inglaterra*) pretendió tener más derecho que aquél, como nieto de *Felipe IV*. Los fran-

ceses sostuvieron á su rey nacional, y la guerra que se suscitó con este motivo duró más de un siglo, con largos períodos de paz y de combates. Los reinados de *Felipe VI* y *Juan II* (1328-1360), fueron desastrosos para *Francia*: piérdense las sangrientas batallas de *Crecy* y *Poitiers*, y por el «tratado de Bretigny», el oeste y mediodía del país, que cae en poder del inglés. *Cárlos V* [1364-1380], valiéndose del bravo *Beltrán Duguesclín*, repara en parte los desastres de sus dos antecesores, arrebatando á los enemigos casi todo el territorio nacional; pero á la muerte de este rey, comienzan de nuevo los desastres. *Enrique V*, rey de *Inglaterra*, aprovechando la minoría de *Cárlos VI* y la guerra civil entre los *borgoñones* y *armagnac* que desolaba la *Francia*, desembarcó en *Normandía* y derrotó al ejército francés en *Azincourt* [1415].

Después de esta victoria, los ingleses se aprovecharon de la demencia de *Cárlos VI* y del odio de *Isabel de Baviera* y de los *borgoñones* al partido de *Armagnac*, que defendía al legítimo rey de *Francia*, y nombraron la *Enrique IV*, privando de su derecho al trono al delfín *Cárlos*, hijo de *Cárlos VI*. Pero entonces se reveló el patriotismo con que los ingleses no habían contado al celebrar el «tratado de Troyes.»

El poeta *Alain Chartier* había llamado *renegados* á los *borgoñones*, á los franceses aliados con el rey de *Inglaterra*, y había sido el primero que empleó la palabra *patria* en sus composiciones. Pronto este sentimiento que animaba á los que habían permanecido fieles á la nación y al rey, se encarnó en una humilde niña nacida en *Domremy*. Desde que contaba muy pocos años, presencié los combates entre los *Armagnac*, partidarios del rey de *Francia*, y los *borgoñones*, que lo eran del de *Inglaterra*. Según ella misma [que narró su biografía en el proceso en que le condenaron á muerte los ingleses], un día del verano, en 1424, estando en su huerto, vió una luz, y oyó una voz que le dijo: «Juana, sé buena y honrada;» otra vez que se hallaba en el mismo lugar, oyó: «Juana, vé á libertar al rey de *Francia*, y á devolverle su reino.» Durante algún tiempo resistió; pero al fin se decidió á hacer lo que le mandaban *Santa Catalina*, *Santa Margarita* y un arcángel, según decía ella.

Convenció á su tío de que debía dejarla marchar; luego á los habitantes de *Vanconlers* y al capitán del bur-

go; salió al frente de una escolta, penetró en *Orleans* sitiado por los ingleses: último refugio de aquel delfín de que tanto había oído hablar; persuadió al joven monarca de la elevada misión que llevaba, se puso al frente de un escuadrón de caballeros, levantó el cerco de *Orleans* y condujo al rey á *Reims*, presenciando élla la augusta ceremonia, como inspirada por ideas y sentimientos superiores: hubiérase dicho que la guiaba una voluntad y una resolución superiores á los puramente humanos. Así lo creyó el rey y los más esclarecidos capitanes, y el ejército todo, que conducido por su heroína se mostraba invencible. Los ingleses y sus partidarios creyeron que era una *hechicera* mandada por el diablo; por eso al hacerla prisionera la procesaron por *hereje* y por *bruja*; poniendo así el obispo de *Beauvais*, y un gran número de «doctores» en teología, la superstición y el fanatismo al servicio del interés y la pasión, [1].

El sínodo y los ingleses esperaban al quemar á *Juana de Arco* que el pueblo la creyese *hechicera*; pero fué al contrario: el mismo secretario del rey de *Inglaterra*, que presencié la ejecución, al ver la serenidad, la mansedumbre y la resolución de *Juana*, exclamó: «Estamos perdidos, ¡hemos quemado á una santa!» Algunos años después, la *Francia* se veía libre de enemigos. El rey *Carlos VII* pudo reorganizar la nación. Ya era necesario; se aproximaba una nueva época y estaban á punto de desaparecer la mayor parte de las Instituciones de la «Edad Media.» principalmente el *Feudalismo*.

(1) Juana fué quemada en Ruan (1,431). El interrogatorio, que consta en el proceso, que con buen acuerdo mandó revisar el rey, veinte años después de la muerte de la heroína, muestra el buen sentido y la firmeza de aquella mujer extraordinaria; á la verdad, uno de los seres más singulares que ofrece la historia del mundo.

CAPITULO III.

Italia y Alemania. (1,096.—1,453.)

I.—El Papado.

EN el siglo X, la *Italia* quedó avasallada á la *Alemania* y á una multitud de «Señores» que vivían en continuas guerras de ciudad á ciudad, de pueblo á pueblo; los *papas* quedaron en poder de los «señores feudales» que elegían Pontífices á su antojo y disponían de la *Santa Sede* como de cosa propia. Entonces se vieron escándalos en la *Iglesia* que horrorizaron á los que habían permanecido fieles al cristianismo primitivo. El emperador *Enrique III* quitó á los «Señores» el derecho de nombrar *Pontífice*; pero se atribuyó á sí mismo este derecho. En esa misma época, varios monjes se propusieron restablecer la más severa disciplina en los conventos, como lo verificaron en *Chuny*, *Cîteaux*, *Clairvaux* y *Premontré*. Estos monjes obligaron al resto del clero á reformar sus costumbres, y sostuvieron enérgicamente al papado; ellos mismos se opusieron á que el primer puesto de la *Iglesia* estuviera en manos de los *laicos*, (aunque estos fuesen los emperadores de *Alemania*) y propusieron que el pueblo y clero de la capital del mundo cristiano eligiesen *Pontífice*. Así pasó con *León IX*, que después de ser nombrado por el emperador, se presentó como peregrino en las puertas de *Roma*, á fin de que en élla lo eligiesen conforme á los cánones.

Poco tiempo después, (1,061), el «Concilio de Letrán» resolvió que en lo sucesivo, el *Papa* fuera elegido por los *cardenales* (sacerdotes de *Roma*), y por los obispos de las pequeñas ciudades de la campiña romana. Se comenzó por pedir al emperador que ratificara el nombramiento, y se terminó por prescindir de esa formalidad, haciendo del *Pontificado* una «Institución» independien-

te. Tan pronto como adquirió su autonomía, el papado se convirtió en una *potencia* frente al Imperio, cuyo cetro caído de las débiles manos de los sucesores de *Carlo-Magno*, fué empuñado de nuevo por la casa de *Sajonia*. (918—1,024). la de *Franconia* y por la raza de los *Hohestauffen* (1,075 á 1,250), quienes aspiraban, según las tradiciones *cesáreas*, á la dominación universal. De aquí nació una lucha tremenda que duró dos siglos, y cuyo triunfo fué indeciso: tal fué la lucha entre el «Pontificado y el Imperio.»

II.—Lucha entre el Pontificado y el Imperio.

LSTA lucha comenzó por una cuestión de forma: las investiduras eclesiásticas. Según los cánones, el *obispo* debía ser elegido por los *canónigos*, y el *abad* por sus *monjes*; pero como á estos oficios iban unidas grandes propiedades que los reyes ó emperadores concedieran *en feudo*, el soberano (principalmente en Alemania), reclamaba el derecho de elegir al que iba á disfrutar de tales *beneficios ó regalías* (partes del dominio real). Y como una consecuencia de este derecho, el emperador investía con el *anillo* y el *báculo* á quienes deseaba, generalmente á los nobles de su corte, á sus parientes y amigos, imponiéndoles el correspondiente vasallaje. Esto indignaba á los papas, penetrados de la superioridad de la Iglesia y de la incongruencia de la elección de sus principales miembros por un «poder laico» extraño al espíritu de esa misma *Iglesia*. El papa *Pascual* resolvió la dificultad disponiendo que los *obispos* y *abades* renunciaran á todas las «propiedades y derechos» que debían al emperador (condados, monedas y portazgos), cosas á que, en realidad, no renunciaron, pues los *prelados* de Alemania continuaron siendo «grandes Señores»; pero el soberano convino en que los nombramientos se hiciesen conforme á los cánones, reservándose *investir* á los agraciados por medio del estandarte, símbolo de su poder sobre los príncipes laicos (1,122).

Esto no fué más que el preludio, pues que la *Iglesia*, reformada ya en su cabeza y en sus miembros, y animada por un espíritu de superioridad universal, quiso sujetar á su influencia y poder al emperador y á los reyes, dictándoles los cánones á que debían ajustarse, depониéndolos del trono, eximiendo á los vasallos del juramento de fidelidad y exigiéndoles, en fin, cuenta y razón de sus actos. Esto era lo que el Papa *Gregorio VII* decía al emperador *Enrique IV* en su famosa «epístola»: «Al dar Dios á *San Pedro* el derecho de atar y desatar en el cielo y en la tierra,» (escribía al magnate), «no exceptuó á nadie, y sometió á su ley á todos los príncipes y á todas las potencias del universo, puesto que lo instituyó *Príncipe de los reinos* de este mundo.» Era lo mismo que afirmaba *Inocencio III* diciendo: «El Creador ha formado en el cielo de la *Iglesia* dos dignidades: la mayor, que es el papado, rige las almas como el Sol los días; mientras que la menor, que es la monarquía, rige los cuerpos, como la Luna las noches. El papado es tan superior á la realeza, como el sol á la luna. Dios encargó á *San Pedro*, no solo el gobierno de la Iglesia universal, sino el del mundo entero; y así como todas las criaturas del Cielo, de la Tierra y del Infierno doblan la rodilla ante Dios, todos deben obedecer á su vicario, para que no haya más que un rebaño y un pastor.» *Bonifacio VIII* expresaba más claramente la misma idea diciendo, que las dos potencias del mundo, la espiritual y la temporal, correspondían al papa: «la primera directamente, la segunda por medio de los reyes, conforme á las órdenes pontificales.»

Unida la causa de los papas á la de *Italia*, cuya independencia defendieron contra los césares alemanes, pareció que triunfaba en 1,250, al morir el último de aquellos constantes enemigos del *Pontificado*. El papa pudo creerse dueño de *Italia* y de *Europa*; pero duró poco esta ilusión: ni la península pudo formar una nación unida, capaz de conservar su independencia (1), ni los reyes obedecerían sumisos al «Pontífice romano.» *Felipe IV* de *Francia* dió el ejemplo de insubordinación, declarando al papa extraño á sus manejos y á su reino, y apoderándose en cierto modo del *Pontificado*, al con-

(1) La Italia ha permanecido dividida y en poder de extranjeros hasta este siglo (1,861), en que se formó el reino actual.

seguir que eligieran papa á *Clemente V*, que se estableció en *Aviñón*. De aquí hablan de nacer los escándalos del «gran cisma.»

III.—Los Estados de Italia. (1,250-1,453.)

LA muerte de *Federico II*, el reino de *Nápoles* y *Sicilia* fué conquistado por *Carlos de Anjou*, para caer luego en manos de *Pedro III* de *Aragón*: rivalidad que se prolongó por dos siglos y que produjo «Las guerras de Italia» en la «Edad Moderna.»

En el centro y en el norte de *Italia* se habían formado ricas y poderosas ciudades: verdaderas repúblicas democráticas como *Florenzia*, ó «Estados aristocráticos» como *Venecia* y *Génova*. En *Florenzia* los banqueros y fabricantes dirigían el grupo de ciudades y pueblos de *Toscana*, y hasta los mismos nobles se veían obligados á inscribirse en los *gremios* ó «cuerpos de oficio.» *Génova* y *Venecia* que se habían enriquecido enviando sus mercaderes á los puertos de Oriente, (*Alejan-dria* y *Constantinopla*), tenían régimen político análogo. El *Dux* ó *Duque* era más bien, sobre todo en *Venecia*, un cargo de representación y aparato; la verdadera autoridad residía en un *Consejo* (el consejo magno) formado por los personajes distinguidos de la antigua nobleza, y por otro *secreto*, el de los *Diez*, que mandaba ejecutar secretamente á los que le parecían sospechosos. *Pisa*, rival de *Génova*, fué sitiada y destruída por ésta, envidiosa de su importancia y creciente poderío. Todas estas «ciudades» se odiaban profundamente y consumían sus fuerzas en interminables luchas intestinas.

Las revoluciones duraron dos siglos; y en este tiempo, casi todas las ciudades fueron presa de los jefes de banda ó compañía (los *condotieri* ó *condotieros*), con excepción de *Venecia* que conservó su sólida organización política por más tiempo. En el siglo XV era la ciudad más rica y poderosa de *Italia*; pero no pudo evitar que la península cayera poco después en manos de los monarcas más poderosos de Occidente, como luego veremos.

IV.—Alemania á fines de la Edad Media.
(1,250—1,453.)

CUANDO el último de los *Hohenstauffen* pereció en el cadalso levantado por *Carlos de Anjou*, aliado del papa y conquistador del «reino de Nápoles.» podía decirse que el Imperio alemán no existía. No solo había sido detenido en su marcha ambiciosa de reconquistar la *Italia* para realizar el absurdo sueño de reconstituir el «Imperio de Carlo Magno.» sino que los «Señores» recobraron su independencia, continuando su vida de bandolerismo y de pillaje sin que nadie los inquietase. A la muerte de *Federico II*, ni siquiera pudo nombrarse emperador, permaneciendo vacante la silla imperial por 15 años. Por fin, pasado este tiempo, es elegido emperador *Rodolfo de Hapsburgo*, con quien comienza aquella famosa «casa de Austria» que había de ser tan poderosa dos siglos después.

No obstante, el «Imperio» llevó vida insignificante por esta época y hasta llegó á perder con *Alberto I* la *Suiza*. Sobre este suceso se refiere que *Guillermo Tell*, joven amante de la libertad, se negó á honrar el sombrero, que como símbolo de la autoridad del príncipe, había colocado en su lugar *Hermann Gessler*, bailío de aquellos cantones. Este se vengó de *Guillermo*, obligándolo á que tomara por blanco de su flecha una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. *Tell* acertó, pero llevaba la intención de matar al bailío en caso de haber herido á su hijo; pronto cumplió su propósito, quitando la vida al tirano en una hondonada, cerca de *Küsnach*, disparándole su certera flecha al corazón. En 1,315, aquellos sencillos y valientes cazadores hicieron morder el polvo á los orgullosos caballeros austriacos. La batalla de *Morgarten* aseguró la independencia de la *Suiza* y fué la primera prueba de que la noble y brillante caballería era inferior á un ejército plebeyo bien organizado.

En 1,356 reinando *Carlos VI* (de Luxemburgo) se expidió la «bula de oro» que fijó de modo definitivo la elección imperial, á fin de evitar las guerras civiles: según

ella, debía hacerse por siete electores: cuatro laicos (el rey de Bohemia, el conde palatino, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo), y tres eclesiásticos (los arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia).

A principios del siglo XV (1,438), la corona imperial que fué arrebatada por la «casa de Luxemburgo» á la de «Austria» vuelve á ésta con Alberto II [yerno de Segismundo, último emperador de aquella casa]. Los dominios austriacos se encuentran de pronto agrandados con el «reino de Bohemia» que le trajera en dote su esposa, y empieza entonces á levantarse el formidable imperio, que amenazó más tarde la independencia de Europa.

V.—Los reinos Musulmanes.—El Oriente.
[1,098.-1,453.]

LOS musulmanes en esta época cedían en Occidente: con Alfonso VI de Castilla puede decirse propiamente que comienza la verdadera reconquista de España. Dos «caballeros cruzados» Raimundo, conde de Tolosa y Enrique de Borgoña, se ponen al servicio del rey y adquieren en breve tiempo fama inmortal de valor y consagración por la cruz, solo inferior á la del Cid, el héroe nacional. En los siglos XIII y XIV, después de las victorias de las «Navas de Tolosa» (1,212) y del «Salado» [1,340], debe decirse que ya no existe el poder musulmán en España, y si se conserva aún el estandarte del Profeta por más de un siglo en Occidente, es por las incurables rivalidades entre los reinos cristianos.

Sucedía lo contrario en Oriente. Los musulmanes, detenidos por algún tiempo en su marcha invasora, á causa del esfuerzo cristiano manifestado en las «cruzadas», crearon nuevos alientos con la aparición de nuevas hordas, que venían á reforzar á los decaídos califatos. Los turcos, semibárbaros, y tan fanáticos como los árabes, dirigidos por su jefe Osmán ú Otmán [de donde les

viene el apodo de Otomanos], acababan de fundar un imperio formidable en Asia Menor. [1,299 á 1,326]. Con Orkán penetran en Europa, se apoderan de Galípoli y amagan á Constantinopla; con Amurates I conquistan á Andrinópolis y amenazan al Imperio alemán. Segismundo [rey de Hungría y de Bohemia], unido á Juan de Nevers [duque de Borgoña], intenta detenerlos en Nicópolis; pero los cristianos sufren una terrible derrota, y el Occidente queda abierto á las incursiones de aquellos fanáticos feroces. [1,396].

Una nueva invasión salvó á la Europa y al imperio griego en ese momento: la de los mogoles, dirigidos por Gengis-Kan y Tamerlán. El imperio fundado por el primero era enorme: comprendía desde el Asia central hasta el Volga. Al descender sobre el Asia Menor se encontraron con los turcos: el choque fué terrible. An-cira, lugar en que se verificó, fué inundada en sangre; los mogoles vencedores hicieron miles de prisioneros, que sacrificaron, entre los cuales se encontraba Bayaceto I, el vencedor de los cristianos en Nicópolis. Pero esto no fué más que una tregua; Tamerlán se dirigió al Oriente, y poco después murió, deshaciéndose su imperio, mientras que los turcos se organizaban de nuevo.

Amurates II intenta, como Bayaceto, apoderarse de las provincias danubianas; pero los húngaros y albaneses lo detienen por algún tiempo. Al fin, húngaros, polacos y válacos son derrotados en Varna. [1,444]. Mahomet II se dirige hacia Constantinopla que había quedado aislada en su asilo inexpugnable; un ejército de 260,000 hombres la asedia por tierra y una numerosa flota por mar. (1,453). El último de los emperadores, Constantino XII, pereció en la brecha; los turcos se apoderan de la capital del Imperio: los habitantes son exterminados ó reducidos á esclavitud; muchos huyeron hacia Occidente. Este hecho que habría parecido insignificante en otra ocasión, tuvo entonces una influencia trascendente é importante en la marcha del mundo. Los eruditos, sabios y literatos griegos, que emigraron al Occidente encontraron en todos los países, y principalmente en Italia, un terreno muy bien preparado para aprovechar las enseñanzas y volver en los manuscritos que llevaban á las puras fuentes de lo antiguo. Además, el comercio entre Italia y Levante fue destruído; los colonos venecianos fueron expulsados:

había que cambiar las vías del comercio. El «Renacimiento literario,» una serie de «Inventos» y «Descubrimientos geográficos» que acompañaron ó siguieron á la «toma de Constantinopla,» señalan el momento decisivo de una nueva faz en el desarrollo de la civilización. Comienzan los tiempos modernos.

CAPITULO IV.

Instituciones, Gobierno y Costumbres. (1,096—1,453).

I.—La Iglesia.

EN el siglo X, la Iglesia presentaba un aspecto tristísimo; obispos y abades, curas y monjes, seguían las costumbres de los seculares, conforme á la ruda vida de aquella época: la incontinencia, el tráfico de las cosas santas, (simonía) y la general corrupción (espíritu del siglo) habían invadido los *capítulos* y *conventos*. Fué necesario que algunos hombres, animados por el verdadero espíritu cristiano, purificaran la «Iglesia.» La reforma comenzó por los «conventos.» Los «monjes negros» de *Cluny* y los «monjes blancos» de *Cîteaux*, dieron el modelo de la vida monástica en el siglo XI, y obligaron á todo el clero á cambiar de costumbres. *Gregorio VII* y *San Bernardo*; monje negro de *Cluny* el primero, y monje blanco cisterciense el segundo, muestran el espíritu de esa reforma que aspiraba á sujetar, no solo al clero, sino á los *laicos*, á su influencia y dominio.

Bien necesitaba la «Iglesia» esas reformas: en el sur de *Francia* y norte de *Italia* aparecieron las primeras herejías, (siglo XII). Los *cátaros* [puros] ó *valdenses* [de *Valdo* su jefe], predicaban, por odio á los vicios del cle-

ro, las máximas del Evangelio, procurando practicarlas. Se negaban á admitir lo que no estuviese en la «sagrada Escritura,» condenando imágenes, agua bendita, santos, reliquias, purgatorio, ayuno, indulgencias, en una palabra: las prácticas que la Iglesia había creado en diez siglos. Decían que los prelados no debían poseer riquezas y vivir como los seculares, sino edificar las almas, y vivir y trabajar como los apóstoles. Por último, afirmaban que los sacramentos y penitencias eran inútiles, y que la fe y el arrepentimiento bastan para la salvación.

La herejía se presentaba formidable y cundía rápidamente, pues que sus sectarios trabajaban con ardor, como quien está convencido de la bondad de su causa. El papa envió comisarios encargados de «llevar á cabo una *pesquisa*» [inquisitio] de los sospechosos, con amplias facultades para prender, juzgar y condenar á cualquiera, y con autoridad para absolverse entre sí en caso de que cometiesen alguna irregularidad. Así nació la «Inquisición,» tribunal singular y terrible que juzgaba en secreto, sin sujeción á ninguna regla, y cuyos fallos eran inapelables: citaba á los denunciados como «herejes,» sin comprometer al delator, los interrogaba, y si no confesaban su delito los sometía á la tortura. Las penas consistían en multas, confiscación de bienes, flagelaciones públicas, vestidos con insignias infamantes, ó la prisión [enmurrallados] en pequeños y sombríos calabozos, donde acaban los condenados sus días, en medio de crueles sufrimientos y sometidos al «pan de angustia» y al «agua de dolor.» A los más peligrosos, á los rebeldes, el tribunal los condenaba á ser «quemados vivos,» limitándose á entregarlos al juez laico para que ejecutase la sentencia, porque la Iglesia no podía matar.

Las reformas implantadas por los monjes en el siglo XI no fueron suficientes; un siglo después [XII], cuando los monjes blancos [cistercienses] fueron enviados para convertir á los herejes del sur de *Francia*, irritaron á éstos con su lujo, con su corrupción y con su orgullo; el abad de *Cluny* viajaba como los «grandes Señores,» con un ejército por escolta. Fué necesario que se establecieran nuevas reformas: los que llevaron á feliz término esta empresa fueron los monjes, *San Francisco* [1,182] y *Santo Domingo* [1,170]: el primero fun-

dó la «Orden de los mínimos ó franciscanos» [cordeleiros ó capuchinos]; el segundo, la de «predicadores.» Ambas eran «mendicantes,» esto es, vivían de las limosnas de los fieles, y estaban organizadas del mismo modo, con un *general*, que obedecía directamente al Papa.

Sostenido por estas «órdenes,» que ya para fines del siglo XIII eran muy influyentes y muy numerosas (1); apoyado en ellas, el *Pontífice* pudo dictar sus cánones á los reyes. Convirtió en sacramentos las más comunes relaciones sociales, é hizo que cayeran bajo el dominio de los tribunales eclesiásticos los matrimonios, testamentos (inconfeso, intestato), é inhumaciones; y como se consideraban herejías y crímenes las más leves faltas contra la «Iglesia» y el dogma, *Inocencio III* llegó á suponer que todas las relaciones políticas y sociales debían ser dirigidas y arregladas por la Iglesia.

Poco duró este período teocrático, durante el cual la «Iglesia» absorbió al «Estado» en Occidente; pues ya á principios del siglo XIV (309), el *Pontificado* cayó en poder del rey de *Francia* (Felipe IV) é hizo que *Clemente V* residiera en *Aviñón*. Allí permanecieron por setenta años los pontífices; allí organizaron el régimen de tributos y derechos, reservas, gracias espectantes, anatas y dispensas, (2), que sembraron el descontento y provocaron vivas protestas en todo el mundo cristiano: *Wicleff* y *Juan Huss* (en Inglaterra y en Bohemia respectivamente) reclamaban contra los abusos del clero y proponían «la supresión de los monjes y de los fueros eclesiásticos,» la adopción del «Evangelio» como única fórmula dogmática de la religión; condenando enérgicamente como supersticiosas todas las prácticas y devociones creadas por la «Iglesia.» Los *husitas* pedían además la comunión con ambas especies (pan y vino), reservada desde el siglo XII al clero.

No fué esto todo, pues que la vuelta del Pontificado á *Roma* con *Gregorio XI*, (1377), provocó á la muerte

(1) En 1277 había en Europa 417 conventos de dominicos y 1,808 de franciscanos, con 12 frailes por lo menos en cada convento.

(2) La reserva consistía en el derecho que el papa se reservaba en la distribución de los beneficios sin «cura de almas» (abadias y capítulos); las *gracias espectantes*, en la promesa de conceder un beneficio ocupado todavía; las *anatas*, en la cesión de rentas producidas por el beneficio durante el

de este *Pontífice* los escándalos del «gran Cisma,» que tan perniciosa influencia ejerció en la autoridad y en el respeto que infundía la primera «dignidad de la Iglesia.» *Urbano VI* y *Clemente VII* fueron elegidos casi al mismo tiempo por el «Colegio de cardenales» dividido ya en facciones: el primero residía en *Roma*; el segundo, en *Aviñón*: *Francia*, *Escocia* y los «reinos cristianos de España,» obedecían á éste; *Italia*, *Inglaterra* y *Alemania*, al Papa de *Roma*. No había diferencia de dogma ó culto; pero cada cual se consideraba como único Pontífice legítimo, y excomulgaba al otro y á sus partidarios.

Los prelados, clérigos, y principalmente los doctores (eclesiásticos y laicos) que habían permanecido fieles al espíritu de la Iglesia primitiva, solicitaron la reunión de un «Concilio general» para que condenara las herejías y reformara la Iglesia, tanto en su cabeza como en sus miembros. En el decurso de veinte años se reunieron tres concilios: el de *Pisa*, el de *Constanza* y el de *Basilea*. El primero no hizo más que aumentar la confusión, eligiendo nuevo Papa que se convirtió en rival de los anteriores; el de *Constanza* logró terminar el cisma haciendo que renunciaran los tres pontífices, y eligiendo un nuevo Papa que todos aceptaron: condenó por herejes á *Wicleff* y *Juan Huss*, mandando «quemar vivo» á este último hereje; y como *Wicleff* había muerto, se dispuso que fueran sacados los huesos de la tumba y quemados también. Por último, el «Concilio de Basilea» reunido con manifiesta repugnancia del Papa en 1431, proclamó la superioridad de las asambleas y de su autoridad sobre la del *Pontífice*, como ya lo había hecho el de *Constanza*. Mas el Papa se apresuró á disolverlo, seguro como estaba ya de la obediencia de todos. Sin embargo, no transcurrió un siglo sin que el mal, oculto bajo el manto de esa autoridad omnimoda, reapareciera con más fuerza, ocasionando la definitiva ruptura del mundo cristiano.

primer año; las *dispensas*, en hacer compatibles varios oficios y en eximir de la residencia; como nombrar un obispo para varios obispados, ó conceder el *beneficio* (rentas) sin el *oficio* (ocupación ó residencia). De todo esto sacaba el papa cuantiosas rentas para poder vivir como un rey; pero se prestaba á muchos abusos, y todo era, en sí mismo, una corrupción.

III.—Gobierno y Administración. (1,096-1,453.)

DEL siglo XI al XIII, cada nación estaba dividida en pequeñas soberanías (señoríos ó corporaciones municipales), que se veían entre sí como extranjeros, y que tenían su tribunal, su tesoro, su ejército y sus costumbres ó leyes espaciales, (1); celebraban tratados de paz y de comercio y tenían aduanas en sus fronteras. Poco á poco fueron adquiriendo los reyes mayor poder, y sometiendo á los «Señores» á su autoridad y justicia; pero por mucho tiempo conservaron éstos en sus dominios personales, sus jueces, consejeros, recaudadores é intendentes, para gobernar á sus súbditos. Los reyes procuraban adquirir mayor territorio casando á sus hijos con las herederas de los condados, ducados y señoríos; mas esta política llamada «de familia» tenía el grave inconveniente de exigir ó permitir la división del dominio real entre los varios hijos del Soberano. En el siglo XIV se renunció enteramente á esta política, declarando el dominio real inalienable. Las ciudades y provincias se fueron reuniendo en «Estados» y éstos en «naciones». La centralización no fué igual ni completa en todos los países, pues que Italia y Alemania quedaron divididas en principados independientes, mientras que Inglaterra y Francia constituían naciones; pero todos tendían á recibir una organización más regular, una administración uniforme y las mismas reglas de justicia.

El ideal de los reyes desde el siglo XII había sido reemplazar los tribunales en que juzgaban los «caballeros» por el tribunal formado de «gente de toga» (legistas y jueces): el *lugarteniente*, con su Consejo; el *procurador*, que aboga por los asuntos de la corona, que persigue á los criminales y que los condena en nombre del rey. Todos estos empleados, con notarios y escribanos que redactan los juicios y conservan las actas ci-

(1) Debe hacerse una excepción en favor de Inglaterra y la mayor parte de los reinos cristianos de España, cuyos reyes lograron imponer su autoridad á los Señores, y habiendo organizado una administración uniforme y regular en todo el reino.

viles, tenían especial interés en que la autoridad del rey se acrecentara, puesto que ganaban ellos otro tanto en influencia. El procedimiento también cambió; en lugar de ser oral, público y rápido, el proceso fué desde el siglo XIII por escrito, secreto y lento; proceso cuyo modelo lo dió la «Inquisición.» En todo acusado se veía un culpable; así es que, después de los informes necesarios (testimonios, presunciones, etc.), si el reo no confesaba lo sujetaban á *tormento*, hasta que confesaba ó se desmayaba de dolor. [1]. De este modo estaban seguros de encontrar al *culpable*, puesto que hasta los inocentes se convertían en *criminales* por confesión ó denuncia. Continuó el sistema de penas que privó en los primeros siglos de la «Edad Media» la hoguera, empleada principalmente contra los herejes; la horca, la picota y la mutilación, (cortando al reo las manos, las orejas, la lengua, ó arrancándole los ojos): suplicios que continuaron durante la «Edad Moderna» hasta la *Revolución*.

El «poder público» residía sin cortapisa en el rey ó en el príncipe, exceptuando Inglaterra en que el *Parlamento* dividió con el «Soberano» ese poder, para llegar con el tiempo á arrebatárselo por completo. Es cierto que en España había las *Cortes* (así en Aragón como en Castilla), y en Francia los *Estados*; pero desde que el rey comenzó á aumentar su autoridad y sus dominios, iba disminuyendo la influencia para acabar por extinción de aquéllos en los comienzos del siglo XVI: solo el rey tenía un ejército regular, y todos los esfuerzos y disposiciones legislativas de los monarcas durante los siglos XIV y XV tendían á este fin. *Carlos VII*, el que expulsó á los ingleses de Francia, mandó perseguir como bandidos á las *compañías* que mantenían á sueldo los Señores, y que infestaban el país; reunió un ejército permanente y declaró que solo él tenía derecho para sostener hombres armados y para cobrar impuestos. Además, la artillería, que empezaba á volverse temible por ese tiempo, afirmó el poder de los reyes, convirtién-

(1) Los tormentos eran de diversas clases: por el *agua*, que consistía en echar agua al paciente en la boca, por medio de un embudo; la *estrápada*, en colgarle de los pies un peso enorme, levantándolo por medio de una pólea, y luego dejándole caer bruscamente, desquebrajándole los huesos; y otros mucho peores.

dose en irresistible, pues solo ellos fueron bastante ricos para tenerla.

El rey ya no vive exclusivamente del producto de sus haciendas, como los «Señores feudales,» ni del bandillaje organizado, sino de los impuestos regularmente establecidos. En Francia consisten en los *subsídios*, ó sea, un tanto por ciento sobre las mercancías vendidas, y en la *talla ó pecho*, contribución anual que debían pagar los campesinos y burgueses en proporción de su fortuna. Es cierto que esas contribuciones no eran equitativas, puesto que los *nobles* y el *clero* no las pagaban; pero constituyen un sistema regular que asegura la fuerza del «Poder público» y con ésta, la propiedad y la riqueza, bases del bienestar social.

En suma, durante los últimos siglos de la «Edad Media,» la autoridad se acrecienta con menoscabo de los poderes feudales, la fuerza pública aumenta, la justicia se hace más regular, la administración general más uniforme. A pesar de estas mejoras y progresos, densas sombras obscurecen tan halagüeño cuadro: el despotismo se acentúa, la administración de justicia se vigoriza, pero con crueldad, la distribución de los impuestos no es equitativa, las costumbres y leyes particulares de las provincias engendran aún la confusión y el desorden en la administración general y en el gobierno; pero los grandes progresos en las artes, en la navegación y el comercio, *inventos* y *descubrimientos* famosos y el *Renacimiento literario*, preparan en el siglo XV nuevas vías al espíritu humano. Comienzan los «tiempos modernos.»

III.—Costumbres en la «Edad Media.»

EN el siglo XI, y el siguiente, las costumbres de Europa eran las mismas que en los siglos anteriores; los «Caballeros,» rudos y brutales, continuaban viviendo en el campo, señores y soberanos de sus dominios. Los «segundones de buena casa,» á quienes la paz dejaba sin ocupación, iban en busca de fortuna y de aventuras, y á lo mejor les depara la suerte un trono ó un puesto prominente en un país extran-

jero. Así reinaron Godofredo en Jerusalén, Boaduin en Constantinopla, Enrique de Borgoña y Raimundo de Tolosa en Portugal y Castilla. En los siglos XIII y XIV, principalmente en este último, luego que los reyes acrecentaron su autoridad y sus dominios, prohibieron las guerras privadas, con lo que se suavizaron sus costumbres de los caballeros, aunque continuaron las aventuras por deseo y ambición de renombre y de fortuna. La armadura, la *cota de malla*, que no presentaba ya resistencia suficiente á la ballesta [1], fué reemplazada por las piezas unidas de hierro: la coraza, casco de visera, brazaletes y pernils. La caza fué la ocupación favorita de los *nobles*, desde que no pudieron luchar á su antojo unos contra otros. Los más importantes edificaron grandes palacios cerca de la morada del rey, y formaron la *corte*. Apareció entonces el *lujo*, lleno de ostentación y de brillo, que aspiraba á deslumbrar por su magnificencia y á producir el asombro; y con el *lujo*, la *cortesía*, esto es, las reglas y costumbres de «la buena sociedad.»

A los doce años, el noble era *paje* que servía en la mesa á las señoras y les escribía sus recados; poco después, *escudero*, para aprender el manejo de las armas, y solo entonces pasaba á ser «caballero.» El *torneo*, que era un verdadero *duelo* ó batalla entre dos ó varios contendientes, se cambió en la *justa* y *torneo* cortesés, en que se empleaba la lanza de madera sin punta y la espada embotada: el objeto no era ya matarse ó coger prisionero al adversario para imponerle rescate, sino mostrar habilidad y fuerza en el manejo de las armas. Las señoras, que rodeaban la pista (palenque cerrado), animaban á sus amigos, arrojándoles cintas y pañuelos, y una de las damas entregaba el premio al vencedor.

Estas fiestas eran muy frecuentes en las cortes de los reyes; durante los siglos XIV y XV aumentaron de tal modo que hace suponer que los grandes Señores y el pueblo creyeron que tal era la misión de los llamados á gobernar. La verdad es que el pueblo se divertía con ellas, pues que le preparaban expresamente fiestas pú-

[1] La ballesta, conocida desde la época de las cruzadas, consistía en un arco, erguido sobre un vástago, y que se tendía por medio de un resorte; la pequeña flecha que disparaba podía atravesar á doscientos metros el cuerpo humano.

blicas por cualquier motivo: casamientos entre magnates, nacimiento de herederos, visitas entre príncipes, etc. Esta caballería cortés, brillante y ostentosa, es la que ha dejado huellas más profundas en la poesía y la novela; no la brutal y bandolera de la época feudal.

Esta caballería galante y orgullosa iba perdiendo terreno así en la guerra como en la paz. En la guerra, los arqueros ingleses y genoveses, los piqueros suizos y los janizarios turcos derrotaron en todas partes á la presuntuosa caballería, que, en suma, formaba un ejército detestable. No tenían disciplina, jamás obedecían á su jefe, y si individualmente eran valientes, en el conjunto este valor se volvía en contra suya. Lo cierto es que todas las batallas del siglo XIV, en que se encontraron frente á los plebeyos, las perdieron: la pólvora, vino luego á destruir lo que aun permanecía en pie de aquel poder de los «caballeros,» formidable en otro tiempo. En la paz, los habitantes de las ciudades fueron poco á poco adquiriendo importancia por su ilustración y su riqueza, y ya mediante arreglos con el «Señor,» ya mediante rebeliones contra él, conquistaron *cartas ó cédulas* en que se les concedieron ciertos derechos ó libertades. Así nació el *Municipio* con sus franquicias, y *corporaciones ó gremios*, (1) con sus *alcaldes y regidores*. Estos son los que juzgan los pleitos, los que condenan á los criminales, los que cobran el impuesto, los que guardan las llaves de la ciudad. En suma, un *Municipio* tiene los mismos derechos que los «Señores» y puede hasta declarar la guerra á sus enemigos.

Los trabajadores del campo, después villanos, permanecieron más tiempo *esclavos, ó impondibles á voluntad*, esto es, que el dueño ó «Señor» podía arrebatárles todo el producto de su trabajo ó cuando más, *manomortables*, lo que significaba que el «Señor» recobraba al morir el campesino el campo que cultivaba. La *emancipación* se hizo muy lentamente, y no terminó sino hasta el siglo XVIII; pero desde el XIV consiguieron en muchas provincias que su «Señor» fijara previamente

(1) Los gremios parece que nacieron en Alemania, donde los artesanos, que eran al principio esclavos y operarios del obispo ó «Señor,» adquirieron luego su libertad, y en lugar de trabajar para aquél, fabricaron por su cuenta, vendiendo sus productos en el mercado. Cada oficio tenía sus *maestros, oficiales y aprendices*, y sus reglamentos y costumbres.

la suma que debían pagar al año, y se convertían en *villanos* ú hombres *francos*, ó que renunciaran á la *mano muerta*. Los mismos *siervos*, para ser libres les bastaba renegar de su «Señor:» éste se quedaba con la tierra, pero no podía retener á la persona.

VI.—Los Gremios y el Comercio.

UANDO los artesanos fueron libres, formaron *corporaciones ó gremios*, con su *arca común*, su *estandarte*, su *patrono* (ó santo del mismo oficio), sus *maestros*, sus *aprendices* y sus *compañeros*. Nadie tiene derecho á abrir una tienda en la ciudad si no es *maestro*; solo éstos votan en la *asamblea general del gremio*. Los reglamentos determinan las condiciones de la obra y hasta el cepillo de que ha de servirse el carpintero y la clase de maderas que debe emplear. Los *aprendices* trabajan para el *maestro*, [quien tiene obligación de alimentarlos y alojarlos], y cuando aprenden el oficio, pasan á ser *compañeros*; entonces trabajan por salario, y pueden dejar al *maestro* y buscar trabajo en otra parte, pero no pueden establecerse si no han sido admitidos como *maestros* en el *gremio*.

Cuanto á los *mercaderes*, (propietarios y comerciantes) llegaron en esta época á formar en las principales ciudades una especie de *nobleza ó patriciado*, que los nobles de abolengo despreciaban, pero que constituían los miembros más influyentes de la población. Las ciudades que formaron la *liga hanseática* en el Norte, desde *Riga* hasta *Brujas* se enriquecieron mucho durante esta época y sistemaron el comercio, tan difícil de hacerse en aquel tiempo. Para prevenir los robos en mar y en tierra, se veían obligados á armar sus buques como para la guerra, y á establecer verdaderas fortalezas en los puntos de parada, en *Noruega* y en *Rusia*. Llevaban hilos y paños de *Flandes*, sedería de Oriente y objetos de lujo de *Italia*, y cargaban madera, pieles, cera y pescado seco. En el centro del Continente se celebraban *ferias*, en determinadas épocas para cada ciudad, á donde acudían los *mercaderes* á efectuar sus cambios. Los gobernadores les concedían franquicias y liberalidades, y para los países lejanos se establecieron

los *consulados*, que facilitaron las transacciones, convirtiéndose luego en fuente de relaciones internacionales.

Los últimos siglos de la «Edad Media» fueron, pues, de progreso constante; los inventos y descubrimientos iban á revelar nuevos países, nuevos productos y á producir una gran revolución intelectual, económica, política é industrial, cambiando la faz de la civilización.

CAPITULO V.

Letras, Artes y Ciencias en la Edad Media.

I.—Las letras en la Edad Media.

QUANDO los bárbaros destruyeron el «Imperio de Occidente», una densa capa de sombras cubrió á la Europa; la literatura latina, una literatura de decadencia, fué extinguiéndose rápidamente del siglo VI al X. Las lenguas vulgares no tomaban consistencia y no aparecía aun ninguno de aquellos monumentos que señalan una época literaria. El latín continuaba siendo el idioma preferido por los hombres del gobierno civil y eclesiástico. *Carlo Magno* reunió del siglo VIII al IX una pequeña *Academia* compuesta por los hombres más notables de su tiempo, que llevaban como apodo el nombre de algún personaje ilustre de la antigüedad; por ejemplo: *Alcuino* era *Horacio*; *Abelardo*, *Agustín*; *Angilberto* se apellidaba *Homero*; *Teodulfo*, *Pindaro*, y *Carlo Magno*, *David*. Todos ellos, con excepción del Emperador, componían versos latinos y desarrollaban temas vulgares y hasta pueriles [1]. De todos modos,

(1) Se proponían desarrollar temas como estos. ¿Qué es la escritura?—¿Qué es la palabra y quién la engendra?—¿Qué es la lengua y qué el aire?—Las respuestas eran pueriles y candorosas.

debe hacerse constar que el emperador amaba las letras, y que ordenó que en cada catedral y en cada convento de su vasto imperio hubiera una escuela, y en la capilla de su mismo palacio imperial hubo una, á cuyas lecciones asistía el famoso conquistador.

Todo este escaso saber se ocultó en los conventos durante las revoluciones y trastornos que siguieron á la disolución del Imperio de *Carlo Magno*. Los clérigos, principalmente los monjes, empleaban el tiempo en sus ejercicios piadosos y en copiar é iluminar libros; con este trabajo llegaron á formar bibliotecas que tenían algunos centenares de volúmenes; lo que era mucho para tiempos tan calamitosos. Casi todas estas obras pertenecían á la religión; pero no descuidaban las imitaciones de autores profanos, como *Horacio*, *Plinio el Menor*, *Cicerón* y *Virgilio*, á pesar de acusarlos de «ser inútiles para la salvación.» Las crónicas escritas en aquella época abundan en detalles insignificantes; lo que más importaba era imitar la forma pomposa y engalanada de los antiguos, si bien se ve claramente que carecen de su ciencia y de su numen. Las *novelas*, *poemas* y *cartas* carecen también de originalidad, como las *crónicas*.

Aparece, por fin, en el siglo XI el *romance*, ó lengua popular, que nacia de la combinación de los elementos antiguos y nuevos, de la fusión del espíritu de dos civilizaciones en un solo molde: rudo y tosco en un principio, pulido y delicado más tarde. Las primeras obras de esta literatura versan sobre galanteos, milagros, tradiciones, batallas, las hazañas de *Carlo Magno*, de *Artús* y de *Alejandro*; llevan los nombres de *trovas* y *canciones* (trovas de gesta ó cantares históricos). Se cree que las primeras aparecieron en *Provenza* (sur de Francia), de donde se originó el nombre de «Literatura provenzal» con que todavía hoy se le conoce; pero hay que convenir en que ejercieron gran influencia sobre ella los llamados *divanes árabes*.

Trovadores y *juglares*, que cantaban amoríos, serenatas y alboradas ó hazañas de los héroes, iban de castillo en castillo y de feria en feria, de donde sacaban provecho y consideración. Poco á poco se fué perfeccionando, y ya para el siglo XII aparecieron poemas como el del *Cid*, que muestran los albores de una literatura (la Literatura popular), menos sabia, pero más rica, más lle-

na de colores, más espontánea y más expresiva que la *crudita*. Durante el siglo XIII aumenta la producción, se enriquece el *romance*, y adquiere armonía y número; y ya para el XIV, *Dante* y *Petrarca* tocan lo excelso de la poesía y de la belleza. Pero estos, juntamente con los poetas de los siglos siguientes (XV y XVI) pertenecen al *Renacimiento*.

II.—Las Artes en la Edad Media.

LOS templos cristianos de la «Edad Media» se construían conforme á dos estilos diferentes: el *romano* y el *gótico*. La arquitectura romana que tomó por modelo la *basílica* (Tribunal y mercado del tiempo de los romanos) (1), tiene la forma de una cruz, con su gran *nave*, central, formada por robustas columnas, reunidas por arcos que sostienen las paredes interiores, las cuales á su vez se reúnen en lo alto, formando bóveda. A los lados de la nave central están las menores, bajas y angostas, atravesadas por la ancha y elevada galería [el *crucero*]; en el punto de unión está la cúpula, é interiormente el *Coro*. Todavía pesado y tosco en una Iglesia romana; la parte más adornada es el *frontis* con su pórtico coronado por la *arquivolta* [arco penetrante] y el *timpano* ó semicírculo que hay entre la *arquivolta* y el pórtico; uno ó dos campanarios dominan la Iglesia, terminados siempre en una flecha puntiaguda. Todo, en estas Iglesias, los pórticos, las bóvedas, las ventanas de los lados bajos y las de los campanarios, tienen la forma de *medio punto* [arco romano]. Es el carácter distintivo de esta arquitectura.

En el siglo XII comienzan los arquitectos á reemplazar en los templos el arco de *medio punto* ó arco redondo, por la *ojiva* ó arco puntiagudo; y esto originó un nuevo estilo arquitectónico: el *ogival* ó *gótico*. Los ma-

(1) Las basílicas, donde los cristianos se reunían en el siglo IV para celebrar su culto, constituían salas divididas por columnas, que sostienen techos planos de madera; en la cabecera, algunos escalones más arriba del suelo, está el coro ó estrado del tribunal. Al principio los cristianos dejaron los techos planos, y solo añadieron el *ábside* ó bóveda sobre el coro.

cizos pilares del templo romano son sustituidos por haces de ligeras columnas; la bóveda de *medio punto* por la *ogival* que permite elevar más la nave central y convertir los lados bajos en verdaderas naves; los adornos consisten en ventanas, estatuas y follajes: ventanas de lanceta que dividen las torres en toda su extensión, las *ogivales* de los lados, y la redonda del frente ó *rosetón*, con caprichosas figuras esculpidas en sus contornos y cerradas con vidrios de colores. Hay estatuas en los pórticos, en las ventanas, en los arcos volados que sostienen la nave central, en los pisos de las torres, en el *frontis*: representan santos, seres fantásticos, demonios grotescos en actitudes imposibles: todo un mundo original, extravagante que sorprende y encanta.

Del siglo XIII al XV, casi todas las Iglesias construidas en *Francia*, *Inglaterra* y *Alemania*, fueron *góticas* y á pesar de la opinión contraria sostenida por los partidarios del estilo greco-romano del «Renacimiento» hay que convenir en que la catedral de *París* [Notre Dame], y las de *Reims*, *Laón*, *Colonia*, *Estrasburgo*, *Friburgo* y *Basilea*, han adquirido universal renombre de belleza. [1].

Los demás artes bellas, escultura, pintura y música, alcanzaron á fines de la «Edad Media» grandes progresos, con *Nicolás* y *Juan Andrea* de *Pisa* [escultores], *Cimabué* y el *Giotto*, *Masaccio* y *Ghirlandajo* [pintores]. *Juan* de «Brujas» inventó la «pintura al óleo» con lo que preparó el camino á los incomparables pintores del «Renacimiento.» así como *Guido de Arezzo* en el siglo XIII inventó la anotación musical que iba á dar firmeza y flexibilidad á la melodía.

III.—Las Ciencias en la Edad Media.



El monopolio de las ciencias en la «Edad Media» lo tuvieron los *árabes* y *bizantinos*; la *Europa* vivió hasta el siglo X en la ignorancia más com-

(1) Las Iglesias de *Westminster* y de *Burgos* pertenecen al estilo gótico florido, que no es más que la exageración del primitivo.

pleta. No obstante, dos siglos después (en el XII), empezaron á adquirir importancia los *gremios* de Profesores y estudiantes, principalmente en *París*; en esta ciudad daba sus lecciones de filosofía, ante un grupo de 3,000 oyentes, el hombre más instruído de aquella época, el sutil *Abelardo*. En el siglo siguiente (XIII), el gremio se transformó en «Universidad» con sus Estatutos y reglamentos. Comprendía cuatro «Facultades» ó enseñanzas: Teología, Derecho, Medicina y Artes; esta última (la de Artes), comprendía las ciencias del *trivium* y del *quadrivium*: gramática, matemáticas y filosofía. Cada facultad contenía tres grados, que se obtenían mediante exámen, *tesis* ó discusión; estos grados eran: *Bachiller*, *Licenciado* y *Doctor*, que expresaban en orden ascendente la importancia y calidad de los conocimientos.

Los Profesores recibían sueldo y cobraban un tanto á sus oyentes. Los estudiantes eran muy numerosos: en *París* había más de 20.000; para los pobres, se fundaron *Colegios*, ó casas de internos, en donde se les proporcionaba lo necesario y se les sujetaba á *disciplina* análoga á la de los conventos.

Conforme al modelo de la «Universidad» de *París* se establecieron las de *Inglaterra*, *Alemania*, *Italia* y *España*, con diversas modificaciones en la forma; en *Alemania*, por ejemplo, la «Facultad de Artes» tomó el nombre de «*Filosofía*»; y en todas, la *Teología* tuvo la preeminencia. Los talentos más distinguidos, *Santo Tomás*, *Duns Scot*, *Abelardo*, *Alberto el Grande*, fueron teólogos ó filósofos, pues que la filosofía estaba avasallada á la teología. Llenos de admiración por la *Lógica* de *Aristóteles*, que los filósofos de la «*Edad Media*» conocieron inexactamente por medio de las traducciones adulteradas de los árabes, creían resolver todas las cuestiones por medio de silogismos, conciliar la razón con la fe y dilucidar todo aquello que no hubiera resuelto la Iglesia. [1]. En esta última tarea infecunda gastaron sus mejores energías, derrochando el ingenio y la sutileza de sus talentos. Tal fué la filosofía llamada escolástica [ciencia de la Escuela], que no atendió ja-

(1) Las cuestiones eran á menudo pueriles; por ejemplo: Si Dios puede saber más de lo que sabe; si el cuerpo de Jesús resucitado tenía cicatrices; si la paloma en que se apareció el Espíritu Santo era verdadero animal.

más á la observación de los hechos, y que, por lo mismo no hizo avanzar á la ciencia humana un solo paso.

Lo que sí produjo una verdadera revolución en la Administración pública, fué el estudio del «Derecho.» La «Universidad de *Bolonia*» se adelantó en esto á la de *París*. En *Italia*, en efecto, se habían conservado las tradiciones del antiguo derecho romano, mientras que en los demás países se seguía la «costumbre.» Poco á poco fué admitiéndose este nuevo estudio en las demás «Universidades» y se formó la clase ó gremio de los *legistas*, que atribuyeron al rey todos los derechos y prerrogativas que la «razón escrita» y los «Códigos de Justiniano» concedían al emperador. De este modo se fortificó la autoridad del «Soberano» á expensas del *Feudalismo*. Las monarquías ganaban en unidad y en fuerza lo que perdían en libertad; antes se había exagerado la independencia é individualidad, ahora iban á excederse en sujeción y despotismo. La «Revolución francesa» procuró conciliar los dos extremos. [V. Lib. IV.]

LIBRO TERCERO.

HISTORIA MODERNA.

SECCION PRIMERA.

ENGRANDECIMIENTO DE LAS MONARQUIAS.

CAPITULO I.

Caracteres de la Edad Moderna.

I.—El Poder Absoluto.

La decadencia de las Asambleas representativas en todos los Estados de *Europa* á fines de la «Edad Media.» es uno de los caracteres del período de reorganización y engrandecimiento de las monarquías con que se anuncia la época moderna. Dar al *feudalismo* los últimos golpes y concentrar en sus manos toda la autoridad que se hallaba como diseminada en multitud de «Soberanos.» parece el único propósito que anima á los reyes durante el siglo XV y primera mitad del XIV. En *Italia*, donde habían sido tan frecuentes las revoluciones, donde habían abusado tanto de los plebiscitos, y donde no tenían tradición ninguna de gobierno sólido ni respeto á poderosos reyes impuestos por la costumbre, en *Italia*, decimos, las ciudades habían caído desde el siglo XIII en poder de los *condotieros* ó jefes de soldados que esas mismas ciudades tomaron á su servicio y que llegaron después á mandar como «Señores.» Para poder conservarse en el *Poder*, los príncipes italianos de aquella época desplegaban una tiranía cruel y recelosa; y como sabían que no podían contar ni con el

afecto de sus súbditos ni con la costumbre, procuraban explotar el país y rodearse de una banda de mercenarios bien pagados que lo defendieran, y de una nube de espías que lo tuvieran al tanto hasta de los más íntimos pensamientos de los gobernados.

Luis el Moro, duque de *Milán*, fué el tipo de estos príncipes hábiles y déspotas, «que se hacían admirar por su magnificencia y temer por su crueldad.» Para ellos, gobernar era un arte cuyo fin es hacer poderoso al que lo ejerce. Pero aún hubo quien lo superara, hubo quién fuera superior á *Luis el Moro* en astucia y en crueldad: el detestable *Borgia*. *Maquiavelo* en su libro «El Príncipe» se encargó de inmortalizar este modelo de soberanos astutos y crueles, disimulados é hipócritas, que inventaron la mentira internacional con el nombre de *diplomacia*, y cuyas máximas de hipocresía y disimulo se extendieron como un torrente por *Europa*. La posteridad ha reprobado esos supuestos hábiles manejos, y calificado justamente de *maquiavélica* la política que persigue un fin determinado sin preocuparse de los medios.

Luis XI (en Francia), procuró seguir la política de los príncipes italianos, engañando á los «Señores» y al pueblo, recargando de impuestos á sus súbditos, prendiendo y ejecutando secretamente á los que temía ó le estorbaban, y contradiciéndose y mintiendo cada vez que podía sacar algún partido de tan reprobados manejos. Engrandeció el dominio real, acabó con la autoridad de los «Señores,» fortificó la autoridad del rey; pero sembró de crímenes y miserias su reinado, y sentó un precedente funesto que todos los monarcas se propusieron imitar como modelo durante tres siglos, hasta que la *Revolución* y los *Gobiernos Constitucionales*, dieron fin á tan funesto régimen.

En *España* el brillante reinado de los reyes católicos (Fernando é Isabel) que se inauguraba de tan espléndida manera con el descubrimiento de un mundo y la conquista de Granada, ocultaba el cáncer de la «Inquisición,» terrible instrumento de dominación religiosa, que favorecía el despotismo político. En *Inglaterra*, las dos casas (la de Lancaster y la de York) se disputaban en espantosa guerra civil el Poder absoluto, perdidas casi por completo las tradiciones de la «*Carta Magna*.»

No obstante esto, de allí iba á partir dos siglos des-

pues la chispa que produciría el incendio; de allí iba á brotar la nueva concepción de Gobierno que *Francia* se encargaría con su genio cosmopolita de llevar por todo el mundo. Mas, estaban remotos esos tiempos, y comenzaban entonces los tres largos siglos de las monarquías absolutas.

II.—Inventos.

No todo es grandeza y brillantez aparentes en los comienzos de la «Edad Moderna»; hay algo superior á la fuerza y poder de los Estados, á su unidad absorbente y despótica: los «grandes inventos» que la precedieron. Estos no fueron realizados al mismo tiempo ni en un solo lugar, como debe suponerse; pero nunca se habían reunido tantos en diversos puntos de *Europa*, ni en ninguna época se aprendió á sacar mejor partido de productos y objetos ya conocidos desde los siglos anteriores. Esta es la razón por que se considera la segunda mitad del siglo XV como la expresión de un progreso que caracteriza una nueva Edad.

La *pólvora*, inventada por los chinos desde tiempos remotos, no fué conocida en *Europa* sino hasta el siglo XIII, y solo era empleada en fuegos de artificio. Los *árabes* perfeccionaron este producto, purificando el salitre; y ya para el siglo XIV había fábricas de cañones, ó sea de unos tubos que arrojaban balas de piedra, y que apenas tenían el alcance de la ballesta. Ya en el siglo XV el invento se generalizó, y aparecieron las *bombardeas* y *culebrinas*. Sin embargo, el verdadero siglo de la artillería es el siglo XVI. Hasta entonces no comienzan á fabricarse las balas de metal y á conseguir mayor alcance por efecto de la mejor calidad de la pólvora; y hasta entonces la pica y la ballesta de los peones, la armadura de los caballeros, y los torreones y murallas de las ciudades, no son capaces de resistir ni el proyectil del arma portátil ni el del cañón. Este invento produjo una revolución en el arte militar, y una transformación en el gobierno y en la administración.

Los nobles no pudieron conservar sus antiguas preeminencias: la pólvora favoreció el poder, la unidad y el engrandecimiento de los Estados, y facilitó la expansión de la *Europa* y principalmente la conquista de la *América* en el siglo XVI.

Los *árabes* también habían enseñado á *Europa* la propiedad que tiene la aguja imantada de señalar el punto boreal de la tierra; pero la colocación era defectuosísima, de tal modo que no podía ser utilizada para la navegación, pues los vaivenes del buque no permitían que conservara una posición invariable. Se cree que *Gioja* (de Amalfi) discurrió colocar la aguja de manera que conservara siempre una posición horizontal, pudiendo moverse ó girar libremente al rededor de un eje vertical. Ya en el siglo XIV casi todos los europeos la empleaban en sus viajes de exploración, y en el XV permitió tocar las costas de un Continente y ceñir con la avanzada civilización de *Europa* el Globo entero.

Pero ninguno de estos inventos pareció tan pequeño é insignificante en su principio, y ninguno produjo una revolución mayor y de más trascendentales consecuencias que la imprenta. Este invento sencillo y sublime pertenece por entero al siglo XV. En las ricas ciudades de *Flandes* parece haber tenido origen la idea de multiplicar los ejemplares de imágenes de santos y los signos de la escritura, grabando en madera el original: procedimiento complicado y laborioso, excesivamente lento, que no producía el efecto que se deseaba: *ganar tiempo*. En *Maguncia* (Alemania), ocurrese á *Gutenberg* fabricar letras separadas, primero de madera y luego de metal (aleación de plomo y antimonio que todavía se emplea y que el mismo *Gutenberg* tuvo la gloria de inventar). La primera obra impresa conforme al nuevo procedimiento fué la Biblia (4,462). Pronto se generalizó el invento por toda *Europa*, sobre todo por *Italia*, en la que eruditos y humanistas, (emigrados de Constantinopla) y los mismos príncipes, favorecían esta cultura y estaban como devorados por el deseo de igualar en ella á la antigüedad clásica. Las oficinas de *copistas* que mantenían los príncipes para renovar el tesoro de las letras greco-romanas, fueron reemplazadas por imprentas en que se editaban obras religiosas y laicas á bajo precio, con lo que fué posible á laicos y burgueses estudiar y comprender por sí mismos, y en

su propio idioma la religión, el arte y la ciencia; esta última sobre todo, dejó de ser el monopolio de eclesiásticos y escolares, y se difundió y popularizó, determinando desde entonces la revolución intelectual de que arranca el progreso moderno.

La *impresión* habría sido inútil sin el *papel*. El pergamino, en que se conservaron las obras maestras de la antigüedad, era costoso, escaso, (tanto, que era necesario raspar lo escrito para conservar lo que parecía más digno de mérito), é impropio para imprimir: era necesario el *papel*, y así fué. Los *árabes* empezaron á fabricarlo, según se cree, primero de algodón, y después de trapo. Desde el siglo XIV, hubo en *Europa* verdaderas «fábricas» de papel de trapo, puesto que desde entonces empezó á generalizarse el uso de ropa interior, y se dispuso, en consecuencia, del material indispensable para su fabricación.

Todos estos inventos produjeron una gran revolución literaria y científica; esta misma, esto es, la difusión de los conocimientos, y la necesidad de bienestar material, de tráfico y comunicaciones, para procurarse los medios de vida, de que carecían las naciones de *Europa*, reveló al hombre el globo que habita y un «nuevo mundo» rico en productos naturales: acontecimiento memorable que tuvo maravillosa influencia en los destinos de la civilización.

III.—Descubrimientos Geográficos.

LOS europeos habían recibido siempre los productos naturales de la *India*, (pimienta, canela, nuez moscada, marfil), por medio de los orientales, y durante la «Edad Media» por conducto de los *árabes*, así como todos los artefactos de su industria, que á fines de esa época aprendieron á imitar. Pero tales productos costaban muy caro á los occidentales, toda vez que el monopolio pertenecía á los sectarios del *Profeta*. Cuando los *turcos* destruyeron el comercio de *Italia* con *Oriente*, y tomaron á *Constantinopla*, avivó el deseo que alimentaban desde hacía algún tiempo los europeos, de encontrar un camino directo para la *India*

que les permitiese comprar los productos tropicales de que carecían: los *portugueses* buscaron por el Este tal camino, pero como el *Africa* les cerraba el paso, se vieron obligados á costearla; descubrieron poco á poco las islas, desde la de «*Madera*» (1,417), hasta las de «Cabo verde» y las «*Azores*» (1,449); pero en proporción que avanzaban se estrechaba aquella gran masa de tierra, lo que animaba más y más á los marinos á buscar el camino deseado. Por fin, *Bartolomé Díaz* [1,486] ve el cabo que él llamó «de las Tormentas», y el rey de *Portugal* [Juan II], de «Buena Esperanza.» Pronto la habia de realizar *Vasco de Gama*, doblando el temible promontorio, hasta costear el *Africa oriental* y tocar la *India* [1498]. En los años siguientes, los *portugueses* descubrieron la *Indochina*, las *Molucas* [islas de la Sonda] hasta comunicarse con la *China* y el *Japón*.

Quedaba aún por resolver el gran problema: el mundo *terminaba* al Oriente con las *Indias* (Indias Orientales), á que habían llegado en su audaz navegación los *portugueses*; y al Occidente, ¿qué habia?... ¿Qué habia más allá de aquel inmenso Océano, que ponía un límite desde los *fenicios* y los *árabes* á todos los navegantes y á todos conquistadores? No parecía sino que Dios habia dicho á los pueblos civilizados del Continente, «no pasaréis de aquí.» Pero en las postrimerías del siglo XV fué resuelto el problema, y los hombres contemplaron mudos de asombro el prodigio de medio globo, y de un nuevo mundo, de una nueva creación, que surgía del seno de aquel vasto Océano. *Cristóbal Colón*, nacido en *Génoza* (1436) fué el revelador de esa maravilla. Desde muy joven concibió la idea de buscar aquel anhelado camino de la *India* por el *Oeste*, suponiendo fundadamente que la tierra era redonda, y que valdría lo mismo dirigir la quilla de sus buques hacia donde el sol se pone que á donde se levanta; suponiendo también que habia menos distancia entre la costa occidental de *Europa* y la *India*: feliz error que permitió descubrir un mundo. Otros españoles descubrieron que *América* forma un «Continente»: una flota dirigida por *Magallanes*, dobló la punta sur de la América y tuvo la audacia de lanzarse en el Océano *Pacífico* hasta tocar las *Molucas*, ya ocupadas por los *portugueses*, quienes quedaron sorprendidos de ver que venían europeos por el Oriente. Los restos de esta expedición

audaz, volvieron á España después de tres años, habiendo dado por primera vez la vuelta al mundo.

Durante el siglo XVI continuaron las expediciones, descubriendo y explorando las islas y la tierra firme: se buscaban especias, el país del oro ó *Eldorado*, la fuente de la juventud eterna [1]; y todos estos descubrimientos fueron hechos con escasos recursos, en buques de escaso porte, teniendo que pasar meses y años, sin provisiones, en mares desconocidos. En tierra, entre los salvajes, teniendo que atravesar llanuras inmensas y bosques interminables, cuyo suelo estaba lleno de pantanos, ó recorrido por fieras desconocidas, los expedicionarios tenían que desplegar mayor energía que en el Océano. Como un ejemplo de esta energía audaz y temeraria, basta citar la expedición de *Orellana*, que al frente de una banda de aventureros atravesó los *Andes*, llegó á un aflente del *Amazemas*, descendió por él hasta el gran río, y terminó, con unos cuantos hombres que le quedaban la exploración de las riberas hasta el *Brasil*.

IV.—Conquista de las Indias.

ANTES de terminar las exploraciones en las Indias orientales y occidentales comenzó la conquista de los países en ellas comprendidos. Los portugueses se apoderaron de las islas que habían descubierto, de *Madera* y las *Azores*, de la costa oriental de *Africa*, y obtuvieron algunos puertos en la *India* y las *Molucas*, ya tratando con los sultanes musulmicos, ya por la fuerza; fundaron castillos, arsenales y almacenes, y declararon que el mar les pertenecía y que ningún pueblo tenía derecho á navegar en él.

Tan extenso como el Imperio de *Portugal* y casi tan diseminado fué el de *España* en *América*. Con excepción del *Brasil*, los más ricos terrenos del continente y

(1) Durante varios años los compañeros de *Ponce de León* recorrieron la Florida, bañándose en todas las fuentes y ríos, para ver si recobraban el vigor y belleza de los primeros años.

de las islas pertenecieron á los españoles que los exploraron y conquistaron en el siglo XVI. Los pueblos que encontraron en tan vastos países, eran débiles: la conquista se limitó, por lo mismo, á la toma de posesión en nombre del monarca de *Castilla*; pero en *Méjico* y en el *Perú*, donde se habían organizado grandes imperios, fué necesario que *Cortés*, *Pizarro*, *Almagro* y los heroicos aventureros que los acompañaban, desplegaran todas las energías de sus indomables espíritus, toda su ambición y toda su codicia, para poder llevar á término sus temerarias empresas.

El título justificativo de estas conquistas fué el de la fuerza, con el pretexto de religión: el Pontífice dictó un breve repartiendo las nuevas tierras exploradas entre los monarcas de *Portugal* y de *España*, trazando en torno del globo una línea que pasaba á 300 leguas al Oeste de *Madera*, concediendo los países situados al Este, esto es, *Africa* y la *India* con las *Molucas*, al rey de *Portugal*, y los situados al Oeste, ó sea la *América*, al de *Castilla*. Esta línea, llamada de *marcación*, fué prolongada á través del otro hemisferio, entre las *Molucas* y las *Filipinas*; tal fué la línea de *demarcación*. Esta disposición no fué cumplida exactamente: el *Brasil*, situado al Oeste, quedó en manos de los portugueses; el norte de *Africa*, al Este, perteneció á los españoles. Pero, con aquella disposición quedó ya tranquila la conciencia de los conquistadores respecto á su incontrovertible derecho á la dominación de tan ricos y vastos países. Luego aparecieron otras naciones más fuertes: *Holanda*, *Francia* é *Inglaterra*, que hicieron valer el mismo derecho, y arrebataron algunas de sus posesiones á los primitivos conquistadores, hasta que por fin entraron los pueblos en escena, y se constituyeron en naciones independientes. Mas, estos resultados habían de tardar tres siglos en producirse; los efectos inmediatos de aquellas exploraciones y conquistas fueron: el crecimiento prodigioso del comercio, que ciñó con un círculo de tráfico incesante todo el planeta; el aumento rápido en la cantidad en circulación de oro y plata, con lo que la industria pudo disponer de capitales cuatro veces superiores, por lo menos, á los que se tenían antes de estos descubrimientos; la introducción de nuevos cultivos, maíz, tabaco, papa, cacao, vainilla, maderas tintóreas, nopal, etc., que tantos servicios han presta-

do á la alimentación y á la industria (1) en *Europa*, y el vasto desarrollo que adquirieron el algodón, la caña dulce y el café, los cuales se han convertido en productos americanos, y, propiamente, en universales. Por tales causas el descubrimiento de América debe tenerse por uno de los acontecimientos más notables en la historia del mundo, y como uno de los que han ejercido mayor influencia en la civilización.

CAPITULO II.

El Renacimiento.

I.—Eruditos y Humanistas.

ANTES de relatar los sucesos políticos pertenecientes á la segunda mitad del siglo XV y á todo el XVI, conviene tratar de aquel maravilloso movimiento literario y artístico, que comenzado en *Italia* se extendió como un reguero de luz por las principales naciones de *Europa*, porque es en realidad uno de los caracteres, y el más saliente tal vez, de la «Edad Moderna.» El impulso comunicado entonces al espíritu humano, aun no se extingue: ha cambiado de rumbo, pero no de objeto; se le llama con razón «Renacimiento.» pues que desde esa época *renació* el espíritu á una nueva vida: la del progreso moderno.

Los emigrados de *Constantinopla*, cuando esta ciudad y su Imperio cayeron en poder de los turcos, [1,453], se refugiaron en *Italia*, llevando los manuscritos de los antiguos autores, poetas y sabios de Grecia. La ocasión no podía ser más oportuna; los príncipes italianos, entre los cuales se distinguía *Lorenzo de Médicis*, amaban las letras y las artes, y ponían su orgullo en ro-

(1) Son buenas muestras de ello la papa, el pan del pobre en *Europa*, y la cochinilla del nopal, que sustituyó con ventaja á la púrpura de Tiro.

dearse de poetas, literatos y artistas, á quienes colmaban de consideraciones. Bien pronto se generalizó el gusto por lo bello: «los mercaderes florentinos cerraban sus tiendas, cuando el poeta *Acolti* daba una conferencia;» y como la imprenta había sido inventada, miles de manuscritos griegos y latinos fueron impresos, y pudieron circular á bajo precio entre seculares, dejando de ser la literatura el monopolio de las «Universidades.» Todos estaban dominados por el afán de aprender *latín* y *griego*, y de beber en las puras fuentes del saber y la cultura antiguos. Así nacieron los *humanistas*, que cultivaban estos estudios llamados *humanidades*, por oposición á los *escolásticos* ú «hombres de escuela.» Hubo eclesiásticos y seculares, dominando estos últimos, y los mismos gentiles hombres y los príncipes no se desdaban en cultivar el *latín* y el *griego* y adquirir fama de *eruditos*. El más notable de ese tiempo fué *Pico* de la *Mirándola*, á quien siguen en celebridad el holandés *Erasmus*, *Poggio* y *Bembo* (en *Italia*) y los poetas *Sannazaro* y *Vida*. Todos producían ya cartas y discursos, imitando á *Cicerón*, ya poemas, imitando á *Virgilio* y á *Teócrito*.

El impulso estaba dado: el siglo XVI iba á nacer original y brillante con poetas como *Tasso* y *Ariosto*, en *Italia*, *Marot*, y *Ronsard*, en *Francia*, *Fray Luis de León* y *Garcilaso* en *España*: un gran número de publicistas, filósofos, moralistas, literatos y sabios, entre los cuales descuellan *Maquiavelo* y *Guichardini*, *Rabelais* y *Montaigne*, *Erasmus*, *Ulrico* y el incomparable *Cervantes*. En el siglo XVII aparece *Shakespeare* en *Inglaterra*, el más profundo y el más original de todos los poetas.

II.—Las Artes.

COMO en las letras, la *Italia* fué al principio de la «Edad Moderna» la cuna de las bellas artes: la protección de los príncipes y la cultura general del espíritu, favorecían juntamente con la admiración por la antigüedad aquel movimiento que renovó en pleno siglo XV los más vivos esplendores del bri-

llante siglo de *Pericles*. En *pintura*, debe decirse sin temor de equivocarse que los superaron, debido al invento de «la pintura al óleo.» Aquellos genios incomparables, *Miguel Angel*, *Rafael*, *Leonardo de Vinci*, y luego, *Ticiano*, *Veronés*, *Tintoreto* y *Carracció*, cubrieron de cuadros y de frescos las Iglesias y los palacios de los grandes «Señores.» Cada uno formó escuela y tuvo discípulos, que procuraron imitar á sus respectivos maestros; pero todos seguían el mismo sistema pictórico: se preocupaban poco del color local, procurando representar exactamente el cuerpo humano, el más proporcionado y perfecto que se pueda concebir; hacían lo que los escultores helénicos: embellecer é idealizar la forma, sin olvidar por eso la realidad: eran pintores idealistas que sabían dar vigorosa expresión á sus obras. (1).

Cuanto á la pintura francesa y española, (de Pussin, Claudio el lorenés, Felipe de Champagne, Velázquez y Murillo etc.) pertenece al siglo XVI y al XVII.

La *escultura* italiana tomó como ejemplo y modelo la estatuaria y bajo-relieves de la antigüedad: *Donatello* y *Miguel Angel* procuraron reproducir el cuerpo humano, principalmente desnudo, estudiando cuidadosamente la disposición de los órganos y su proporción relativa. De aquí nació una escultura idealista, análoga á la pintura, que solo imitaba las formas bellas; pero que contenía cierto fondo de realismo compatible con el ideal. Los sucesores no supieron observar la naturaleza y la vida, perdieron de vista la verdad, limitándose á reproducir determinados modelos, para causar impresión: este fué el único objeto de los escultores en el período siguiente.

En *Arquitectura* se verificó á fines del siglo XV la misma revolución que en las demás bellas artes y en las letras: los arquitectos más célebres de esa época, como *Branelleschi*, volvieron la vista á la antigüedad. En la catedral de Florencia se abandonó por completo el estilo gótico y se volvió á la harmoniosa sencillez de la arquitectura greco-romana: á las cúpulas y columnatas de aquellos hermosos edificios, cuyas ruinas puede

(1) Se dice que habiendo preguntado á Rafael cómo hacía para imprimir la belleza suave y serena que se admiraba en sus madonas, contestó: siguiendo una cierta *idea* que llevo interiormente. El tipo ideal de perfección y de belleza: á él ajustaban los pintores del renacimiento sus obras.

aún admirar el viajero. *Bramante* y *Miguel Angel* (el genio más vigoroso, el artista más universal y fecundo en aquella época tan fecunda en genios universales), realizaron la grande obra de la «arquitectura greco-romana,» la *Iglesia de San Pedro* con pilares robustos, la inmensa cúpula, las paredes unidas: la línea recta armoniosamente unida al arco romano, tal fué el modelo que desde entonces se propusieron seguir en la construcción de los templos cristianos. Un cambio análogo se produjo en los edificios civiles: ya no hubo en ellos torreones puntiagudos, bohardillas elegantes, estatuas, nichos y adornos extravagantes; sino que se intentó reproducir con más ó menos propiedad y gusto las columnas griegas, el arco romano y la sencillez en los detalles de la ornamentación de los edificios antiguos.

III.—Cultura general y Ciencias.

Y para fines del siglo XV, la cultura general de la *Europa* había aumentado mucho, y estaba más difundida que en los siglos anteriores, debido á la imprenta, principalmente. La enseñanza tomó un carácter más amplio y libre, y á pesar de la inquisición y de las persecuciones religiosas, el saber continuó progresando durante todo el siglo XVI. Desde entonces, la ciencia cambió de dirección, ajustándose más á la naturaleza de las cosas y á la verdad: observar y determinar los fenómenos, con expresión de las leyes que los rigen, esa es la ciencia y ese es el saber. En la «Edad Media,» al contrario, la ciencia consistía en saber lo que habían dicho *Galeno* en medicina, *Aristóteles* en filosofía y *Tolomeo* en astronomía; desde el «Renacimiento» los hombres de ciencia procuraron experimentar, pesar, disecar, coleccionar, sin preocuparse de lo que habían dicho los antiguos. De esta nueva concepción de la ciencia nacieron el *microscopio* (1,570) y el *telescopio* (1,609), instrumentos á que se deben en gran parte los progresos en «Ciencias naturales» y en «astronomía.»

Hasta el siglo XVI imperó en esta última ciencia la doctrina de *Tolomeo*, que suponía á la tierra inmóvil en el centro del universo y girando en torno de ella los demás planetas, entre los cuales se contaban el Sol y la Luna; las observaciones de *Copérnico* mostraron que la tierra es un planeta que gira con los demás alrededor del sol. Tal es la conclusión de su libro «Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes» que publicó en 1,540. Es la piedra angular del edificio de la astronomía moderna, que concluyen de tan espléndida manera *Keplero* y *Newton* en los siglos siguientes. Por el mismo tiempo, *Vesalio* en su obra «Construcción del cuerpo humano» [1,543], fundaba la anatomía; su autor, como después *Galileo* y casi todos los sabios, fué condenado á la última pena por la inquisición, pero se la conmutó en una peregrinación al *Santo Sepulcro*, en la cual murió el distinguido anatómico.

La aritmética, la geometría y el álgebra quedaron constituidas, sin recibir nuevos acrecentamientos hasta el siglo XVII. De todos modos, la ciencia, tal como ahora la entendemos, nació del impulso que recibió el espíritu humano durante el *Renacimiento*.

CAPITULO III.

Las Monarquías hasta la Reforma. (1,453.—1,519).

I.—La Monarquía en Francia.

CARLOS VII tuvo la gloria de terminar aquella prolongada lucha entre *Inglaterra* y *Francia* que duraba hacia *cien años*, expulsando definitivamente á los insulares del territorio francés, de que se habían apoderado, en parte por herencia, en parte por la fuerza, ayudados en su empresa por la división feudal y las rivalidades en-

tre la «casa real de Francia» y el «ducado de Borgoña.»

La funesta costumbre de dividir el dominio real entre sus hijos y que tuvieron los reyes de *Francia* hasta el siglo XIV, hizo que el país llegara á tener hasta seis soberanos, sin contar al que llevaba el título de «rey de Francia.» Todos eran de sangre real, y algunos tenían más de la mitad del territorio nacional, como el «duque de *Borgoña*,» que era al mismo tiempo «Señor del *Franco Condado*» y de los *Países Bajos*, y por consiguiente, más poderoso que el «rey de *Francia*.» [1]. La unión de este vasallo con el «rey de *Inglaterra*» había determinado la continua derrota del de *Francia* durante la «guerra de Cien años.» Tan pronto como el «duque de *Borgoña*» ó el «rey de *Navarra*» se negaban á prestar su ayuda al inglés, éste se veía obligado á salir del Continente.

Luis XI pasó los 22 años de su reinado (1,461-1,483) en luchar con los seis ó siete reyes sus rivales, que se dividían el dominio del territorio nacional. La mayor parte de los príncipes y nobles se unieron para prevenir las medidas absolutistas del «rey de *Francia*.» lo derrotan y lo obligan á concederles cuanto piden en el tratado de *Confians*. Pero la lucha más peligrosa fué la que sostuvo contra su vasallo *Carlos el Temerario*, «duque de *Borgoña*,» que estuvo á punto de renovar para *Luis* y para *Francia* los desastres de *Carlos VI*, á causa de su unión con el rey de *Inglaterra*. Sin embargo, la habilidad de *Luis*, la ineptitud de *Eduardo VI* y la temeridad de *Carlos*, que aspiraba á la corona de *Alemania*, hicieron que fracasaran del todo estas ligas: el duque fué vencido por los suizos en *Granson* y en *Morat*, y poco después perece en el sitio de *Nancy* (1,477).

Libre el rey de su adversario más poderoso, comenzó á ejercer sus venganzas contra los «Señores,» en provecho de los dominios de la corona: aprisionó al «duque de *Alenzón*,» y mandó decapitar al «conde de *Armagnac*,» al «condestable de *Saint-Pol*» y al «duque de *Nemours*.» En lo único que no pudo salir adelante fué en la sucesión del «duque de *Borgoña*,» de la que no consiguió más que el *Artois* y la *Borgoña*, quedando los *Países Bajos* en poder de *Maximiliano* de *Austria*, casa-

(1) Las otras casas eran: la de Orleans, Alenzón, Borbón, Anjou y Bretaña.

do con la heredera del duque, de donde debía surgir con el tiempo el monstruoso poder de *Carlos V*.

A su muerte, *Luis XI* había unido á los dominios de la corona, además de los pequeños territorios de los «Señores,» (á quienes persiguió y condenó al suplicio), el *Anjou*, el *Maine*, la *Provenza* y el *Rosellón*. Y como la regente *Ana de Beaujeu* (hija de *Luis*) procuró el enlace de *Carlos VIII* con la heredera de *Bretaña*, quedó unido también este antiguo Estado feudal á la «corona de Francia.»

II.—Monarquía en Inglaterra.

MIENTRAS que la *Francia* se unificaba y adquirían sus reyes el poder absoluto, la *Inglaterra* se debatía, consumiendo sus fuerzas en una espantosa guerra dinástica entre la casa de *Lancáster* y la de *York*. Como la primera hubiese perdido casi todas las provincias que conquistaron los *Plantagenet* en el Continente, y como la casa de *York* se creyera con más derecho al trono, usurpado por los *Lancáster*, se suscitó la guerra civil, llamada de las «dos rosas,» [rosa blanca y rosa encarnada que usaban como distintivos las dos familias], guerra desastrosa que duró treinta años [1,455-1,485] y que acabó con la fuerza y poder de la aristocracia, dando origen á la omnipotencia de los reyes.

La casa de *York* triunfó con *Eduardo IV* en 1,471 contra *Enrique VI* de los *Lancáster*; su triunfo fué breve: á la muerte de *Eduardo*, *Ricardo de Gloucester*, se apoderó del trono, degolló á los hijos de su hermano *Eduardo* y reinó con verdadero lujo de crueldad y tiranía, persiguiendo con saña á los miembros distinguidos de las dos casas, y que juzgaba sospechosos. Cansados al fin de esta tiranía, los ingleses favorecieron á un vástago lejano de los *Lancáster*, á *Enrique Tudor de Richmond*, que se había refugiado en *Bretaña*. Cuando desembarcó en *Inglaterra*, todos se apresuraban á filiarse en el ejército de *Enrique*; encontró á *Ricardo* en *Bosworth*, donde lo derrotó, sepultándose el vencido en medio de su derrota. [1,485].

Casi toda la aristocracia inglesa que había arrebatado á *Juan sin Tierra* la «Carta Magna,» pereció en esta

lucha cruel: una de las más sangrientas que registra la «Historia Moderna,» de modo que al terminar, *Enrique VII Tudor* pudo ejercer un poder tan absoluto como el del rey de *Francia* y demás soberanos del Continente.

III.—Progresos de la Monarquía Española.

LOS cuatro reinos cristianos de *España*, (*León*, *Castilla*, *Navarra* y *Aragón*), á pesar de sus discordias intestinas, habían realizado progresos incesantes en la «Edad Media,» sobre todo, desde la unión de los dos primeros (*León* y *Castilla*) con *Fernando III*, (*el Santo*) en 1,230. (1). El de *Aragón* se había engrandecido lo mismo, hasta el punto de disputar á la «casa de *Anjou*» el dominio de *Sicilia* y triunfar en su lucha contra aquella poderosa casa de *Francia*. (1,282). Ambos reinos, el de *Castilla* y el de *Aragón*, después de muchos intentos, se unieron definitivamente en 1,479 con *Fernando*, heredero de *Aragón*, y *Doña Isabel*, reina de *Castilla*.

La primera empresa de estos «Soberanos» llamados *los reyes católicos*, fue acabar con los restos de la dominación musulmana en *España*, atacando á *Granada*, último baluarte de aquel poder colosal que hiciera estremecer de espanto á la Europa en otras edades. En 1,492, el último rey moro, *Boadil*, abandonaba á *Granada* (2), quedando constituida la monarquía española en toda la península con excepción del *Portugal*.

La monarquía que fundaron los «reyes católicos» fué, durante el siglo XVI, la más poderosa de *Europa*: conquistó el reino de *Nápoles*, se apoderó del de *Navarra*, al mismo tiempo que sus marinos y capitanes exploraban

(1) Sucesión de los reyes de Castilla desde *Fernando III* hasta *Isabel*: *Alfonso X el Sabio*, *Sancho IV el Bravo*, *Fernando IV el Emplazado*, *Alfonso XI el Vengador*, *Pedro I el Cruel*, *Enrique II*, *Juan I*, *Enrique III el Doliente*, *Juan II*, *Enrique IV*, é *Isabel*.

(2) Se refiere que al dejar á *Granada*, *Boadil* volvió la vista á la hermosa ciudad, y no pudo contener las lágrimas. «Haces bien en llorar como mujer,» le dijo su madre *Atsa*, «lo que no supiste defender como hombre.»

y comenzaban la conquista de las islas y tierra firme en el *Nuevo mundo*. Además, el enlace de *Juana*, hija y heredera de los «reyes católicos,» con *Felipe el Hermoso*, hijo de *Maximiliano*, emperador de *Alemania*, condujo á la formación de la más vasta monarquía que hubo jamás en *Europa*.

IV.—Guerras de Italia.

A *Italia* á fines del Siglo XV ofrecía un espectáculo singular: las artes y las letras brillaban con esplendor semejante al de *Atenas* en el siglo de *Pericles*; pero su cohesión nacional era nula: estaba dividida en multitud de Estados, de los cuales ninguno tenía fuerza bastante para someter á los demás. En el Sur, el «reino de *Sicilia*» había caído en poder de la «casa de *Aragón*,» después que hubo triunfado de la de *Anjou* (1,285); las ciudades del centro obedecían mal al detestable *Borgia*, que gobernaba la Iglesia con el nombre de *Alejandro VI*: en *Florenzia* (*Toscana*), la familia de los *Médicis* transformaba la brillante república en un principado despótico; *Génova* y *Venecia* continuaban su vida comercial independiente, pero ya en plena decadencia. Por último, los *Sforza* en *Milán* habían reemplazado á los *Visconti*, y *Ludovico el Moro* que usurpó el ducado á su sobrino *Galeazo Visconti*, llamó á los extranjeros, creyendo afianzar su poder con el auxilio de éstos, sin comprender que sus aliados eran tan peligrosos para él como para los demás soberanos de *Italia*.

Dada esta debilidad, y las incurables rivalidades de unos Estados con otros, era natural que la rica península tentara la codicia de las dos poderosas monarquías que acababan de unificarse y constituirse en Occidente, la de *España* y la de *Francia*: ambas tenían á su disposición grandes ejércitos, y una organización vigorosa: ambas, en fin, deseaban dominar en el Continente. La *Italia* no fué más que el campo de batalla en que aquellas dos monarquías se disputaron la superioridad ó hegemonía, esto es, la dirección general de la política europea. La historia del siglo XVI gira al rededor de

la rivalidad de *Francia* y *España*, rivalidad que se complicó singularmente con la «Reforma religiosa» y sus interminables guerras, de que se hablará más adelante.

Las «guerras de Italia» comprenden dos períodos: en el primero, *Carlos VIII*, rey de *Francia*, pretendió la corona de *Nápoles* como heredero de la «casa de *Anjou*» que la poseyó en el siglo XIII, penetrando en *Italia* con brillante ejército. (1,493). El duque de *Milán*, celoso del soberano de *Nápoles*, favoreció la empresa: la conquista fué rápida, pero efímera; el rey de *Francia* se vió obligado á abrirse paso por la fuerza contra los Estados italianos que formaron una liga para expulsar al extranjero. (1,495). En el segundo período, *Luis XII*, (hijo y sucesor de *Carlos VIII*) se propuso continuar la obra de su padre, y haciendo valer supuestos derechos al ducado de *Milán*, por su abuela *Valentina Visconti*, primitivos poseedores de aquel ducado, pasó á *Italia* y ocupó sin resistencia á *Milán*. Luego, quiso hacer lo mismo con el reino de *Nápoles*, favorecido por *Fernando*, rey de *España*: pero éste se volvió contra *Luis* y lo expulsó de *Italia*, ayudando al papa *Julio II* en la *liga santa* que limpió de franceses toda la península. (1,513).

Los italianos no ganaron nada con la expulsión de los franceses, puesto que el astuto *Fernando*, ayudando ya á *Luis XII*, ya á los Estados independientes, había logrado establecer más sólidamente que nunca el dominio español; adquirió á *Nápoles* y como ya poseía *Sicilia*, tuvo en sus manos todo el Sur de *Italia*. Después, el engrandecimiento de la monarquía española, por la unión de las coronas de castilla y del «Imperio alemán» en las sienes de *Carlos V*, produjo en 1,527 la caída definitiva de *Italia* en poder de aquel soberano. El gobierno de *Madrid* dictó desde entonces sus órdenes á los príncipes y al papa *Clemente V*; solamente *Venecia* conservó una independencia nominal. [1].

(1) Las guerras de Italia se prolongaron debido á la rivalidad de *Carlos V* y *Francisco I*, según se verá más adelante.

CAPITULO IV.

La Reforma Religiosa.

I.—La Iglesia á fines del siglo XV
y principios del XVI.

LOS «concilios reformadores» de *Pisa, Constantza y Basilea*, que pusieron un término á los escándalos del «*gran cisma*,» no lograron purificar la Iglesia de los vicios de que la acusaban, principalmente los pueblos del *Norte*, ingleses y alemanes. La corrupción de los monjes, la ociosidad y riqueza de los prelados, su lujo, su insolencia, tenían disgustados á muchos clérigos y seglares que permanecían fieles al espíritu y á las enseñanzas de la doctrina de *Cristo*; y sólo esperaban una ocasión para protestar contra tanta corrupción y desorden. Estos vicios eran mayores, precisamente donde menos debían serlo, en *Roma*: asiento del «trono pontificio y capital del mundo cristiano».

El Papa daba el ejemplo de inmoralidad y de corrupción; *Alejandro VI* escandalizó á los mismos príncipes de aquella época, con verdadero lujo de crímenes, intrigas, desórdenes y crueldades, que mancharon para siempre la sede pontificia. [1]. *León X*, animado por el espíritu pagano, y la adoración por la cultura antigua, contribuyó con su brillante corte, en la que llamaban dioses á los santos y vestales á las monjas, á desprestigiar al papado, cuya influencia disminuía rápidamente.

La impresión que la corte brillante y mundana de los papas produjo en *Lutero* fué profunda; el monje mismo la describió después en estos términos: «No quisiera

[1] *Julio II* era un guerrero y un patriota, que llevaba coraza y casco y que penetraba en la brecha, como el mejor general; pero carecía del espíritu cristiano. *Clemente V* y *Paulo IV*, no hicieron más que imitarlo; quedando, sin embargo, muy por debajo de su modelo.

ni por mil florines haber dejado de visitar á *Roma*, pues siempre habría temido ser injusto con el papa: los crímenes son allí comunes, la impiedad reina entre los romanos, quienes se burlan de la verdadera religión y de nosotros, verdaderos cristianos, porque creemos en todo lo que dice la *Escritura*. Temen más á *San Antonio* ó á *San Sebastián*, á causa de las llagas que mandan, que á *Cristo*, pues viven en la superstición, sin creer en la palabra de Dios, ni en la resurrección de la carne, ni en la vida eterna.»

Estos eran los sentimientos de un gran número de cristianos en aquella época, de modo que estaban dispuestos á sostener al que se levantase contra *Roma*; la ocasión no debía tardar mucho en presentarse, como sucedió en efecto.

II.—Los Reformadores y sus doctrinas.

LOS principales reformadores en el siglo XVI fueron *Lutero, Zuínglio y Calvino*; ninguno de ellos tenía cargos elevados en la Iglesia; ni siquiera pertenecían á seglares distinguidos: *Lutero* era monje y doctor de la pequeña Universidad de *Wittemberg*; *Zuínglio* era un cura rural en *Suiza*, y *Calvino* era hijo de un burgués de *Noyón* (Francia). El que dió la señal del rompimiento fué *Lutero* con motivo de una cuestión insignificante: *León X*, el fastuoso Papa de la culta familia de los *Médicis*, necesitaba mucho dinero para la construcción del magnífico templo de *San Pedro*, y encargó en *Alemania* á los *domínicos* concedieran indulgencias á los fieles que diesen limosnas con destino al citado templo. Es doctrina de la Iglesia creer que se puede rescatar la penitencia por medio de las buenas obras, entre las cuales están las donaciones y limosnas para la Iglesia; pero á *Lutero* le pareció opuesta á la *Escritura* esa creencia y atacó duramente la venta pública: el Papa sostuvo al emisario y condenó las ideas del monje. *Lutero* sostenido por los laicos empezó á atacar al Papa y al clero en el curso de una discusión con la «primera dignidad de la Iglesia» [Disputationes theologicæ]; y por último, quemó públicamente en *Wittemberg* la bula de excomunión dictada contra él por el «Sumo Pontífice.»

La principal conclusión de las creencias de *Lutero* es la doctrina del *pecado original*: para él la salvación del hombre consiste en la *gracia*, esto es: en la concesión de la fe, el sentimiento, el amor de *Cristo*, el deseo de estar unido á él. «Aquel á quien el Salvador concede la *gracia* queda libre inmediatamente del pecado,» dice el monje. *Calvino* propone una idea semejante: «el *pecado original*,» escribe, «ha corrompido enteramente el corazón del hombre; su voluntad se ha hecho tan perversa, que no es capaz de querer el *bien*, sino el *mal*; abandonado á sí mismo se condenaría irremisiblemente; mas como Dios quiere salvar por un acto de bondad á algunos hombres, les concede la *gracia*, pero sólo á los que tienen fe.» *Lutero* y *Calvino* reducen, pues, toda la religión á la fe: «el hombre se salva por su fe y no por sus *obras*.» Conviene advertir que estas *obras* á que se refieren los *Reformadores* son las *obras piadosas*, esto es, las prácticas é instituciones creadas por la «Iglesia» en quince siglos, que no constan en el *Evangelio* y que los rebeldes rechazaban por crearlas inútiles para la salvación del hombre: tales son: el *purgatorio*, las *indulgencias*, la *misa*, el culto de la *virgen* y de los *santos*, las *procesiones*, las *reliquias*, las *peregrinaciones*, el *celibato eclesiástico*, la *autoridad del Papa* y de los *obispos*, y algunos *sacramentos*. Esto era, propiamente, acabar con la organización, el culto y las prácticas de la Iglesia tradicional.

Lutero no era partidario de la razón y el *libre exámen*, á los que condenaba con la violencia propia de él, diciendo: «Hay que prevenir á los creyentes contra la *razón*, ante la que la palabra de Dios es una locura; hay que destruirla...» No era tampoco un liberal, pues que según él, los pueblos no debían reclamar sus derechos, porque se hacían reos de paganismo. Por último, era un fanático supersticioso é intolerante, que se creía constantemente perseguido por el diablo, y, como *Calvino*, aconsejó y predicó la persecución á los que no pensaban como él.

Zuinglio parece haber sido el único de estos *Reformadores* del siglo XVI que persiguió ideas más elevadas y sentimientos más generosos, vislumbrando más amplios horizontes. Para él nada significa el *pecado original*, y creía, así, que los hombres podían salvarse sin *la fe*, con tal de que fueran *virtuosos*. Con este motivo escri-

bía á *Francisco I.*, «Debéis esperar ver en el cielo á cuantos hombres santos, valerosos, fieles y buenos han existido...» Mas, como *Lutero* y *Calvino* con sus supersticiones, su fanatismo é intolerancia estaban más en armonía con las ideas y sentimientos reinantes en aquella época, tuvieron más resonancia sus doctrinas que las del humilde cura de *Glaris*, y se propagaron con mayor rapidez, apoyadas por príncipes, señores y burgueses, dando ocasión á que ardieran en todo el Continente las hogueras, y á que corrieran torrentes de sangre, pues que se había desbordado el fanatismo.

III.—Propagación del Protestantismo.—Sectas.

EN el mismo siglo XVI, el protestantismo se propagó rápidamente por Europa, principalmente por los países del Norte: *Alemania*, (su cuna), *Suiza*, *Inglaterra*, *Suecia*, *Dinamarca*, *Escocia*, *Holandia* y una parte de *Francia*. Príncipes, Señores y burgueses de esos países, aceptaron la *Reforma*: unos por convicción religiosa y otros por interés político. En efecto, algunos, sobre todo los burgueses y artesanos, tenían gran satisfacción en leer por sí mismos la *Escritura*, en oírla explicar en su propio idioma, en entonar cánticos cuya letra comprendían y en recibir la comunión bajo las dos especies. Mientras que los caballeros y reyes veían en la *Reforma* una excelente ocasión para librarse de la tutela eclesiástica, formando una Iglesia nacional, como en *Inglaterra*; ó como en *Alemania*, los mismos príncipes eclesiásticos (abades y obispos) secularizaron sus dominios, convirtiéndolos en un Estado laico: así formó su *ducado de Prusia* el gran maestro de la *Orden Teutónica*.

Los reformados no constituyeron una religión única, pues cada príncipe arreglaba como le parecía la cuestión religiosa en sus Estados. Todos querían, parece, la reunión de un *Concilio*, que corrigiera los abusos del clero y que facilitase, en cuanto fuera posible, el acuerdo entre tan diferentes opiniones é intereses; pero como los principales soberanos del Orbe católico

de España y de Francia) y el mismo Papa, luchaban entre sí por cuestiones políticas, no fué posible la reunión de ese Concilio, sino muchos años más tarde, cuando la *Reforma* se había propagado por los países de que se ha hablado. Lo único que pudo hacer Carlos V (Carlos I de España), fué reunir la *Dieta* de la nación ó *Reichtag*, en *Spira* (1,529), la cual acordó: que todos los príncipes alemanes que no hubiesen aceptado hasta entonces la *Reforma*, debían permanecer en la antigua fe, mantener en ella á sus súbditos é impedir que se predicaran las nuevas doctrinas en sus respectivos Estados. Los príncipes reformados y los «consejos de las ciudades libres» de *Alemania* protestaron contra este acuerdo de la Junta, y desde entonces llevan el nombre de *protestantes*.

Peró los *protestantes*, contestes en lo que rechazar, como las prácticas devotas, la misa, los conventos, el celibato, la autoridad del Papa y los obispos, la señal de la cruz, etc., no lo están en lo que admiten: así se formaron multitud de *sectas*, cuyos dogmas y culto difieren mucho entre sí. La primitiva y principal de estas *sectas* fué el *luteranismo*, que nació en los Estados alemanes y se extendió á *Dinamarca*, *Noruega* y *Suecia*. Admite que el creyente no debe esperar su salvación más que de Dios, y no de las oraciones de la Iglesia, ni de la mediación de la virgen ó de los santos; supone que la palabra de Dios está contenida en los *Evangelios*, y que éstos deben ser redactados en lengua vulgar para que estén al alcance de todo el mundo: conserva los misterios y algunos de los dogmas y sacramentos de la Iglesia católica, como la *Trinidad*, la *Encarnación*, la *Redención*, el *Espíritu Santo*, la *Comunión*, etc., pero creen que la organización de la Iglesia no es una institución divina sino civil, y que puede alterarse á voluntad de los que dirigen la sociedad y el culto.

El *calvinismo*, que tuvo su centro en *Ginebra* y que se propagó por *Holanda*, *Escocia*, *Inglaterra* y *Francia*, adoptó la doctrina de la *predestinación* y de la *gracia* como base fundamental de su credo. Según la primera, la suerte de los hombres está determinada desde antes de nacer: á salvarse unos y á condenarse otros, por que los decretos del Eterno no pueden modificarse. Dios podría condenar justamente á todos; pero prefirió: elige á unos por *gracia* y rechaza á otros por *justicia*. A

los hombres toca acatar los decretos del Eterno, y procurar la *gracia*, sin la cual no hay salvación posible. El *calvinismo* conserva algunos sacramentos, (pero como ceremonias simbólicas ó conmemorativas), entre ellos la *comunion* y el *bautismo*; prohíbe las prácticas devotas del catolicismo, la pompa y ceremonias del culto, que deja reducido á oraciones, sermones y cánticos; organiza la Iglesia en asambleas [consistorios y sínodos], con su pastor, que apenas conserva autoridad y con los *mayores* ó *ancianos* [presbys], que son los que realmente la dirigen. De aquí el nombre de *presbiterianismo* que adoptó esta secta en *Inglaterra*, y que tantas revoluciones, y de consecuencias tan importantes y trascendentales, produjo en aquella nación.

El *anglicanismo*, forma nacional del *luteranismo*, creado en *Inglaterra* por la ley de los 39 artículos, supone que la *Escritura Santa* contiene cuanto es necesario para la salvación; pero conserva parte del culto y de la organización de la Iglesia católica, con sacramentos, obispo y Papa, que es el rey. Lo cierto es que *Inglaterra* fué un semillero de sectas; los *presbiterianos* ó *calvinistas*, los *independientes*, los *puritanos* ó *cuáqueros*, estos últimos más rígidos é intolerantes que los *independientes*, y éstos, á su vez, más que los *calvinistas*. Poco á poco fué el protestantismo despojándose de su intolerancia é intransigencia para dar nacimiento á los *latitudinarios* que ensancharon la religión, sosteniendo que todo hombre puede salvarse, pues que la *gracia* es *universal*; de aquí el nombre de *universalistas* con que también se les conoce: «Dios», dicen, «recibe con agrado los homenajes que los pueblos le tributan, cada cual á su modo: lo que importa es la virtud.» Ya *Arminio* en *Holanda*, *Sorino* en *Italia* y *Zuinglio* en *Suiza*, lo habían dicho: «No hay que condenar á nadie por motivo de creencia; todos han recibido de Dios *gracia* suficiente para salvarse, no necesitando al efecto más que conformarse á la ley natural, ó ser virtuoso... No hay que juzgar á los hombres por lo que creen, sino por lo que hacen... No vale nada la creencia en un dogma cualquiera sin la honradez y la virtud que vuelven mejores á los hombres.» Tal fué el resultado más brillante á que condujo la revolución religiosa del siglo XVI, con gran sentimiento de los fanáticos de todos los bandos, principalmente de los mismos protestantes.

IV.—Reorganización del Catolicismo,

EL Papa, el clero y los laicos que habían permanecido fieles á las tradiciones de la «Iglesia,» procuraron la abolición de los abusos que habían levantado á los países del Norte contra *Roma*: el Papa dejó de cobrar las *gracias expectantes*, de conceder dispensas, y todo aquello que permitiera la corrupción y diera margen al escándalo; desterró el lujo de la corte pontificia, vigiló á los obispos y éstos á los curas; la orden de los «Franciscanos» fué reformada con el nombre de «Capuchinos,» y renació la piedad. Mas, la principal arma de que se valió el papado para detener el paso á la revolución religiosa que amenazaba destruir la antigua Iglesia, fué la «Compañía de Jesús,» fundada por *Ignacio de Loyola*: verdadera milicia eclesiástica encargada de combatir á los *herejes*, de sostener á los cristianos que vacilan y de ayudar al Papa en la obra de regeneración católica.

Ninguna de las Ordenes monásticas fundadas en la «Edad Media» tuvo más sólida organización que la de los *jesuitas*, ni otra alguna tuvo jamás propósitos más firmes ni dispuso de medios más eficaces para realizarlos. Pronto comprendió, en efecto, que la *educación* y la *confesión* debían ser palancas poderosas en sus manos, capaces de remover los obstáculos que se presentaban á la autoridad de la Iglesia tradicional y del «Sumo Pontífice,» y tan bien supieron ingeniarse con estos medios, que ya para fines del siglo XVI dirigían la enseñanza, no solo en el centro y sur de *Europa* sino en la *América*, en el seno de los mismos países protestantes, y llegaron á fundar misiones entre los sectarios de *Buda* en el Oriente, y entre los idólatras de *Oceania*. En sus Colegios, los jesuitas ejercitaban á los alumnos en las prácticas que la impiedad había proscrito, enseñándoles al mismo tiempo la *cortesía* y las buenas maneras, á presentarse bien y hablar con elegancia. Cuanto á la *confesión*, fueron los modelos en este *arte difícil*, y llegaron con su habilidad y sus manejos á apoderarse de las conciencias de todo el mundo, y principalmente de

los reyes, á quienes inspiraban medidas favorables á sus propósitos. Pero como todo lo humano tiene un límite necesario, los mismos jesuitas desprestigiaron la confesión con el estudio de los *casos* (casuística), para acomodar la penitencia á la categoría del pecado (venial ó mortal): corrupción apenas creíble en siglos que registran grandes progresos científicos, si bien éstos fueron realizados completamente fuera de la órbita de la enseñanza jesuítica.

Fortalecido el papado con estas armas y establecida una tregua en las guerras que assolaban la Europa por aquel tiempo, pudo reunirse el *Concilio* en *Trento*, ciudad perteneciente al Imperio (1,545 á 1,563). Esta asamblea estaba formada por obispos de cuatro naciones, *Italia, España, Alemania* y *Francia*, siendo el número de italianos superior al de todas las demás naciones reunidas; y como eran dóciles instrumentos del Papa y propiamente su hechura, se hizo en este *Concilio* lo que deseaba el Pontífice. El Emperador mismo (Carlos V) reclamaba algunas reformas, como «la comunión con ambas especies, el matrimonio de los clérigos, los cánticos en lengua vulgar y la revisión del *Breviario*,» reclamaciones apoyadas por teólogos y doctores respetables de las naciones de Occidente (*Francia* y *España*): pero como se votaba por cabeza y no por nación, los italianos ganaron la partida, rechazando todas las reformas que tendían á menguar las instituciones de la Iglesia tradicional y la autoridad del *Sumo Pontífice*, y pronunciando anatemas contra ellas, en esta forma: «Si alguno dice que el canon de la misa contiene errores y que debe ser suprimido, sea anatema.» Algunos Soberanos, entre ellos el campeón del catolicismo [Felipe II], se negaron á admitir en sus dominios ciertos cánones del Concilio; pero en el seno de la Iglesia se afirmó más la autoridad del Papa. Además, como ya tenía organizadas sus milicias eclesiásticas y como disponía del poder colosal de *Carlos V*, creyeron los católicos y con ellos el *Pontífice*, que en poco tiempo quedaría aniquilado el *protestantismo*. A mediados del siglo XVI los católicos triunfaban; á fines de ese siglo y, sobre todo, á mediados del XVII, el protestantismo imperaba victorioso en las naciones del Norte.

CAPITULO V.

Rivalidad entre la casa de Austria
y la de Francia.

I.—Francisco I y Carlos V.

MIENTRAS que en la esfera de las ideas se verificaba aquel movimiento que iba á dividir en dos porciones el mundo cristiano de Occidente, España y Francia continuaban la lucha por sus dominios en Italia y su preponderancia en Europa.

En 1515, subió al trono de Francia un joven valeroso, Francisco de Angulema [Francisco I] apoderándose por un golpe de audacia del Milanesado [batalla de Marignano]. Poco después iba á tener frente á sí el poder colosal de la «Casa de Austria» que se había engrandecido por herencias, casamientos y conquistas, de un modo fabuloso, y que amenazó absorber la Europa y la América en una monarquía única y universal. En efecto, Maximiliano de Austria adquirió desde el siglo anterior los Países Bajos (Bélgica y Holanda), por su enlace con María de Borgoña. Felipe el Hermoso, hijo y sucesor de aquél, obtuvo la corona de España y sus dominios por su casamiento con Juana, hija y sucesora de los reyes católicos; Carlos primogénito de Felipe heredó todas estas posesiones, más los ducados austriacos á la muerte de su abuelo Maximiliano, y como si no fuera bastante todo esto, la Dieta lo eligió Emperador de Alemania, y sus capitanes conquistaban á Méjico y al Perú. Era el primer Imperio que, había en el mundo, «en cuyos dominios no se ponía el Sol» (1).

(1) La conquista de Méjico es uno de los episodios más brillantes de la historia moderna: 700 aventureros con 18 caballos y unos cuantos cañones y mosquetes, se atreven á penetrar en el seno del Imperio azteca, atraídos por la sed

La lucha entre estos dos soberanos fué de ambición personal y de equilibrio europeo. Francisco era un rey valiente, tenaz y firme en sus propósitos, y se hallaba al frente de un reino unido y fuerte, capaz de oponer un obstáculo al creciente poder de la «casa de Austria»; pero los Estados de Carlos eran demasiado extensos, para que no intentase la dominación universal. El primer choque se efectuó en Italia (1521-1526); los generales franceses, Lautrec, Bayardo y Bonivet, fueron derrotados: los imperiales penetraron en Provenza; Francisco I que acudió á recuperar la Italia perdió la batalla de Pavía y fué conducido prisionero á Madrid, donde firmó un tratado, por el que renunciaba á todas sus pretensiones sobre la Italia. Victorioso Carlos V combatió al Papa, aliado de Francia, y tomó y saqueó á Roma, repitiendo un príncipe cristiano, al cabo de mil años, los horrores de los Visigodos y Vándalos.

Carlos V quiso dirigir los asuntos religiosos y políticos de Europa, y celebrar un Concilio para el arreglo de las cuestiones que traían agitada á la Alemania; pero la Dieta de Spira (1529), y las dificultades para reunir el Concilio, le mostraron quienes eran sus verdaderos enemigos: los protestantes y Francisco I en sus anhelos por el dominio de Europa. Para mayor desgracia, Solimán, Sultán de Constantinopla, se apoderó de Hungría y amenazaba con una invasión general de la Europa. Carlos V se mostró á la altura de la situación y conjuró todos los peligros: invadió el mediodía de Francia, atacó á los piratas sarracenos en sus guaridas (Argel y Túnez), libertando 20.000 cristianos; detuvo al Sultán en la frontera oriental de Alemania, obligándolo á retroceder; derrotó á los príncipes luteranos aliados del rey de Francia, haciendo prisionero al Elector de Sajonia, jefe de ellos, y deponiéndolo de su cargo, que el emperador transfirió á Mauricio de Sajonia. (1547).

del oro y el deseo de renombre. Tal vez hubieran fracasado si no hubieran contado con un capitán de genio, fecundo en medios de victoria y en ardides de guerra, con Hernán Cortés; uno de los hombres más audaces que ha producido España. Fueron parte también á la caída del gran Imperio, las supersticiones de los aztecas y los odios y rivalidades que con su crueldad y despotismo habían sembrado entre los pueblos de Anáhuac. Solo así se comprende que haya caído tan grande Imperio, dirigido por el valeroso Cuauhtemoc: el último y el más grande de los emperadores aztecas.

Carlos V habfa demostrado que era digno de llevar el nombre de los *Césares*, y que era capaz de sostener el peso de tantas coronas, como quiso la suerte concederle; pero la actividad y la energía del hombre tienen un límite, y el de tan grande Emperador no debfa tardar mucho. El nuevo rey de *Francia*, *Enrique II*, contrae alianza con los príncipes protestantes, y bruscamente, *Mauricio de Sajonia* se pone á la cabeza de un formidable ejército, dispersa el *Concilio de Trento*, y está á punto de sorprender al Emperador mismo en el *Tirol*. Los tres obispados de *Metz*, *Toul* y *Verdun* caían por el mismo tiempo en poder del rey de *Francia*. *Carlos V* se vió obligado á firmar la «paz de *Augsburgo*,» [1,555] ventajosísima para los príncipes alemanes, quienes pudieron de allí en adelante determinar cuál sería la religión de sus súbditos: sitió á *Metz* y no pudo recuperarlo, terminando por firmar con *Enrique* la tregua de *Vaucelles*. [1,556]. Cansado y enfermo, *Carlos V* abdicó sus coronas en favor de *Felipe II* (su hijo) y *Fernando* (su hermano): el primero recibió *España* y sus colonias, los *Países Bajos*, el *Franco Condado*, *Nápoles* y el *Milanesado*; el segundo (*Fernando*) quedó dueño de las provincias alemanas, de la *Bohemia* y la *Hungría* y fué nombrado *Emperador*. El que habfa ceñido con tanto brillo las coronas de un mundo en sus sienes, fué á pasar humildemente sus últimos días en el Monasterio de *Yuste* [*España*], ya convencido de su impotencia para continuar rigiendo con el mismo esplendor los destinos de *Europa* y *América*: ejemplo vivo de la vanidad de las grandezas humanas y de lo quimérico del dominio universal.

II.—Felipe II.

LA lucha continuó, y se iba á complicar singularmente con las cuestiones religiosas que habfan dividido á Europa en dos bandos: católicos y protestantes. El campeón del catolicismo en la segunda mitad del siglo XVI fué *Felipe II*, dueño de *España*, *Italia*, el *Franco Condado* y los *Países Bajos*, más las colonias de *América* que daban el oro necesario para remover la *Europa*; su único aliado fué el Emperador,

mal obedecido por los príncipes alemanes, escaso de recursos y sin ejército; sus enemigos eran el rey de *Francia* y el de *Inglaterra*: el primero, por las rivalidades políticas de dominio; el segundo, por antagonismo en las creencias, y propósitos semejantes de dominio y preponderancia en el Continente.

La guerra comenzó en *Italia*. El Papa *Paulo IV*, atendiendo á motivos meramente políticos, intentó expulsar del reino de *Nápoles* á los españoles, á quienes aborrecía como napolitano; celebró alianza con *Enrique II de Francia* y mandó un ejército contra el duque de *Alba*, mientras que los franceses se preparaban á invadir las posesiones del monarca español. *Felipe*, que no tenía que temer nada por entonces de *Inglaterra*, con cuya reina (*María*) se habfa casado, pudo disponer de todas sus fuerzas. Fácil le fué, en efecto, deshacer la coalición: el duque de *Alba*, destruyó el ejército francés en *Italia* y obligó al Papa á firmar contra su voluntad un tratado en el que renunciaba á todas sus pretensiones de independencia del reino de *Nápoles*, quedando desde entonces el papado y la *Italia* en poder de *Felipe II*. En el Norte, el mismo monarca y su excelente general *Filiberto de Saboya*, invadieron la *Francia* y ocasionaron tan terrible derrota al ejército francés en *San Quintín*, que pudieron muy bien los españoles llegar hasta *París*; pero no lo hicieron, porque tanto á uno como á otro monarca les asustaba más el avance continuo del protestantismo en sus Estados que el incremento ó pérdida de éstos; así es que se apresuraron á firmar la paz en *Cateau Cambresis* (1,559), en virtud de la cual devolvía *Felipe* á *Enrique II* todo lo que le habfa arrebatado en el Norte de *Francia*.

Después de esto, cambió de faz la lucha: las ambiciones políticas se tornaron en fanatismo religioso. El protestantismo iba ascendiendo como marea incontrastable en el Norte [*Dinamarca*, *Suecia*, *Alemania*, *Inglaterra*] y comenzaba á invadir á *Francia* y á *España*; *Felipe* se propuso detenerlo, y si no pudo impedir que los países del Norte fueran protestantes, evitó al menos que lo fuesen los del Mediodía. Comenzó por *España*, decretando terribles penas contra todo aquel que leyese las obras de los reformadores, y mandó quemar vivos aun á los nobles y eclesiásticos que se habfan inficionado de la herejía luterana. El mismo rey decía:

«Prefiriría perder todos mis Estados y cien vidas que tuviera, antes que ser Soberano de herejes. Más vale un reino arruinado, con tal de conservarlo para Dios, que uno próspero y rico consagrado al demonio y á sus sectarios los herejes.» El Papa *Pío V* lo animaba en esta vía diciendo: «No perdonéis á los enemigos de Dios, como ellos no han escaseado sus ataques á la misma Divinidad: así como no hay más que un Dios y un rey, no debe haber más que una religión.»

Con estas ideas de intolerancia y fanatismo, sustentadas con igual crudeza por los protestantes, que en ocasiones formaban verdaderas bandas de foragidos, la lucha tenía que ser cruel. El primer campo de operaciones en donde *Felipe II* desplegó todo su fanatismo fué la *Bélgica*. Mandó condenar á la última pena, agravando los suplicios con crueles refinamientos, á todos los que se mostraran afectos á la nueva religión; y mandó soldados y funcionarios españoles á las florecientes ciudades de *Flandes* para que acabaran con la herejía. Los señores flamencos no pudieron soportar tan feroz despotismo y se sublevaron contra *Felipe*. El duque de *Alba*, con su denuedo acostumbrado, se encargó de someter con sus invencibles tercios españoles á los súbditos rebeldes á la autoridad de su Señor. El esclarecido capitán manchó su triunfo con degüellos y matanzas á sangre fría, y llevó su orgullo hasta erigirse á sí mismo monumentos en que pisoteaba las insignias y á los personajes de las ricas provincias.

Felipe esperaba volver á ser rey de *Inglaterra*, casándose con *Isabel*, hija como *María*, (su fallecida esposa), de *Enrique VIII*, y heredera del trono; no pudo conseguirlo, y se contentó con favorecer las conspiraciones para elevar á ese trono á la católica *María Estuardo*. Por ese tiempo ofreció el poderoso monarca su ayuda á *Catalina de Médicis* para combatir á los protestantes de *Francia*, sin descuidar por esto la defensa del mediodía de *Europa* contra los musulmanes, á quienes ganó por medio de su valiente Capitán *D. Juan de Austria* la gloriosa batalla de *Lepanto* (1571), que acabó con el poderío y grandeza de los turcos (1).

(1) En esta batalla naval perdió un brazo el escritor más célebre que ha tenido España, el inmortal Cervantes. Así, por perifrasis se le llama comunmente «el manco de Lepanto.»

En 1580 conquistó el *Portugal*, y por todas partes parecía sonreír la fortuna al poderoso monarca, menos en los *Países Bajos* y en *Inglaterra*. En aquellos, la rebelión ahogada en sangre por el duque de *Alba*, renació amenazadora en el *Norte* [Holanda], donde unos piratas, llamados con desprecio por los cortesanos de *Felipe*, los mendigos del mar, tomaron la ciudad de *Briel*, que fué la señal del levantamiento general contra los españoles [1572]. La campaña que éstos emprendieron para someter las provincias sublevadas fué espantosa: las ciudades que resistían, como *Harlem* y *Leide*, eran destruidas; el ejército español, después de triunfar, quedó aniquilado, y se sublevó en parte. *Felipe* se vió obligado á reconocer la independencia de las siete provincias del *Norte*, quedando las demás momentáneamente sometidas, debido á los talentos militares del célebre *Alejandro Farnesio*, príncipe de *Parma*. Tal vez habría terminado favorablemente para *España* aquella guerra, en que luchaban encarnizadamente unos y otros por fanatismo religioso y por interés político, pero el monarca de *España* había extendido demasiado sus brazos, y tuvo que abandonarla, mandando al príncipe de *Parma* que acudiera á liberar á *París*, sitiado por *Enrique IV*.

El principal deseo de *Felipe II* era apoderarse de la dirección general de la política europea, imperando directamente ó por medio de sus agentes en las dos principales naciones que se conservaban independientes: *Francia* é *Inglaterra*. En *Francia* se puso de acuerdo con *Enrique de Guisa*, jefe de la *Liga Católica*, le dió recursos para que organizara la rebelión contra *Enrique III*, legítimo rey de *Francia*; en *Inglaterra* provoca conspiraciones contra *Isabel*. A punto estuvo de apoderarse de estas dos naciones: la escuadra llamada presuntuosamente *la Invencible*, se dirige á *Inglaterra* para destruir aquel foco de herejía, alma de todas las rebeliones contra *Felipe*: el ejército español de los *Países Bajos* es dueño de *París*; pero los lijeros barcos ingleses, la ineptitud del duque de *Medina Sidonia* y las tempestades, destruyen la armada española: los *Estados Generales* convocados en *París* por los *ligueros* se niegan á aceptar como Soberano al archiduque austriaco que *Felipe II* propone como esposo de su hija, la infanta *Isabel*, nacida de su unión con una de las hijas de

Enrique II. Poco después, *Enrique de Navarra* abjura sus creencias y es reconocido por todos los franceses como legítimo rey nacional. Las tentativas del campeón del catolicismo fracasan por completo: los *Países Bajos* continúan en su rebelión, la cual agota las fuerzas de *España*; los barcos ingleses llegan á quemar las naves españolas en el puerto de *Cádiz*: la marina y el ejército perecieron durante este largo reinado. Al morir *Felipe* [1596], dejaba á *España* arruinada, y al protestantismo triunfante en los países del centro y Norte de Europa.

III.—Inglaterra en el siglo XVI.

ENRIQUE VIII [1519-1547], introdujo la reforma religiosa en *Inglaterra*; era un monarca absoluto, egoísta y cruel, que deseaba imponer su voluntad á todo el mundo. Comenzó este verdadero loco por creerse teólogo, y defendió al Papa contra los ataques de los herejes luteranos; después se volvió contra el Pontífice *Clemente VII*, porque se negó á anular el enlace que veinticuatro años antes había contraído con *Catalina de Aragón*, hasta que por fin, rompió con la *Santa Sede* y se declaró protector y jefe supremo de la *Iglesia de Inglaterra*. [1533].

Fácil es comprender lo que sería la religión y el reino en manos de un monstruo que repudiaba y enviaba al patíbulo á sus esposas, para contraer nuevos enlaces. A pesar de su rompimiento con el Papa, *Enrique VIII* se consideraba católico, y prohibió que se alterara la organización de la *Iglesia* y del culto. Este catolicismo del célebre rey era una arma de dos filos, que le permitía quemar á los luteranos por herejes, y á los fieles al Papa por rebeldes. Al morir dejó tres hijos: *Eduardo*, *María* é *Isabel*.

Durante los últimos años de *Enrique*, el protestantismo había hecho rápidos progresos entre los burgueses, los hacendados y los nobles. Cuando ascendió al

trono *Eduardo VI*, la revolución en las creencias estaba hecha. Se redactó entonces la *Confesión de fe* y el libro de la oración común, que era el formulario de todas las ceremonias del culto. Habiendo muerto *Eduardo*, sin hijos, le sucedió su hermana *María*, hija de *Catalina de Aragón*, y como ésta católica. Contrajo matrimonio con *Felipe II de España*, y se consagró á restablecer el catolicismo, alterado por el tristemente célebre *Enrique*; obligó al Parlamento á declarar la supremacía del Pontífice, y á decretar que los bienes confiscados á los frailes, les fueran devueltos: miles de protestantes perecieron en la hoguera, y la nación inglesa iba á entrar de nuevo en el catolicismo, cuando *María* [llamada la sanguinaria], murió sin hijos [1558], dejando indecisa la sucesión, y con ésto el triunfo de la religión católica ó protestante.

En efecto, *María* tenía una hermana, *Isabel*: uno de los personajes más importantes en las luchas religiosas del siglo XVI, de aquel siglo tan fecundo en grandes cara-terces. Como era ilegítima, fué rechazada por el partido católico, el cual prefería á *María Estuardo*, que era á la sazón reina de *Escocia*, y que lo había sido de *Francia* por su enlace con *Francisco II*; estaba, además, emparentada con los *Guisas*, como hija de *María de Lorena*, familia poderosísima en el Continente y que formaba como el alma de la *Liga católica* en *Francia*. Pero, el mismo *Felipe II*, campeón de la santa causa, favoreció la exaltación de *Isabel* al trono de *Inglaterra*, creyendo dominar esta reina casándose con ella, según lo había hecho con *María*. Esta vez, el poderoso monarca español contribuyó á su ruina sin pensarlo. *Isabel* comprendió que no tenía más partido fiel á su persona que el de los protestantes, perseguidos tan dura y cruelmente por su hermana, eludió con evasivas el lazo que le tendía el rey de *España*; y cuando sintió firme el terreno en su país, se declaró abiertamente contra el catolicismo, convirtiéndose en jefe del bando contrario.

La «Iglesia anglicana» que *Isabel* fundó, no fué más que una transacción entre el catolicismo y el calvinismo, pues que conserva las ceremonias del culto católico y la organización jerárquica de la «Iglesia romana»; pero desconoce la autoridad del Papa, y prescribe el inglés para la misa y oraciones. De pronto esto tuvo el inconveniente de formar tres partidos: católico, anglicano

y calvinista, que se hacían cruda guerra; mas, la reina, sagaz é inteligente, se unió momentáneamente á los calvinistas, para poder luchar con ventaja contra los católicos, más poderosos, sostenidos por el rey de España, y que veían en *María Estuardo*, heredera presunta de la corona, su verdadera y legítima reina.

Combatida por tan fuertes enemigos, *Isabel* supo hacer frente á todos: logró que se sublevaran contra *María Estuardo* los protestantes escoceses, á quien inicadamente condenó á muerte después de largo y duro cantiverio: escapó á las tentativas de asesinato dirigidas por los católicos contra ella: salvó con sus auxilios á los calvinistas de *Escocia* y de *Holanda*, y sostuvo á los de *Francia*; destruyó la gran escuadra de *Felipe II*, y cuando murió en 1.603, la *Inglaterra* era una gran potencia protestante, contra la cual nada pudo el formidable poder de la católica *España*.

IV. — Luchas religiosas en Francia.

FRANCISCO I en sus eternas contiendas con *Carlos V*, no tuvo ni la intención de combatir á los protestantes, ni disfrutó de la calma necesaria para emprender cruzadas contra ellos en el interior de su reino. Antes, al contrario, se unió con los príncipes luteranos de *Alemania* contra *Carlos V*, guiado por intereses meramente políticos. Lo cierto es que durante el reinado de *Francisco I* los protestantes eran poco numerosos en *Francia*. En la época de *Enrique II* era otra cosa: la paz de *Cateau Cambresis* firmada por este Soberano y el de *España*, tenía por objeto ponerse de acuerdo para destruir el protestantismo [secta calvinista] que se había extendido rápidamente por *Suiza* y *Francia*.

El propósito de *Enrique II* no se logró: diríase que el acaso salvaba en todas partes á los sectarios de *Lutero* y *Calvino*: el rey pereció en un torneo. *Francisco II*, hijo y sucesor del anterior monarca, era demasiado joven para dirigir enérgicamente la cruzada que proyectara su padre; pero eso mismo, y su natural debili-

dad, permitió que el «cardenal y el duque de *Guisa*» se apoderaran del mando y de la dirección general de los asuntos públicos. Entonces sucedió que los mismos príncipes de la sangre, como *Condé* y muchos grandes Señores, por convicción, ó por envidia de la influencia cada día más pujante de los *Guisas*, se unieron á los protestantes, y comenzaron las luchas que ensangrentaron los reinados de los hijos de *Enrique II*, *Francisco II*, (1.559-1.560), *Carlos IX*, (1.560-1.575), *Enrique III*, (1.574-1.589). Católicos y protestantes formaron, así, dos partidos que era difícil conciliar: un célebre canciller *Miguel E' Hopital*, intentó esta conciliación, y en efecto, dictó en nombre del rey varias disposiciones que tendían á ese fin; pero todas fueron inútiles, pues que tolerar á los herejes les parecía un crimen á los católicos de aquel tiempo, en tanto que los protestantes pensaban que era un deber sagrado el acabar con el *catolicismo ó idolatría*.

El partido católico era el más numeroso, pero carecía de organización y disciplina, mientras que los protestantes contaban con excelentes jinetes nobles: así fué que después del degüello de *Vassy* (1.562), los católicos no obstante el número, necesitaron siete años (1569) para sujetar á los protestantes y obligarlos á tratar. En 1.570, *Catalina de Médicis* por el enlace de su hija con *Enrique de Borbón*, príncipe de *Bearn* y jefe de los protestantes desde la muerte de *Condé* en *Jarnac*, atrajo á los principales protestantes á *Paris*, y á una señal convenida comienza de orden de la infame reina y de su digno hijo (*Carlos IX*), la horrible matanza de *San Bartolomé* [24 de Agosto de 1.572], en que perecieron millares de protestantes nobles y burgueses.

Nueva sublevación y nueva paz, la de la *Rochela*, no pudieron dar reposo al reino. *Enrique III*, sucesor de *Carlos IX*, intentó conciliar los dos bandos enemigos dictando la *libertad del culto calvinista*, y ofreciendo plazas de seguridad ó castillos á los protestantes, donde pudieran mantener una guarnición y refugiarse en caso de persecución. Los católicos fervientes no podían resignarse á esta concesión, que les parecía sacrilega, abandonaron al rey y formaron una *Liga* para destruir la herejía, cuya alma era *Enrique de Guisa*, y cuyos protectores eran el papa y el rey de *España*. Los protestantes perseguidos por los *ligueros*, tenían su centro

en la *Rochela* y sus auxiliares en *Isabel de Inglaterra* y en los príncipes alemanes: su jefe era el célebre *Enrique de Borbón*, presunto heredero de la corona de *Francia*, puesto que era el pariente más próximo de *Enrique III*, el cual no había tenido hijos.

Los *ligueros* se encontraban en penosa situación, á pesar de sus triunfos. *Enrique III* había huído de *París* por no someterse á las pretensiones de la *Liga* y á las de su jefe, *Enrique de Guisa*, á quien mandó asesinar. Los *ligueros* contestaron á este asesinato con el del rey: con esto agravaron su situación puesto que no quedaba más heredero legítimo del trono de *Francia* que *Enrique de Borbón*. Sin embargo, los *ligueros* sostenidos por el ejército de *Felipe II*, rechazaron al hereje hacia el Norte de *Francia*, donde pudo mantenerse gracias á su habilidad, mientras que ellos discutían en *París*, en presencia de tres embajadores españoles, la elección de un nuevo rey. *Felipe II* proponía por medio de sus agentes á su hija la infanta *Isabel* (nieta de *Enrique II*): los *ligueros*, al *duque de Guisa*, hijo del asesinado jefe de la *Liga*. No pudieron ponerse de acuerdo: el archiduque austriaco, que *Felipe* había destinado como marido á la infanta, hería el sentimiento nacional francés, el cual se sublevaba contra un rey extranjero; y más, perteneciente á aquella aborrecida casa de *Austria* contra la que habían combatido *Francisco I* y *Enrique II*. *Enrique de Borbón* allanó todos los obstáculos, abjurando sus creencias, y aliándose con el partido nacional contra los españoles. Estos se vieron obligados á evacuar á *París* y las demás plazas importantes del reino. En 1594, el joven «rey de *Navarra*» entraba en la capital de *Francia* como soberano, desconocido solo por la facción de la *Liga*, ya sin jefes y desprestigiada por su conducta antipatriótica.

Como en *Inglaterra*, *Felipe II* había fracasado en sus tentativas contra *Francia*, teniendo que ver á fines de largo y calamitoso reinado, triunfantes en los países del centro y Norte de Europa á aquellos aborrecidos protestantes, contra los cuales había empleado todas las fuerzas de su Imperio, y todos los recursos de *España*. Cierto es que en *Francia* no triunfó el protestantismo, debido tal vez á los esfuerzos del poderoso monarca del mediodía; pero con *Enrique IV* obtuvieron ciertos derechos y prerrogativas que no alcanzaron en

ninguna otra nación los sectarios de *Lutero* y *Calvino*, cuando formaban como en *Francia* una insignificante minoría. Esos derechos estaban contenidos en el célebre *Edicto de Nantes* (1598). En él concedía el rey *libertad* completa de conciencia, esto es, el derecho de celebrar su culto á los protestantes de todo el reino; declaraba que no habría diferencia alguna entre los habitantes, cualesquiera que fueran sus creencias, y que todos podrían aspirar á los empleos públicos. En garantía de estas promesas el rey dejó en poder de los protestantes doscientas *plazas fuertes* por término de ocho años. Así acabó felizmente para *Francia* aquella lucha de cuarenta años, que formó un acto solamente de las sangrientas y prolongadas *guerras religiosas*.

SECCION SEGUNDA.

EQUILIBRIO EUROPEO.—LAS GRANDES POTENCIAS

CAPITULO I.

La Casa de Borbón en Francia.

I.—Enrique IV y Sully.



EL objeto principal de *Enrique IV* fué remediar los males causados por cuarenta años de guerras civiles; para conseguirlo se valió de excelentes ministros, como *Sully*, *Serres* y *Laffemas*, aconsejándose de ellos é implantando una serie de reformas, que dieron por resultado el desarrollo de la riqueza y de las fuerzas públicas en *Francia*. El primer bien, que es la paz interior, la procuró *Enrique IV* permitiendo y decretando la *tolerancia* en materia de religión, tal como se practica en todas las naciones cultas; perdonó los impuestos

atrazados, mandó construir caminos reales para facilitar el tráfico, y con otras medidas de este género, encaminadas á favorecer al cultivador y al comerciante, devolvió al país las agotadas fuerzas y hasta logró acrecentarlas. En efecto, *Francia* hasta entonces había sido un país puramente agrícola, conforme á las ideas y gustos de *Sully*, que consideraba el trigo y el ganado como las únicas fuentes de riqueza; pero el rey, de miras más amplias que su ministro, creía que la industria y el comercio debían ser favorecidos con los mismos títulos que los trabajos del campo: así prefirió el monarca seguir los consejos de *Oliverio de Serres* y de *Laffemas*.

A principios del siglo XVII, *Francia* tuvo fábricas y talleres de hilado y tejido en diversos puntos del reino, y sederías en *Tours*, *Lyon* y *París*, que bastaban para proveer á toda la nación. Por la misma época, el rey formaba la «cámara superior de comercio» y discutía las medidas que debían dictarse á fin de que el tráfico interior y exterior estuviese libre de las trabas que lo dificultaban. Para esto, negoció con las demás naciones y obtuvo disminución del derecho de aduanas, persiguió á los piratas y permitió la exportación de trigo.

La única reforma introducida en la hacienda pública fué la disminución de gastos y la supresión de empleos inútiles. Con esto disminuyó la deuda y creó un fondo en numerario. Organizó las milicias, estableciendo regimientos provinciales, pagados con regularidad; y para 1.610, en que murió, *Enrique IV* disponía de un ejército de 100.000 hombres, que era el mayor de que podía disponer entonces cualquiera de los soberanos europeos.

Según parece, *Enrique IV* fué el primer rey que soñó en un plan de reorganización de la *Europa*, según la voluntad de los pueblos, sus intereses legítimos y el derecho de las nacionalidades á constituirse como mejor les convenga: pensaba en un *Tribunal supremo* para que arreglara las dificultades internacionales. En verdad que estos sueños se conciliaban mal con sus propósitos manifiestos de abatir el poder de aquella temida «Casa de Austria» contra la que tanto habían combatido sus antecesores en el trono; pero es claro que muestran las elevadas ideas y los sentimientos bondadosos del pri-

mero de los *Borbones*. El puñal de *Ravaillac* vino á poner término á los sueños y propósitos del célebre rey, á quien se aplica con justicia el epíteto de *Grande*.

II.—Luis XIII.—Richelieu.

DURANTE la minoría de *Luis XIII* y los ministerios de *Concini* y de *Luynes*, *Francia* perdió casi todas las ventajas que había obtenido en el breve pero progresista reinado de *Enrique IV*. La *Regente María de Médicis*, tuvo que sofocar las rebeliones de los «Señores», disgustados por los favores dispensados á ministros indignos é ineptos, cuya escandalosa fortuna y mala administración eran fuente de concusiones, venalidades y desórdenes sin cuento. Mas, en 1.624 llegó al poder el «obispo de *Luzón*» (*Armando du Plessis de Richelieu*) uno de los hombres más notables de aquel siglo, y á quien debió en gran parte la *Francia* su grandeza en aquel tiempo.

El primer cuidado de *Richelieu* cuando subió al poder fué el de restablecer el orden, alterado por la incapaz y corrompida administración de la regencia: quiso disminuir los impuestos y reembolsar las sumas provenientes de la venta de los empleos; pero tuvo que renunciar á tan benéficos propósitos, por tal de continuar aquella lucha eterna contra la «Casa de Austria» que volvía á presentarse amenazadora, cuando potentes las dos ramas, la de *Alemania* y la de *España*, se unieron, para acabar con la influencia de los príncipes protestantes é impedir la secularización de los dominios eclesiásticos.

El otro propósito de *Richelieu* era dar fin á las conspiraciones de los «Señores» y á las divisiones y banderías que traían agitado al reino desde la época de *Concini*; y supo cumplir también y de modo tan completo sus deseos, que envió al cadalso á los principales, sin que los restantes se atreviesen á protestar contra el omnipotente *Ministro*, que así hollaba los privilegios de los nobles, en interés de la unidad política del reino, como hería á los enemigos exteriores para comunicar

brillo y grandeza á la nación. Persiguiendo estos fines, no siempre por medios morales y justos, consiguió aquel *rey sin corona*, conquistar fama inmortal de habilidad y tacto político; pero vivió aborrecido de todos, y la posteridad y la historia no lo han absuelto de todas aquellas acciones en que atendió á los fines sin pararse en los medios.

III.—Guerra de Treinta Años.—(1,618-1,648.)

LIBRES de los temores que infundieran al emperador y al rey de España la actitud de Enrique IV y el creciente poderío de Francia; alejada enteramente la Inglaterra de los asuntos del Continente, al advenimiento de la dinastía de los Estuardos en 1,603, pudieron aquellos dos Soberanos, representantes de la «casa de Austria,» reanudar las tentativas de dominio universal que habían sido los sueños de Carlos V y de Felipe II. Para esto, el emperador Fernando II se propuso reducir á la obediencia á los príncipes alemanes y destruir la influencia preponderante del protestantismo en el Norte. Durante la segunda mitad del siglo XVI, España sostuvo todo el peso de la lucha; en los primeros años del XVII iba de nuevo el Imperio á amenazar la Independencia de la Europa, como en la época de Carlos V. Nació entonces la verdadera diplomacia y se hicieron grandes reformas en el arte de la guerra; de allí, también, el llamado *equilibrio europeo* que aunque apareció en el «Tratado de Westfalia» (1648), fué ratificado realmente en el «de Utrecht.» (1711).

La guerra comenzó en Bohemia, donde la persecución protestante engendró la rebelión contra los Soberanos austriacos; Federico V (elector palatino), jefe de la liga protestante, es vencido, y queda despojado de sus Estados, los cuales pasan á Maximiliano de Baviera; Ernesto de Mansfeld y Cristian de Brunswick continúan la guerra, é incitan á Cristian IV, rey de Dinamarca, á luchar contra el Austria. Pero el emperador dispone de dos generales que valen por sí solos un ejército, Tilly y Wallenstein, que obligan al rey de Dinamarca á firmar la paz en Lubeck, después de sembrar la victoria y el espanto con sus bandas feroces é indiscipli-

nadas. Fernando, engrdeído con estos triunfos, publicó el «dicto de restitución,» en el cual ordenaba que se devolvieran todos los dominios eclesiásticos usurpados. [1,629].

La Alemania no podía resolverse á perder su independencia religiosa y política tan fácilmente: así es que sólo esperaba la ocasión para defender sus creencias y privilegios: los príncipes alemanes todo lo esperaban del extranjero; y en verdad que todos los Estados de Europa estaban interesados en disminuir aquel poder colosal de la «Casa de Austria,» que se levantaba imponente. Francia ocupada en su organización interior, no pudo ocurrir; pero llamó del Norte á Gustavo Adolfo, rey de Suecia, con quien Richelieu forma alianza. El caudillo sueco cae como un rayo sobre la Alemania, desbarata al ejército de Tilly en Leipsig: nuevo desastre de los austriacos en el Lech, donde perece el célebre bávaro, hace que el emperador llame á Wallenstein, que por su altanería y su orgullo se había hecho insoportable á Fernando, pero que en aquel momento era el único capaz de oponerse al caudillo sueco. Los dos Capitanes se encuentran en Lutzen (Sajonia), donde Gustavo Adolfo consigue nuevo triunfo, sepultándose en medio de su victoria (1,632). La causa de Alemania parecía perdida; el emperador, más arrogante que nunca, favorece el asesinato de Wallenstein y quiere dictar su voluntad á la Europa; España se une á la Austria y el equilibrio entre las grandes naciones queda roto por completo: entonces aparece Francia. La guerra, de religiosa y local, se convierte en política y general.

Al principio, esta guerra fué favorable al Austria: los españoles invadieron la Picardía (1,636) y se apoderaron de Corbie; pero el cardenal no se desanimó, y en breve tiempo pudo recobrar todo lo perdido y conquistar el Artois y la Alsacia, el Rosellón y la Saboya (1,642). Muerto el Ministro, Mazarino continúa la lucha en nombre de Luis XIV, menor de edad. Los españoles son derrotados en Rocroy por el gran Condé, y los imperiales en Friburgo y en Nordlingen, por el mismo joven Capitan, unido á Turenna. Este amenaza á Viena y Condé se interna en Artois, donde gana á un brillante ejército español la decisiva batalla de Lens [1,648]. El emperador de Alemania, Fernando III, agotadas las fuerzas de sus Estados austriacos y derrotados los

ejércitos de sus aliados los españoles, se vió obligado á firmar la paz en *Westfalia*, en virtud de la cual admitió la *tolerancia religiosa* en *Alemania*, cedió al elector de *Brandeburgo* varios arzobispados y territorios, y al rey de *Suecia* la *Pomerania*. *Francia* adquirió los tres obispados y la *Alsacia*. La independencia de los príncipes alemanes quedaba asegurada: la «casa de Austria» contenida en sus avances. *España* que no habia querido reconocer la paz de *Westfalia*, se vió obligada á firmar diez años después el *Tratado de los Pirineos* [1.659], por el cual cedió á *Francia* el *Artois*, la *Cerdeña* y el *Rosellón*. *Holanda* y *Suiza* quedaban como naciones independientes, del mismo modo que los Estados alemanes.

IV.—La Diplomacia y la Guerra.

EN el tratado de *Westfalia* apareció la *diplomacia*, ó arte de negociar entre las naciones los diversos intereses que las agitan para poder conquistar las mayores ventajas posibles. Desde el siglo XVI las *potencias* enviaban *Ministros* encargados de tratar en nombre de ellas; pero el pequeño número de naciones fuertes, y la absorción de las pequeñas por la «Casa de Austria» impidió que tales negociaciones tuvieran la importancia que adquirieron en el siglo XVII. Desde entonces, cada representante de un monarca extranjero fija su residencia en el país amigo, mientras que la paz se conserva inalterable, y sólo se retira para dar lugar á una declaración de guerra. El Ministro ó embajador es objeto de consideraciones y respeto de parte de los empleados, la nobleza y la corte, y hasta del mismo monarca que le muestra cordialidad y afecto. En época de paz, la misión del embajador se limita á transmitir las comunicaciones de su gobierno y en dar felicitaciones y pesames al rey, procurando siempre dar brillo y esplendor á la nación que representa; en épocas de guerra ó negociaciones para terminar la lucha empeñada, las negociaciones diplomáticas adquieren mayor alcance y significación, pues de ellas dependen en gran parte la suerte, el reposo y la grandeza de los pueblos.

En el siglo XVII las negociaciones diplomáticas tenían mayor alcance que en nuestro tiempo, debido al poder absoluto de los *Soberanos*, que veían como cosa propia los Estados, y que cambiaban, repartían, agrandaban ó disminuían los reinos y las provincias, sin tener en cuenta los deseos é intereses verdaderos de los habitantes; y esta fué la regla que se siguió de modo invariable hasta la *Revolución Francesa*, que sentó principios diferentes, aunque no los siguiera siempre en sus relaciones con los demás pueblos, que entraron en lucha con ella, y menos aún en los calamitosos tiempos del *Consulado* é *Imperio napoleónico*.

El tipo del embajador en los siglos XVII y XVIII está determinado por el disimulo y la astucia: cualidades propias de un espíritu inmoral, corrompido y suspicaz. Debe ocultar sus propósitos, conservar las formas cortesanas, evitar compromisos y seducciones y captarse la confianza y la amistad de sus compañeros; todo esto, para dirigir las negociaciones en el sentido de los intereses de su país.

El diplomático lleva instrucciones de su gobierno y recibe constantemente las órdenes necesarias por despacho; pero en caso imprevisto ó violento, en casos extraordinarios, tiene plenos poderes (plenipotenciario) para arreglar los asuntos más delicados: de modo que siempre debe ser persona hábil y experta. Los procedimientos de la diplomacia en aquel tiempo constituían un sistema completo de *engaños* y miserias, que apenas pueden ser comprendidas ahora: pagaban espías, corrompían á fuerza de oro á los empleados, robaban á los emisarios para depollarlos de la correspondencia; y esto, en el seno de la paz, en medio de las más cordiales y francas relaciones, sólo con el objeto de prepararse para las contingencias de lo porvenir.

Hasta el siglo XVII, la guerra se hizo por bandas de mercenarios, que contrataba un coronel ó capitán, que obedecían mal á los jefes y que ejecutaban peor los movimientos. La «guerra de treinta años» fué hecha por estas bandas indisciplinadas, más temibles para los pacíficos habitantes, que para el enemigo. Los desastres en campaña, sufridos por los ejércitos en esa horrible guerra, nada valieron comparados con las matanzas de paisanos, degüellos en masa de hombres, mujeres y niños, incendio de ciudades y destrozos y atrocidades sin

cuento. Cuando comenzó esa guerra, la *Alemania* y el *Imperio* tenían treinta millones de habitantes; cuando terminó, la población no llegaba á cinco. El derecho de guerra era durísimo: los soldados incendiaban, saqueaban, mataban á su gusto, y los mismos jefes consentían y hasta ordenaban llevar á «sangre y fuego» el país enemigo.

Los ejércitos permanentes comenzaron en este tiempo: *Gustavo Adolfo* impuso á sus súbditos la obligación de servir en el ejército, y ya para el siglo XVIII casi todos los Estados organizaron el servicio obligatorio, formando milicias permanentes, constituidas por los pobres solamente. Los soldados eran mal tratados, y era muy raro que ascendieran, pues que los cargos de oficiales y jefes pertenecían por derecho de cuna y privilegio á los nobles.

Los ejércitos en campaña eran siempre poco numerosos: *Tilly* decía que un general no podía mandar más de 40,000 hombres; pero como no había servicio especial de *ambulancia*, cada ejército de éstos llevaba una *impedimenta* enorme de carros, bagajes, muebles y personas, de modo que formaba una masa enorme difícil de mover, con la que no podían efectuarse los rápidos movimientos de los ejércitos modernos. La campaña comenzaba en primavera y terminaba á fines de otoño, tomando entonces los soldados sus *cuarteles de Invierno*, en barracas que forman verdaderas rancherías. Casi toda la guerra se reduce á sitio de ciudades, y solo se da la batalla cuando un ejército enemigo viene á levantar el asedio.

Lo que sí sufrió transformación radical en la «guerra de treinta años» fueron dos elementos correlativos: el armamento y las fortificaciones. Los *lanceros* ó *gendarmes* con armaduras de hierro formaban parte de la caballería en aquella guerra; pero aparecieron entonces los *coraceros*, *carabineros*, *dragonés* y *húsares*, con espada y arma de fuego. Los infantes eran de dos clases: *piqueros* y *mosqueteros*, con largas picas y mosquetes respectivamente. El *mosquete* era una arma muy pesada que se disparaba con una mecha, y que se sostenía por medio de una horquilla; para dispararlo había que mantener una mecha constantemente encendida. En la «guerra de treinta años» se suprimió la horquilla y se sustituyó la mecha por la «piedra de lum-

bre» (fusil) de la que se derivó el nombre del arma. Poco después fué inventada la *bayoneta*, de modo que ya el infante podía combatir tanto de lejos como de cerca; pero todavía para fines del siglo presentaba un gran defecto: el de impedir el disparo, puesto que se introducía la bayoneta ó pica en el cañón del *fusil*. (1) El verdadero progreso de esa arma consistió en ajustarla al cañón, de manera de poder disparar aun cuando se mantenga en el fusil; progreso que se realizó á fines del siglo XVII, continuando la caballería como arma principal, no obstante esos adelantos de la infantería.

En el siglo XVII, también, se regularizó la artillería. se fabricaron piezas de calibre regular, se inventaron los *obuses* y los *morteros* portátiles para disparar las bombas, y se destinó un cuerpo ó personal para esta arma. Con los progresos de la artillería, su grande alcance, sus balas de hierro tan pesadas, hubo que modificar las fortificaciones, compuestas hasta ese siglo por elevados murallones que servían de *blanco* á las balas de cañón, destruyéndolos inmediatamente con gran daño de los defensores. Así es que, desde entonces, se siguió un sistema opuesto: en vez de elevar la muralla se procura ocultarla, se le cubre con tierra llena de césped, donde las balas se hunden sin hacer daño. Todavía fué posible ocultar más el baluarte; para ello se levanta nuevo talud de tierra delante y á distancia del anterior, y que va insensible á confundirse con la campiña. El enemigo que ataca no ve más que la línea del segundo talud, sobre el que dispara inútilmente sus cañones, mientras que él está espuesto á los tiros de la plaza. El atacante procura ocultarse, según un sistema análogo al de los sitiados, para lo que abre largas y profundas zanjas, por donde avanza á cubierto, hasta encontrarse cerca del baluarte y poder dar el asalto. Mientras tanto, dispara bombas para incendiar los cuarteles, las casas y los arsenales de la ciudad.

(1) En el combate de Killicrankee, los infantes ingleses estaban clavando sus bayonetas en el fusil, cuando la caballería escocesa cayó sobre ellos, derrotándolos completamente. (1,688). De manera que no solo no podían disparar, sino que tardaban mucho tiempo en montarla.

CAPITULO II.

Inglaterra en el siglo XVII.

I.—La Monarquía absoluta en Inglaterra.

QON Isabel en 1.603, terminó en Inglaterra la dinastía de los Tudores, heredando el trono de aquella nación el pariente más próximo, *Jacobo Estuardo*, rey de Escocia, hijo de la infortunada *María*. Las teorías de *Jacobo* sobre la autoridad real eran las que privaban durante aquella época en el Continente: «Dios mismo,» decía, «ha instituido la monarquía hereditaria, encargando á los soberanos de gobernar en lugar suyo y concediéndoles omnímodo poder.» Pero los ingleses creían con razón que esta doctrina seguida por *Carlos V* y *Felipe II* y por todos los reyes de Francia, era opuesta á los derechos y obligaciones consignados en su famosa *Carta Magna*: así es que el Parlamento, representante de la nación, nunca dejó de reclamar contra los abusos y arbitrariedades de *Jacobo*, antes de concederle los subsidios que solicitaba. *Carlos I*, sucesor de *Jacobo*, renovó como todos los soberanos los compromisos de la *Carta Magna*, comprometiéndose á «no cobrar subsidios que el Parlamento no hubiere votado, ni á prender y condenar á nadie sin juicio previo.» Pero todo esto lo hizo el *Estuardo* sin intención de cumplirlo; su deseo era reinar como los soberanos del Continente, sin que nadie le pidiera cuenta de sus actos. Para conseguir esto, y poder reinar como en el Continente, se propuso *Carlos I* no reunir la «Asamblea de los representantes del reino» y no cobrar subsidios, ya que era bastante rico para poder sostenerse con las rentas de sus inmensas haciendas. Era un error, pues que para ser omnipotente necesitaba un ejército adicto á su persona, y por lo mismo, sostenido por él; y tal cosa no lo permitían sus fondos particulares, por más cuantiosos que fueran. Así fué, que se vió obligado aquel soberano á restable-

cer la antigua *lata de bajelos* «que se cobraba en tiempo de guerra en los condados marítimos.»

Esta flagrante violación de las costumbres fundamentales del reino, se complicó con las cuestiones religiosas que traían agitado al país desde *Enrique VIII*, y principalmente desde *Isabel*. En efecto, el rey era en Inglaterra el jefe del Estado y de la Iglesia: su voluntad era una ley religiosa. Ahora bien, el anglicanismo, mezcla confusa de catolicismo y calvinismo, repugnaba á los ingleses, que formaron un grupo de disidentes, separándose de la Iglesia oficial impuesta por el rey á todos los súbditos. La mayor parte de los pastores disidentes, ó no conformistas, como también se les llamaba, prefirieron la muerte, y sufrieron con heroica resignación los más crueles tormentos, á practicar aquel culto híbrido, que veían con soberano desprecio. A la reina *Isabel* que persiguió también con encarnizamiento á los no conformistas [puritanos principalmente], se lo perdonaban, pues que gastaba de igual zaña contra los católicos; porque para entonces no quedaban ya más que anglicanos, tan aborrecidos como aquellos por los disidentes. Sin embargo, el tormento, la emigración y el cadalso, produjeron en breve tiempo la sumisión de Inglaterra, casi por completo.

II.—La Revolución.

NO pasó lo mismo en Escocia, pues mientras que en Inglaterra formaban los puritanos una insignificante minoría, en aquella constituían la totalidad de la nación. Así es que, cuando el rey y su instrumento, el arzobispo *Laud*, ordenaron á los escoceses que adoptaran el ritual anglicano, no obedecieron, y se sublevaron, capitaneados por *Cromwell*, puritano furibundo, que formó regimientos de fanáticos, á los que nadie pudo contener.

Al amago de la revolución, el rey *Carlos*, en lugar de caminar de acuerdo con el Parlamento, que se vió obligado á reunir, lo disolvió con violencia, presentándose ante él con sus caballeros, pues que lo habían irritado con sus quejas y advertencias. Así se enajenó la voluntad de los comunes, á quienes debía haber contenta-

do, hasta que por fin el reino entero se dividió en dos partidos: el del rey, con los nobles y el clero; y el de los puritanos, con los burgueses, labradores y pequeños propietarios (yeomen). De pronto, triunfó el rey con su ejército de caballeros; pero el incontrastable Cromwell, con sus cabezas redondas, después de diversos combates, aniquiló á los partidarios del Estuardo en Naseby. (1.645). El gobierno pasó á manos de los parlamentarios; pero el verdadero dueño del país fué el ejército puritano, con su jefe Cromwell, que proclamó la República y decapitó al rey. (1.648). Durante trece años, Cromwell dominó á Inglaterra como Señor; persiguió á los anglicanos, prohibió el ritual de su culto, mandó quemar los cuadros en que había imágenes de Cristo ó de la virgen; proscribió toda clase de diversiones, cerró los teatros y ordenó que diesen de azotes á los actores.

III.—La Restauracion.

UANDO el carácter inglés, enemigo de violencias y de los cambios bruscos, era seguro que no soportarían por mucho tiempo á aquellos fanáticos puritanos, que parecían romper de modo absoluto con la tradición y las costumbres. Así fué que á la muerte de Cromwell (1.668), el general Monk convocó una asamblea de representantes del reino en la cual se acordó que se llamara á Carlos II, hijo del que murió en el cadalso; y esto, sin imponerle condiciones, pues bastante escarmentados habían quedado los ingleses con trece años de puritanismo, para que temieran la monarquía absoluta, tal como la practicaba Luis XIV en el Continente, y tal como había sido el anhelo del infortunado Carlos I.

Carlos II reinó así por 18 años sin cortapisas ni fiscalización alguna de sus actos: ni por parte del Parlamento, ni por la de los disidentes. Los lores y los comunes eran instrumentos dóciles de la voluntad y los caprichos del rey: le concedieron subsidios vitalicios y todo género de privilegios; los puritanos no se atrevían á

mostrarse. Mas se presentaba una cuestión pavorosa que debía resolverse en breve tiempo: el sucesor de Carlos era su hermano Jacobo, verdadero católico por educación y por aficiones. ¿Qué hacer? Algunos querían que fuese excluído del trono, sin más razón que la de profesar aquella aborrecida religión católica, tan despreciada por anglicanos y disidentes. Por fin, se resolvieron á respetar el orden de sucesión, exaltándole al trono; pero el Parlamento de 1.679 se dividió en dos bandos: los Tory, que eran los partidarios incondicionales del rey, y los Whigs, los que se oponían al poder absoluto del monarca. Tales son los partidos que á partir de entonces han figurado en la historia de la Gran Bretaña: los Tory son conservadores, enemigos de toda innovación; los Whigs, liberales y partidarios de las reformas.

El rey habría podido conservar el poder absoluto y gobernar á su capricho el Estado, puesto que contaba con una mayoría tory en el Parlamento, la cual no quería ni siquiera oír hablar de revolución. Los empleados de Jacobo dirigían á su antojo las elecciones de los representantes del reino, de modo que contara con aquella mayoría; los jueces que formaban los Jurados estaban sujetos á los funcionarios del rey, y eran excluídos de aquel cargo los adversarios políticos: de manera que el Estuardo tenía en sus manos la administración, la justicia y la ley. Pero la cuestión religiosa fué otra vez, como en tiempos de su antecesor Carlos I, el botafuego que determinó la explosión: los ingleses soportaban con paciencia el absolutismo en política, pero no pudieron resignarse á los ataques de su religión y á las medidas dictadas por un rey católico en favor de un culto abominado por la mayoría de la nación.

Jacobo dictó esas medidas con cierta habilidad, haciendo valer el derecho incontrovertible de la conciencia á seguir la religión que mejor cuadre á cada uno; y para dar mayor prueba de imparcialidad hizo extensivo aquel derecho á los disidentes: todo con el objeto de debilitar al poderoso anglicanismo. Los ingleses no se dejaron engañar, y comprendieron que, con el pretexto de libertad religiosa, iba á aumentar la opresión política y á extender su acción hasta la conciencia. Así fué que los mismos Tory del Parlamento se unieron á los Whigs y rechazaron á Jacobo.

IV.—Monarquía Constitucional.

COMO en 1,648, los ingleses se valieron en 1,688 de los extranjeros para verificar su *Revolución*. Para esto, hicieron que *Guillermo*, yerno de *Jacobo*, desembarcara en *Inglaterra* con un ejército, al que se unieron los descontentos; el *Estuardo* quedó solo y tuvo que huir. Algunos suponen que solamente la torpeza de *Jacobo* puede explicar el fácil ascenso del célebre *Guillermo* al trono de *Inglaterra*, y en verdad que tienen razón en suponer que hubo inercia y debilidad de parte del rey legítimo; pero la falta consistió en la pésima administración del *Estuardo*, que tan bien supo aislarse hasta de los miembros de su misma familia. Lo que, sin embargo, no absuelve á *Guillermo* y á la reina *María* de la nota de ingratos y desnaturalizados, dejando morir en el destierro al infortunado *Jacobo*.

Aparentemente, el cambio verificado en *Inglaterra* no consistía sino en sustituir un rey con otro, declarando el *Parlamento* que el trono estaba vacante, que el voto general de la nación daba el trono á *María*, hija del rey destronado, y á *Guillermo*, marido de ésta. Mas, en el fondo había algo que significaba un cambio profundo, puesto que alteraba radicalmente la concepción monárquica y minaba por su base el edificio del poder absoluto.

En efecto, desde entonces el *Parlamento* afirmó su derecho á «juzgar los actos del rey y á disponer del centro.» Como una consecuencia necesaria, la Asamblea redactó el *bill de derechos*, en que hacía constar: «Que la suspensión de las leyes por la sola autoridad del rey, sin consentimiento de los representantes de la nación, es un acto ilegal; y que los impuestos dictados por la autoridad real, sin previo acuerdo del *Parlamento*, son ilegales también.» En la misma declaración afirmaban el derecho de los súbditos á enviar peticiones al rey; aseguraban la libertad de hablar y discutir ante los tribunales y prohibían los suplicios crueles y las penas infamantes. Para consolidar estos derechos, declaraban que el *Parlamento* debía reunirse con frecuencia para atender á las quejas de la nación, enmendar, fortalecer y consagrar las leyes.

Esta declaración marca un momento histórico importante en la política del mundo: es el principio de un nuevo régimen, del régimen parlamentario, que consiste en dar el poder á una asamblea de representantes. El rey sigue nombrando los *Ministros de Estado*; pero no los designa á su antojo y uno por uno, sino que elige á los que tienen de su parte á la mayoría del *Parlamento*, puesto que deben marchar en la política, de acuerdo entre sí y con el de aquella mayoría. En realidad el rey reina, pero no gobierna. El *Parlamento* es el que tiene el derecho exclusivo de hacer las leyes y votar los impuestos: el *bill* aprobado por las cámaras, debe ser sancionado por el rey. Modificado por *Francia* este régimen, llamado *parlamentario*, debía formar con el tiempo un sistema político, el *parlamentarismo*, aplicado por casi todas las naciones de *Europa*, constituyendo las Monarquías constitucionales, como luego lo veremos. [V. Lib. IV]

CAPITULO III.

Luis XIV.—Monarquía Absoluta.

I.—Hegemonía de Francia.

PARA para cuando se firmó el «Tratado de Westfalia» la supremacía de *Francia* estaba asegurada en el Continente: el emperador quedaba derrotado y sus pretensiones al dominio universal enteramente aniquiladas. En 1,659, *Mazarino* preparó el engrandecimiento de *Francia* (Paz de los Pirineos), mediante el enlace de *Luis XIV* con la infanta *María Teresa*, hija de *Felipe IV*, y la promesa de pago por la renuncia que la infanta hiciera de la corona de *España*. Pronto se presentó la ocasión de este engrandecimiento. Habiendo muerto *Felipe*, *Luis* su yerno, invocó el derecho de *devolución*, reclamando

IV.—Monarquía Constitucional.

COMO en 1,648, los ingleses se valieron en 1,688 de los extranjeros para verificar su *Revolución*. Para esto, hicieron que *Guillermo*, yerno de *Jacobo*, desembarcara en *Inglaterra* con un ejército, al que se unieron los descontentos; el *Estuardo* quedó solo y tuvo que huir. Algunos suponen que solamente la torpeza de *Jacobo* puede explicar el fácil ascenso del célebre *Guillermo* al trono de *Inglaterra*, y en verdad que tienen razón en suponer que hubo inercia y debilidad de parte del rey legítimo; pero la falta consistió en la pésima administración del *Estuardo*, que tan bien supo aislarse hasta de los miembros de su misma familia. Lo que, sin embargo, no absuelve á *Guillermo* y á la reina *María* de la nota de ingratos y desnaturalizados, dejando morir en el destierro al infortunado *Jacobo*.

Aparentemente, el cambio verificado en *Inglaterra* no consistía sino en sustituir un rey con otro, declarando el *Parlamento* que el trono estaba vacante, que el voto general de la nación daba el trono á *María*, hija del rey destronado, y á *Guillermo*, marido de ésta. Mas, en el fondo había algo que significaba un cambio profundo, puesto que alteraba radicalmente la concepción monárquica y minaba por su base el edificio del poder absoluto.

En efecto, desde entonces el *Parlamento* afirmó su derecho á «juzgar los actos del rey y á disponer del centro.» Como una consecuencia necesaria, la Asamblea redactó el *bill de derechos*, en que hacía constar: «Que la suspensión de las leyes por la sola autoridad del rey, sin consentimiento de los representantes de la nación, es un acto ilegal; y que los impuestos dictados por la autoridad real, sin previo acuerdo del *Parlamento*, son ilegales también.» En la misma declaración afirmaban el derecho de los súbditos á enviar peticiones al rey; aseguraban la libertad de hablar y discutir ante los tribunales y prohibían los suplicios crueles y las penas infamantes. Para consolidar estos derechos, declaraban que el *Parlamento* debía reunirse con frecuencia para atender á las quejas de la nación, enmendar, fortalecer y consagrar las leyes.

Esta declaración marca un momento histórico importante en la política del mundo: es el principio de un nuevo régimen, del régimen parlamentario, que consiste en dar el poder á una asamblea de representantes. El rey sigue nombrando los *Ministros de Estado*; pero no los designa á su antojo y uno por uno, sino que elige á los que tienen de su parte á la mayoría del *Parlamento*, puesto que deben marchar en la política, de acuerdo entre sí y con el de aquella mayoría. En realidad el rey reina, pero no gobierna. El *Parlamento* es el que tiene el derecho exclusivo de hacer las leyes y votar los impuestos: el *bill* aprobado por las cámaras, debe ser sancionado por el rey. Modificado por *Francia* este régimen, llamado *parlamentario*, debía formar con el tiempo un sistema político, el *parlamentarismo*, aplicado por casi todas las naciones de *Europa*, constituyendo las Monarquías constitucionales, como luego lo veremos. [V. Lib. IV]

CAPITULO III.

Luis XIV.—Monarquía Absoluta.

I.—Hegemonía de Francia.

PARA para cuando se firmó el «Tratado de Westfalia» la supremacía de *Francia* estaba asegurada en el Continente: el emperador quedaba derrotado y sus pretensiones al dominio universal enteramente aniquiladas. En 1,659, *Mazarino* preparó el engrandecimiento de *Francia* (Paz de los Pirineos), mediante el enlace de *Luis XIV* con la infanta *María Teresa*, hija de *Felipe IV*, y la promesa de pago por la renuncia que la infanta hiciera de la corona de *España*. Pronto se presentó la ocasión de este engrandecimiento. Habiendo muerto *Felipe*, *Luis* su yerno, invocó el derecho de *devolución*, reclamando

Flandes y el *Franco-Condado*; pero su mejor derecho era un excelente ejército, mandado por esclarecidos capitanes: en breve tiempo sometió á *Lille* y conquistó lo que aún quedaba de los *Países Bajos* españoles (1.668).

La *Holanda*, que se había convertido en una gran potencia, se alió con *Inglaterra* y *Suecia* con objeto de oponerse al creciente poderío y á las ambiciones de *Francia*. *Luis XIV* no podía olvidar los malos oficios de *Holanda*; así es que concentró su atención en la conquista de aquel país. Por primera vez se encuentra el orgulloso monarca frente á una coalición; y á pesar de las victorias de *Turenna* y *Condé*, sólo puede conservar á *Flandes* y al *Franco Condado* [Paz de Nimega 1.678]. Con la adquisición de *Estrasburgo* y los bombardeos de *Argel* y *Génova* comenzó la guerra contra la *Liga de Angsburgo*, formada por el emperador *Leopoldo* con *Holanda* y *Suecia* contra *Luis XIV*. Esta guerra se complicó con la exaltación de *Guillermo de Orange* al trono de *Inglaterra* [1.688], enemigo implacable de *Luis* y de *Francia*. Esta nación se condujo con gloria é hizo frente, por mar á *Inglaterra*, y á los aliados en el Continente; pero después de tantas inútiles victorias, firmó el rey la paz de *Ryswick* (1.697), en la que reconocía como rey de *Inglaterra* á su enemigo *Guillermo*, renunciaba á sus conquistas en *Alemania* y al dominio de los mares. Tan grandes quebrantos iban á crecer en el período siguiente, cuando asegurada la paz y el régimen parlamentario en *Inglaterra*, ésta tuviese una participación mayor en los asuntos políticos del Continente.

En efecto, la hegemonía de *Francia* en el siglo XVII debía de ser corta, puesto que ya habían aparecido las grandes potencias, capaces de establecer el equilibrio europeo. La «guerra de sucesión de España» va á mostrar esta nueva faz en la historia política de *Europa*.

II.—Guerra de sucesión de España. Paz de Utrecht.

FRANCIA hubiera podido dictar su ley al Continente, si *Inglaterra* no hubiese dado término á sus revoluciones y agitación interior; pero en 1.688, *Guillermo*, dueño de la marina y con todos los re-

ursos de la *Gran Bretaña*, agota las fuerzas de *Francia* en una lucha de diez años. Faltaba aún el último golpe: la «guerra de la sucesión de España.»

Bajo los débiles sucesores de *Felipe II*, la monarquía española no había hecho más que decaer; durante los reinados de *Felipe III* y *Felipe IV*, había perdido los *Países Bajos*, el *Portugal*, (1.640), el *Artois* y el *Rosellón* (1.659), *Flandes* y el *Franco Condado* (1.678): la industria, la agricultura y el comercio se hallaban arruinados: el oro de América no hacía más que pasar por las manos de los españoles, para enriquecer á las naciones más adelantadas del centro y Norte de *Europa*, á *Francia*, los *Países Bajos*, *Inglaterra* y *Alemania*. Con *Carlos II*, rey débil y enfermizo, la monarquía cayó en el extremo de la miseria; y como no tenía hijos, las demás naciones se preparaban para repartirse las posesiones de aquel indigno sucesor de *Carlos I*. En 1.700, *Luis XIV* pronunció la célebre frase: «Ya no hay Pirineos,» y envió al duque de *Anjou*, *Felipe*, como rey de *España*; pero fué vencido por los imperiales y los ingleses reunidos, que destrozaron los ejércitos de sus principales capitanes en una lucha de 11 años. *Francia* se salvó gracias á los apuros de *Inglaterra*, amenazada por la restauración de los *Estuardos*. *Guillermo* dictó las condiciones de la paz en *Utrecht* [1.711], favorables del todo á la *Gran Bretaña*. El rey de *España* tuvo que cederle *Gibraltar*, *Menorca* y el privilegio de importar esclavos negros á las colonias americanas, así como el derecho de mandar cada año á éstas un navío. *Francia* cedió *Terranova* y la *Acadia*, y prometió expulsar de su territorio al pretendiente *Estuardo*. El duque de *Saboya*, aliado de *Inglaterra*, obtuvo el *Montferrazgo* y la *Sicilia*. Los demás aliados no lograron adquirir nada.

A pesar de haber sido derrotada, *Francia* conservó las posesiones adquiridas en las guerras anteriores; *Felipe V* continuó en el trono de *España*, cediendo al emperador, que ambicionaba toda la herencia, la *Bélgica*, el *Milanesado*, *Nápoles* y *Cerdeña*. *Carlos VI* se indignó al verse despojado de los territorios que arrebatara al duque de *Baviera*, aliado de *Luis XIV*, y sin la corona de *España*, que había sido el objeto primordial de la lucha; pero, sin el apoyo de *Inglaterra*, fué completamente derrotado por las fuerzas unidas de *España* y *Fran-*

cia, viéndose obligado á firmar la paz en *Rastadt* [1714] en que se organizó la *Europa* tal como permaneció en todo el siglo XVIII.

II.—Verdadera grandeza de Francia.

La hegemonía de *Francia* en el siglo XVII fué transitoria y efímera, como la de *España* en el XVI; pero su verdadera grandeza consistió en cosas muy distintas de las ambiciones y conquistas de *Luis XIV*: en el aumento de la riqueza, en el impulso dado al comercio y á la industria, en la organización del ejército y en la administración en general. Ese trabajo no se debió al rey, sino á sus ministros, principalmente á *Colbert* y *Luvois*; y en último término, al genio de la nación entera, que en medio del despotismo más absoluto, en medio de la opresión bizantina de un rey que se consideraba como semidiós, pudo desarrollar las fuerzas públicas y adquirir el bienestar, brillo y esplendor que aún conserva.

Colbert se propuso, como industrial que era, dar impulso á la industria y al comercio, sin descuidar por esto la agricultura. Era creencia general entonces y equivocada, la de que hay necesidad de reglamentar la industria, con el propósito de no vender sino artículos bien trabajados. Así creían captarse la confianza de los clientes, y desarrollar las fábricas en consonancia con su fama. No se podían poner más buenas razones al servicio de una causa más mala. *Colbert* no podía escapar á la preocupación dominante, y dictó reglamentos que indicaban la manera de tejer y teñir, las materias que debían emplearse, etc., concluyendo con la libertad industrial. Creía, también, el célebre *Ministro* que no debía contarse con los particulares para la creación de nuevas industrias; y en esto tenía razón, pues que los ricos, que eran por lo general los nobles, preferían comprar rentas ó empleos á arriesgar sus fondos en el establecimiento de una fábrica. Concedió primas á los particulares y prestó toda clase de favores y la ayuda decisiva del gobierno á los que creaban manufacturas en el país; de ahí nacieron las tapicerías de

Beauvais y *París*, las fábricas de espejos de *Saint Gobain*, las de encajes de *Alençon* y *Chantilly*, y las de muebles en *París*.

Como las industrias recientes no podían fabricar los artefactos á tan bajo precio como los de antiguas fábricas extranjeras, *Colbert* aumentó los derechos de aduanas que pagaban los productos manufacturados en el extranjero, á fin de que los similares del país fuesen vendidos ventajosamente: tal es el sistema protector con que favoreció la industria naciente en *Francia*.

No cabe la menor duda de que logró el objeto que se proponía, aunque partiese de falsas concepciones respecto de la grandeza y poder de los Estados, suponiendo que consisten esencialmente en la abundancia de numerario. El sistema protector llevado al extremo conduciría al prohibitivo, esto es, á la absoluta prohibición, la cual produce un efecto contrario, desde el momento que los países enemigos dictan medidas prohibitivas. Tal sucedió con *Holanda* é *Inglaterra*, que impidieron la importación de los productos naturales franceses, cuando *Colbert* impuso tan fuertes derechos á las mercancías de aquellas naciones, de modo que no fuera posible introducirlas en *Francia*.

El gran ministro, para impulsar el comercio, dictó varias medidas encaminadas á protegerlo, concediendo primas á los constructores de navíos, ó á los particulares que se proveyesen de éstos; é impuso fuertes derechos á los buques extranjeros que comerciaban con los puertos franceses, á fin de que todo el tráfico fuera nacional. Creó «grandes compañías de comercio» para explotar las colonias y permitió, cuando estas compañías sufrieron grandes quebrantos, que todos los franceses traficasen en productos coloniales.

Colbert pudo también restablecer el orden en la hacienda pública, rebajar la talla que pesaba sobre los campesinos, disminuir la deuda del Estado, y suprimir las aduanas interiores que tanto perjudicaban al comercio interior. Por último, aprontó á *Luis XIV* los recursos necesarios para sus costosas y prolongadas guerras. Se acostumbra llamar á *Luis XIV* el Grande, y en verdad que este calificativo corresponde mejor á su *Ministro Colbert*.

Trabajos análogos á los de *Colbert* en *Hacienda*, realizaron en *Guerra*, *Letellier* y su hijo *Luvois*. El siste-

ma de contratar soldados, valiéndose de coroneles y capitanes que se encargaran de ese oficio, era oneroso é ineficaz, puesto que el fraude y la incuria eran como el fondo de una Institución importante, sobre la que descansa la integridad de los Estados. Los dos ministros se propusieron moralizar el ejército, poniéndolo bajo la inmediata inspección del gobierno; crearon un sistema especial de abastos, establecieron depósitos en las provincias fronterizas y organizaron *caminos de etapas*, y fundaron hospitales y ambulancias. *Luvois* fué el creador de la *Intendencia militar*.

Y nada de lo que crearon los grandes ministros fué efímero en *Francia*; todo quedó como una prueba de la fuerza y del poder del genio: solo fué efímera la grandeza y la ambición de *Luis XIV*, sus quimeras de dominación universal, como lo habían sido las de *Carlos V* y *Felipe II*, las de *Alejandro*, *César* y *Carlo Magno*.

III.—La Monarquía de Derecho Divino.

LUIS XIV fué el monarca más absoluto de *Europa*; su autoridad encarna no solo el hecho, sino también el derecho: esta autoridad al pasar por la mente de *Bossuet*, quedó convertida en doctrina. La «Política de la Escritura» que el célebre obispo de *Meaux* enseñó al *Delfín* da á conocer «que los reyes son ministros de Dios, y que la persona de los augustos soberanos es sagrada». . . . ¿Quién puede poner cortapisas á la autoridad de los príncipes, á sus caprichos, cuando esta autoridad es de *derecho divino*? . . . «Hay que obedecerles como á la *justicia* en persona.» aun cuando sean la misma iniquidad. «Hay que respetar siempre á los príncipes, pues hay una santidad inherente al carácter real, y el rey no pierde por sus crímenes la cualidad de Señor.»

Luis XIV creyó en todo eso, y escribió unas «Instrucciones» para su nieto, en las cuales expresó las mismas ideas: «Debéis estar persuadido,» le decía, «de que los reyes son Señores absolutos, y de que disponen natural, plena y enteramente de todos los bienes, ya perte-

nezcan á la Iglesia, ya á los seglares. . . . El rey representa á la nación entera; ésta no forma un cuerpo, sino que reside enteramente en el Soberano.»

Esta doctrina, inventada por eclesiásticos, era una arma de dos filos, que así hería al pueblo como á la *Iglesia*. Como «Señor absoluto» exigía la sumisión religiosa como la sumisión civil; y como se consideraba jefe de la Iglesia en *Francia*, quería dominar al clero como dominaba á los laicos: tales fueron los motivos de las terribles persecuciones del rey contra los *protestantes*, los *jansenistas* y la *corte de Roma*.

A los protestantes los hizo objeto de mil vejámenes; los persiguió, les demolió los templos, los declaró excluidos de los empleos y cargos públicos, y los obligó á decirse católicos, sujetándolos á las *dragonadas*: especie de saqueo, y asesinatos pacíficos y legales. En fin, revocó el «edicto de Nantes,» que concedía libertad á los calvinistas, obligándolos así á salir del reino, ó á ir á galeras. Los sospechosos eran vigilados; los pastores, ahorcados, y los niños fueron separados de sus padres, para convertirlos al catolicismo. Cuanto á los *jansenistas*, (discípulos de *Jansenio*), que apenas se distinguían de los católicos por algunos puntos de su doctrina, fueron perseguidos con el mismo encarnizamiento que los protestantes, como si se hubiera tratado de los peores herejes; cuando lo cierto es que el famoso obispo de *Ypres* era un sabio, y entre sus discípulos figuraban hombres de la talla de *Pascal*, *Arnaldo*, *Nicole* y *Racine*. Por último, por la cuestión de *regalía*, ó percepción de las rentas de los obispados de *Francia* (mientras que estuviesen las sedes vacantes), el rey entró en lucha con el Papa, quien excomulgó á los eclesiásticos que se sometiesen al edicto del rey. (1681). *Luis XIV* reunió una asamblea del clero de *Francia*, presidida por *Bossuet*, que formuló las «libertades de la Iglesia galicana.» El Papa anuló la declaración y negó la investidura á los obispos nombrados por el rey. En fin, *Luis* cedió, por haberse encontrado con otro poder más absoluto y más divino que el suyo.

IV.—El Gobierno y la Corte.

 El gobierno en la época de *Luis XIV* era la expresión fiel del *absolutismo*. Los diversos funcionarios debían ser en manos del monarca instrumentos fieles de su voluntad soberana; pero como los asuntos difíciles y complicados eran numerosos, los que entendían en ellos eran: el canciller, el inspector general de hacienda, el superintendente del patrimonio y los *secretarios* de Estado. Aunque todos los negocios eran resueltos en el gabinete del rey y en nombre de éste, no era posible que una persona dirigiese acertadamente tan variados asuntos, sin que encargase á personas idóneas, (generalmente á personas oscuras, de nobleza inferior ó burgueses), la resolución de ellos. El mérito de *Luis XIV* consiste en haber sabido escoger sus *ministros*.

Las provincias y los detalles todos de la administración del reino estaban sujetos á *funcionarios y empleados* subalternos: los primeros tenían á los ministros y al rey al tanto de lo que ocurría, como el *intendente* de *policía, justicia y hacienda*, tan omnipotentes en las provincias como el rey en la nación; los *Parlamentos, Estados y gobernadores*, no valían nada junto á aquellos instrumentos de despotismo. El poder que llamamos ahora *federal* aniquilaba los poderes locales; por eso decía con razón el escocés *Law*: «Francia está sujeta al capricho de 30 intendentes.»

En la época de *Luis XIV* fué cuando se empezó á distinguir la *policía* de la *justicia*, llegando en breve tiempo á adquirir tan grande importancia, que se convirtió en el principal instrumento del déspota: el agente secreto penetraba en el hogar y prendía á los sospechosos, llegando la inmoralidad y el abuso hasta el punto de dar en blanco *cartas de secuestro* (*lettre de cachet*), de modo de encerrar en la Bastilla á cualquiera persona, con solo que hubiera disgustado á un noble. La *censura*, que no había dejado de ejercer su odioso oficio, persiguió con más eficacia, de acuerdo con la *policía*, á los auto-

res y á los tipógrafos, á quienes trataban como á los peores criminales. Con excepción de *Ingluerra*, este régimen de opresión y absolutismo, era idéntico al de *Francia* en todos los demás Estados de Europa. Solo tuvo término en la *Revolución*.

Luis XIV constituyó la *Corte* al estilo bizantino, con la *servidumbre real*: funcionarios, mayordomos, chambelanes, guardias de corps, escuderos, pajes, lacayos é intendentes. Solo los cortesanos tienen valor verdadero en esa sociedad de distinciones y privilegios; y solo el noble puede aspirar á constituir parte de ella. *Versalles*, residencia del rey, forma una inmensa morada donde solo penetran los cortesanos, y en derredor de la cual éstos construyen sus palacios. El ceremonial de la *Corte* y la *etiqueta* forman la vida de salón, y dan el tono y la regla á la afectada y fastuosa vida de los magnates durante la segunda mitad del siglo XVII y casi todo el XVIII.

CAPITULO IV.

Letras, Artes y Ciencias en el siglo XVII.

I.—Las Letras.

 A *vida de salón* dió origen en *Francia* á un nuevo gusto literario, al gusto clásico, que varió los rumbos que siguieron hasta entonces las letras, y dominó en *Francia* y en *Europa* por más de un siglo. Los escritores del *Renacimiento* se dirigían en sus obras á las personas intruidas y al pueblo; los del *siglo de Luis XIV*, escribían para la *Corte*: el *tono* y maneras cortesanos empleados en los salones dieron la norma del *tono* y formas de la literatura perteneciente á la nueva *escuela*. El lenguaje debía ser *puro* (ni arcaico ni mo-

dernizado) *correcto, claro y fácil*; nada de términos técnicos ni nada que exija esfuerzo ó pueda ir contra las conveniencias. Los gramáticos y las señoras (*precieuses*) proscribieron muchos giros y vocablos *arcaicos*, por toscos, y se opusieron á los *neologismos* greco-latinos por pedantescos. *Richelieu* fundó la *Academia* para llevar á feliz término ese trabajo de selección, y para fijar las reglas del idioma. El clasicismo consiste, pues, en no expresar sino «ideas fáciles, en términos claros, puros y elegantes:» domina en él el orden, la proporcionalidad y la perfección; carece de vigor, de entusiasmo y de pasiones.

En el siglo XVII el verdadero drama, el drama de costumbres sociales, no era aun conocido; solo vivían la tragedia y la comedia clásicas; obras escritas en verso, con sus cinco actos, sin *acción* dramática propiamente dicha; pero con la intriga trágica ó el nudo cómico, sujetos á las *tres unidades*. *Aquiles, Agamenón ó Augusto*, debían presentarse con peluca y traje de seda cubierto de encajes, observar las conveniencias y expresarse en el lenguaje culto de las damas y señores de la *Corte*. El teatro, que era un salón sin decoraciones ni maquinaria, formaba una especie de tribuna, donde los actores anunciaban el argumento por medio de discursos elocuentes. *Corneille, Racine y Moliere*, adquirieron fama inmortal de perfección y belleza en las obras de este género que dieron á la escena en aquel siglo.

La *oratoria* religiosa fué la única que pudo desplegar sus vuelos en una sociedad tiranizada, puesto que la *política* y la *forense* no pueden vivir sino en la atmósfera de la libertad. Los discursos pronunciados en *Adviento* y en *Cuaresma* por *Bossuet, Fenelón, Masillón, Bardaloue*, y las «oraciones fúnebres» del primero de estos grandes predicadores, con razón se consideran como obras maestras de elocuencia sagrada.

En la novela ensayó *Urfé* la *pastoral*, y *Scarrón* la de costumbres; con el *Gil Blas* se elevó este género á gran altura sin llegar por esto al solio en que la dejara el inmortal autor del *Quijote*, el inimitable *Cervantes*, que creó el modelo de la novela de costumbres.

Lo cierto es que el género clásico, tan proporcionado, tan perfecto y armonioso, se extendió con el idioma de *Francia* por toda la Europa: la literatura francesa se

convirtió en universal, hasta el punto de ahogar el sentimiento de cada país; en todos se imitaba el tono, las maneras corteses y el lenguaje culto de los salones de *Versalles*.

II.—Las Artes en el siglo XVII.

LOS grandes pintores del *Renacimiento* continuaron siendo modelos no superados por los artistas de *España, Francia* y los *Países Bajos*; *Poussin, Claudio de Lorena, Felipe de Champaña, Velázquez, Murillo, etc.*, siguieron observando la naturaleza é inspirándose en ella para dar á sus obras la verdad, sin perjuicio de la belleza. Pero poco á poco, como sucede siempre con los imitadores, fueron perdiendo el sentimiento de la naturaleza hasta producir obras amaneradas y frías, incapaces de causar la verdadera y plena emoción estética. Lo mismo pasó en la escultura: los artistas del siglo XVII olvidaron que la verdad es la primera condición de la belleza, y que la expresión y la vida deben estar en armonía con esa misma verdad.

El estilo del *Renacimiento* dominó sin oposición durante el siglo XVII en los templos y palacios. Los primeros todos tienen, como *San Pedro de Roma*, una cúpula y sus columnatas griegas, los palacios son edificios largos que se cortan en ángulo recto, con sus frentis sencillos y rectos. Nació entonces el arte de los jardines, los cuales constituyeron como el complemento de los edificios ó palacios. En *Francia* durante la época de *Luis XIV*, perfeccionaron este arte nacido en *Italia*. Estos jardines á la francesa tienen siempre formas geométricas, y se procura dar á los árboles determinadas formas también: las aguas surgen en saltos, las estatuas, ninfas ó faunos, completan el conjunto que producen la impresión de un arte soberbio que intenta dominar á la naturaleza.

La música progresó mucho en el siglo XVII; desde el anterior había orquestas y bandas que tocaban en las fiestas de los reyes y en sus capillas, pero trozos aislados de composiciones musicales y piezas de baile, mar-

chas y aires nacionales. Las grandes composiciones, la ópera y el oratorio religioso nacieron en Italia en 1.600. Los personajes cantan sus papeles, y el conjunto forma un drama con recitados y melodías adecuadas á la letra. *San Felipe Neri* compuso un drama sagrado con recitados y melodías, y este fué el origen del oratorio. La música italiana fué desde entonces la preferida en toda Europa; en todas las naciones había orquestas y cantantes italianos. Pero muy pronto se amaneró y decayó la ópera en manos de sus creadores, hasta el punto de permitir que el drama fuese un pretexto para que el cantante ostentara su voz, convirtiendo lo accesorio en principal y vice-versa. Las verdaderas composiciones harmónicas no aparecieron sino hasta el siglo actual. Este progreso se debió á los franceses y alemanes.

III.—Las Ciencias en el siglo XVII.

CON los progresos realizados en el siglo XVI, las ciencias avanzaron mucho en el siglo XVII; ya no se preocuparon los sabios frente á un fenómeno de la naturaleza de lo que habían dicho *Aristóteles* ó *Tolomeo*, sino que lo interrogaban directamente, observando, midiendo ó pesando, para determinar la ley á que obedecen, la causa que lo produce y los efectos que le suceden. Se fundaron sociedades científicas: la «Sociedad Real» de Londres, la «Academia de ciencias» de París, y en el siglo siguiente la de Berlín.

En el siglo XVII, la astronomía quedó definitivamente constituida: *Galileo* demostró que la tierra gira sobre su propio eje y *Newton* formuló, después que *Kepler* hubo determinado las leyes á que obedecen las revoluciones de los planetas, la gran ley de la *gravitación universal*: último y supremo esfuerzo de generalización que ha hecho el hombre en esta vía.

Estas doctrinas fueron muy mal recibidas por los amantes de lo pasado y por la Iglesia, que declaró «absurda y herética» la doctrina de que «la tierra da vueltas en torno del sol y sobre su propio eje,» y citó á *Galileo*

ante el tribunal de la «Santa Inquisición» á fin de que respondiera á los terribles cargos que le hacían. (1.632). El tribunal condenó al sabio á retractarse de sus herejes doctrinas, y á recitar una vez por semana, durante tres años, los siete salmos de la penitencia. Además, lo vigiló estrechamente, hasta que murió el grande hombre. *Kepler* y *Newton* no fueron perseguidos, porque eran herejes protestantes, y ni *Bellarmino*, ni la Santa Inquisición pudieron alcanzarles.

En *Matemáticas* y *Física* los progresos fueron también notables en ese siglo: *Vieta*, *Descartes* y *Leibnitz*, crearon la *Geometría analítica* y el *Cálculo diferencial é integral*. *Galileo* fijó las leyes del *descenso de los graves* y tuvo que abandonar á Pisa por haber demostrado experimentalmente que *Aristóteles* se había equivocado en esa materia. *Torricelli* determinó el peso de la atmósfera y dió origen al barómetro, dando fin á la errónea teoría del «horror de la Naturaleza por el vacío.» *Newton* con sus estudios sobre la *gravedad* y la *óptica*, acabó de constituir esta ciencia en sus puntos fundamentales.

La *fisiología* no llegó á ser verdadera ciencia sino hasta que *Harvey* determinó la *circulación de la sangre*; *Swamerdam* inventó por el mismo tiempo el modo de inyectar una solución colorante, con que se pudo averiguar los canales más pequeños del cuerpo y penetrar en el misterio de la organización del cuerpo humano. Con los nuevos conocimientos anatómicos y fisiológicos, la medicina progresó mucho; pero la *clínica*, el arte de observar y estudiar las enfermedades en el enfermo, no nació sino hasta el siglo XVIII; entonces se fundaron hospitales, en que se reglamentaron científicamente las *clínicas*.

La *filosofía moderna* nació con *Descartes*, *Bacon* y *Leibnitz* en el siglo XVII. Todos tratan de descubrir por medio de la reflexión y la observación las leyes del pensamiento y de la naturaleza, el papel que corresponde al hombre en el universo, y el mejor método de razonar para encontrar la verdad y hacer la síntesis de los conocimientos humanos. En el siglo XVIII, la filosofía iba á tomar un carácter más práctico y á conmovier los cimientos de la sociedad y de las creencias.

LIBRO CUARTO.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

SECCION PRIMERA.

LAS POTENCIAS DE EUROPA EN EL SIGLO XVIII.

CAPITULO I.

Las Naciones del Norte.

I.—Los Escandinavos.

LOS escandinavos como los germanos habían aterrado á las naciones del centro y Sur de Europa durante toda la *Edad Media*. En el siglo XIV formaron los tres Estados. Dinamarca, Noruega y Suecia, una poderosa monarquía [Unión de Colmar]; pero después se disolvió, continuando *Cristian II* de Dinamarca como dueño de Suecia. A principios del siglo XVI, *Gustavo Wasa* libertó á este país del yugo danés, reunió unos *Estados generales*, y se declaró por la reforma luterana en 1529. Desprestigiado el tirano *Cristian II* por su apego al catolicismo, que lo había hecho perder la Suecia y odiado de todos por su tiranía, fué expulsado por los dinamarqueses, quienes eligieron para sustituirlo á *Federico I Hohtein*, el cual adoptó la *Reforma*.

En el siglo XVII, *Cristian IV* de Dinamarca y *Gustavo Adolfo* de Suecia, entraron en lucha con el emperador, en defensa de los príncipes alemanes y á esos dos

Estados y á *Francia* se debe el triunfo del protestantismo en el Norte. En el «tratado de Westfalia» (1648), Suecia recibió la *Pomerania*, en premio de su eficaz ayuda. Esa fué la época del mayor poderío de Suecia, pues poseía, la *Finlandia*, la *Estonia* y la *Livonia*. A fines del siglo XVII (1697), y principios del XVIII, *Carlos XII* renovó las hazañas de *Gustavo Adolfo*: deshizo en una campaña famosa los ejércitos del rey de *Dinamarca*, derrotó á los rusos y marchó contra los sajones de *Polonia*. Su orgullo, su tenacidad indomable, hacen que *Carlos* continúe una lucha estéril contra *Pedro el Grande* de Rusia, y fracasa después de la derrota de *Pullawa* [1709], de sus inútiles tentativas para sublevar á los cosacos contra la temible potencia del Norte y de animar á los turcos á destruir aquel terrible poder naciente, semibárbaro y semicivilizado de Rusia. La decadencia de Suecia comienza a la muerte del héroe. [1718].

II.—Rusia.—Su origen y engrandecimiento.

EN la época de las invasiones, los eslavos, pueblo de raza arya, como los germanos, se establecieron en países situados entre el *Oder* y el *Ural*. Se dividían en varias naciones: al Oeste, los polacos, y los cheques de *Bohemia*; al Sur, croatas, serbios y búlgaros. Los rusos, guerreros normandos procedentes de Suecia, invadieron en el siglo XI el Occidente de la Rusia actual, se convirtieron á la religión griega y formaron un Estado que comprendía el país de los lagos y la región del *Dnieper*, con dos capitales: *Novogorod* la Grande, á orillas del lago *Ilmén*, y *Kief* la Santa, con sus iglesias griegas junto al *Dnieper*. En el siglo XIII, los tártaros sometieron por entero el país, y obligaron á sus príncipes á que pagasen tributo al gran Kan de la *Horda de oro*. Durante los siglos XIV y XV, los rusos comenzaron á poblar la parte oriental del país; los príncipes de *Moscow* lograron, primero con la ayuda de los tártaros y luego solos, reunir en sus manos los dominios rusos, hasta que *Ivan IV* [Juan IV], toma el título de *Tsar* (César ó emperador), y constituye la *Rusia Mayor*, ya como Estado independiente. [1547].

A partir de entonces, *Moscow* fué la capital de *Rusia* hasta que *Pedro el Grande*, de la dinastía de los *Romanoff*, fundó á orillas del *Neva* la nueva capital, que lleva el nombre del famoso *Tsar* (Petersburgo). Durante todo el siglo XVI, los *rusos* continuaron siendo lo que eran antes: esto es, un pueblo asiático semibárbaro, con horror invencible á todo progreso, á la industria, costumbres, ciencias y artes de los pueblos occidentales. Pero poco á poco los extranjeros, (ingleses, suecos y alemanes) se establecieron en *Arkrugel*, en las costas del *Báltico* y en *Moscow*, é introdujeron la civilización europea. Ninguno de los soberanos se interesó más en esta empresa que *Pedro I*, llamado con justicia el *Grande*: él favoreció á los extranjeros y se apasionó por sus costumbres: vivió con marinos y carpinteros, y pasó á Occidente para observar y estudiar por sí mismo, obligando á su pueblo, á la vuelta de su provechoso viaje, á que adoptara los trajes, las modas, los gustos y las aficiones de los habitantes en la Europa central y occidental. Durante su vida fué muy odiado, porque con sus reformas hirió profundamente el sentimiento nacional y las preocupaciones religiosas; su hijo mismo, *Alejo*, y su mujer *Eudoxia*, se unieron á los descontentos: los *Strelitz*, los soldados de su guardia, se rebelaron, y el terrible emperador los mandó azotar con el *kunt* [1], y él en persona los decapitó; su hijo y su mujer sufrieron las mismas penas. *Catalina*, la célebre *livonia*, con quien se casó después, colaboró en la obra de regeneración del gran Imperio, hasta 1.725, año en que murió el *Tsar*. *Pedro II*, nieto del grande hombre, volvió á la vida de los antiguos soberanos *rusos*; mas, murió pronto, y la obra de *Pedro el Grande* fué salvada por la célebre *Catalina*, esposa de *Pedro III*, que á la muerte de éste se hizo coronar como *Tsarina*.

La nobleza rusa se transformó enteramente durante el siglo XVIII; pero el pueblo continuó siendo lo que era en la época de sus príncipes moscovitas: apegado á su religión y á sus costumbres, con sus campesinos (*mujik*) adscritos á la tierra que cultivaban, sus grandes propietarios y su nobleza orgullosa, pero enteramente sometidos á la voluntad del *Tsar*.

(1) El *kunt*, es el terrible látigo tártaro, compuesto de correas con pías de acero, con que desgarran las carnes del condenado.

III.—La Prusia en el siglo XVIII.

EL reino de Prusia no existió realmente sino hasta el siglo XVIII. En 1.701, *Federico III*, emperador de *Alemania* concedió el título de rey al *Elector de Brandeburgo*, en premio de los servicios que prestó en la liga contra *Luis XIV*. Tal título no quiso el emperador vincularlo en ninguna provincia alemana, sino en el ducado de *Prusia*, que fué desde entonces erigido en reino. La gracia concedida recayó en un miembro de la ya para entonces célebre casa de los *Hohenzollern*, que desde el siglo XV ocupaba el *electorado de Brandeburgo*. *Alberto I*, en la época de la *Reforma*, renunció al *catolicismo*, secularizó los dominios de la «Orden teutónica», de la cual era gran maestré, y formó el ducado que en manos de su sucesor, *Federico I*, quedó convertido en reino. En el tratado de *Utrecht* (1.713), el nuevo monarca fué reconocido por las potencias. Nadie sospechaba entonces que el pequeño reino sería una gran nación, y que arrebataría la hegemonía del imperio al *Austria*, que la conservaba desde hacía más de seis siglos.

El sucesor de *Federico I*, *Federico Guillermo I*, engrandeció sus Estados con una parte de la *Pomerania*, que arrebató á la *Suecia*, organizó el ejército, á cuyo sostenimiento consagró casi todos los recursos de su reino; y gracias á una economía severa, logró equipar un ejército de sesenta mil hombres, en un país que apenas contaba con dos millones y medio de habitantes. Sus contemporáneos dieron á *Federico Guillermo* el apodo muy significativo de *rey sargento*.

Federico II, hijo y sucesor del *rey sargento*, utilizó de modo admirable la formidable máquina de guerra creada por su padre, y en 1.740 se le presentó la ocasión de mostrar sus talentos militares y la excelente organización de su pequeño reino. Fué el caso que á la muerte del emperador *Carlos VI*, su hija única, *María Teresa*, recogió los inmensos dominios del imperio. Esto no podía ser más que una tentación para el ambicioso rey de *Prusia*, y motivo de nuevas rencillas por parte de *Francia*, que recordó al momento sus antiguas rivali-

dades con la «Casa de Austria.» *Federico II* invadió la *Silesia* y los franceses la *Bohemia*; la causa de *María Teresa* y la de su pequeño hijo *José* parecía perdida; pero la valentía de los húngaros y la alianza de *Inglaterra* y *Holanda* con *Austria*, la salvaron: la paz de *Aquisgrán* [1.748] concedió la corona imperial á *Francisco de Toscana*, esposo de *María Teresa*; dejó al rey de *Prusia* la *Silesia* que habia conquistado, y *Francia*, no obstante sus victorias en el Continente, no obtuvo nada, antes comenzó á perder su imperio colonial.

Esta paz no fué más que una tregua; las rivalidades entre *Prusia* y *Austria* continuaron, complicándose de nuevo con las de *Inglaterra* y *Francia* por el dominio de los mares. Esa guerra llamada de *siete años* (1.756), mostró los talentos y la energía del *Gran Federico*, que luchó sin desanimarse contra tres de las mayores potencias (*Austria*, *Francia* y *Rusia*). mientras que *Inglaterra*, única aliada de *Prusia*, se desquitaba en los mares con las colonias de *Francia* y *España*.

Federico contribuyó también al reparto de la *Polonia*: iniquidad comenzada en 1.772 y terminada en 1.795. El reino de *Polonia* habia sido en la *Edad Media* y en los dos primeros siglos de la *moderna*, uno de esos pueblos *eslavos* de la Europa oriental, destinados á servir de barrera á las invasiones de los *turcos* y *tártaros*. Tenia por límites el *Dniester*, el *Báltico* y las líneas de *Smolensko*. Las discordias intestinas, la soberbia de una nobleza díscola é inepta y el engrandecimiento de *Prusia* y *Rusia* en el siglo XVIII, produjeron la caída de aquel reino, en favor del cual no se levantó ninguna de las grandes potencias de Occidente: en vano *Kosciusko* defendió á su patria con denuedo; en vano la *Turquía*, guiada por el instinto de su propia conservación, luchó contra la *Rusia*, la iniquidad quedó consumada, y la *Polonia* desapareció, tal vez para siempre de la lista de las naciones.

CAPITULO II.

Las Potencias coloniales. (Siglo XVIII).

I.—Colonias portuguesas.

DESDE el siglo XVI, los portugueses habian fundado en la costa de *Africa*, en la *India* y en las islas, grandes establecimientos comerciales, propiedad del Estado, en que aplicaban rigurosamente el principio del *monopolio*: el poder procuraba reservarse todos los beneficios, importando á las colonias los artículos manufacturados y exportando los productos naturales de éstas á Europa. A *Lisboa* llevaban, en sus navíos de guerra, *especies*, *marfil* y *seda*, y de allí salían éstos cargados con telas y toda clase de objetos manufacturados. Así se enriquecían unos pocos, entre ellos los funcionarios, que deseaban sacar todo el provecho posible del breve tiempo en que disfrutaban de su lucrativo empleo, sufriendo las consecuencias los colonos, los cuales, después de extorsionados, ni siquiera obtenían los objetos más necesarios para la vida, tanto por lo elevado del precio impuesto por los agentes del *monopolio*, como por lo exiguo del cambio.

Con tan mal régimen, aquellos establecimientos no podían progresar, pues que eran más los gastos de ocupación y de vigilancia para mantener el monopolio, que las ganancias: así fué que se arruinaron totalmente. El *Brasil*, que despreciaron al principio los portugueses, fué poblándose libremente por colonos, principalmente judíos, que introdujeron el cultivo de la *caña de azúcar*, y que explotaron las minas. De aquí habia de nacer una gran nación.

II.—Colonias españolas.

SIGUIENDO el mismo funesto principio de la *propiedad de Estado* y el *régimen del monopolio* en el comercio, el gobierno español se había apoderado de gran parte de la *América del Norte, y del Sur* y de toda la del Centro. Las colonias eran como inmensas haciendas del gobierno, que no podían poblarse libremente, y que, por lo mismo, no podían progresar. Los españoles, á quienes se concedía el correspondiente permiso para venir á la *América*, no eran agricultores ú obreros, lo que hubiera sido de gran provecho para las colonias, sino *caballeros* arruinados, que venían á ser propietarios de las tierras y de los indios, que se repartían como ganado en las *encomiendas*. Nadie quería trabajar; todos querían ser *Señores*, y los mismos descendientes de españoles, los *criollos*, despreciaban los trabajos mecánicos y el cultivo de la tierra, y se aglomeraban en las ciudades, como empleados, leguleyos, especuladores y frailes. En *Lima*, todos los blancos eran *hidalgos*, marqueses ó condes; en Méjico, no escaseaban.

España dió en organización política á sus colonias todo lo que poseía: absolutismo, mayorazgos, diezmos, Inquisición y previa censura eclesiástica. Los extranjeros eran rechazados por dos razones: por *extranjeros* y por *herejes*; los mismos *criollos* eran vistos con desprecio ó con desconfianza por los dominadores. Con pocas excepciones, todos los *Virreyes*, *Obispos* y altos funcionarios, fueron europeos, manteniendo de este modo una odiosa desigualdad entre la gente de *sangre azul* y la de *color*.

Lo que más contribuyó á mantener un estado de atraso y de pobreza, rayana en miseria, en las colonias españolas, no obstante su riqueza en productos naturales, fué el monopolio del comercio. Los habitantes de las colonias no podían vender sus productos y comprar objetos manufacturados sino á los que tenían privilegio. Todo buque que venía á *Veracruz*, á *Cartagena* ó á *Puerto Cabello*, debía estar autorizado por la «Oficina de comercio» establecida desde el siglo XVI en *Sevilla*.

Esto presentaba dos inconvenientes principales: el de que los habitantes de las colonias, no podían adquirir todos los objetos que necesitaban, á causa de la insuficiencia del tráfico; y el de no poder deshacerse de los propios productos, sino al precio ínfimo impuesto por los monopolizadores. Se daba así el fenómeno curioso de que cuando *España* estaba en guerra con alguna nación del Continente, mejoraba la triste condición del comercio en las colonias, á causa del contrabando; y que para los habitantes de la *América latina* era una ventaja que fuera vencida la «Madre patria.» Así pasó en 1713, después del *Tratado de Utrecht*, en que los ingleses le impusieron al rey de *España* la cláusula en virtud de la cual podían comerciar, aunque limitadamente, con las colonias españolas; con lo que aumentó el contrabando, y con él, el bienestar y las comodidades de los coloniales.

III.—Colonias Holandesas.

EN el siglo XVII, los holandeses constituían un pueblo de marinos que disputó á todos los pueblos de Occidente el dominio de los mares y el comercio del mundo. Fundaron «Compañías» de comerciantes y marinos con el propósito de explotar los ricos países de *Oriente* y las islas de las *Molucas*, donde los portugueses habían fracasado á causa de su pésimo sistema de monopolio y de opresión. Para ello, los holandeses siguieron un sistema opuesto al de los portugueses, demoliendo las plazas fuertes y castillos, sosteniendo relaciones comerciales con los soberanos del país, permitiendo, en fin, un tráfico racional entre los habitantes de sus colonias y los de *Holanda*. De este modo obtenían todos los beneficios del comercio sin hacer los gastos de ocupación y dominio. Esta época bonancible duró poco; ya para mediados del siglo XVIII, la gran «Sociedad comercial» se corrompió, los empleados abusaban, haciendo un tráfico escandaloso; quiso convertirse en conquistadora, y las rebeliones, la ingeren-

cia del rey en los asuntos de la Compañía, juntamente con las guerras y la preponderancia de Inglaterra, arruinaron enteramente el comercio holandés.

IV.-Luchas coloniales entre Inglaterra y Francia

INGLATERRA y Francia tenían colonias desde el siglo XVII; esta última superaba á la primera, no solo en la extensión sino también en la importancia de sus posesiones coloniales. Inglaterra, en efecto, solo poseía en aquel siglo pequeños territorios en la costa de la América del Norte, mientras que Francia tenía varias posesiones en todo el mundo, si bien muchas de éstas le pertenecían nominalmente. Además, con la malísima organización, el absolutismo, la censura, la persecución religiosa y el monopolio del comercio, las colonias francesas no podían progresar, y permanecían despobladas y con escaso tráfico. No había más colonias florecientes que las plantaciones de Santo Domingo en las Antillas.

La América del Norte que pertenecía á Inglaterra se pobló libremente: los puritanos perseguidos por Carlos I radicaron su religión y sus intereses en el Nuevo Mundo, fundaron sus templos, labraron la tierra y crearon una segunda patria. La Nueva Inglaterra, como llamaban sus habitantes al país, contenía trece gobiernos particulares, ó colonias, con el derecho de administrar sus negocios locales, votar los impuestos, resolver sus asuntos religiosos y someterse sólo al juicio de jurados. El cultivo de las tierras era libre, así como el comercio; de modo que se formaron grupos de agricultores propietarios, y de comerciantes, que vivían desahogadamente, mientras que los habitantes de las demás colonias vivían en la opresión y en la miseria.

Franceses é ingleses también se habían establecido en el Indostán, edificando castillos en la costa, con almacenes para las mercancías, empleados para la administración y soldados para el resguardo. En el siglo XVII, como se ha dicho, Francia llevaba la ventaja; pero la derrota de Luis XIV á principios del XVIII y las gue-

rras que siguieron al Tratado de Utrecht, dieron á Inglaterra el dominio de los mares y la preponderancia colonial. Estas guerras fueron: la de sucesión de Austria [1.740-1.748]; la de siete años [1.756-1.763], y la de Independencia de la Nueva Inglaterra. [1.776-1.783].

En la paz de Utrecht, Francia comenzó á perder sus posesiones; y en 1.763, cuando se firmó el Tratado de París, cedió á la Inglaterra todo el imperio colonial que había constituido á costa de tantos afanes. Solo conservó algunas islas y su muy disminuida preponderancia en Europa, preponderancia disputada por las grandes potencias continentales: Austria, Prusia y Rusia, que siempre tenían por aliada á Inglaterra en sus luchas contra Francia. La Gran Bretaña quedó en posesión de la América del Norte hasta la Luisiana y Méjico, del reino de Bengala y comenzó la conquista del Indostán, terminada en nuestros días; adquirió gran número de islas en todos los mares, y su bandera dominó en éstas sin oposición.

V.-Independencia de las Colonias Inglesas de América.

LA grandeza colonial de la Gran Bretaña sufrió graves quebrantos con el levantamiento de la Nueva Inglaterra. La ocasión de este levantamiento se presentó cuando el Parlamento británico votó un pequeño impuesto que debían pagar los colonos americanos en forma de derecho de timbre. [1.764]. Los colonos impidieron la venta de papel timbrado, maltrataban á los empleados que lo vendían y destrozaban las cajas que lo contenían. El gobernador y los empleados de cada colonia se hallaban en gran aprieto, puesto que no podían integrar los jurados que debían castigar á los culpables.

Los fuertes gastos de Inglaterra en su lucha contra Francia, la obligó á decretar nuevos impuestos, que estableció bajo forma de derechos sobre ciertas mercancías (vidrio, cuero, papel y té), y que debían pagar los americanos, al importarlas en sus colonias. (1.767). Los habitantes de la Nueva Inglaterra protestaron, y

se pusieron de acuerdo para no comprar mercancías inglesas, para continuar el contrabando y para oponer la fuerza á la fuerza. *Inglaterra* cedió á estas imponentes manifestaciones; pero para salvar el principio de autoridad dejó subsistente el impuesto sobre el té, al suprimir los demás derechos. De nada sirvió á los ingleses el haber cedido en parte; los americanos continuaron prohibiendo la venta del único artículo gravado y apelaron á la violencia, arrojando al mar los cargamentos de té. Entonces el *Parlamento* bloqueó el puerto de *Boston*, y quiso hacerse obedecer por la fuerza; las colonias todas tomaron partido por la ciudad bloqueada, y comenzó la insurrección. [1.775].

El primitivo objeto de la sublevación era intimidar á *Inglaterra* para hacerla ceder en lo tocante á la nulidad de los impuestos que había establecido; pero en el curso de las violencias anteriores, se había formado un partido, constituido por abogados y hombres instruidos, que deseaba la guerra y deseaba la *República*. Así fué que la Asamblea general reunida en *Filadelfia*, se dividió en dos porciones: los representantes del *Norte* que deseaban la independencia y la república, y los del *Centro* y *Sur*, que aceptaban la separación, pero que rechazaban el régimen republicano. Al fin lograron los republicanos cambiar á los representantes que resistir, ó hacerlos ceder; y en 1.776. la mayoría votó la *declaración de Independencia*, redactada por *Jefferson*, y en la cual el Congreso, fundándose en el «Derecho Natural,» hacía constar la violación de este derecho causada por el rey de *Inglaterra*, y el de las colonias á constituir un *Estado libre y soberano*.

La guerra quedó declarada: el *Parlamento* votó los fondos necesarios para mantener un ejército de 55.000 hombres en América; pero en un inmenso país y en despoblado, los ingleses comenzaron con mucha lentitud las operaciones.—limitándose á conservar las ciudades y plazas de importancia. mientras que los americanos ocupaban casi todo el territorio.—Un ejército inglés que se atrevió á penetrar tierra adentro, fué perseguido y acosado por los republicanos, hasta que rendido de fatiga y agotado por el hambre, se vió obligado á capitular.

Los americanos no sufrían menos en esa guerra larga y porfiada; los recursos se les habían agotado ente-

ramente, y el gobierno creado por el Congreso no podía sostener un ejército sin municiones y sin víveres, cuyos soldados, hambrientos, casi desnudos y descalzos, dejaban una huella de cadáveres y rastros de sangre por donde pasaban. El mismo *Washington*, su general, uno de los hombres más grandes que ha tenido el mundo, desesperaba del éxito, y escribía al Congreso estas amargas palabras: «Ya sé que el patriotismo existe, y que ha realizado grandes cosas en la lucha actual; mas, me atrevo á afirmar, que él no basta para llevar á feliz término esta guerra tenaz».... Entonces apareció *Francia*. Claro es que esta potencia no tenía interés particular en el triunfo de los americanos; pero sí en debilitar á *Inglaterra*, su eterna enemiga, y contra la que tenía tantos motivos de queja. Los ministros más prudentes, *Turgot* y *Malesherbes*, no querían intervenir; pero *Franklin*, el sabio y hábil negociador americano, que ostentaba la sencillez y modestia republicanas ante los fastuosos cortesanos de *Versalles*, inclinó al rey y á su gabinete á una lucha famosa que ilustraron *La Fayette* y *Rochambeau*, trasladándose á *América*, y *Guichen* y el conde de *Grasse* en los mares. (1). *Washington* apoyado por los franceses, triunfa en el Continente, y bloquea al general *Cornwallis* en *York-Town*, obligándolo á capitular con 7.000 hombres y toda la armada (1.781); pero la lucha se recrudece cada vez en los mares, hasta que agotadas las fuerzas de los beligerantes, firman el *Tratado de Versalles* (1.783), en que la *Inglaterra* reconoce la independencia de los *Estados Unidos de América*; *Francia* recobra algunas islas en las *Antillas*, *Gorea* y el *Senegal* en *África*, el derecho de pesca en *Terranova*, y cede á su aliada *España*, la isla de *Menorca*.

Terminada la guerra, *Washington* se retiró á su modesta casa de *Mount-Vernon*; pero el pueblo americano lo llevó dos veces á la *Presidencia de la Unión*, puesto, en que el patriota, el guerrero, se reveló como gran hombre de Estado, trabajando sin descanso, por deber, sin ambición, hasta afianzar la Constitución Federal en 1.787, y dejar definitivamente fundada la *República de los Estados Unidos*.

(1) Un nuevo Congreso reunido en *Filadelfia* proclamó la Independencia de las trece colonias el 4 de Julio de 1776.

CAPITULO III.

Reformas Económicas y Políticas
en el siglo XVIII.

I.—Los Economistas.

A FINES del siglo XVII y principios del XVIII, Boisguillebert y Vauban demostraron en sus obras que el régimen económico y el sistema de impuestos, acostumbrado entonces en Francia, y en todos los Estados de Europa era causa del empobrecimiento de las naciones y de la disminución del número de habitantes. La talla, en efecto, pesaba sobre los pequeños cultivadores únicamente, mientras que los nobles y el clero, dueños de casi todo el territorio, estaban exentos de ella. Estos dos economistas fueron los primeros que propusieron un impuesto proporcionado sobre todas las propiedades, como era de justicia; pero como atacaban preocupaciones é intereses de los poderosos y de los nobles, sus libros fueron quemados, y perseguidos como criminales los partidarios de tan abominable teoría.

Poco después, á mediados del siglo XVIII, Quesnay y Gournay su discípulo, crearon la doctrina económica de la *fisiocracia* (dominación de la naturaleza), cuyo principio fundamental es que las leyes naturales, establecidas por Dios, rigen la producción de la riqueza; que estas leyes son perfectas, y que, en consecuencia, todo lo que los hombres hagan en esa materia es inferior al orden natural. La máxima de los *fisiócratas* era la célebre frase de un fabricante á quien Colbert preguntó una vez, qué podía hacer en favor de la riqueza pública: «*Monseñor, dejad pasar, dejad hacer*» (*laissez passer, laissez faire*).

Esta doctrina dió golpe mortal á los reglamentos, á los monopolios, á las trabas todas inventadas en la *Edad Media*, y que tanto perjudicaban á la industria y al co-

mercio, impidiendo el trabajo y el tráfico libres. Los *fisiócratas* querían libertad completa en el orden industrial y mercantil: *libertad de fabricar, libertad de vender y comprar*, que produce la *libre competencia* entre industriales y comerciantes, con ventaja de todos: tal era el ideal que perseguían los primeros economistas. Atacaban además ciertos errores, comunes en aquella época, sosteniendo que la *moneda* no es la *riqueza*, sino un signo representativo de ella, de la verdadera riqueza, que consiste en los objetos útiles: los productos de la tierra y de la industria.

Después aparecen aquellos que hacen de la *Economía política* una verdadera ciencia; Turgot y Adán Smith. Ambos estudiaron las causas del bienestar social, las fuentes de la riqueza, los medios de producción, las relaciones entre el salario y el capital, etc., y dejaron constituida en sus principios fundamentales la útil ciencia de la *Riqueza de las naciones*.

II.—Los Filósofos.

EN el siglo XVIII hubo filósofos y publicistas, principalmente en Inglaterra y Francia, que se consagraron á estudiar las cuestiones prácticas, los principios y bases sociales. En la primera de estas naciones figuran Locke, Shaftesbury y Brolingbroke; en la segunda, Montesquieu, Voltaire, J. J. Rousseau, Diderot, D'Alembert, y los enciclopedistas. En Inglaterra los filósofos no hacían más que justificar en la esfera de las ideas lo que se verificaba en el terreno de los hechos: el *despotismo del rey* y la *intolerancia religiosa* desaparecieron, desde que el Parlamento dictó á Guillermo el *bill de derechos*, y desde que se vió obligado á admitir á los *disidentes* para llevar á feliz término la revolución contra el Estuardo. En Francia hubo necesidad de hacer más, pues que las revoluciones contra Richelieu, y la *Fronda* en la época de Mazarino, no fueron más que las últimas demostraciones feudales, y verdaderos motivos para recrudecer el absolutismo del rey.

Los filósofos ingleses decían que la religión cristiana debe ser conforme á la razón, puesto que ésta nos ha sido dada por Dios para descubrir la verdad; y que no hay más que dos verdades fundamentales, que constituyen la *religión natural*: la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Como una consecuencia, los filósofos reclamaban la *tolerancia*, ó sea el derecho de manifestar públicamente las creencias y los cultos. [1].

Análoga justificación encontraron en el orden político los mismos publicistas al asentar en la teoría del *Contrato* (Locke), que el origen de la sociedad y su fundamento racional es un convenio que tiene por objeto el bienestar general, garantizando los *derechos naturales* del hombre: la libertad individual y la propiedad. De aquí se derivaban consecuencias importantes, como la de que el gobierno no tiene más misión que la de proteger estos derechos naturales, y que si el soberano los ataca ó hiere, convirtiendo su poder en absoluto, el *Contrato* social queda roto, y los ciudadanos pueden deponeer al monarca. *Bolingbroke* añade que debe mantenerse el equilibrio entre los poderes públicos, porque toda autoridad exclusiva tiende á convertirse en absoluta.

Ni la *tolerancia religiosa* ni la *libertad política* eran, para estos escritores, completas y absolutas, tal como lo concibe la razón, sino medios de acomodamiento: sanción de lo que practicaba *Inglaterra* en la religión y en el gobierno, desde la revolución que llevó al trono á *Guillermo de Holanda*. *Francia* fué más lejos en estos dos importantes asuntos: verdaderas bases sobre que descansan los Estados modernos.

Montesquieu sigue las doctrinas de los ingleses en sus puntos fundamentales, determinando el fin del *Estado*, que es el de mantener la libertad, y los medios más eficaces para conseguirlo, tales como la separación de los poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) y las asambleas ó representaciones nacionales: exige que la Iglesia deje de perseguir á los disidentes y á los incrédulos; que la nobleza consienta en pagar el impuesto, y que se supriman los suplicios crueles, los tormentos, los procedimientos arbitrarios y secretos. *Voltaire*

(1) Hacían una excepción en contra del ateísmo y del catolicismo, que consideraban peligrosos al orden y bienestar del Estado.

coincide con *Montesquieu* en pedir las reformas que hicieran al poder menos absoluto y á la administración más racional; pero su principal objeto fué combatir la *intolerancia religiosa*, y con este fin se sirvió de todos los medios y de todos los recursos de su genio, llegando en su violencia á traspasar los límites de la prudencia y la justicia.

Rousseau es un *fisiócrata* de la política; quiere que los hombres vuelvan á la naturaleza, de la que los han apartado los gobiernos y las religiones: unos y otros contrarios á la justicia y á la moralidad. «La naturaleza,» dice. «ha hecho al hombre feliz y bueno, pero la sociedad lo ha vuelto depravado y miserable.» Atacaba la sociedad tal como estaba constituida, la propiedad y el gobierno, y formuló en el «*Contrato Social*» todos sus sueños de reforma, donde aparece por primera vez la doctrina de la igualdad absoluta, que iba á ser, juntamente con la *soberanía del pueblo*, el credo de la Revolución.

Diderot, *d'Alambert*, *Helvecio*, *Mably*, *Holbach* y *Raynal*, fueron más violentos aún que los anteriores, atacando religión, gobierno y costumbres, sin respeto á nada ni á nadie, con verdadero furor de destrucción. Todas sus ideas fueron expuestas con ostentación, con lujo de detalles, en la *Enciclopedia ó diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios*. *Diderot* y *d'Alambert* dirigieron y ordenaron los trabajos de esa obra monumental, que sembró en *Europa* los gérmenes de la reforma política y social.

III. — Propagación de las nuevas ideas.

A revolución de *Inglaterra* quedó limitada al país; apenas si pudo hacerse sentir en *Francia* el influjo de aquel movimiento sin resonancia alguna en el Continente. Mas, ahora que la nación cuyo genio es la propaganda, hacía suyas las ideas de reforma social y política, era seguro que las difundiría por todas partes, valiéndose de la palabra fácil y elocuente de aquellos brillantes escritores,

que en relatos, poemas, discursos, folletos y novelas, llevaban el germen de las transformaciones sociales. No parece sino que la palabra culta y viva de los filósofos del siglo XVIII logra formar una atmósfera intelectual en que respira el burgués en su humilde tienda, como el magnate que circula por los salones de *Versalles*. Los mismos reyes y sus ministros llegaron á penetrarse de las nuevas ideas, y á tenerse á sí mismos como representantes del *Imperio de las luces*, que había llegado para bien de la humanidad.

Evidentemente que esto era *jugar con fuego*, y que los nobles y soberanos no pensaron jamás en las consecuencias que pudieran tener las nuevas doctrinas al tratar de practicarlas en la sociedad y en el gobierno; pero lo cierto es que los mismos reyes: *Luis XV*, que era un economista; *Federico II de Prusia* y *José II de Austria*, que eran filósofos; *Catalina II de Rusia*, *José V de Portugal*, *Leopoldo II de Toscana*, *Carlos III de España*, y los ministros *Pombal*, *Aranda*, *Campanones*, *Turgot*, *Tanucci*, etc., estaban todos devorados por el deseo de mejorar la administración, las costumbres y el gobierno, y hasta las concepciones religiosas y morales. Claro es, también, que en algunos de estos grandes Señores los deseos de reforma y la *filosofía* no era en ellos más que un barniz con que ocultaban su vanidad y despotismo, como la célebre *Catalina* y el astuto *Federico*; que así como hablaban de bienestar general y de humanidad con los filósofos, se repartían la *Polonia* y trataban con insoportable dureza á sus súbditos. Pero lo cierto es que hubo entre esos monarcas y ministros algunos tales como *José II de Austria* y *José V de Portugal*, *Leopoldo II de Toscana* y *Carlos III de España*, que trataron de reinar conforme á la *razón*, reformando prácticas y costumbres carcomidas y ridículas, y desempeñando á conciencia su *oficio de Rey*. Casi todos fracasaron en sus tentativas de reforma social y administrativa, tanto por lo intempestivo de sus medidas como porque el principal de los males residía en el despotismo de los reyes, aunque *éste fuese ilustrado*, tal como lo soñara *Voltaire*. Sin embargo, *España* y *Portugal* debieron á esa época de reforma la regeneración de países que eran poco antes poderosos, y ya entonces en plena decadencia, debido á una pésima administración.

En estos Estados el gobierno estaba en manos de los

inquisidores y jesuitas; la agricultura, la industria y el tráfico enteramente arruinados, cuando reformadores, ó mejor, varios ministros célebres, se propusieron crear por medio de la *protección* á la industria y el *comercio libre*, nuevas fuentes de riqueza, ya agotadas por el abandono y la incuria de los pasados reyes, se propusieron destruir las trabas que mantenían á la industria en un estado deplorable de atraso, y el monopolio del comercio, permitiendo á todos los súbditos el tráfico con las colonias. Los resultados fueron excelentes; en breve tiempo, la «Sociedad de amigos del país» en *España*, y las «Compañías agrícolas» en *Portugal*, fundaron fábricas y dieron impulso á la producción, levantando á esos países del estado de prostración en que se hallaban. El comercio de *España* con las colonias en 1788, fué nueve veces mayor que antes de la reforma; la marina se elevó á una altura respetable, tanto que en la guerra de *Independencia de los Estados Unidos* pudo sostener como aliada de *Francia* todo el peso de la lucha en los mares contra la poderosa *Inglaterra*. *Aranda*, principal agente de estas reformas, no se atrevió á suprimir la *Inquisición*, pero le prohibió conocer en asuntos civiles: la mejor prueba del progreso realizado durante el reinado de *Carlos III* fué que solo cuatro personas fueron condenadas á la hoguera. Los jesuitas, en fin, fueron expulsados; y regenteada su extinción por el país donde la famosa Compañía tuvo su origen, la consiguó de *Clemente XIV*, que dictó la bula *Dominus ac Redemptor Noster* [1773], en virtud de la cual quedó extinta.

El movimiento iniciado en España se tradujo en una multitud de Establecimientos científicos, artísticos y literarios, de donde salieron sabios, eruditos y publicistas que ilustraron las postrimerías del siglo XVIII y los primeros años del presente. Con *Carlos IV* decayó de nuevo aquel reino, tan digno por mil títulos de mejor suerte.

Pero si el espíritu de reforma que animaba á la *Europa* en el siglo XVIII conmovió á los reinos donde más imperaba el absolutismo, como *España*, *Prusia*, *Rusia* y *Austria*, claro es que en *Francia*, donde el primitivo movimiento tuvo su origen, y donde la ilustración era mayor, debía llevar más allá la transformación social y política, con que todos soñaban. Cuando subió al tro-

no Luis XVI (1,774) las reformas estaban iniciadas; así fué que éste, con el instinto de las necesidades de su época, llamó cerca de sí á *Malesherbes* (1) y *Turgot*, que emprendieron desde luego útiles reformas: libertad del comercio y de industria; supresión de gremios y servidumbres personales; creación de asambleas en las provincias, y una gran asamblea general del reino; abolición de privilegios en materia de impuestos, haciendo que los nobles y el clero pagaran lo que equitativamente les correspondía. Quería, además, el gran ministro, que se suprimieran los gastos inútiles y el despilfarro de la Corte; pero la reina (María Antonieta) y los cortesanos, le hicieron cruda guerra al reformador, á quien llamaban un *teórico, trastornador del orden*, hasta que lo obligaron á retirarse. [1,776]. Entre tanto, los fondos públicos escaseaban cada vez más; la guerra de América había ocasionado un déficit de 500 millones. *Necker*, que substituyó á *Turgot*, pudo satisfacer los gastos más apremiantes por medio de empréstitos; pero al querer implantar algunas de las reformas iniciadas por su antecesor tropezó con la misma resistencia de parte de los privilegiados, y tuvo que dejar el puesto. [1,781]. *Calonne* y *Brienne*, que le siguieron sucesivamente, no pudieron satisfacer los gastos ni cubrir el déficit que cada día aumentaba; fué, pues, necesario llamar de nuevo á *Necker* y congregar los *Eslados generales*. Entonces comenzó la *Revolución*.

(1) *Malesherbes* reformó la policía y la justicia, aboliendo la tortura y los encarcelamientos arbitrarios.

CAPITULO IV.

La Revolución Francesa.

I.—El Antiguo Régimen.
CAUSAS DE LA REVOLUCION.

LA primera causa de la Revolución fué el *absolutismo* del monarca, esto es, la autoridad exclusiva, y como tal, abusadora de una persona que disponía de todos los poderes del Estado, pues que dictaba las leyes, nombraba los funcionarios, declaraba la guerra, reclutaba las milicias y dirigía por entero la administración. La justicia se impartía en nombre del rey, y los impuestos eran arbitrarios y propiedad de la casa real, que disponía de ellos como si fueran cosa propia. No había ni libertad individual, ni libertad de conciencia, ni libertad de publicación ó emisión de ideas. La previa censura, la policía secreta y la irregularidad en la administración de justicia, constituían el régimen llamado *despotismo*, que los franceses se propusieron destruir implantando las *libertades públicas*.

La segunda causa de la Revolución fué la *desigualdad social*. Los habitantes de la nación, en efecto, estaban como divididos ó clasificados en tres órdenes ó grupos: la nobleza, el clero y el estado llano. Nobleza y clero eran dueños de casi todo el terreno, no pagaban impuestos; y para sus principales miembros eran todos los cargos importantes del Estado y todas las consideraciones y los honores. El clero percibía, además de sus cuantiosas rentas, el *diezmo* [25 millones al año], y los derechos correspondientes al actual *estado civil*; y sólo daba á la caja de la nación 10 millones como donativo. Los nobles, además de sus rentas, percibían los *derechos feudales*, ó antiguas cargas del Señor sobre el siervo ya amancipado, pero que se conservaban por la costumbre. El *Estado llano*, ó *tercer Estado*, lo formaban los hom-

bres libres, los plebeyos, algunos ennoblecidos como los consejeros del Parlamento, jueces, empleados de hacienda, etc.; pero el mayor número era de cultivadores, artesanos y comerciantes, sujetos á todas las cargas, incapacitados para desempeñar las funciones públicas. Los franceses se propusieron acabar con esta odiosa *desigualdad*, injusta é irracional, puesto que el azar del nacimiento y no los méritos personales decidían de todo en la sociedad y en el Estado: por tal razón proclamaron la *igualdad* social.

Como el *clero* y los *nobles* no pagaban, ó pagaban á lo más lo que querían, siendo así que tenían vinculado en sus manos la mayor parte del territorio, el cultivador y el artesano tenían que entregar al erario todo el dinero necesario para los gastos del Estado, las pensiones de los nobles y los despilfarros de la corte. Como no había cuenta calculada de gastos, y como el rey tenía por caja propia la del Estado, los egresos eran siempre superiores á los ingresos, por lo que había que aumentar indefinida y arbitrariamente las cargas que pesaban sobre el desgraciado cultivador y el artesano. Esta fue la causa *económica* de la *Revolución*.

Todas estas causas, y con motivo del constante déficit, que en 1,787 ascendía á 112 millones, determinaron la *Revolución*, de donde se organizaron las libertades de que hoy disfrutan todos los pueblos cultos de la tierra.

II.—Los Estados Generales.—Asamblea nacional.

EL 5 de Mayo de 1,789 se reunieron en *Versalles* los diputados de los tres órdenes: *clero*, *nobleza* y *Estado llano* para decidir acerca de las cuestiones que traían agitado al reino. Estas cuestiones se resumían en dos puntos generales: la reforma en el sistema de los impuestos, y la modificación de las Instituciones, ó sea, de todo el régimen administrativo. Los intereses de los grupos de delegados eran diferentes y aun opuestos: los *nobles* y el *clero* deseaban conservar sus privilegios en materia de hacienda; el *Estado llano*

quería que las cargas fueran equitativas y proporcionales á los bienes, sin exención ni privilegio alguno: los nobles deseaban compartir el gobierno con el rey; el *Estado llano*, como mayoría nacional, pensaba arrebatarlo al rey y á los nobles.

De pronto nada mostraba la intención del *tercer Estado* si nó es que se negara á aceptar la división de los delegados en tres grupos, que correspondían á los tres órdenes ó clases del reino. Después de inútiles negociaciones con el rey y los diputados de la nobleza y del clero, los del *Estado llano* contando con la fuerza del número, asumieron la representación del pueblo francés, y reunidos, tomaron el nombre de *Asamblea Nacional* (17 de Junio). Se comprenderá la importancia de este hecho, recordando que al votar por órdenes, la *nobleza* y *clero* formaban la mayoría forzosa contra el *tercer Estado*, y todas las cuestiones se resolverían conforme al antojo de los privilegiados; mientras que en Asamblea única, los diputados de la clase del pueblo constituían una abrumadora mayoría. La corte, temerosa de las consecuencias de tan audaz determinación, mandó cerrar la sala donde la Asamblea celebraba sus sesiones (20 de Junio), lo que significaba una orden encaminada á impedirle continuar en aquella vía de rebeliones en contra de la autoridad real; pero los diputados se reunen en la sala del *Juego de Pelota* y, presididos por *Bailly*, juran *no separarse hasta haber dado una Constitución á la Francia*. El rey cedió, é hizo que los *nobles* y el *clero* se unieran al *Tercer Estado*, para que formaran una *Asamblea*, que desde entonces tomó el nombre de *Asamblea Nacional Constituyente* (27 de Junio).

El rey y los privilegiados empezaron á temer, é hizo el primero llamar, por consejo de los segundos, varios regimientos á *París*, donde la fermentación de los ánimos crecía á cada momento; ésta aumentó con la separación del único ministro popular, de *Necker*, partidario de las reformas. Llega el 14 de Julio entre todas estas desconfianzas y temores, y el pueblo, excitado por *Desmoulins* y otros demagogos, corre á la *Bastilla*, antigua prisión de Estado (símbolo del poder arbitrario y absoluto de los monarcas) y cae en sus manos, después de un pequeño combate. El rey reconoce á *Bailly* como

Alcalde de la ciudad de *París*, y á *La Fayette*, jefe de la *guardia nacional*; el poder pasaba de las manos del rey á las del pueblo.

Al tener noticia de estos sucesos, las provincias se agitaron, sublevándose contra los funcionarios del rey y los señores, á quienes pagaban prestaciones y derechos diversos. La *Asamblea* nombró un comité encargado de redactar un proyecto de ley para la seguridad del reino; se le discutió en una sesión famosa. (la del 4 de Agosto) en la que los miembros de la nobleza y clero, se suceden en la tribuna y renuncian á sus derechos y títulos, y consagran la unión sincera de los tres órdenes. Poco después un tumulto popular (en 5 y 6 de Octubre) obliga al rey á trasladarse á *París*, donde hervían las pasiones; la *Asamblea* le sigue, y mientras que discute una *Constitución*, votan los *Derechos del hombre*, que son las bases sobre que deben constituirse las naciones: tal fué por lo menos el sentido que le daban los hombres del 89. He aquí algunos de estos principios:

«Los hombres nacen y permanecen libres é iguales en derechos, estos derechos son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia á la opresión.»

«El principio de toda soberanía reside en la nación; la ley no es más que la expresión de la voluntad general, y en consecuencia: todos los ciudadanos deben contribuir á formarla por medio de sus representantes.»

«Como los ciudadanos son iguales ante la ley, todos pueden aspirar á las dignidades y empleos según sus virtudes y talentos.»

«Nadie puede ser preso, acusado ni detenido sino en los casos determinados por la ley, y con arreglo á las formas prescritas por ella.»

«Nadie puede ser molestado por sus opiniones religiosas, ó políticas, á no ser que en su manifestación perturbe el orden público establecido por la ley. Todo ciudadano puede hablar, escribir é imprimir libremente.»

«Los impuestos deben ser distribuidos igualmente entre todos los ciudadanos, con arreglo á sus medios; siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella, á no ser que medie la

necesidad pública, legalmente comprobada, y en cambio de previa y equitativa indemnización.»

Estos principios constituyen la obra más durable de la *Revolución*; todos los pueblos cultos, y en la medida de su cultura, han procurado encarnar estos principios en sus costumbres y en sus leyes.

La *Asamblea*, también, destruyó el régimen desigual é irregular que se seguía en la administración del reino, restos de una agregación parcial de los antiguos *Estados feudales*; organizó la justicia, con sus jueces de paz, sus tribunales de lo criminal y lo civil, y el de *casación ó supremo*, para cuidar de la aplicación exacta de la paz; votó la *Constitución civil del clero*, adaptando las diócesis á los departamentos y sometiendo los obispos á la elección, y por último, decretó la contribución que los ciudadanos debían pagar conforme á sus rentas.

Pero la agitación continuaba: la *Constitución civil del clero*, la nacionalización de los bienes de éste, y la contribución impuesta á los nobles, hacían que la desconfianza y el temor entre los miembros de la *Asamblea*, del clero y la nobleza, aumentaran cada día. *Mirabeau*, el gran tribuno, que con el poder de su palabra hubiera podido detener el curso de la *Revolución*, desencadenado por él mismo, murió en medio de su grandeza colosal; y el rey, sin guía, abandonado de todos y mal aconsejado por sus cortesanos, huyó de *París* para unirse con los emigrados y los extranjeros; pero fué detenido en *Varennes* y conducido á la capital como prisionero de la *Asamblea* y del pueblo. [1,791].

En 3 de Septiembre, la representación nacional votó la *Constitución del reino*, en virtud de la cual el rey gobernaba mediante una *Asamblea permanente*, con derecho á suspender por cuatro meses la ejecución de las leyes con su oposición ó *velo*. Los ciudadanos, reunidos en *asambleas primarias*, por medio de electores salidos del seno de éstas, nombraban los funcionarios del Estado. La suerte del reino iba á depender de la nueva *Asamblea*, que, conforme á la *Constitución*, debía gobernar con el rey.

III.—La Asamblea Legislativa y la Convención.
LA REPUBLICA.

LA Asamblea Legislativa, que debía gobernar con el rey, no duró más que un año; pero en tan breve período se cumplieron acontecimientos importantes de la Revolución. Los emperadores interesaron á los principales monarcas, al emperador de Alemania y al rey de Prusia á emprender una guerra imprudente contra el gobierno constitucional de Francia. Luis XVI y María Antonieta fueron acusados, como debe suponerse, por los más fogosos defensores de las libertades constitucionales, y echaron sobre ellos el baldón de la liga extranjera. Los prusianos invaden las fronteras del Nordeste; en el Norte el bisoño ejército organizado de prisa, sufre descalabros. No se necesitaba más para que la exaltación de los ánimos llegara al extremo: el 10 de Agosto, la muchedumbre invade las Tullerías, y Luis XVI se refugia en la Asamblea, que vota la caída de la monarquía.

Nuevos electores nombran una Convención para organizar un nuevo gobierno, y en 21 de Septiembre de 1792, proclama la República y concentra en sí misma todos los poderes; dicta las leyes y se distribuye en Comités nombrados de su seno la administración entera.

Desde los primeros días, la Convención se dividió en dos partidos que se hicieron una guerra encarnizada: los girondinos ó moderados, y los montañeses ó exaltados. Los girondinos que al principio dominaban la Asamblea con la elocuencia de sus jefes, (los famosos diputados de la Gironda) fueron arrastrados por las violencias de los montañeses, á procesar y condenar á muerte al infortunado Luis XVI (21 de Enero de 1793). Desde entonces, todo fué violencia y desorden: Alemania, Inglaterra, España y Holanda forman la primera coalición contra la Francia revolucionaria; la Vendée á la voz de sus curas y sus nobles, se subleva por su rey: la guerra civil se une á la guerra extranjera. Los montañeses, dueños ya de la Asamblea, despliegan una energía salvaje para conjurar tantos peligros. Nombran un tribunal revolucionario y un Comité de salud pú-

blica, encargados de juzgar y perseguir á todos los sospechosos; decretan la proscripción y muerte de los girondinos, de María Antonieta y del duque de Orleans, y envían un millón cien mil hombres contra los enemigos interiores y exteriores. Hebertistas y Dantonianos se destrozan entre sí, hasta que Maximiliano Robespierre domina á todos con su habilidad y su cálculo y logra convertir en sistema el abominable régimen del terror. Los más populares jefes de la Revolución, como Danton y Desmoulins, los moderados, los sospechosos, todos son llevados á la guillotina sin consideraciones á sus méritos ó servicios. Cansados al fin de aquella tiranía, los convencionales proscriben á Robespierre y sus partidarios, y París y la Francia se ven libres del insostenible régimen establecido por aquel fanático. (9 termidor—27 de Julio de 1794).

Sorprende que durante el borrascoso período de aquella Asamblea, al mismo tiempo que los enemigos exteriores eran rechazados y la guerra civil sofocada, se crearan Instituciones, como el «gran libro de la deuda pública,» destinado á asegurar el crédito de Francia, el «sistema de instrucción uniforme,» la «escuela primaria,» «Escuela Normal» para profesores, «Conservatorio de Música» y el de «Artes y Oficios,» «Museo de Historia Natural,» el «Instituto de Francia,» el «sistema métrico,» etc.

Después de expedir la constitución del año III de la República, en que el poder ejecutivo se confiaba á un Directorio de 5 miembros, y el legislativo á 2 cámaras: la de los Quinientos y la de los ancianos; después de triunfar de los enemigos interiores y exteriores, y de los tiranos que la oprimían, Hebert y Robespierre, la Convención se separó en Octubre de 1795, dejando en la historia un recuerdo de grandeza y energía, no igualadas por ninguna Asamblea del mundo.

IV.—Guerras de la Revolución.

LOS soberanos de las grandes potencias se propusieron desde el principio estorbar la Revolución, como si un presentimiento les avisara de que una nueva era política se inauguraba. Cada uno

de los principios de la *Constituyente* venía á ser como una revelación para los pueblos y una amenaza para los reyes.

Los primeros que entraron en liza fueron el rey de *Prusia* y el emperador de *Alemania*. Como el ejército francés estaba completamente desorganizado hubo que recurrir á los voluntarios, los que unidos á los pocos veteranos que habían quedado, formaron regimientos capaces de oponerse á los extranjeros que amenazaban las fronteras. En *Valmy* fué el primer combate de importancia; los voluntarios, exaltados por los nuevos principios obligaron á los veteranos del *Gran Federico* á retirarse. [1]. *Dumuriez*, que había sido el héroe, el libertador de la República en la *Champaña*, acudió al Norte de *Francia*, y en *Jemmapes* derrotó á los austriacos y penetró en *Bélgica*. Un nuevo ejército, dirigido por *Custine*, invadió la orilla izquierda del *Rhin* y tomó á *Muguncia*.

La muerte de *Luis XVI* provocó la primera gran coalición contra la *Francia republicana*. *Dumuriez*, girondino, defeccionó al ver á su patria presa de la anarquía y á merced de las violencias de la *Convención*: las fronteras quedaron abiertas á los aliados después de la derrota de *Nerwinden* y de la retirada de *Custine*. Entonces fué cuando la *Convención* improvisó ejércitos y generales, y ya para fines de 93, *Jourdan* y *Hoche* repararon los descalabros. En el año siguiente triunfaron de modo definitivo, arrojando á los austriacos de *Bélgica* y á los prusianos de la orilla izquierda del *Rhin*, mientras que *Pichegru* avanzaba á *Holanda*, y *Dugonier* escarmentaba en el mediodía á los españoles.

Con tan repetidos triunfos de los republicanos, los aliados comenzaron á desalentarse. *Prusia* y *España* fueron las primeras potencias que firmaron la paz de *Basilea* [1.795]. Por ese mismo tiempo, el *Directorio* y las *Asambleas* (la de los quinientos y la de los mayores) tomaban posesión de sus cargos, mediante la previa elección correspondiente. La guerra continúa contra las naciones que no firmaron el tratado de *Basilea*, y principalmente contra el *Austria* que emplea todas sus fuerzas en una lucha decisiva, ya no para destruir el go-

[1] Goethe, que presencié el combate, al ver el ardor de los voluntarios dijo: «Ahora comienza una nueva Era para la humanidad.» El grande hombre no se engañó.

bierno republicano en *Francia*, sino para defender sus provincias amenazadas. El Imperio fué atacado al mismo tiempo por *Italia* y por *Alemania*: *Napoleón Bonaparte* destruye en una maravillosa campaña cuatro ejércitos austriacos, en menos de ocho meses, y lo obligó á firmar los preliminares de *Leoben*, en tanto que *Hoche* se adelantaba hasta *Francfort*, después de la brillante retirada de *Morreau* que valió por sí misma á una victoria. El emperador amenazado en sus provincias austriacas por el invicto *Bonaparte* cedió á *Francia*, en la paz de *Campo Formio*, la *Bélgica* y la *Lombardía*. [1797]

Faltaba herir á *Inglaterra*, que continuaba dominando en los mares y que ayudaba con sus recursos á todas las coaliciones contra *Francia*. Tal fué el motivo de aquella portentosa expedición á *Egipto*, en la que *Bonaparte* renueva las maravillas de las campañas de *Italia*, al mismo tiempo que los sabios y artistas que le acompañaban fundan el «Instituto de Egipto» y abren nueva vía á la historia. Después de vencer junto á las pirámides á los mamelucos y á los turcos, aliados con *Inglaterra*, en el *Thabor*, *Bonaparte* se decidió á volver á *Francia*, ya que la escuadra de *Bruix* había sido destruida por *Nelson*, y su ataque á la *Siria* resultaba infructuoso.

Otro motivo más urgente guiaba á *Bonaparte* á dejar su conquista: otro motivo más poderoso que la destrucción de la escuadra francesa de *Abukir* y la resistencia de *San Juan de Acre*, llevaba al invicto General de la República á abandonar su ejército: era el deseo de apoderarse del gobierno, ya desprestigiado en manos del corrompido *Directorio*. En ausencia de *Napoleón*, las grandes potencias (*Inglaterra*, *Austria* y *Rusia*) unidas á los príncipes italianos, habían formado una segunda coalición contra la República; pero á pesar de todas las corrupciones y de la reacción que la minaba, los aliados que intentaban invadir á *Francia*, fueron detenidos en *Suiza*, si bien lograron recobrar la *Italia*, donde el heroico *Massena* se sostenía difícilmente en *Genova*. En esos momentos se presenta *Napoleón* en *París* [1.799], se pone de acuerdo con la mayoría del *Directorio* y del *Consejo de los ancianos* y disuelve el de los quinientos. (18 Brumario). Los encargados de formar una nueva Constitución dieron el poder al vencedor en tantos combates, con el título de *Primer Cónsul*.

SECCION SEGUNDA.

SIGLO XIX.—GOBIERNOS CONSTITUCIONALES.

CAPITULO I.

El Consulado y el Imperio.

I.—La Constitución del año VIII.

DUEÑO de París y del ejército, Napoleón se propuso reconstituir la nación, en parte según los principios proclamados en 89, y en parte aún mayor, conforme á ciertas ideas personales suyas, con que procuró mejorar lo existente. Desde el primer momento se consagró á estas tareas políticas y administrativas, sin descuidar por esto la guerra. Unos comisarios fueron encargados de formar una Constitución que diese á Bonaparte todo el poder, conservando las formas republicanas: tal fué la Constitución del año VIII.

El poder ejecutivo quedaba en manos de un primer *Cónsul*, electo por diez años, que tenía el mando de los ejércitos, celebraba los tratados de paz y alianza y nombraba los empleados de la nación. El poder legislativo residía en cuatro asambleas: el *Consejo de Estado*, que preparaba los proyectos de ley; el *Tribunal* los discutía; el *Cuerpo legislativo* los votaba, y el *Senado*, que tenía derecho á rechazarlos si no le parecían tales proyectos conformes con la Constitución. Todo este complicado mecanismo no tenía más objeto que ocultar el poder absoluto del *Primer Cónsul*, pues que como el *Senado* y el *Consejo* eran nombrados por él, tenía en sus manos las leyes y el gobierno entero del Estado. La Constitución fué ratificada por el pueblo.

Como las guerras civiles habían desorganizado la administración, Bonaparte procuró reconstituirla, nom-

brando para cada departamento un *prefecto*; para cada distrito un *sub-prefecto*, y para cada pueblo un *alcalde* con su *Ayuntamiento*. En hacienda creó *interventores* con facultades de repartir los impuestos, *perceptores* ó recaudadores de los mismos, y un *Recaudador general*. El *Banco de Francia*, es una creación del *Primer Cónsul*.

La promulgación del *Código Civil*, monumento elevado á la legislación universal por los sabios jurisconsultos de aquella época, y una de las más puras glorias de Bonaparte; los *tribunales de apelación*; el desarrollo de la *instrucción pública*, con la creación de *liceos*; las *escuelas de medicina* y de *derecho* y la *escuela politécnica*; el *Concordato* celebrado con el Papa para el arreglo de la *Iglesia*, desorganizada durante la *Revolución*; la *Legión de honor* creada como *Institución* para recompensar el mérito civil, ó militar, sobresaliente; todas estas obras de administración y de gobierno acusan la actividad y buen sentido de aquel hombre extraordinario, que cuando su genio se inclinaba al bien fundaba lo estable y caminaba de acuerdo con el progreso de la humanidad. Por desgracia, su egoísmo frío y calculador, su ambición monstruosa y su orgullo intolerable, lo desviaron de la vía racional y lo precipitaron juntamente con un gran pueblo en un abismo de desgracias.

Mientras que realizaba estas reformas, continuaba Bonaparte la lucha contra la segunda *coalición*. Con su certera mirada comprendió que convenía herir al *Austria*, aparentemente victoriosa en *Italia*, teatro de las primeras hazañas del *Primer Consul*; y cae de improviso sobre la retaguardia del ejército enemigo y lo derrota en *Marengo*. La *Italia* es el precio de esta victoria. Y como *Morreau* triunfa después en *Hohelinden*, el *Austria* acosada como en 96 se ve obligada á firmar la paz de *Luneville* (1,801), que no fué mas que una repetición del tratado de *Campo Formio*. Por desgracia, Kléber, el vencedor de los *turcos* en *Heliópolis*, pereció asesinado en *Egipto* el mismo día en que triunfaba Napoleón en *Marengo*. Eso significaba la total pérdida de aquel país para la *Francia*, y una compensación para *Inglaterra* por las derrotas continuas de sus aliados en el Continente.

Inglaterra fué la única potencia que continuó la guerra contra el *Primer Consul*, después de la paz de *Luneville*, hasta la de *Amiens* [1,802]. Pero esto no era más

que una tregna; la Inglaterra no podía ver con buenos ojos el engrandecimiento de Francia, así es que provocaba conspiraciones y favorecía á los enemigos de Napoleón. Este régimen terminó en el Imperio, que el Primer Consul creó para quitar todo pretexto á las conspiraciones realistas.

II.—El Imperio.



Al establecer el Imperio, Napoleón quedó dentro de los límites señalados por los principios de 89; el pueblo ratificó el cambio de Constitución política con 3.572,329 de sufragios. El Senado arregló la herencia del Imperio en la familia del caudillo.

El nuevo monarca pronto olvidó las enseñanzas de la Revolución, y se rodeó de una brillante corte de dignatarios y de mariscales del Imperio, aunque sin más privilegios que sus títulos y méritos correspondientes. Era una nobleza democrática, pero al fin nobleza. La legislación continuaba ajustada á los principios revolucionarios; la ley era idéntica para todos, y consagraba la igualdad de los ciudadanos, que podían aspirar á los mismos empleos, pagar los mismos impuestos y ser juzgados según las mismas reglas; igualdad en las herencias, igualdad de los extranjeros; igualdad entre los cultos; garantías individuales y libertad de trabajo, cultivo, industria, transporte, etc.

La Revolución continuaba, aunque traicionada por aquel soldado de genio, que así se servía de los principios emanados de ella, como de las preocupaciones monárquicas de la Europa. Con esto descontentó á todo el mundo: á los republicanos sinceros, que veían en sus actos el absolutismo y la reacción más ó menos enmascarada; y á los soberanos del viejo Continente, que veían en él á un advenedizo y al soldado de la Revolución, capaz de desprestigiar sus títulos y de comprometer sus coronas. Sin embargo, debido á su genio solamente, Napoleón pudo conservarse en el poder por once años:

período calamitoso, en que por su tenacidad y su ambición regó de sangre la Europa.

En 1.803 comenzó la lucha entre Napoleón y la Europa. Napoleón quería dominar los pequeños Estados de la Europa central (Alemania é Italia) y hacer de Holanda, Suiza y España, naciones vasallas de Francia: en este punto estaba en conflicto con Austria que había tenido siempre una influencia preponderante en Alemania y en los Estados del Norte de Italia. En lo relativo al mar, Napoleón quería compartir su dominio con Inglaterra y reconstituir el Imperio colonial francés, abriendo al comercio de Francia nuevos mercados, y hasta el de las colonias de España y Holanda, sus aliadas, y que aspiraba á dominar. En este otro punto, el emperador se hallaba en conflicto con la Gran Bretaña. Estaba también en conflicto con los pueblos; pero eso lo vino á ver Napoleón después de su caída.

El primer propósito de Napoleón fué desembarcar con su ejército en Irlanda, para herir en el corazón á su adversario; pero la escuadra franco-española pereció en Trafalgar [1.805]. Entonces se vió obligado á volver sobre el Continente para asegurar su dominación en él, ya que se le escapaba el de los mares. Austria y Rusia, movidas por Inglaterra, y temerosas ellas mismas de las ambiciones del emperador francés, habían unido sus ejércitos para contener á Napoleón. Una campaña rápida y gloriosa, que terminó con la batalla de Austerlitz le bastó para destruir la coalición y obligar á Francisco II á pedir la paz, á renunciar al título de emperador de Alemania y á consentir en el protectorado de Napoleón sobre este país, que formó la Confederación del Rin. [1.806].

En esta coalición había faltado Prusia, de modo que le fué fácil al caudillo desbaratar las maquinaciones de Inglaterra en el Continente. Cuando Prusia se decidió á entrar en campaña, Napoleón había triunfado en Ulma y en Viena, y se dirigía al campo de batalla de Austerlitz. En una campaña de treinta días destruyó la monarquía del Gran Federico (1.806). Napoleón no se contentó con la Europa Central, sino que se apoderó de la Alemania del Norte, dejando al rey Federico Guillermo con un girón de su reino, en la Prusia Oriental. Al mismo tiempo se propuso arruinar la Inglaterra por medio del bloqueo.

Según el decreto expedido por *Napoleón* en *Berlín* después de su triunfo en *Jena*, nadie en Europa debía comerciar con los ingleses, ni permitir que un barco británico fuese admitido en los puertos continentales, ni que los navíos continentales tocaran un puerto inglés ó de las colonias de *Inglaterra*. Esta nación contestó con órdenes en Consejo en que prohibían á todos los buques del mundo comerciar con ningún puerto del Continente, sin que antes pasara por un puerto inglés, so pena de confiscación. Los pueblos sufrieron muchísimo con estas medidas extremas de los dos contendientes: la *Gran Bretaña* y *Napoleón*. Pero el contrabando nunca dejó de hacerse, y ninguno de los países aliados de *Napoleón* ó dominado por él, cumplió exactamente con las disposiciones del bloqueo. Su mismo hermano, *Luis Bonaparte*, rey de *Holanda*, creyó que no estaba obligado á arruinar á sus súbditos para satisfacer los caprichos y la ambición insaciable del emperador francés.

Inglaterra y las naciones del Norte sufrieron mucho con el bloqueo; la industria de la *Gran Bretaña* se arruinó; el país era recorrido por bandas de obreros sin trabajo, en la mayor miseria. *Francia* salió mejor librada, pues que el bloqueo le sirvió de sistema protector para su industria, y hasta inventó el azúcar de remolacha, para suplir el de caña, que era un producto colonial inglés.

Después de la campaña de *Prusia*, *Napoleón* recorrió la *Polonia* y fué al encuentro del *Czar*, á quien el rey de *Prusia* habíá llamado en su auxilio; en *Eilau* y *Friedland* queda vencido el emperador de *Rusia* y firma con él de *Francia* la paz de *Tilsitt* (1.807), que elevó á *Napoleón* á la cumbre del poder y de la gloria.

Alejandro I de *Rusia* se declaraba aliado y amigo de *Napoleón*; renunciaba á una parte de la *Polonia* y convenía en dejar al francés el Occidente, con tal de que se le abandonase el Oriente. El reino de *Prusia* fué devuelto á *Federico Guillermo* y con sus provincias *rhinianas* formó *Napoleón* el de *Westfalia* para su hermano *Gerónimo*; sus otros dos hermanos, *José* y *Luis*, reinaban en *Italia* y *Holanda* respectivamente. Los demás soberanos, incluso el emperador de *Austria*, eran como súbditos ó se reconocían como aliados sumisos de aquel plebeyo cubierto con el manto de los *Césares*.

Desde entonces, el orgullo de *Napoleón* no reconoció límites, padeciendo de un verdadero delirio de dominación y de mando. Al volver á *Francia*, después de la paz de *Tilsitt*, intentó apoderarse de la península ibérica y sus vastas colonias. Para ésto, el emperador francés negoció con *Madrid* el reparto de *Portugal* é introdujo con motivo de esta negociación su ejército en *España*; luego, valiéndose de este ardid indigno, y abusando de la torpeza de *Godoy* y del gobierno español, hizo que *Carlos IV* y *Fernando* su hijo, de quienes se apoderó engañándolos, abdicaran la corona de *España* en favor de él, quien la dió á su hermano *José*. Pero los españoles, que soportaban con resignación el mal gobierno de sus reyes, no quisieron aguantar un extranjero, ni sujetarse á los caprichos de *Napoleón*: se sublevaron, se formaron «Juntas de gobierno» en las principales ciudades, y la de *Cádiz* resistió con fortuna. En 1.812 promulgó una Constitución liberal, que debía ser como el símbolo del patriotismo y de la independencia nacional.

⌈ A pesar de todos sus triunfos contra los patriotas mal dirigidos en un principio, *Napoleón* no pudo dominar á *España*; y éste fué el primer aviso de su caída, y que el emperador francés en su orgullo no quiso escuchar. Los ingleses, dirigidos por *Wellington*, desembarcaron en *Portugal* y ayudaron eficazmente á los patriotas españoles, convirtiéndose desde entonces la península en una inmensa tumba para los ejércitos franceses.

Este ejemplo fué luego imitado por los alemanes, y diversas sublevaciones nacionales comenzaron á amenazar la dominación napoleónica en el Continente; pero la derrota de *Austria* en 1.809, después de *Wagran*, destruyó los planes de los patriotas de *Alemania*. Fué necesario que se resignaran á soportar por algún tiempo aquel pesado yugo. *Napoleón* se consideraba por entonces dueño de *Europa*, se titulaba «emperador de Occidente», y privaba al Papa de sus Estados, declarando que le quitaba lo que *Carlo Magno* (su antecesor) le habíá concedido. Pero con todo esto, *Inglaterra* dominaba en los mares y *Cádiz*, continuaba resistiendo; los proyectos de dominación universal, por contrarios á la independencia de los pueblos, tenían que desvanecerse como un sueño. *Rusia* iba á darle el primer golpe á la dominación napoleónica.

III.—La Restauración y los Tratados de Viena.

LIADO con el emperador de *Austria* con cuya hija (María Luisa) se había casado. *Napoleón*, ciego á los avisos del destino y de la fortuna, se propuso sujetar á *Rusia* á sus caprichos, á fin de que cooperara con él más eficazmente que hasta entonces en la lucha contra la *Gran Bretaña*; pero *Alejandro I*, emperador del vasto país, no quiso plérgarse á los deseos del francés, negándose á establecer el bloqueo en sus vastos dominios. Furioso *Napoleón* reunió un ejército de 600,000 hombres é invadió la *Rusia*. Después de numerosos combates y de la espantosa batalla del *Moskova*, penetró en *Moscow*, capital religiosa del Imperio (1.812). Pero nada le valió esta conquista, pues que el centro del gobierno ruso estaba en *San Petersburgo*, y el *Tzar* no pidió la paz. Por otra parte, los rusos hufan al aproximarse *Napoleón*, de modo que éste se apoderó de una ciudad deshabitada, y que un ruinoso y deplorable incendio, provocado por los fanáticos defensores, consumió en la noche misma de la toma de posesión de élla por el ejército napoleónico (12 de Septiembre). Con su gran ejército, disminuido en más de sus dos terceras partes, aislado en medio de un país enemigo, devastado por los rusos, sin provisiones, y en la imposibilidad de marchar sobre los restos del ejército de *Alejandro*, quien se negó á tratar mientras que los franceses ocuparon á *Rusia*, *Napoleón* tuvo que volverse, verificando una retirada desastrosa, en medio de llanuras desoladas, con un frío de 27°. acosado continuamente por los rusos; retirada en la que perdió todo su ejército.

La suerte de *Napoleón* no podía ya ser dudosa para nadie. El rey de *Prusia*, que estaba en *Berlin* custodiado por una guarnición francesa, huyó de esa ciudad y se alió con *Inglaterra* y *Rusia* y entró en campaña contra *Napoleón* en la primavera de 1.813. En las dos sangrientas batallas de *Lützen* y *Bautzen*, el emperador francés conservó la *Sajonia*; pero los aliados se repusieron y obligaron al emperador de *Austria* á que se deci-

diera por ellos, lo que hizo después de representar el papel de mediador entre los beligerantes. Tres ejércitos [500,000 hombres] marcharon sobre *Napoleón*, que se conservó en *Dresde*, desplegando todos los recursos de su genio: pero sus generales fueron arrojados de *Silesia* y *Brandeburgo*. En *Lepsig* se decidió la contienda: después de una batalla que duró tres días, *Napoleón* escapó al desastre con 100,000 hombres y volvió á *Francia*. La *Alemania* recobró su independencia.

Los aliados ofrecieron á *Napoleón* la paz garantizando al Imperio francés los límites adquiridos por la República en 1,800; pero la soberbia del emperador no le permitió resignarse. La campaña de *Francia* mostró claramente el genio militar de aquel hombre extraordinario, pero también su impotencia para dominar el deseo justo de la independencia de las naciones. *París* se rindió casi sin combatir; los generales en quienes confiaba se unieron con el enemigo, y aquel hombre frío que había puesto el egoísmo de los hombres al servicio de su ambición, fué víctima del mismo egoísmo, viéndose abandonado de todos. El *Senado* francés decretó la destitución del emperador en 6 de Abril de 1.814. *Napoleón* abdicó en *Fontainebleau*, y se retiró á la isla de *Elba* con algunos de sus soldados fieles.

Luis XVIII entró en *Francia* bajo la protección de los aliados y estableció un gobierno constitucional, con una *Carta* que otorgó aparentemente, pero que en realidad se la hicieron aceptar sus mismos partidarios. Pronto los emigrados, que volvían en los bagajes extranjeros, hicieron impopulares á los *borbones* á fuerza de exigencias, declarándose enemigos de toda institución revolucionaria. *Napoleón*, comprendiendo todo esto, abandonó su retiro, y burlando la vigilancia de los cruceros ingleses, desembarcó en *Francia* y reconstituyó de nuevo su Imperio. *Luis* huyó á *Gante*.

Cien días duró este Imperio imposible. Los aliados, que tenían todavía en pie de guerra sus ejércitos, declararon á *Napoleón* «enemigo del género humano» y se prepararon á combatirlo. Dos ejércitos, el *anglo-bávaro* y el *pruso-sajón* derrotaron á *Napoleón* en *Waterloo* (18 de Julio de 1.815) obligándolo de nuevo á abdicar; y va á morir á un islote del *Océano Atlántico*, á *San-ta Elena*, estrechamente vigilado por *Inglaterra*, su eterno enemigo, ya victorioso.

Francia escapó al desmembramiento que Prusia y Alemania deseaban, debido á Inglaterra y Rusia que se opusieron á él; pero tuvo que pagar mil millones de francos de indemnización y sostener por dos años el ejército de ocupación. Los límites de la nación quedaron reducidos á lo que eran en tiempo de sus reyes. El Congreso de Viena, reunido en 1.815 reorganizó la Europa conforme al estado de cosas anterior á la Revolución. En realidad, solo Francia volvió á las fronteras de 1.792; las demás potencias, (Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia) se engrandecieron: Austria conservó el Véneto y se extendió hasta el Adriático y el Tesino en Italia; Prusia quedó en posesión de la Posnania polaca, la Sajonia, la Westfalia y la provincia del Rhin, formando su territorio una masa compacta desde Rusia hasta Francia; Rusia conservó las provincias procedentes del desmembramiento de la Polonia, y la Finlandia que arrebató á la Suecia (1.809); é Inglaterra no adquirió en Europa más que la isla de Helgoland, pero ya se había apoderado de las colonias de Holanda y Francia.

La Alemania quedó organizada conforme al modelo que dió Napoleón al establecer su protectorado sobre este país, formando una confederación de príncipes, dirigida por el emperador de Austria. Italia, dividida también, contenía: al Sur, el reino de Nápoles; en el Centro, los Estados de la Iglesia y los ducados de Toscana, Parma y Módena, y en el Norte, el reino de Cerdeña con el territorio de Génova, y el lombardo-veneto perteneciente al Austria, que regía también los tres ducados dichos. España y Portugal volvieron á su anterior situación. La Holanda unida á la Bélgica, formó el reino de los Países Bajos; la Suecia adquirió la Noruega, posesión que perdió la Dinamarca en castigo de su alianza con Napoleón. Así permaneció la Europa hasta que la unidad de Italia y la de Alemania destruyeron la obra del Congreso de Viena.

CAPITULO II.

Los Gobiernos Constitucionales en el siglo XIX.

I.—La Restauración.



DESPUES de 1.815, los soberanos europeos, viéndose en posesión de sus Estados, que estuvieron á punto de perder, intentaron restaurar el «poder absoluto» tal como era antes de la Revolución. Algunos reyes, como Luis XVIII de Francia, querían borrar del tiempo los veinte años de pasados trastornos revolucionarios, contando los de su reinado como si no hubiese habido tales trastornos. Fernando VII persiguió cruelmente á los partidarios de las libertades consignadas en la Constitución de 1.812. En todos los Estados se conservaron, sin embargo, la libertad de la agricultura y de la industria, la regularidad en la administración y ciertas reformas económicas, que no atacaban al poder absoluto de los reyes.

Desde 1.815 comenzó en la mayor parte de los países de Europa una lucha sorda, pero continua, entre el pueblo y el rey, entre el partido constitucional y el absolutista. El primero, profesa la soberanía de la nación, y supone que el rey debe gobernar con el consentimiento del pueblo; que no puede dictar leyes, cobrar impuestos, etc., sino de acuerdo con la asamblea de representantes, y que en caso de conflicto entre los diputados y el rey, á éste le toca ceder, puesto que la nación es la fuente de la soberanía. El partido absolutista, por el contrario, sostenía que el rey era la única autoridad capaz de gobernar, de dictar la ley y determinar el impuesto, y que no tiene que dar á nadie razón de sus actos, toda vez que la soberanía pertenece al príncipe y no á la nación.

Desde la Restauración, los liberales, ó partido constitucional, reclamaban dos reformas principales:

1.^a Una Constitución escrita para determinar los derechos de los súbditos.

2.^a Libertad de imprenta.

En ese tiempo, también, se multiplicaron las sociedades secretas y las conspiraciones para derribar los gobiernos absolutistas, ó para obligarlos á otorgar una Constitución en que estuviesen consignadas las libertades que los súbditos anhelaban.

II.—Régimen Parlamentario en Inglaterra.

DESDE la Revolución que elevó al trono á Guillermo de Holanda [1.668], la Inglaterra practicaba el régimen parlamentario sin Constitución escrita, conforme á la costumbre, que considera el gobierno repartido entre el rey, la cámara de los *lores* y la de los *comunes*, solamente la última electiva. El rey tenía siempre como primer ministro al jefe de la mayoría en la cámara de los *comunes*. Esta, en consecuencia, era la directora de la administración y del gobierno.

Jorge III, carácter absolutista en grado sumo, quiso asumir todo el poder, nombrando ministros á su antojo, é imponiéndoles su voluntad. Desde 1.760 hasta 1.783, el poder del rey fué aumentando, y todavía más durante la Revolución, la cual inspiró verdadero horror á los ingleses. En 1.815 cuando venció á Napoleón, la Inglaterra sufrió un doble movimiento de reforma en el sentido político y en el administrativo. El partido *Whigs*, que había estado en minoría por más de 50 años, comenzó á dominar en la Cámara de los Comunes, é inauguró las reformas. Abolió las penas crueles é infamantes que se conservaban desde la Edad Media; permitió la importación de artículos de primera necesidad, como el trigo, y corrigió el complicado arancel de aduanas; emancipó á los católicos, perseguidos conforme al intolerante régimen de los siglos anteriores; y reformó, en fin, la costumbre de elegir diputados al Parlamento, que se prestaba á los mayores abusos, puesto que los nobles nombraban los representantes de los burgos privilegiados, algunos de los cuales ya no existían, mientras que grandes ciudades no contaban con ninguno, ó con un número escaso de estos representantes.

Desde estas reformas [1.836] al presente, los *Whigs* han tomado el nombre de *liberales* y los *Tory* el de *conservadores*; y como el derecho electoral tiende á dejar de ser un privilegio, el Parlamento representa mejor á la nación y sigue dócilmente las indicaciones de la opinión pública. El régimen parlamentario inglés se ha perfeccionado en este siglo, y continúa desarrollándose en nuestro tiempo, alcanzando cada día nuevos progresos en el sentido de la libertad.

III.—El Gobierno Constitucional en Francia.

LOS Borbones prometieron respetar la libertad y la igualdad creadas por la Revolución, y los Institutos y mejoras debidos al genio organizador y administrativo de Napoleón. Pero en Francia faltaba la costumbre ya regularizada en Inglaterra del equilibrio entre los poderes; faltaba la experiencia necesaria para modificar las leyes y las costumbres en el sentido más favorable al pueblo. Ahora bien, si estas reformas pudieron hacerse en Inglaterra por evolución, no deba suceder lo mismo en Francia, donde la mayor exaltación de carácter y el genio más democrático producirían mayores trastornos.

La Carta concedía á Francia un mecanismo análogo al de Inglaterra, en el gobierno, con su rey y sus dos Cámaras; la de los *pares*, nombrada por el rey; y la *electiva*, que vota las leyes, discute los impuestos y gastos, etc, del mismo modo que en Inglaterra. La elección de los miembros de la Cámara, y los límites de la libertad de imprenta fueron motivos de interminables discusiones y de división del Parlamento, no en dos partidos, como en Inglaterra, sino en muchos, de modo que era difícil hallar al jefe parlamentario á quien confiar el ministerio. Los gabinetes no podían conservarse en el poder sino mediante las *coaliciones* favorables, y caían cuando eran contrarias. Los *ultra-realistas* deseaban restaurar el antiguo régimen, el poder absoluto del rey y los privilegios de la nobleza y del clero; los *liberales* ó *republicanos* aspiraban á destruir la monarquía constitucional. Entre estos grupos extremos se formaron

dos intermediarios: los *realistas moderados* y los *realistas liberales*, á quienes se debió la conservación de la *Carta*.

Aunque los liberales agitaban el país y organizaban sociedades secretas, la Constitución se conservó hasta 1,829, debido á la mayoría de los realistas (moderados y liberales) en la Cámara. Los ministerios de *Decazes* (1,816-1,820), y de *Villèle* (1,820-1,827), representaron estas dos tendencias de los partidos constitucionales; el primero inauguró el período de reformas liberales; el segundo, suspendió las reformas y provocó la reacción. Esta lucha debía terminar con una catástrofe. *Carlos X*, que no tenía la prudencia de su antecesor, cansado de la oposición, nombró un ministerio de *ultras* y disolvió las Cámaras. Las nuevas elecciones llevaron al *Parlamento* una oposición mayor aún; entonces el rey dictó las nuevas ordenanzas, en virtud de las cuales disolvía las Cámaras, reformaba la ley electoral y establecía la previa censura en materia de imprenta. Los republicanos, en número de ocho ó diez mil hombres, se levantaron en armas y enarbolaron la bandera tricolor. *Carlos X* huyó, y los diputados reunidos en *Paris* proclamaron al *duque de Orleans* que permitió la *bandera tricolor* y el *régimen parlamentario* (1,830).

Conforme á la nueva *Carta* la Cámara era la soberana. Los *pares* dejaron de ser hereditarios, el número de electores aumentó, al disminuir el *censo electoral* de 300 á 200 francos, y ya parecía que el régimen parlamentario arraigaba en *Francia* del modo regular y pacífico con que existía en *Inglaterra*. Pero el nuevo rey *Luis Felipe I*, como los anteriores, no quiso conformarse con su papel de rey constitucional, pues que designaba sus ministros, quería dirigir la política y procuraba la corrupción electoral para tener en las Cámaras una mayoría dócil á su voluntad. Los numerosos partidos, principalmente los *legitimistas*, que tenían al rey por un usurpador, y los *republicanos*, que se quejaban de haber sido engañados en 1,830, exasperaron á *Luis Felipe*, que se apoyaba ya en el *centro izquierdo*, ya en el *centro derecho*, que eran los constitucionales; de modo que había cuatro partidos, sin contar el llamado *grupo intermedio*. La habilidad de *Luis Felipe* consistió en conservar por 18 años el poder absoluto bajo la apariencia del régimen parlamentario, obteniendo la

mayoría de la *Cámara* mediante la corrupción electoral: tarea en que á partir de 1,840 lo ayudó admirablemente su ministro *Guizot*.

Este régimen, tan distinto del parlamentarismo inglés, aunque con todas sus apariencias, acabó también con una catástrofe. La izquierda constitucional y los republicanos derribaron al gobierno; éstos últimos invadieron las *Tullerías* y la *Cámara*, y la obligaron á declarar destronada á la familia de *Orleans*. El gobierno provisional, formado por siete republicanos moderados, tenía en contra á los socialistas, dirigidos por *Luis Blanc*, los cuales pedían la *organización del trabajo* y la *bandera roja*: germen de una lucha espantosa en que perecieron millares de ciudadanos, hasta que por fin, triunfó la *República*, la que debía regirse conforme á la nueva Constitución aprobada por la Asamblea. Conforme esta Constitución la República francesa era democrática; reconocía como principios fundamentales la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, y por bases, la *familia*, el *trabajo*, la *propiedad* y el *orden público*. El poder legislativo pertenecía á una asamblea; el ejecutivo, á un ciudadano, el *Presidente de la República*. Este designaba los ministros, los cuales no eran responsables, y la elección del Primer Magistrado era directa y por sufragio universal. Hechas las elecciones, fué Presidente *Luis Napoleón*, sobrino del conquistador, y que bajo el manto republicano ocultaba como el anterior sus ambiciones monárquicas. El 2 de *Diciembre* de 1,851, después de un conflicto entre los republicanos y los monárquistas de la Cámara, *Napoleón* disolvió la asamblea, persiguió á sus enemigos y estableció un nuevo régimen en que se le concedía poder omnímodo por 10 años; en 1,852 fué declarado emperador.

La Constitución continuó siendo democrática, en la que se consagraba la *soberanía del pueblo*, la libertad individual, la de la prensa y la representación popular; pero en el fondo no había más poder que el del emperador, que dirigía las elecciones, era dueño del ejército, nombraba los funcionarios y arreglaba por entero la política de la nación. El sostenimiento de esta extraña monarquía era el ejército; de manera que tan pronto como fué derrotado en *Sedán* (2 de Septiembre de 1,870) y encerrado el resto en *Metz*, la *Cámara* votó el destronamiento de *Napoleón*, organizó el gobierno de la *Defensa*

nacional y proclamó la *República*. Este gobierno luchó heroicamente contra los alemanes que sitiaban á París y contra los socialistas, que con la bandera roja destruían é incendiaban la gran ciudad. *Gambetta*, ardiente republicano, dirigía la administración y la guerra, y era el alma de aquel gobierno heroico que defendía el honor de la *Francia* y las libertades públicas.

Después de la capitulación de París, la asamblea nombró jefe del poder ejecutivo á *Thiers*. El 18 de Marzo de 1.871 el partido socialista creó un nuevo gobierno la *Commune ó Municipio autónomo* y se posesionó de París; el gobierno y la Asamblea, refugiados en Versalles, desplegaron gran energía para dominar á aquellos verdaderos foragidos. *Thiers*, y *Mac-Mahon* después, eran presidentes sin el título; la Asamblea tenía que dar una Constitución, que no expidió hasta 1.875. En ella creó una *República parlamentaria*, en la que el *Presidente* es nombrado por las *Cámaras* (diputados y senadores); sus poderes duran 7 años y sus funciones son las de un rey constitucional: nombrar los ministros, y disolver la Cámara si conviene en ello el Senado. El verdadero poder está en la Asamblea, elegida por todos los ciudadanos, que tiene la iniciativa de las leyes y vota el presupuesto. Con algunas reformas, así se ha conservado la República parlamentaria en Francia durante las presidencias de *Grévy*, *Carnot*, *Faure*, y *Loubet* elegido últimamente. (1.899).

IV.—El Gobierno Constitucional en los demás Países.

INGLATERRA y Francia, preparadas con sus revoluciones, han dado el modelo del *régimen parlamentario* y de los *gobiernos constitucionales* en Europa: la primera creó este régimen en las revoluciones contra sus reyes y adquirió las libertades; la segunda adaptó este régimen al Continente, conquistó la *igualdad*, ensayó todas las formas de organización po-

lítica y propagó con su palabra y con sus armas todos los progresos de la *Revolución*.

En *España*, durante la guerra con *Napoleón* se reunió (en Cádiz) una *Asamblea* de los principales representantes del reino, tanto de la península como de las colonias. La *Constitución* que redactó era muy liberal y condenaba todas las Instituciones que habían contribuido á la ruina de aquel país. *Fernando VII*, que de tan indigna manera se portó, echándose á los pies de *Napoleón*, mientras que sus heroicos súbditos defendían el honor nacional y la independencia de su patria, tan pronto como volvió á *España* se apresuró á condenar todas las libertades contenidas en la Constitución, y á perseguir con encarnizamiento á los partidarios de ésta. De ese modo fueron fusilados y deportados muchos de los que habían defendido con gloria inmortal á su patria; y eso por el que no supo ayudarla en su defensa. Pero el pronunciamiento dirigido por don *Rafael Riego* en 1.820 obligó al monarca á aceptar la *Constitución*; el *Congreso de Verona* y los borbones de Francia, que enviaron en favor del monarca un ejército de cien mil hombres, restablecieron el absolutismo, condenando á la última pena á los liberales. (1.823).

El gobierno constitucional fué al fin establecido en *España* con motivo de una cuestión dinástica. Al morir *Fernando VII* dejó una hija, *Isabel*, y un hermano. Según la *ley sálica*, que se había seguido escrupulosamente en Francia, el trono correspondía á don *Carlos* hermano del rey; pero *Fernando* siguió la costumbre de *Castilla*, nombrando á *Isabel* reina de *España* con *Maria Cristina*, madre de ésta, como regente (1.833). El partido absolutista (los serviles) se puso del lado de don *Carlos*; la regente se vió obligada á apoyarse en los liberales. Por el *Estatuto Real* (1.834), la regente prometió hacer votar por las *Cortes* las leyes y los impuestos. El *Parlamento* se compuso, como en Inglaterra, de dos *Cámaras*; y el régimen constitucional quedó establecido, no sin una tremenda lucha intestina contra los *carlistas*, que estuvieron á punto de vencer á los constitucionales. Los liberales se dividieron luego en *moderados* y *progresistas* y se subdividieron más aún: lo cual fué ocasión de multitud de trastornos, asonadas y motines; y como los militares se engrandecían con motivo de las guerras civiles é intervenían en la formación

de los partidos y banderías políticas, se hacían nombrar ministros, convirtiéndose en verdaderos despotas militares.

Después de un reinado borrascoso, doña *Isabel II* fué derrocada (1.868), y ocupó el trono don *Amadeo* príncipe de la casa de *Saboya*, pero tuvo que dimitir á los dos años, confesándose impotente para vencer la resistencia de los partidos. *Castelar* ensayó infructuosamente la República por unos cuantos meses, hasta que un pronunciamiento llevó al trono á don *Alfonso* hijo de doña *Isabel* [1.874]. La derrota definitiva de los *carlistas* y la abolición de ciertos fueros y privilegios regionales, fueron los principales sucesos del reinado de *Alfonso XII*. A la muerte de este [1.885] comenzó la regencia de doña *María Cristina* en nombre de su hijo *Alfonso XIII*, regencia que aun dura en aquel reino, ya muy decaído de su pasada grandeza. En la última guerra contra los *Estados Unidos* perdió el año de 1.898 lo que le quedaba de *Imperio colonial*, esto es, *Cuba* y *Filipinas*.

En *Portugal* el régimen parlamentario ha seguido las mismas fases y ha pasado por las mismas dificultades que en *España*. A la caída de *Napoleon*, la regencia restableció el poder absoluto tal como era antes de la invasión francesa; el heredero del trono de *Portugal* prefirió quedarse en el *Brasil*, á donde se trasladara en la época de aquella invasión. Esto tuvo dos resultados importantes: la independencia del *Brasil* y la implantación del régimen parlamentario. En 1.822 las Cortes portuguesas votaron una *Constitución* en la que se declaraba la igualdad de los ciudadanos, ante la ley y las libertades admitidas en todos los *Códigos*, con excepción de la de los cultos. En el gobierno, además del rey existen las *Cámaras*; la de los *pares* ó *príncipes*, que es hereditaria, y la de los *diputados*, que es electiva. Este *Código* otorgado en 1.826 por la hija de don *Pedro*, emperador del *Brasil*, no rigió inmediatamente, pues que don *Miguel*, hermano de don *Pedro*, restableció en provecho suyo el poder absoluto. Los liberales no se resignaron; se levantaron en armas, expulsaron á don *Miguel*, y exaltaron al trono á doña *María de la Gloria*, proclamando la *Carta* de 1.826. Algunos años después, los liberales habían triunfado en todo el reino, abolían la inquisición y se apoderaban de los bienes del clero para pagar la deuda nacional,

La obra del Congreso de Viena en los *Países Bajos* fué efímera; la *Bélgica* anexionada á la *Holanda*, donde había un remedo de Gobierno Constitucional, no debía soportar por mucho tiempo un rey holandés. En 1.830, los belgas, favorecidos por *Francia* se sublevaron y obtuvieron su independencia. El régimen parlamentario quedó establecido desde entonces: todas las libertades fueron proclamadas, y el gobierno quedó organizado conforme al modelo de la monarquía inglesa, con su rey hereditario é irresponsable, soberanía nacional representada en el Parlamento, ministros responsables, electores censitarios, etc. Pero en lugar de *Whigs* y *Tories* se constituyeron dos grupos en las *Cámaras*: los *liberales* ó *avanzados*, partidarios de un Gobierno constitucional y laico; y los *católicos* ó *conservadores*, que defienden la autoridad, las inmunidades y los derechos de la Iglesia. El rey designa como ministros á los jefes de la mayoría, y los partidos alternan en el poder, estableciéndose de este modo el equilibrio; y no obstante sus continuas luchas en el *Parlamento*, la *Bélgica* es uno de los países mejor administrado en *Europa*.

Todas las naciones del Occidente de *Europa*, conquistaron para mediados del siglo, las libertades públicas é implantaron el régimen constitucional; mientras que las del Oriente: *Austria*, *Rusia*, *Prusia* y *Turquía*, permanecieron en la misma situación que en el siglo anterior, con su absolutismo, sin parlamento ó con sus cámaras de aparato; en tanto que otras, como *Italia*, *Alemania* y *Grecia*, ni siquiera formaban entidades nacionales. El movimiento de independencia y de unidad, iba á preceder á la implantación de gobiernos constitucionales en algunas de estas naciones, puesto que, fuera de *Rusia* y de *Turquía*, las dos conquistas se han verificado en este siglo, que puede ser llamado con justicia, siglo de la formación de las nacionalidades y de los gobiernos constitucionales. La *América* precedió á la *Europa* en esa vía, constituyendo, en el siglo pasado la gran nación de los *Estados Unidos*, con una forma de gobierno especial: la República democrática. Las demás colonias europeas del *Nuevo Mundo* iban á seguir á la gran nación, constituyendo naciones independientes y fundando repúblicas. Estos dos hechos resumen la historia de *América* en el siglo XIX. De ellos nos vamos á ocupar en el Capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

LA América en el Siglo XIX.

I.—Emancipación de las Colonias Españolas.



La invasión de los franceses en la península y el establecimiento de la dinastía napoleónica, dió origen á la insurrección de las colonias españolas de América. Los *criollos* permanecían fieles á Fernando VII, como los españoles de ambos hemisferios; pero la anarquía que reinaba entonces en todas las posesiones de España con motivo de la guerra, dió ocasión á que los coloniales reclamasen los mismos derechos de que disfrutaban los peninsulares: libertad de cultivar, de fabricar, de importar y exportar; facultades para desempeñar los cargos públicos, y el derecho de nombrar representantes para inspeccionar los actos del gobierno. El *Lic. Verdad*, Síndico del Ayuntamiento de Méjico, declaró formalmente el derecho que tienen los pueblos para constituirse como mejor les parezca y asentó en firme base la doctrina de la soberanía popular. Los virreyes, el clero y los nobles, se opusieron á este movimiento que tendía á formar nuevas naciones con sus propios derechos, ó un inmenso imperio de todas las posesiones españolas, cuyos habitantes tuviesen éstos derechos. Viendo esta resistencia, los *criollos* se sublevaron contra el gobierno español y los peninsulares. La guerra fué más larga, más porfiada y más cruel que la de los *Estados Unidos* contra Inglaterra: *Hidalgo*, *Morelos* y *Guerrero*, en Méjico; *Bolívar*, *San Martín* y *Sucre*, en la América del Sur, fueron los principales caudillos de aquella guerra que duró once años, y que dió por resultado la independencia de las colonias, y la formación de otras tantas repúblicas. Solo Méjico fundó un imperio con el libertador *Agustín Iturbide*; pero éste duró unos cuantos meses, y en 1824 se constituyó en República Federal.

Los cuatro virreinos fundados por España en América, el de Nueva España (Méjico), el de Lima (Perú), el de Nueva Granada (Colombia) y el de Buenos Aires (República Argentina), se convirtieron en naciones, así como las Capitanías generales de Guatemala (América central), Caracas (Venezuela) y Valparaíso (Chile). Pero aún se dividieron más, hasta formar quince repúblicas con análogas instituciones y carácter, y diferentes sólo en su extensión é importancia. Así el Paraguay formó una comunidad independiente; Venezuela se unió con Nueva Granada, formando la república de Colombia bajo la presidencia de Bolívar que gobernaba ya el Perú y Bolivia. Este grande hombre, uno de los políticos más perspicaces que ha tenido la América latina, deseaba unir en una gran Confederación á todos los Estados hispanos del Nuevo Mundo, para lo cual citó á los representantes de éstos á un Congreso general que debía reunirse en Panamá. Solo Méjico y los Estados que gobernaba el célebre político, acudieron con sus representantes al lugar de la cita, y quedaron sin efecto sus negociaciones. Aun continuaron dividiéndose y subdividiéndose las naciones hispano-americanas, suscitándose odios y rivalidades y luchas que aun no terminan. [1]. La América central con Guatemala, obediendo á este primitivo movimiento hacia la concentración, se unió á Méjico (1822); pero al año siguiente se separó de él y formó la Confederación de Estados Unidos de Centro América, los cuales al fin se dividieron en 5 Estados (Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica) que no han dejado de vivir en constantes luchas interiores y de unos en contra de otros.

A la muerte de Bolívar (1830), los Estados Unidos de Colombia, que solo él pudo formar, gracias á su prestigio y á su genio, se dividieron en tres naciones [Nueva Granada, Venezuela y Ecuador], sin contar el Perú y Bolivia que ya formaban naciones independientes. Por último, el Uruguay se separó de la Argentina y Chile formó una nación pequeña, pero bien organizada y poderosa en la costa del Pacífico.

En todos estos Estados la forma de gobierno es la república con un Presidente elegido por el pueblo, una ó

[1] De 1879 á 1884 Chile, Perú y Bolivia se desgarraron en una lucha tremenda, que costó á los peruanos la rica provincia de Tarapacá.

dos Cámaras de representantes que votan las leyes y discuten el presupuesto. En todos ha habido dos partidos: los *conservadores ó centralistas* y los *liberales ó federalistas*: los primeros deseaban conservar los privilegios de las grandes familias y del clero, restringir el sufragio, mantener la religión oficial y la previa censura y rechazar á los extranjeros; los *liberales*, por el contrario, pedían la abolición de fueros y privilegios, el sufragio universal, la libertad de cultos, separación de la Iglesia y del Estado, y un gobierno federal con entera independencia de las provincias para su régimen interior. En casi todos han triunfado estos últimos, y en todos también han disminuído mucho las guerras intestinas que los asolaban, y que engendraran en *Europa* la errónea creencia de que los países americanos eran ingobernables. Cuando la verdad es que todas estas guerras han sido menos largas y menos sangrientas, que cualquiera de las guerras religiosas ó políticas de *Europa*.

Los ensayos de monarquía verificados en *América*, fuera del *Brasil* (en el que por las especiales circunstancias á que debió su independencia, conservó esta forma de gobierno hasta 1889), han dado malos resultados. En 1861, *Napoleón III*, pretextando diversos perjuicios y vejámenes que habían sufrido los europeos en *Méjico*, se puso de acuerdo con *Inglaterra* y *España* para intervenir en los asuntos interiores de nuestro país. En realidad, el emperador era el único que soñaba con la quimérica idea de establecer una monarquía y derribar á Juárez, esclarecido representante del partido liberal y progresista, y á quien *Méjico* debe todos sus adelantos. Así es que *Inglaterra* y *España* satisficieron sus más ó menos justas reclamaciones, se retiraron dejando al aventurero monarca que llevara adelante sus atrevidos propósitos. Todos saben cómo, á pesar de que el partido conservador y clerical ayudaba á *Napoleón* con sus armas y recursos, (y hasta fué el que inconsideradamente lo instigara) fracasó en su empresa, pereciendo el desgraciado archiduque de Austria, víctima propiciatoria de un partido recalcitrante y de un monarca iluso.

Una de las causas eficientes de las guerras intestinas y extanjeras de las repúblicas hispano-americanas ha sido la escasez de habitantes en las inmensas extensiones de territorio, á donde el gobierno no podía al-

canzar con su brazo: tal fué la principal causa de la pérdida de *Tejas* y *California* en una desgraciada guerra que emprendiera *Méjico* contra el primero de aquellos Estados, levantado en armas para defender en apariencia su autonomía, pero en realidad para unirse á la gran *República americana*. Allí no había, en efecto, la masa de habitantes necesaria para contrarrestar la influencia de extranjeros poderosos, y pèrdidos en sus manejos.

Hoy, el aumento de población y las vías fáciles de comunicaciones permiten mejor la unificación del espíritu nacional y una acción más completa y uniforme del gobierno, y más estrecha solidaridad en los intereses de las entidades federativas entre sí y de los habitantes de estas entidades. Con la paz, ha crecido la inmigración, y con ésta, la producción. La hacienda pública ha mejorado en casi todas estas repúblicas y con ella, el crédito y la riqueza. Los progresos industriales, económicos y políticos que los países hispano-americanos han realizado en estos últimos años, son garantía irrecusable de un porvenir no lejano de prosperidad y engrandecimiento.

En cuanto al *Brasil*, después de pasar por las mismas fases de pronunciamientos y discordias intestinas, no obstante su monarquía constitucional pacíficamente establecida, (lo que prueba que las revoluciones de los países americanos no son debidas á la forma republicana del gobierno), los liberales se alzaron bruscamente en 1889 y proclamaron la república. De modo que la *América* es el Continente de la *República* y la *democracia*, como la *Europa* lo es de las *monarquías* (1) y de la aristocracia y desigualdad social.

II.—Los Estados Unidos en el siglo XIX.

MIENTRAS que los *hispano-americanos* se constitufan en *Estados* independientes, la Unión de las trece primitivas colonias de *Norte América* continuaba progresando. La *Constitución* era un acomodo entre los *federalistas* que aboga-

(1) Solo Suiza y Francia han logrado establecer la república y hacer que la democracia penetre en las costumbres.

ban por un poder central bastante fuerte para dominar á los *Estados de la Unión*, y los *republicanos* que deseaban darles la soberanía absoluta. Al poder federal se le concedió el derecho de guerra y paz, acuñar moneda y reglamentar el comercio, dejando lo demás al régimen interior de cada Estado. Desde la presidencia de *Washington* se creó un impuesto para pagar la deuda pública, un sistema de aduanas, y se fundó el banco de los *Estados Unidos*.

El inmenso territorio que se extendía al Oeste fué considerado por el gobierno como un campo de colonización destinado á poblarse con ciudadanos de la *Unión* y á constituir nuevos Estados. A los que iban á poblar esos territorios, les concedía el gobierno privilegios y franquicias, á fin de que aumentaran en breve tiempo su riqueza y estuvieran en aptitud de gobernarse por sí mismos. Desde que los colonos llegaban á 5,000, podían organizar su gobierno con su Cámara electiva y un Consejo legislativo, y mandar un representante al *Congreso de la Unión*. De este modo crecieron rápidamente los *Estados* hasta el *Mississippi*.

Pronto poblaron los *Estados Unidos* el territorio comprendido entre el *Mississippi* y las montañas *rocallosas*; entonces confinaron con *Méjico*, que poseía inmensa extensión de tierras desiertas. Con poca cordura, el gobierno mejicano permitió que unos aventureros se establecieran en *Tejas* con el nombre de colonos. Las continuas revoluciones de *Méjico* y principalmente el paso de *república federal* á *república central*, dieron pretexto á los colonos para sublevarse y declararse independientes. Después de una desgraciadísima campaña del General Presidente, *A. López de Santa Ana*, para someter á los rebeldes (1,836), los tejanos proclamaron su República y en 1,846 se unieron á los *Estados Unidos*; *Méjico* protestó, y comenzó la guerra entre las dos naciones. En una serie no interrumpida de triunfos, los americanos impusieron un tratado ventajoso, en virtud del cual adquirían *Tejas*, *California* y *Nuevo Méjico*.

Para este tiempo el país se había poblado y enriquecido, á causa de una inmigración constante y numerosa, que llevó á la *Gran República* más de once millones de habitantes animados de un espíritu liberal, amplio y progresista, que admite todas las energías y

que protege todos los trabajos. Los impuestos federales fueron suprimidos, se pagaron los intereses de la deuda y pronto fué extinguida por completo. Como las aduanas constituyen un sistema de protección para la industria americana, las conservaron, empleando el sobrante en canales como el del *Erie* y caminos como el de *Ohio*.

Los partidos políticos en que se dividieron los *Estados Unidos* desde su formación, han tenido los mismos ideales (*democráticos* y *republicanos*), aunque hayan tomado tales nombres para designar los diferentes fines meramente económicos que persiguen. La civilización europea ha penetrado bruscamente en aquel país, y ha llegado á superarle en la agricultura y en la industria, en el tráfico y en las mejoras materiales. Pero hasta 1,860 ocultaba una iniquidad que debía ser la causa de grandes trastornos: la esclavitud. Las colonias hispano-americanas habían importado también esclavos negros, pero en pequeño número, puesto que los hacendados disponían de los indios, á quienes obligaban á trabajar sus posesiones, sin retribución y sujetos á todos los vejámenes del orgulloso propietario. Así fué que la independencia produjo al mismo tiempo la autonomía nacional y la libertad de los esclavos. Mas no deja de ser por esto uno de los más grandes títulos que presenta *Hidalgo* á la admiración del mundo el haber sido el primero en *América* que levantó su voz en favor de los esclavos, decretando en *Valladolid* (*Morelia*) y luego en *Guadalajara* la libertad de los hombres sometidos á trabajos forzosos y la abolición del tributo (1). En los *Estados Unidos*, las colonias del *Sur* pobladas por cultivadores, lograron salvar la *Institución particular*, como llamaban á la esclavitud, haciendo constar en la *Declaración de derecho* (1,776) la «obligación de ciertas personas á un trabajo ó servicio». La trata de negros, negocio inicuo á que debieron su fortuna muchos traficantes europeos, continuó proveyendo á la *Unión americana* de los esclavos necesarios para el cultivo del algodón y otros productos. Después de la abolición oficial del *comercio de ébano*, [como llamaban á este inicuo

(1) La primera protesta contra la esclavitud se elevó en Francia, durante la Revolución: los negros de Haití se sublevaron, y *Napoleón* la restableció. El Congreso de Viena acordó acabar con esa iniquidad, mediante un convenio entre todas las naciones; pero no dió resultado.

tráfico] seguía el contrabando, favorecido por los funcionarios del *Sur*. En el *Norte*, por el contrario, la esclavitud no existía, perseguían la importación de negros y procuraban extinguir tan vergonzosa institución. Aunque menos numerosos, los surianos procuraban que hubiera igual número de Estados esclavistas y libres; y de este modo evitaban que la cuestión apareciera en el *Senado*, donde cada uno de aquellos tenía dos representantes.

De 1.833 á 1.850, el partido abolicionista ganó nuevos prosélitos, y la admisión de *California* en la *Unión* dejó en minoría en el *Senado* á los Estados esclavistas. No debía tardar mucho tiempo en desencadenarse la catástrofe: en 1.860, los *republicanos*, valiéndose de una división de los *demócratas*, en quienes se habían apoyado siempre los partidarios de la esclavitud, hicieron triunfar á su candidato, el incorruptible *Lincoln*, acérrimo enemigo de ésta. Los Estados del *Sur*, viendo perdida su causa, declararon que deseaban separarse de la *Unión* para formar una *Confederación* distinta. Entonces comenzó la guerra. Once Estados [Carolinias, Misissipi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana, Tejas, Virginia, Tennessee y Arkansas], levantaron poderosos ejércitos y sostuvieron por cuatro años una lucha espantosa, en la que *Lee*, habilísimo general, puso en grave aprieto á los del *Norte*. Por fin, *Ulises Grant* logró, después de una campaña famosa, destruir en *Richmond* el foco de la confederación. Sólo en las *Antillas españolas* y en el *Brasil* persistió la esclavitud hasta 1.873 y 1.885, respectivamente, en que fué abolida.

CAPITULO V.

Las nuevas nacionalidades en Europa.

I.—Independencia de Grecia, Servia, Rumanía y Bulgaria.

DESDE la *Edad Media*, la *Grecia* había dejado de existir como nación. El *Imperio otomano* que dejó de ser temible para *Europa* desde el siglo XVII, conservaba todavía inmensa extensión: en *Europa*, desde la *Rumanía* al norte del *Danubio* hasta la *Morea*; en *Asia*, la *Anatolia*, la *Siria* y el protectorado de Arabia; en *Africa*, *Egipto* y *Tripoli*: todo el antiguo *Imperio romano de Oriente*. Pero su régimen, despótico, irregular y teocrático, lo llevó á una segura decadencia. Griegos, serbios, rumanos y búlgaros, de raza, creencias y costumbres distintas de las de sus dominadores, no esperaban más que la ocasión para sacudir tan pesado yugo. Tal ha sido la *cuestión de Oriente* en el siglo XIX.

Durante las guerras de la *Revolución francesa*, los marinos griegos, que navegaban con pabellón neutral (el de Turquía), hacían todo el comercio del *Mediterráneo*. En la época del bloqueo napoleónico, llegaron estos marinos á ser bastante poderosos y ricos para constituir tres pequeños Estados, casi independientes, en los islotes frente á la costa de la *Argólida* (*Hidra*, *Speza* y *Psara*). En la *Laconia* se había formado también un grupo numeroso de cazadores y guerreros, medio bandidos, que vivían en relativa independencia en sus montañas. Al mismo tiempo, los hombres instruidos de las ciudades, en todo el Sur de los *Balkanes* y en el *Archipiélago*, empezaron á considerarse como descendientes de los antiguos *helenos*, y á enviar á sus hijos á los colegios de *París*. *Rhigas* (de *Tesalia*) compuso un himno patriótico, copia fiel de la *Marsellesa*, en que invitaba á los *helenos* á defender su independencia.

La guerra estalló en 1.821. El *Epiro* y *Rumania* que se sublevaron al mismo tiempo, fueron prontamente dominadas por los *turcos*; mas en la *Morea*, la lucha se sostuvo con verdadera heroicidad por parte de los griegos, que probaron que eran dignos de obtener su independencia. La Europa entera se conmovió, y no obstante el espíritu reaccionario que dominaba en ella á la caída de *Napoleón*, los particulares formaron sociedades *filohelenas*, que enviaron dinero y armas á los insurgentes, y multitud de franceses, ingleses y alemanes fueron á alistarse entre los defensores de *Grecia*. (1). Agotados los recursos de su imperio, *Mahmud* llama á *Mohamed Ali*, bajá de *Egipto*, prometiéndole la *Morea* si era capaz de sojuzgarla. El ejército egipcio devastó el país, y con los turcos sitió á *Misolonghi*: fué aquella una lucha desesperada y heroica: mujeres, ancianos y niños tomaron participación en los combates, y se sepultaron entre las ruinas y las cenizas de la destrucción y del incendio.

Los griegos estaban perdidos si las potencias no acudían en su ayuda. El *Czar Nicolás*, de acuerdo con *Inglaterra*, se decidió por fin á intervenir, reclamando del Sultán la independencia de *Grecia*. Las negociaciones duraron tres años (1.825 á 1.828); pero viendo la persistencia del Sultán en someter la *Morea*, los gobiernos ruso é inglés se aliaron con *Francia* y enviaron una escuadra contra el bajá de Egipto, para obligarlo á retirarse y á que aceptara un armisticio. La escuadra combinada destruyó enteramente á los turcos en *Navarino* (1.827). Al año siguiente los rusos pasaron el Danubio y marcharon sobre *Constantinopla*. El Sultán, atemorizado, pidió la paz, renunciando á *Grecia* y comprometiéndose á dejar en completa libertad la navegación del *Danubio* y los *Dardanelos* (1.829).

Los diplomáticos europeos no quisieron hacer de *Grecia* una potencia; así es que la privaron de *Tesalia*, y *Creta*. En el Congreso de Berlín adquirió la *Tesalia* hasta la margen Sur del *Selembría*. La insurrección de *Creta* contra *Turquia*, condujo á *Grecia* á una guerra desgraciada con esta nación, pero que preparó la anhelada anexión de la isla al reino heleno. Este, bajo el régimen parlamentario de los príncipes de *Dinamarca*

(1) En Misolongi murió Byron, defendiendo la independencia de *Grecia*.

ha entrado desde el año de 1.863 en el concierto de las naciones civilizadas de Europa.

De 1.804 á 1.813, los serbios, aprovechando las dificultades del Sultán con su antigua milicia, los janisarios, se sublevaron dirigidos por *Jorge el Negro*; pero fueron prontamente sometidos. Más tarde, *Gbrenowitch*, que había combatido en favor de los turcos durante la insurrección anterior, fué nombrado por el Sultán «Príncipe de los serbios del bajalato de *Belgrado*.» (1.820). Por diez años permaneció fiel al Sultán, quien en recompensa de su fidelidad lo nombró *Príncipe* hereditario. (1830) Desde entonces, la *Servia* permaneció en una situación ambigua hasta que el Congreso de *Berlín* [1.878] la declaró soberana.

La *Rumania* formada por los principados de *Moldavia* y de *Valaquia*, era gobernada por hospodares nombrados por el Sultán. En 1.812, los rusos la ocuparon por breve tiempo, dejándola de nuevo en poder de los turcos; pero durante la guerra de independencia de *Grecia* (1.828), los rusos se apoderaron de *Rumania* y constituyeron un protectorado que duró hasta 1.856, en que fué sustituido por el de las grandes potencias reunidas por medio de sus representantes en el Congreso de *París*. Cada principado debía tener un Consejo nacional [diván y un príncipe electivo]; pero como los moldavos eligieran al mismo que nombraron los valacos, en 1.881 fué *Rumania* un reino independiente. *Carlos de Hohenzollern* estableció el régimen constitucional desde 1.866. Los búlgaros se hallaban en situación semejante á los rumanos, pero permanecieron por más tiempo sometidos al Sultán, hasta que la última guerra entre *Rusia* y *Turquia* (1.877), los hizo independientes. En 1.885, la *Rumelia*, que había sido separada de *Bulgaria* según el acuerdo del Congreso de *Berlín*, se unió á ese reino y se organizaron en una potencia, de las más fuertes entre las que han surgido del desmembramiento del Imperio otomano. Todas disfrutaban de un *Gobierno Constitucional*.

II.—Unidad de Italia.

A LA caída de Napoleón, la Italia volvió á ser lo que había sido: una expresión geográfica, según decía acertadamente *Meternich*. Comprendía siete Estados: al Norte, el reino de Cerdeña y el lombardo-veneto; en el Centro, los ducados de Parma, Módena, Toscana, y los Estados del Papa; y al Sur, el reino de Nápoles. Era, con leves diferencias, las mismas divisiones que había conservado por más de mil años.

El lombardo-veneto pertenecía al Austria, que gobernaba también los tres ducados del centro, y protegía al Papa y al rey de Nápoles. Esto se mostró claramente cuando, en 1820, los liberales napolitanos proclamaron como en España la Constitución de 1812; los ejércitos austriacos restablecieron pronto el orden y con él el despotismo. Poco después sucedió lo mismo en los ducados del centro [1831]. Uno de los Estados más absolutistas era la Cerdeña, y lo era tanto que á la caída de Napoleón, el rey no quería ni siquiera oír hablar de Constitución; estableció la previa censura, modificó la enseñanza de las universidades en el sentido de la reacción europea dirigida por *Meternich*, y hasta mandó destruir el jardín botánico de Turín, no más porque era obra de la revolucionaria Francia. Sin embargo de allí debía partir la unidad italiana.

Las sociedades secretas de los revolucionarios italianos, como *Mazzini*, mantenían en constante agitación el país: soñaban con la independencia y libertad de los pueblos divididos y oprimidos: querían organizar la Europa de otra manera, conforme á los derechos naturales del hombre y los de las naciones para vivir y constituirse. Otro partido más práctico se proponía emancipar á la Italia del yugo austriaco y dotarla de una administración liberal y uniforme [il risorgimiento]. Este partido logró convencer por medio de patrióticos y brillantes escritos al rey de Cerdeña, al duque de Toscana y al Papa Pío IX, de que debían dar una Constitución á sus pueblos y entrar de lleno en el camino de las reformas

para sacar á la Italia del lamentable estado de miseria en que se hallaba, presa del dominio extranjero.

Había, pues, dos partidos en Italia: el austriaco y el nacional. Este último era al mismo tiempo el constitucional, que estableció un régimen liberal en todos los Estados, en Nápoles, en Cerdeña, en Toscana y los Estados de la Iglesia. [1848]. Entonces comenzó la lucha nacional contra el Austria; pero los sublevados no obraron con uniformidad, pues mientras que los sardos ocupaban la Lombardia, en Venecia se proclamaba la República, y la Constituyente elegida por los súbditos del Papa seguía el mismo camino, estableciendo la República romana, con *Mazzini* y *Garibaldi*. Los ejércitos austriacos vencieron á los sardos en Novara y obligaron al rey Carlos Alberto á abdicar. Venecia se defendió hasta Agosto de 1849; el ejército francés sitió á Roma y los austriacos ocuparon la Romaña. Los extranjeros restablecieron el régimen absolutista, y quedaron vencidos los constitucionales y con ellos la idea de unificación de la Italia.

Pero esto no era mas que una tregua; *Victor Manuel*, sucesor de Carlos Alberto, comprendiendo que la fuerza y el vigor de su reino estaban en el gobierno constitucional otorgado en 1848 por su padre, lo afirmó más y más en su reino, constituyendo como una bandera al rededor de la cual deberfan agruparse los defensores de la unidad de la Italia. Era necesario organizar una acción común y obtener un apoyo en alguna poderosa nación: tal fué la obra del conde de Cavour, célebre ministro del rey del Piamonte.

La mayor parte de los republicanos, escarmentados por el fracaso anterior, se unió á los constitucionales y al conde de Cavour en su obra de regeneración y reforma de su reino, medio seguro de realizar la deseada unidad. Todos con el ministro comprendieron que debía halagarse á Francia en la guerra de Crimea, entrando el reino del Piamonte como aliado. Poco después, Napoleón III, engreído con sus victorias en la guerra de Oriente, celebró alianza con Cavour (1858); éste prometió al emperador la Saboya y Niza, en cambio de todo el Norte de Italia hasta el Adriático. La guerra comenzó algunos meses después: en Magenta y Solferino, los aliados destrozaron al formidable ejército austriaco, y el emperador Francisco José cedió la Lem-

bardía, mas no el *Véneto* tal como se había convenido entre el *Piamonte* y *Francia*. Esto bastó para volver impopular á *Napoleón* en *Italia*.

El impulso estaba dado: la *Romaña*, *Parma* y *Módena*, admitieron el régimen sardo y se unieron al *Piamonte*, mediante un plebiscito que dió mayoría absoluta al partido anexionista; el primer Parlamento del reino de *Cerdeña* así engrandecido, se reunió en 1,860, dándole el nombre de *Cámara nacional*, si bien faltaban los representantes del reino de *Nápoles* y de los *Estados del papa*, que continuaban sumidos en el absolutismo, sostenidos por extranjeros y en la senda antipatriótica de mantener á la *Italia* dividida.

Entonces, los republicanos comenzaron la campaña, dirigidos por *Garibaldi*, que conquistó en poco tiempo la *Sicilia* y *Nápoles*, puesto que el pueblo le era favorable, y el desprestigiado rey tuvo que huir. Los Estados del *Papa* estaban defendidos por 20,000 hombres, casi todos extranjeros y en su mayor parte franceses. El ejército sardo se aprovechó del movimiento de *Garibaldi* hacia *Roma*, y se apoderó de la *Marca* y de la *Umbria*: provincias que se anexaron también al *Piamonte*, como *Nápoles* y *Sicilia*, por mayoría absoluta de sufragios. *Victor Manuel* fué luego proclamado rey de *Italia* por la gracia de Dios y la voluntad del pueblo. El Parlamento de 1,861, que hizo esta declaración, tomó el carácter de *nacional*, si bien faltaba el patrimonio de *San Pedro*.

Los soldados de *Garibaldi* derrotaron á los defensores de *Roma*; pero *Napoleón* envió un ejército de ocupación á la *ciudad eterna*, permaneciendo en ella desde 1,867 hasta 1,870. La derrota de *Francia* en su guerra con *Prusia* determinó la unidad de la *Italia*; cuando los primeros desastres, el gobierno dispuso la desocupación de *Roma*. *Victor Manuel* no hizo más que entrar, para que la anexión fuera votada por la masa entera de los habitantes de la histórica ciudad, desde entonces capital del reino de *Italia*.

III.—La unidad de Alemania.

HASTA 1,848, la *Alemania* estaba dividida en 36 Estados independientes, sin más vínculo general que la *Dieta de Francfort*, cuya fuerza era tan escasa que rayaba en nula. Como cada príncipe estaba interesado en conservar su independencia, procuraba obstrucciones y dificultades á la acción de la *Dieta*, de modo que no había nación sino hacinamiento de pueblos. Desde la época de *Napoleón* apareció el partido *pangermanista*, que deseaba formar de todos los Estados alemanes un sólo Estado, con un solo poder soberano. Con este partido estaba el liberal, que en 1,848, después de la revolución en *Francia*, logró reunir un *Parlamento* en *Francfort*, dirigido por escritores, y que pensaba hacer de *Alemania* un Estado federal y liberal.

Esta Asamblea discutió los derechos fundamentales de los ciudadanos, la igualdad ante la ley, la independencia de la justicia y todas las libertades consagradas por las constituciones de los pueblos. Pero ¿qué pueblos debían formar el Estado federal? En la confederación los había pertenecientes á razas y reinos distintos, de modo que no podía servir de cuadro para la formación de la nación alemana. La Asamblea se decidió por fin á nombrar un emperador hereditario, eligiendo al rey de *Prusia*; éste no aceptó y envió sus granaderos á destruir aquel foco de liberalismo.

La confederación volvió á ser lo que era en 1,848. *Prusia* y *Austria* continuaron rigiendo á medias aquel monstruo con dos cabezas. No era posible que formaran de *Alemania* una nación única; entonces *Prusia*, comprendiendo esto, se consagró con *Bismarck* á destruir la confederación, liga que *Austria* dominaba con su influencia y su prestigio: reformó el ejército y pactó alianzas y neutralidades con las principales naciones del Continente. El *Landtag*, cámara electiva de *Prusia*, se negó á votar los nuevos impuestos creados por el ministro de *Guillermo* para prepararse á la lucha que no debía tardar mucho; fué disuelta dos veces, y fueron cobrados los impuestos á pesar de la oposición.

Para aislar al *Austria*, *Bismarck* halagó á *Rusia* ayudándole á someter á los polacos sublevados en 1.863; se atrajo á *Napoleón* haciéndole comprender que le permitiría anexarse la *Bélgica*, ó la orilla izquierda del *Rhin*, y se alió con *Italia* en la campaña contra el enemigo común.

En 1.864. *Prusia* y *Austria* ocuparon militarmente los ducados de *Schleswig* y *Holstein*, que arrebataron al rey de *Dinamarca*. *Prusia* pretextó que *Austria* favorecía las ideas revolucionarias en el *Holstein*; ésta protestó y la *Dieta* le dió la razón: los ejércitos prusianos entraron en campaña: una serie de combates y la batalla de *Sadowa*, en que salieron victoriosos, dieron la razón á *Bismarck*. *Austria* renunció á formar parte de la Confederación, dejando á *Prusia* el dominio de la *Alemania* y de los ducados de *Schleswig-Holstein*. *Prusia* se anexionó del mismo modo los Estados de *Alemania* del Norte. (*Hannover*, *Hesse Nassau* y *Francfort*). porque, según *Bismarck*, al permanecer neutrales durante la guerra, apelaron al fallo de las armas: «el título de la anexión,» decía. «es el derecho de la nación alemana á existir, á respirar y á unirse.» Con los Estados que conservaron su independencia. *Prusia* organizó una Confederación, dirigida por un Congreso de delegados y el *Parlamento* elegido por sufragio universal. La Constitución confería el poder ejecutivo al rey de *Prusia* y á un solo ministro, el *Canciller de la Confederación*, designado por el *Presidente* de ésta, esto es, por el mismo rey. Los poderes se repartieron entre la *Federación* y los Estados, de modo que cada uno conservara *policía*, *justicia*, *administración*, *hacienda*, *culto é instrucción*, dejando el *ejército*, la *marina*, *comercio*, *relaciones internacionales*, *medios de comunicación*.

Los cuatro *Estados del Sur*, *Bariera*, *Wurtemberg*, *Baden* y *Hesse-Darmstadt*, permanecieron separados de *Prusia* hasta la Guerra con *Francia*. Después de las derrotas de esta nación, los príncipes reunidos en *Versalles* durante el sitio de *París*, proclamaron *emperador de Alemania* al rey de *Prusia*. (Enero de 1.871). La *Alsacia* y la *Lorena* que arrebataron á *Francia* la anexaron por fuerza al Imperio. Así se realizó la *Unidad alemana*.

 IV.—LA CUESTION DE ORIENTE.
 Rivalidades de las Potencias.

DESDE la emancipación de *Grecia* [1.829], la *Cuestión de Oriente* ha sido la preocupación constante de los diplomáticos europeos, y uno de los motivos de rivalidad de las grandes potencias; rivalidad que se continúa por sus respectivas posesiones coloniales en toda la extensión de la tierra.

De 1.831 á 1.833, *Mehemet Ali*, el vencedor de *Grecia*, se disgustó porque se le negaba el gobierno de *Siria* que el Sultán le habfa prometido antes de la expedición á la *Morea*. El bajá derrotó al Sultán é invadió el *Asia Menor*; *Rusia*, temiendo que el hábil *Mehemet Ali* generara al decaído Imperio, apoderándose de *Cosstantinopla*, acampó sus ejércitos en las cercanías de esta ciudad, declarándose aliada del Sultán. *Inglaterra* y *Francia*, celosas del predominio de *Rusia* en Oriente, intervinieron con objeto de suspender la contienda y obligar al Sultán á que cediese al rebelde la *Siria*. De 1.839 á 1.840 se reprodujeron los mismos hechos: *Mehemet Ali* derrotó al Sultán y se preparaba á derribarlo del trono; pero *Inglaterra* y *Rusia* obligaron al rebelde á evacuar la *Siria*. El protectorado de *Rusia* sobre el Imperio otomano quedó destruido por la influencia de *Inglaterra*, que propuso el *Convenio de los estrechos*, en virtud del cual ninguna potencia podía hacer entrar buques de guerra en el *Bósforo* y los *Dardanelos*.

Es 1.852, el *Czar Nicolás* se propuso acabar con el Imperio otomano; pero *Inglaterra* y *Francia* resolvieron salvarlo, y enviaron sus ejércitos y sus escuadras al *Mar Negro*, y tomaron y destruyeron á *Sebastopol*, arsenal ruso en la *Crimea*. El Congreso de *París* (1.856) declaró neutral el *Mar Negro* y el *Danubio*: comprometiéndose las potencias á sostener la integridad del Imperio turco, al mismo tiempo que exigían de éste las reformas que clamaba la civilización en favor de los cristianos de Oriente.

La intervención de *Francia*, fiel aliada de *Inglaterra* en la guerra de *Crimea*, habfa determinado la derrota de *Rusia* y mantenido la integridad del Imperio otoma-

no; la de *Francia* en 1870, devolvió al *Czar* su libertad de acción: creó una escuadra en el *Mar Negro*, excitó á los esclavos de *Herzegovina* á sublevarse, y los de *Montenegro* y *Bulgaria* siguieron su ejemplo. Las atrocidades cometidas por el ejército turco en *Bulgaria* horrorizaron á la *Europa*. Los rusos celebraron alianza con *Rumania*, y los ejércitos combinados pasaron el *Danubio*. (1877). Por el tratado de *San Estéfano*, *Turquía* reconoció la independencia de *Montenegro*, *Serbia*, *Rumania* y *Bulgaria* con la *Rumelia* y la *Macedonia*. El *Congreso de Berlín* redujo el *Montenegro* y la *Bulgaria* y los territorios de *Rusia* en el *Asia Menor*; cedió á *Grecia* la *Tesalia*, y al *Austria* la *Bosnia* y la *Herzegovina*.

Francia, *Inglaterra* y *Rusia*, principalmente estas dos últimas combaten en *Asia*. La primera no tiene más que la *Cochinchina*, el *Tongkin* y su protectorado sobre el *Imperio de Anam*; mientras que la *Inglaterra* posee toda la *India* desde el *Himalaya* hasta el *Ceilán*. Los dominios de *Rusia* son también enormes y se componen de la *Siberia*, el territorio meridional del *Amur*, el *Cáucaso* y el *Turquestán*. Las posesiones inglesas y rusas se han encontrado en el *Afganistan*, donde una guerra de influencia y de amenazas entre las dos naciones ha comenzado, y que amenaza desenlazarse de modo terrible.

Los europeos han logrado penetrar por el comercio y por la guerra en *China*, que cuenta con una población de 400 millones de habitantes, esto es, mayor que la de *Europa*. Los chinos son obreros pacientes y hábiles, sobrios y trabajadores; pero que carecen de todo aquello que constituye la civilización Occidental: máquinas, ciencias y artes, y el espíritu progresivo é innovador de los europeos y americanos.

Los ingleses fueron los primeros que lograron introducir mercancías en *China*, obligándola á abrir sus puertos al comercio europeo á cañonazos. Las demás naciones obtuvieron las mismas ventajas, aunque con gran oposición de los naturales, hasta que los franceses en 1860 desembarcaron en *Pekin* y los hicieron reanudar por fuerza las relaciones mercantiles. Hay para ahora 19 puertos francos al comercio europeo; pero la civilización occidental sigue siendo objeto de desprecio en aquel remoto país.

El *Japón* ha seguido un sistema opuesto: fábricas, moneda, gobierno, prensa, etc., todo ha sido llevado violentamente á ese Estado oriental, que ya para ahora constituye una de las primeras potencias militares del mundo.

En *Africa*, las potencias se disputan como en *Asia* grandes porciones de territorio. *Inglaterra* el Sur; *Francia* la costa del Norte (menos el *Egipto*) y el *Senegal*. En todas hay luchas interiores y otras que amenazan en las fronteras.

CAPITULO VI.

Movimiento intelectual, literario y científico en el siglo XIX.

I.—Las Letras.

EN los siglos XVII y XVIII la literatura europea en general era imitación del pseudo-clasicismo francés. Sin embargo, en *Alemania* apareció á fines del siglo pasado un gran movimiento literario cuyos procedimientos y fines no tenían nada común con la amanerada escuela nacida en la época de *Luis XIV*. Los autores de las nuevas obras literarias no se preocupaban tanto de la perfección en la forma como de la fuerza y vigor de los afectos: no toman sus asuntos de la antigüedad clásica, sino de la vida ordinaria ó, á lo más, de los grandes hechos de la *Edad Media* ó Moderna. *Lessing*, *Goethe* y *Schiller*, *Schlegel*, *Tieck* y *Brentano*, forman este grupo, y á ellos se debe esta nueva concepción literaria. En breve tiempo su popularidad fué inmensa. Tal fué la escuela *romántica*.

El entusiasmo que originó esta escuela no fué efímera; en todas partes los autores procuraban dirigirse al pueblo y conmovirlo con los caracteres y pasiones inventados por la imaginación exaltada, por las con-

no; la de Francia en 1870, devolvió al Czar su libertad de acción: creó una escuadra en el Mar Negro, excitó á los esclavos de Herzegovina á sublevarse, y los de Montenegro y Bulgaria siguieron su ejemplo. Las atrocidades cometidas por el ejército turco en Bulgaria horrorizaron á la Europa. Los rusos celebraron alianza con Rumania, y los ejércitos combinados pasaron el Danubio. (1877). Por el tratado de San Estéfano, Turquía reconoció la independencia de Montenegro, Servia, Rumania y Bulgaria con la Rumelia y la Macedonia. El Congreso de Berlín redujo el Montenegro y la Bulgaria y los territorios de Rusia en el Asia Menor; cedió á Grecia la Tesalia, y al Austria la Bosnia y la Herzegovina.

Francia, Inglaterra y Rusia, principalmente estas dos últimas combaten en Asia. La primera no tiene más que la Cochinchina, el Tonquín y su protectorado sobre el Imperio de Anam; mientras que la Inglaterra posee toda la India desde el Himalaya hasta el Ceilón. Los dominios de Rusia son también enormes y se componen de la Siberia, el territorio meridional del Amur, el Cáucaso y el Turquestán. Las posesiones inglesas y rusas se han encontrado en el Afganistan, donde una guerra de influencia y de amenazas entre las dos naciones ha comenzado, y que amenaza desenlazarse de modo terrible.

Los europeos han logrado penetrar por el comercio y por la guerra en China, que cuenta con una población de 400 millones de habitantes, esto es, mayor que la de Europa. Los chinos son obreros pacientes y hábiles, sobrios y trabajadores; pero que carecen de todo aquello que constituye la civilización Occidental: máquinas, ciencias y artes, y el espíritu progresivo é innovador de los europeos y americanos.

Los ingleses fueron los primeros que lograron introducir mercancías en China, obligándola á abrir sus puertos al comercio europeo á cañonazos. Las demás naciones obtuvieron las mismas ventajas, aunque con gran oposición de los naturales, hasta que los franceses en 1860 desembarcaron en Pekín y los hicieron reanudar por fuerza las relaciones mercantiles. Hay para ahora 19 puertos francos al comercio europeo; pero la civilización occidental sigue siendo objeto de desprecio en aquel remoto país.

El Japón ha seguido un sistema opuesto: fábricas, moneda, gobierno, prensa, etc., todo ha sido llevado violentamente á ese Estado oriental, que ya para ahora constituye una de las primeras potencias militares del mundo.

En Africa, las potencias se disputan como en Asia grandes porciones de territorio. Inglaterra el Sur; Francia la costa del Norte (menos el Egipto) y el Senegal. En todas hay luchas interiores y otras que amenazan en las fronteras.

CAPITULO VI.

Movimiento intelectual, literario y científico en el siglo XIX.

I.— Las Letras.

EN los siglos XVII y XVIII la literatura europea en general era imitación del pseudo-clasicismo francés. Sin embargo, en Alemania apareció á fines del siglo pasado un gran movimiento literario cuyos procedimientos y fines no tenian nada común con la amanerada escuela nacida en la época de Luis XIV. Los autores de las nuevas obras literarias no se preocupaban tanto de la perfección en la forma como de la fuerza y vigor de los afectos: no toman sus asuntos de la antigüedad clásica, sino de la vida ordinaria ó, á lo más, de los grandes hechos de la Edad Media ó Moderna. Lessing, Goethe y Schiller, Schlegel, Tieck y Brentano, forman este grupo, y á ellos se debe esta nueva concepción literaria. En breve tiempo su popularidad fué inmensa. Tal fué la escuela romántica.

El entusiasmo que originó esta escuela no fué efímera; en todas partes los autores procuraban dirigirse al pueblo y conmooverlo con los caracteres y pasiones inventados por la imaginación exaltada, por las con-

templaciones de escenas en que figuran los héroes de los romances, los caballeros *medio-eciales* y misterios de los castillos y templos cristianos. En la *Inglaterra*, los poetas procuraban apartarse de los moldes clásicos para vaciar sus sentimientos é ideas en formas propias. Las baladas de los *tiempos medios* adquirieron en poco tiempo boga extraordinaria y el lenguaje poético se convirtió en el vehículo de los comunes afectos. *Woodsworth, Cowper, Shelley, Bryon* y *Walter Scott* dieron al mundo las grandes obras de su numen depuradas en el crisol del nuevo concepto literario.

Faltaba *Francia*, que detenida en sus vuelos por las preocupaciones neoclásicas y como aturdida por el ruido ensordecedor de su colosal *Revolución* no acertaba con las nuevas formas, hasta que con *Chatanbriand* y *Mad Stael* entró de lleno en la nueva vía, tomando como siempre poco después la delantera. *Victor Hugo*, en 1.827 publicó su drama *Cromwel*, en cuyo prefacio expresó las nuevas tendencias y los nuevos procedimientos, lo cual dió la victoria definitiva al *romanticismo*. La *comedia* y la *tragedia* clásicas fueron desde entonces despreciadas por contrarias á la vida ordinaria, por amaneradas y *mentirosas*; sólo el *drama*, que mezcla lo sublime y lo grotesco, fué visto como forma literaria digna del teatro: sus héroes son personajes de la *Edad Media*, los cruzados, ó de la *Moderna*; procurábase darles los sentimientos, el carácter y la vida propias de la época en que vivieron (*color local*), rehuyendo todo amaneramiento, toda afectación en el estilo y lenguaje, para acomodarlo á la naturaleza y á la verdad. *Clásicos* y *románticos* disputan entonces por la prensa y durante las representaciones dramáticas, hasta que por fin son vencidos los representantes de la vieja escuela.

No duró mucho su triunfo; los *románticos* son luego atacados por los que se llaman los verdaderos representantes de la *realidad* y la *naturaleza*, por los *realistas* ó *naturalistas*, que conservan el lenguaje libre y natural de la *escuela romántica*, pero que rechazaron sus héroes, sus caballeros y sus nobles de otras épocas por afectados y falsos; la *novela* y el *drama históricos* por *mentirosos*; falso el *color local*, falsos los caracteres y las escenas. Los nuevos autores tratan de inspirarse en la vida real contemporánea, en sus detalles íntimos; en el hombre y la sociedad como son, analizando psicológi-

camente los personajes que animan con el soplo de la realidad. Su género preferido es la *novela de costumbres*.

En ese género se han distinguido los autores que gozan de mayor celebridad como *Dickens, Tackeray, Jorge Elliot*, en *Inglaterra*; *Gogol, Turgenief* y *Tolstoy*, en *Rusia*; *Alarcón* y *Pérez Galdós*, en *España*; y *Balzac, Sand, Flaubert, Zola* y *Daudet* en *Francia*. La crítica no se reduce á elogiar ó deprimir sino á comprender las obras, á explicarlas, á determinar la relación que hay entre ellas y el país ó medio en que se produjeron, entre las ideas y sentimientos y la época en que el autor vivió.

Lo que principalmente ha servido para difundir la literatura en el siglo actual es el *periódico*; á esta hoja se debe en gran parte el gusto por la lectura, que es uno de los caracteres distintivos de las sociedades en los países cultos. Y como el público que lee ha aumentado, los autores que viven de su pluma son innumerables.

Cualquiera, pues, que sea el juicio que se tenga de la literatura en el siglo XIX, lo cierto es que en ninguno de los anteriores ha adquirido la importancia social de que ahora goza.

II.—Las Bellas artes.

COMO las letras, las bellas artes han pasado por tres períodos en el decurso de nuestro siglo: *clásico, romántico* y *realista*. La *pintura* es donde mejor se han caracterizado estas aficiones. *David*, jefe de la escuela clásica, mantiene en *Francia* el gusto por los asuntos de la antigüedad greco-romana, la regularidad en las líneas y el dibujo, despreciando el colorido; mientras que *Overbeck* y *Cornelius*, primeros románticos, se aficionan á los temas cristianos y caballescicos, aunque conserven el gusto por la perfección de las líneas y el dibujo de la escuela clásica. Los verdaderos románticos no aparecieron sino hasta después de

1.830 en Francia, donde formaron un grupo de *coloristas* con Delacroix por jefe. Ingrés, como Cornelius, forma un eslabón entre los adoradores del color y los de la línea. Luego aparecen los *realistas*, que procuran reproducir la realidad tal como es, sin preocuparse de la belleza ni de los efectos teatrales de la *escuela clásica*; tal como se observa en la pintura de costumbres: el *paisaje* y el *retrato*. Corot, Millet, Fromentin, han sido los principales pintores de este género.

En *escultura* ha habido más uniformidad que en la pintura: todos han tomado como modelos á los antiguos, deseando volver á las formas sencillas y severas. Canova en Italia y Thorwaldsen en el Norte han sobresalido en este arte. Los escultores que siguen á otros maestros, quedando fieles á la regularidad clásica, pretenden dar mayor movimiento y verdadera expresión á las figuras. Puede decirse que el *espíritu del siglo* sopla de modo sensible en las obras de los grandes maestros, de que resulta la mayor verdad de estas producciones.

En *arquitectura*, la *escuela clásica* dominó sin oposición hasta mediados del siglo, habiendo caído en justo desprecio el estilo *rococo* hasta fines del pasado. Todas las obras notables, como la *Magdalena*, la *Bolsa* y el *Arco de Triunfo del Carrousel*, son copia fiel de los edificios *gréco-romanos*.

De 1.848 para acá, han cambiado mucho el gusto y las aficiones de los arquitectos. Los modelos clásicos han perdido su influencia, y se ha vuelto á apreciar y reparar los templos góticos y las construcciones de la *Edad Media*. Sin embargo, lo que principalmente domina en arquitectura no es la imitación de tales ó cuales modelos, sino el deseo de apropiarse los edificios á las costumbres modernas. Esto es la manifestación del mismo espíritu realista que domina en nuestra época.

Pero ninguna de las *bellas artes*, aun contando con la pintura, ha tenido mayor desarrollo en nuestro siglo que la *música*. Las dos escuelas, que pudiéramos llamar respectivamente *romántica* y *realista*, fueron desde fines del siglo XVIII hasta mediados del presente: la *italiana* y la *alemana*. La primera, cuyos representantes más esclarecidos son Bellini, Donizetti, Rossini y Verdi prefieren la melodía á la armonía y toman la letra como un pretexto para encantar con la magia del

sonido; la *escuela alemana* se preocupa más de la *harmonía* y de la *verdad*; quiere que el sonido vaya en consonancia con la acción y con las ideas. El representante más célebre de esta escuela es Wagner. En cuanto á la música francesa, con Herold, Auber, Halevy, Meyerbeer y Gounod, ocupa un puesto intermedio entre los dos extremos. Hoy, Verdi y Mascagni parece que se esfuerzan por unir en perfecta armonía las dos tendencias dichas, tomando como modelo el «Fausto» del gran músico francés.

III.—Las Ciencias.

El siglo XIX no es propiamente el siglo de las letras, ni el de las bellas artes, sino el de las ciencias. La historia de la serie de inventos y descubrimientos debidos á la ciencia en el presente siglo, es mayor seguramente que la de todos los siglos anteriores. Todas las ciencias, física, química, astronomía, meteorología, zoología, geología, paleontología, fisiología, histología, etc, han realizado progresos capaces de influir en la vida de la humanidad. En una obra del carácter de la presente, no sería posible ni siquiera enumerar las principales aplicaciones que el estudio de los hechos y el análisis de los fenómenos naturales han recibido en la vida práctica; por lo mismo nos limitaremos á enumerar los más notables progresos de estas ciencias.

En física uno de los descubrimientos más importantes es el del *electro-magnetismo*, que ha dado origen al *telégrafo* y á la *luz eléctrica*; la teoría más comprensiva y singular, ha sido la de la equivalencia entre la *fuerza* y el *calor*. El principal invento es del *espectroscopio* que ha servido para determinar la constitución del universo. En *Astronomía*, Laplace formuló en su «Sistema del Mundo» el origen del planeta, completando de modo admirable las concepciones de Newton. En *química*, desde Scheele, Priestley y Lavoisier, los descubrimientos se han sucedido, en la materia bruta y en el ser organizado, hasta constituir la síntesis de los princi-

pios contenidos en estos últimos. La *Zoología*, determinada en sus bases fundamentales por *Cuvier*, ha sido completada por la *paleontología* y por la historia entera de la serie animal en el espacio y en el tiempo. La *fisiología* ha tomado gran desarrollo gracias á las magistrales experiencias de *Bernard*. En fin, todas las ciencias han sido sistemadas en la teoría de la evolución de *Darwin*.

La ciencia ha entrado en la vida práctica: los progresos modernos de la industria, la agricultura y el comercio se deben en gran parte á ella. El *vapor* agente de máquinas, locomotoras y buques; la *electricidad*, germen del telégrafo, del teléfono, de la *luz eléctrica*, de la *galvanoplastia*, etc., han operado una revolución en la vida, volviendo al hombre más y más dueño de la naturaleza y permitiéndole ensanchar el círculo de su actividad. Con el aumento de la agricultura y del comercio ha crecido la riqueza y se ha organizado el crédito con los bancos, las sociedades por acciones y las transferencias de Lonjas, bolsas y casas de contratación. La ciencia, en fin, desempeña en la actualidad el principal papel como agente del progreso.

Los fenómenos morales han sido en este siglo también el objeto de numerosas investigaciones y de amplios desarrollos. La *filología*, la *gramática*, el *derecho*, la *lógica*, la *psicología*, la *filosofía*, etc., han cambiado los antiguos derroteros, verificando progresos análogos á los de las ciencias naturales. Del *fenómeno* se ha ido á la *ley*, y de ésta á sistemar la historia del espíritu humano y la de todas sus manifestaciones: *Grimm*, *Popp*, *Kant*, *Fichte*, *Stuart Mill*, *Bain* y *Spencer* han constituido sistemas explicativos del hombre y del mundo; y á ellos, indiscutiblemente, se debe la amplitud de miras y el progreso moral de la humanidad en nuestro siglo.

FIN.

INDICE.

PROLOGO.

INTRODUCCION. 1

LIBRO PRIMERO.

HISTORIA ANTIGUA.

SECCION PRIMERA.

Pueblos antiguos de Oriente.

Capítulo I.—Egipto	16
Capítulo II.—Caldea y Asiria.	28
Capítulo III.—Los Judíos.	28
Capítulo IV.—Los Fenicios.	35
Capítulo V.—Indostán.	39
Capítulo VI.—Los Persas.	44

SECCION SEGUNDA.

GRECIA.

Capítulo I.—Primeros tiempos de Grecia.	51
Capítulo II.—Religión griega.	57
Capítulo III.—Organización política y social de Grecia.	63
Capítulo IV.—Principales sucesos políticos de Grecia.	71
Capítulo V.—Letras, Artes y Ciencias en Grecia.	82

SECCION TERCERA.

ROMA.

Capítulo I.—Primeros tiempos de Roma.	89
Capítulo II.—Religión Romana.	95
Capítulo III.—Organización política y social de Roma.	99
Capítulo IV.—La Conquista del Mundo.	104
Capítulo V.—Las Guerras Civiles.	109
Capítulo VI.—Letras, Artes y Ciencias en Roma.	117
Capítulo VII.—El Imperio Romano.	123

LIBRO SEGUNDO.
HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.

SECCION PRIMERA.
Pueblos de Occidente.

Capítulo I.—Formación de nuevas naciones	137
Capítulo II.—Conversión de los bárbaros al cristianismo.	141
Capítulo III.—Sucesos políticos en Occidente del siglo VI al XI.	146
Capítulo IV.—Instituciones en el siglo X.	150

SECCION SEGUNDA.
Pueblos de Oriente

Capítulo I.—El Imperio Bizantino.	156
Capítulo II.—Los Arabes.—Mahoma.	163
Capítulo III.—El Califato.—Conquistas de los Arabes.	167
Capítulo IV.—Civilización árabe en la Edad Media.	171

SECCION TERCERA.
Desde las Cruzadas hasta la Caída de Constantinopla. (1,096 á 1,453).

Capítulo I.—Las Cruzadas.	176
Capítulo II.—Las Monarquías en Europa.	181
Capítulo III.—Italia y Alemania.	189
Capítulo IV.—Instituciones, Gobierno y Costumbres.	196
Capítulo V.—Letras, artes y ciencias en la Edad Media.	206

LIBRO TERCERO.
HISTORIA MODERNA.

SECCION PRIMERA.

Engrandecimiento de las Monarquías.

Capítulo I.—Caracteres de la Edad Moderna.	212
Capítulo II.—El Renacimiento.	220
Capítulo III.—Las Monarquías hasta la Reforma. (1,453-1,519).	224
Capítulo IV.—La Reforma religiosa.	230
Capítulo V.—Rivalidad entre la casa de Austria y la de Francia.	238

SECCION SEGUNDA.

Equilibrio europeo.—Las grandes potencias.	
Capítulo I.—La casa de Borbón en Francia.	249
Capítulo II.—Inglaterra en el siglo XVII.	258
Capítulo III.—Luis XIV.—Monarquía absoluta.	263
Capítulo IV.—Letras, Artes y Ciencias en el siglo XVII.	271

LIBRO CUARTO.
HISTORIA CONTEMPORANEA.

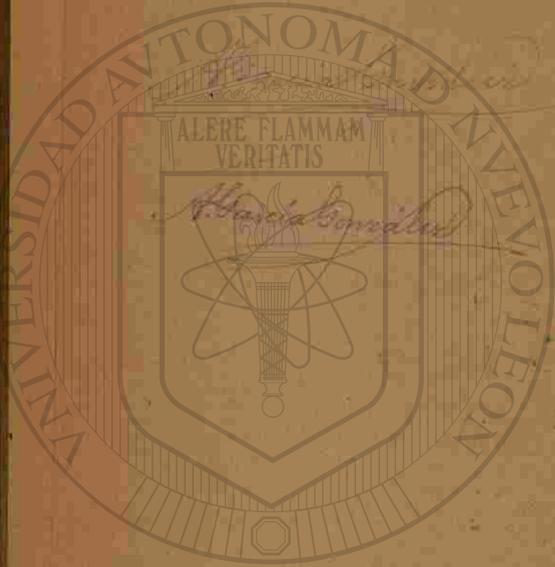
SECCION PRIMERA

Las potencias de Europa en el siglo XVIII.	
Capítulo I.—Las Naciones del Norte.	276
Capítulo II.—Las Potencias coloniales. (Siglo XVIII).	281
Capítulo III.—Reformas Económicas y Políticas en el siglo XVIII.	288
Capítulo IV.—La Revolución Francesa.	295

SECCION SEGUNDA.

Siglo XIX—Gobiernos Constitucionales.	
Capítulo I.—El Consulado y el Imperio.	304
Capítulo II.—Los Gobiernos Constitucionales en el siglo XIX.	313
Capítulo IV.—La América en el siglo XIX.	322
Capítulo V.—Las nuevas nacionalidades en Europa.	329
Capítulo VI.—Movimiento intelectual, literario y científico en el siglo XIX.	339

Maria Guadalupe



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

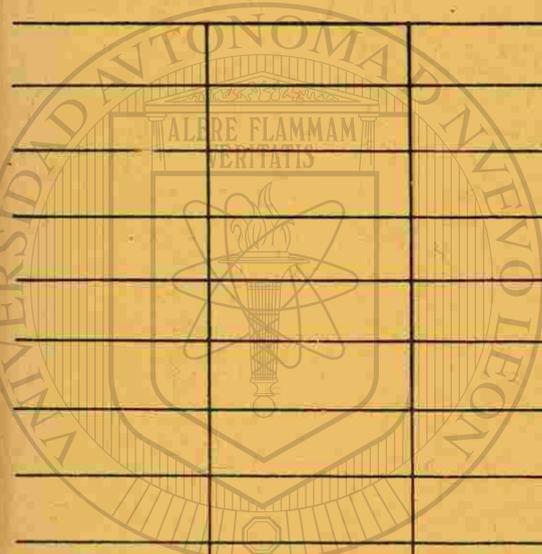
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

2a. Feria del Libro y Exposición Nacional de la Prensa

México, D. F., 13 abril de 1943

Pabellón de Nuevo León
Ejemplar número 12
Propiedad de Dr. Antonio López
Completo o incompleto completo
Hizo el registro: [Signature]
Observaciones: _____



FONDO NUEVO LEÓN

Núm. Clas. 909
Núm. Autor 19245c
Núm. Adq. 12596
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasific. [Signature]
Catalogó _____

